

Serafín Fanjul

Buscando a Carmen

SIGLO
XXI
ESPAÑA



Serafín Fanjul

BUSCANDO A CARMEN



Diseño cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Serafín Fanjul, 2012

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2012

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1632-3

A la memoria de mi madre,
que en nada se parecía a Carmen.

I.

A modo de introducción en un país de listos

*Ya los inorantes andan disputando
las glosas é textos de Santo Agostin;
e los aldeanos fablan buen latyn,
las grandes proezas ya son olvidadas,
[...] A fermosa yegua dan flaco roçin:
non preçian al bueno sy non al malsyn,
falla el leal las puertas çerradas;
las obras del cuerdo son menos preçiadas
e tienen al loco por grant palazin.*

(A. Álvarez de Villasandino, en *Cancionero de Baena*).

Es un axioma afirmar que el carácter de los pueblos cambia al paso de la evolución técnica, de los avances científicos o del desarrollo económico. Los condicionamientos que impone la interrelación con otras comunidades humanas, o el surgimiento de ideologías o religiones más o menos imbricadas con las circunstancias tecnoecológicas y tecnoeconómicas de un grupo determinado, son factores que modifican con diversos grados de aceleración el espíritu y los comportamientos de las gentes. Algo, aunque no mucho, se ha estudiado; por ejemplo, la trascendencia que tuvieron en el triunfo expansivo del islam las hambrunas endémicas y la superpoblación (relativa, para los medios de producción de alimentos) que se padecían en la península arábica ya antes de Mahoma y, sin embargo, estos fueron elementos decisivos para su éxito. Las visiones idealistas y neorrománticas de Sánchez-Albornoz y A. Castro –que hemos rechazado con claridad^[1]– al atribuirnos el uno un «eterno carácter español», o el otro «un espíritu semítico» porque nuestra lengua española adoptara algún léxico árabe, se vieron desde hace muchos años –y en la actualidad de forma violentísima– reducidas a meros entes de razón de continuo desmentidos por los hechos, visibles o pasados, si se trata de establecer principios generales o un hilo conductor indiscutible en nuestra historia. Cabe admitir que pudieron tener alguna razón, en especial al argüir sobre ciertos acontecimientos, o repetición de fenómenos que llegaban a considerar constantes. Y de ahí deducir que nos hallábamos ante leyes fuera de discusión. Pero no está todo tan claro, en ningún sentido. Al aceptar la parte de razón que les corresponde –sobre todo a Sánchez-Albornoz– asoman dos preguntas: en qué proporción aciertan y qué entidad y peso real han

tenido en la marcha de nuestra comunidad humana la reiteración de actitudes, de actos y, por consiguiente, de resultados; qué sustratos culturales del pasado han subsistido (y hasta cuándo) y cómo han mantenido, desviado o modificado la conducta de los españoles. De plano, no creemos que nuestra forma de ver el mundo y de relacionarnos con él sea equiparable a la de nuestros compatriotas de hace cincuenta años (evidentemente, cuanto mayor sea el lapso más grandes serán las diferencias), pero, una vez soslayadas por obvias las constantes físicas o las necesidades primarias que afectan a todo el género humano, en el terreno cultural es claro el cambio (el consumismo como única guía, la aceptación de cualquier hecho social o político por su mera existencia, la pasividad como regla de oro para la supervivencia), pero también se patentiza que hoy en día vemos comportamientos, oímos anécdotas, o las leemos, que encuentran su paralelo en tiempos lejanos, en ocasiones con similitud de gemelos. ¿Hasta qué punto significa esto que nos hallamos ante rasgos esencialmente hispanos, capaces de conformar una identidad definida por su número e influencia, con carácter exclusivo, en nuestra mentalidad? ¿No se darán –o no se dan– otros muy semejantes en sociedades próximas o lejanas? Saber que en textos egipcios y chinos de hace cuatro mil años ya asomaba la ahora denominada «lucha generacional» (la impaciencia de los jóvenes, las más o menos fundadas admoniciones de viejos o mayores) introduce un cierto factor de perplejidad, a la par que refuerza la idea de la comunidad básica del alma humana (o sea, la poligénesis cultural), pero simultáneamente pone entre paréntesis no pocas de nuestras *singularidades*.

Y, sin embargo, se mueve..., quizá porque las conductas contradictorias responden a la presencia o intervención de personas distintas, o bajo condicionantes diferentes. Quienes en nuestros días se reclaman puristas en materia de lengua (ya pocos, en verdad) y no verterían la menor sospecha sobre vocablos como «centinela» o «mochila», tal vez se sorprendieran al comprobar que sus resquemores casticistas ya estaban enunciados por don Diego Hurtado de Mendoza en el siglo XVI: «talegas las llamaban los pasados y nosotros ahora mochilas»^[2] o «lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles en la noche, escucha, en el día atalaya; nombres harto más propios para su oficio»^[3]. Y, sin salirnos de nuestra lengua, aun podríamos ir más lejos, v. g. hasta la dolida aceptación por el Rey Sabio, en las *Partidas*, del término «batalla», en vez de «fazenda o

lid». El purismo lingüístico es uno de los rasgos más extendidos en numerosas sociedades, ciñámonos por tanto a otros capítulos que podríamos tener por *más españoles*: el *ser de España*, tema recurrente por demás; la Leyenda Negra; el anarquismo estructural del alma hispana, más próximo en realidad a la desconsideración por los derechos ajenos que a teoría política ninguna; los despilfarros y abusos del mal gobierno; el masoquismo gozoso en la autohumillación; la repetición de estereotipos sobre el carácter nacional (extrovertido, fiestero, poco serio, chapucero, simpático, o sus contrarios) o acerca de la *forma de ser* de tal o cual región, con sus aditamentos chuscos o respetables, livianos o trascendentes..., todo entronca con antecedentes de abolengo y se concreta en ejemplos actuales que nos inducen a concluir – quizá demasiado a la ligera– con muletillas que constituyen verdaderos epitafios del raciocinio, tales como «los españoles somos así», «qué país», «no tenemos remedio», «siempre igual», un repertorio ni amplio ni original pero que oficia de eficaz salvavidas para no vernos sumergidos en el mar de nuestras contradicciones, insuficiencias y fallos; un narcótico barato e inofensivo útil para no problematizarse cada uno de los pequeños o grandes fracasos colectivos y hasta individuales. Mientras culpamos a otros, o al «carácter español», nos libramos de la siempre incómoda tarea de hacer algo, o al menos de manifestar en nuestro fuero interno disconformidad con lo que acontece.

Bien es cierto que la prosperidad, felizmente alcanzada en los últimos cuarenta años, amortigua mucho los impulsos y las sensaciones, los deseos de actuar, pero los textos del pasado, que en buena medida reflejan los sentimientos de otros españoles, sugieren que tanto no *hemos* cambiado, o que los modelos aceptados como canónicos en la práctica no lo fueron. Caro Baroja^[4] describe bien la arbitrariedad en las interpretaciones:

Tomamos un vocablo como «España», por ejemplo, y lo cargamos de cuantos valores históricos se nos antojan y lo descargamos de otros. Así surgen teorías y teorías, que en manos de políticos y arbitristas pueden ser explosivas o útiles. Los ejemplos son archiconocidos. España es esto, pero no aquello, ni lo de más allá. Si me siento católico ferviente querré demostrar que todo lo que se sale de la órbita católica no es español, o no tiene importancia; si no lo soy, me extasiaré con la herencia de árabes y hebreos. [...] A las apreciaciones históricas arbitrarias de los de dentro se unen, a modo de contrapunto, las de los de fuera, tan apasionadas, pero más monótonas y vulgares. No ha habido clérigo protestante, comerciante o militar de país rival o extraño que no haya realizado su cubileteo histórico al escribir las impresiones obtenidas durante un viajecito de placer, de negocios o por causa de guerra o espionaje a nuestra península.

Aunque coincidamos con él en el diagnóstico general, los hechos son testarudos y encontramos infinidad de pasajes que parecen escritos ayer por la tarde. El prurito de nuestros políticos actuales de echar abajo cuantas medidas y proyectos iniciaron –y aun culminaron– sus antecesores inmediatos aparece descrito a fines del XVIII por don Antonio Ponz[5]:

El hombre más parece que quiere dejar fama de fundador, aunque sea en una cosa de poca importancia, que perfeccionar las fundaciones de otros, de que pudiera seguirse mayor beneficio del público, y esto, sin duda, es por temor de que su memoria se oscurezca...

Y Jerónimo de Barrionuevo en sus *Avisos* (segunda mitad del XVII, cuando la decadencia política, militar y económica ya era imposible de ocultar) denuncia un día tras otro el carácter distraído y manirroto de Felipe IV y de su nutrida camarilla de aduladores, noticias que *mutatis mutandis* (y muy poquito) nos topamos a diario en los periódicos, sustituyendo la palabra «rey» por presidente del gobierno o con el nombre de cualquier satrapilla autonómico, o con el de un alcalde marbellí, barcelonés o bilbaíno: profunda preocupación real por conseguir la fabricación (para su uso particular, claro) de hachas que no se apaguen por la acción del viento y el agua («En esto gastan su tiempo, al paso que nuestros enemigos refinan la pólvora de su enojo para volarnos»[6]); escándalo del autor por el coste global (18.000 reales) de la caza de un lobo, o por los 30.000 a que ascendió otra cacería en El Escorial[7]; más indignación por nueva montería en Colmenar en la que solo se cobró una zorra, al coste de 25.000 ducados[8]; execración de cortesanos-sanguijuela («Espéranse cuatro galeras de Génova en que pasen la duquesa de Mantua y el de Osuna a Italia, que con otras dos que hay en Cartagena, irán con más seguridad y ostentación. Poca falta nos harán los dos: una mujer que nos come medio lado, y un tonto forrado de lo mismo. ¡Pobre gobierno donde solo se mira conveniencias particulares y no al bien público! Todo es predicar en desierto»[9]); ocultación al pueblo de lo que sucede para eludir alborotos; desesperanza ante la pasividad de la máxima autoridad, fotocopia anticipada de lo que vivimos («Hánle mandado, según se dice, al padre fray Nicolás Bautista que no predique al Rey tan claro, ni en el púlpito se arroje a decir las verdades, sino que pues tiene audiencia a todas horas, se las diga en secreto, que lo demás es dar ocasión al pueblo de sentimientos y mover sediciones. Lo cierto es que ni de una manera ni de otra no se ve que se remedie nada, porque el letargo no le hace despertar al sueño

en que está tantos años ha»[\[10\]](#)).

El desánimo cunde y pervive a lo largo de la centuria que sigue a la de Barrionuevo y José Cadalso o Nicolás de Azara nos describen con dos siglos de antelación el panorama político de nuestros días:

Políticos de esta segunda especie son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan. Las tres potencias del alma racional y los cinco sentidos del cuerpo humano se reducen a una desmesurada ambición en semejantes hombres. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida a este fin[\[11\]](#).

O:

El gobierno no obstante su indolencia comenzaba a temer las resultas, y tomó aquellas medias medidas que son siempre la ruina de los negocios grandes[\[12\]](#).

A la vista de tal panoplia de coincidencias –a continuación veremos más– caben varias posibilidades de interpretación: 1/ Nuestros medios políticos y sociales no han cambiado nada en lo sustancial de sus mañas y prácticas picarescas; 2/ Se trata de constantes generalizables a otros muchos países y sociedades y por tanto no responden a una identidad hispana; 3/ La importancia de aquellas quejas y denuncias era muy puntual y relativa y, pese a ellas, no pasó nada. En realidad sí pasó y se dieron sucesos gravísimos: se perdieron las Indias; el país estuvo indefenso ante la invasión francesa; el desastroso siglo XIX nos regaló tres guerras civiles más infinidad de pronunciamientos; la desamortización fue un mero saqueo de las propiedades eclesiásticas, un quítate tú para ponerme yo (esperemos que algún sabio, o sabia, no infiera de este comentario que un servidor se pronuncia a favor del mantenimiento de abadengos, órdenes militares y todo género de beneficios eclesiásticos); la guerra civil del 36 selló la catástrofe general; y la industrialización en serio no llegó hasta el franquismo, por abreviar la lista; 4/ El conjunto de tales errores, más otros cuya mención se haría redundante, sí componen un corpus de especialidades españolas y su reiteración parece fundamentar la existencia, si no de un carácter nacional inmutable, cuando menos de unas tendencias recurrentes.

Nuestros sentimientos y reacciones de ahora mismo, a la vista de la prensa diaria y de los desaguisados que se nos tratan de endosar como normales y hasta beneficiosos, los vemos anticipados en más de dos siglos en las *Cartas Marruecas*, lo cual, más que llevarnos al descubrimiento de un eterno carácter español (de dos siglos de vida como mínimo), testimonia la

incapacidad de nuestra sociedad para modificar y corregir sus comportamientos, porque lo que Cadalso denuncia no es solo la política, sino a la sociedad misma. Y eso tiene peor arreglo. Los dengues y mohínes que hoy reputamos como posmodernos y de diseño, asoman en escritos de aquellos lejanos escritores:

—¿Tenéis por cierto que para ser buen patriota baste hablar mal de la patria, hacer burla de nuestros abuelos, y escuchar con resignación a nuestros peluqueros, maestros de baile, operistas, cocineros, y sátiras despreciables contra la nación; hacer como que habéis olvidado vuestra lengua paterna, hablar ridículamente mal varios trozos de las extranjeras, y hacer ascos de todo lo que pasa y ha pasado desde los principios por acá? [...] Reirase semejante nación del magistrado que, queriendo resucitar las antiguas leyes y austeridad de costumbres, castigue a los que las quebranten; del filósofo que declame contra la relajación; del general que hable alguna vez de guerras; del poeta que canta los héroes de la patria. Nada de esto se entiende ni se oye; lo que se escucha con respeto y se ejecuta con general esmero, es cuanto puede completar la ruina universal. La invención de un sorbete, de un peinado, de un vestido y de un baile, es tenido por prueba matemática de los progresos del entendimiento humano [...] romper los vínculos de parentesco, matrimonio, lealtad, amistad y amor de la patria, toda la moral y filosofía[13].

La expresividad y contundencia de aquellas denuncias nos ahorran y casi impiden añadir comentarios o condenas adicionales. Y como nuestro objetivo no es entrar en estas páginas en las presentes pugnas partidistas, no pondremos nombres y apellidos a esas acciones y actitudes fáciles de identificar en nuestro tiempo, fáciles de reconocer en esos textos del pasado, a veces reproducidos –no sé si consciente o inconscientemente– por autores contemporáneos. Dice Nicolás de Azara en 1800:

Lloro únicamente los males de mi Patria, la que teniendo tanta proporción para ser feliz está reducida al estado más miserable y a representar el último papel en la Europa, y a ser quasi ignominia el nombre español. Todo por ignorancia, avaricia, intriga, libertinaje de los que están a la cabeza del gobierno que sacrificarían diez Españas al menor interés personal. Ni creo que pueda suceder diferentemente porque los buenos o huyen los empleos, o los apartan de ellos no simpatizando con las máximas corrientes; y los que se buscan para ocuparlos son homogéneos a ellos, o se hacen presto a sus mañas...[14].

Si comparamos el fragmento precedente con el discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua pronunciado por Antonio Muñoz Molina en 1996, encontramos similitudes que no indican, necesariamente, copia o inspiración del segundo en el primero, sino tan solo repetición de situaciones, de frivolidades, de hartazgos: «Ahora que a todos nos quieren encerrar y subdividir en particularismos miserables, y que la palabra español es pronunciada en muchos lugares como un insulto o una acusación»[15].

Aunque, con frecuencia, las declaraciones y desiderata de nuestros intelectuales contemporáneos caminen con sordina por un sendero y la realidad de su vida circule a todo trapo por autopistas muy diferentes.

Jesús Torrecilla en una obra excelente que mencionaremos más adelante (*España exótica*)[\[16\]](#) desarrolla el cambio de la imagen de la identidad y en la conciencia nacional entre los siglos XVI y XIX. Con toda lógica, establece que la identidad que nos atribuimos o nos atribuyen no responde a datos objetivos sino a percepciones subjetivas y a menudo parciales, añadimos nosotros. En los dos sentidos de parciales: por fijarse en aspectos seleccionados del conjunto de la realidad y por moverse por interés de parte, generalmente motivaciones económicas, de distinción social o de ejercicio del poder. La idea, tan repetida, de escritores, políticos, divulgadores e incluso de algunos historiadores y antropólogos de endosar un determinado carácter al pasado partiendo de hechos presentes, o de explicar una manifestación social o folclórica actual mediante «pruebas» traídas por los pelos, no suele rebasar el ámbito del idealismo bienintencionado. Cuando lo hay: en otros casos se trata de meros vaivenes en el océano de prejuicios interesados. En alguna ocasión hemos referido cómo se intentaba hallar el origen verdadero de la sardana en las pinturas rupestres del abrigo de Cogull porque en ellas aparecen grupos de personas que, más o menos, ejecutan bailes rituales en círculo, los cuales harían remontarse a la noche de los tiempos el nacimiento de una de las banderolas preferidas del nacionalismo catalán. Torrecilla resalta el cambio de imagen, tanto entre los mismos españoles como del lado de los visitantes extranjeros: «La caracterización del español del XVI y XVII como grave, serio, orgulloso, reflexivo y amante del orden, tiende a ser reemplazada en el XVIII (aunque no llega a ser completamente sustituida) por la reiterada descripción de unos seres apasionados y frenéticos, desorganizados, extrovertidos e imprevisibles»[\[17\]](#).

Los ejemplos de Leonardo Donato (1573), Bartolomé Joly (1604), Antonio de Brunel (1665), Esteban de Silhouette (1729) vienen a coincidir en el carácter frugal, circunspecto, reservado, orgulloso, disciplinado, obediente, taciturno y resistente ante las adversidades[\[18\]](#) que adorna a los españoles. Pero la relación con otros grupos, a favor o en su contra, así como diversas condiciones que se modifican con el tiempo, acaban por hacer evolucionar o subvertir todo ese entramado de características. Así pues, resulta ocioso aclarar que esa no es la imagen actual corriente entre nosotros mismos. Y

entre los foráneos no digamos. A nuestro juicio, más interesante es dilucidar en qué periodo se fue produciendo el distanciamiento de aquel carácter «original», resaltando el contraste entre la visión jaranera, poco seria, inconsistente, burlona, más bien haragana y de gentes siempre dispuestas a incumplir promesas, como nada aptas para someterse a un orden y disciplina. Es la imagen reflejada, por ejemplo, en la película *La Kermesse heroïque* (1936) que, aparte de sus valores fílmicos, nos sitúa en Flandes durante el reinado de Felipe III en un momento de paz. La llegada a una pequeña ciudad de los temidos tercios provoca una serie de situaciones cómicas presentadas con maestría, buen tono y –¿por qué no decirlo?– simpatía hacia los españoles, enfrentados al miedo y las consiguientes truhanerías y embelecos de los indígenas para capear el temporal, que temen arrasador. Pero lo que en verdad ahora nos interesa de la cinta es la mezcla de elementos digamos posteriores (baile flamenco, gitanerías, algazara, juerga perenne) con otros muy en la línea apuntada por Torrecilla y que se corresponderían con lo esperable en la época (caballerosidad, santurronería, fraile fiscalizador..., pero también disciplina y orden en las tropas que, por cierto, se componían de españoles en una proporción minoritaria, como es sabido).

Sin embargo, cabe preguntarse si esa idea de rigor en el esfuerzo, condición adusta y reflexiva, graveza, etc., con que describen los extranjeros a nuestros antepasados, componía un retrato fiel de la realidad visible: de hecho, ¿eran así los españoles? ¿Todos por igual? ¿El carácter dominante se correspondía con la imagen también documentada por Torrecilla? Y antes, en los siglos XIV y XV, cuando ya se puede hablar con propiedad de «españoles», ¿era tan seria y cumplidora nuestra gente? De momento, solo mencionaremos algunos sucesos históricos incontrovertibles: en los mismos tercios, los regimientos compuestos por españoles eran los más indisciplinados y levantiscos, propensos a motines, frente a los alemanes, que solían ser quienes mejor obedecían y callaban cuando ni las pagas llegaban, y con esto no se entienda que caemos en el tópico del militarismo alemán congénito; en las naves armadas para las Indias, se sobornaba con frecuencia a los oficiales reales de la Casa de Contratación sevillana para que hiciesen la vista gorda y diesen por embarcados tripulantes, pertrechos, armas, víveres, etc., en realidad inexistentes; en las plantillas de las lanzas de acostamiento era corriente que figurasen como presentes –y cobrasen– personas que se hallaban a muchas leguas, práctica documentada, v. g., por el *Epistolario* del conde de

Tendilla[19], misma corruptela también reproducida en las Indias[20] más tarde y que venía de antaño, de las mesnadas medievales («Del engaño que se hacía al Infante en el sueldo que pagaba; e por eso mandó hacer alarde de la gente que tenía por ser certificado de la verdad...»[21]).

Pero hay más hechos de bulto que obligan a tomar con cierta duda la caracterización de los españoles como gente circunspecta y adusta: el profesor Ladero Quesada[22] señala en qué forma la Baja Edad Media contempla, junto con el desarrollo de las ciudades, la eclosión y proliferación de fiestas adaptadas a la vida urbana, aunque todavía fuera muy grande la interrelación con el mundo agrario, tan próximo. Y el fenómeno atañe por igual a toda la cristiandad, con lo cual, de nuevo, la peculiaridad identitaria hispana queda subsumida, como tantas veces, en un fenómeno social mucho más amplio del que participaba el conjunto de la población europea. Por otro lado, la gran literatura española, tanto medieval como del Siglo de Oro, nos muestra en sus facetas picaresca o burlesca unas tipologías humanas no solo complejas y diversificadas sino dotadas de prendas que se compadecen mal con las graves y hasta lúgubres descripciones de los extranjeros, desde el *Libro de buen amor* a *La Celestina*, pasando por *La lozana andaluza* y continuando con toda la golfería, desparpajo y desórdenes varios reflejados en la picaresca de los siglos XVI-XVII. Amén de la obra epigramática de autores tenidos por cimeros en nuestra literatura –y lo son– que traslucen o exhiben a las claras una vena lúdica, dicharachera y festiva poco acorde con la imagen del caballero de Santiago vestido de negro, con la cruz al pecho y eterna cara de úlcera de estómago (Alfonso X[23]; Pero López de Ayala[24]; el conde de Paredes[25], más conocido como «el padre de Jorge Manrique»; Sebastián de Horozco[26]; Góngora[27]; Quevedo[28], etc.).

¿No estarían los viajeros foráneos reproduciendo *ad infinitum* el estereotipo del español serio y caviloso porque esa era la imagen que se entendía y se esperaba fuera, del mismo modo que a partir de los siglos XVIII-XIX se espera la contraria? Como sucede con todos los tópicos, la plantilla se basaba, sin duda, en hechos y personas reales, pero también en observaciones tomadas de oídas, o *de leídas*. Si espigamos ejemplos, en uno u otro sentido pueden pintarse retratos más que contradictorios, con lo cual fuerza sería colocar entre paréntesis la idea de un carácter español, ni siquiera tomado sincrónicamente, si bien se repiten características –esto parece innegable– dignas de tomarse como constantes: la ignorancia, en vez de tenerse por

estigma vergonzoso, se convierte en motivo de orgullo[29] y divisa colectiva, desde tiempos lejanos hasta muy recientes incitaciones a aprobar la Constitución europea («porque lo piden los que saben», sentenciaron Los del Río); el orgullo excesivo, tan comentado por forasteros, aún colea como vía de escape para eludir el razonamiento y los derechos ajenos, aunque la omnipresencia de los intereses económicos lo dejó muy tocado desde que los españoles descubrieron la prosperidad y ya pocos de nosotros suscribirían la declaración «Dyxo que mas quería com estava estar, // que el rreygno de Espanna a Frrançia sojuzgar»[30], dada la presente despreocupación y hasta mofa de los asuntos comunes; las miradas retrospectivas hacia el pasado se han fosilizado en una retórica de utilización política para rellenar sesiones en que los protagonistas no tienen argumento alguno, pero sabemos que «la apelación al pasado, por sí sola, nunca crea ni garantiza el futuro, aunque debe tenerse muy en cuenta, y menos cuando se ha entrado irreversiblemente en un nuevo sistema de relaciones sociales que ha de enriquecerse construyendo sus propias concepciones y formas de lo festivo»[31].

Las llamadas o comparaciones, más bien plañideras, con lo pretérito que hallamos sobre todo a partir del XVIII, disponían de antecedentes –algunos de los cuales hemos mencionado– pero respondían a la invasión de modos y modas franceses que las clases altas habían abrazado con entusiasmo, tanto por significar la imitación de la potencia hegemónica, traída de la mano de la familia Borbón reinante en ambos países, como por constituir la modernidad posible a la sazón. Muebles, ropa, música, danza, comidas, literatura se vuelven copias más o menos afortunadas de las francesas. Pisaverdes y lechuguinos, niñas bobas y madamas postizas se esfuerzan por parecerse a los modelos importados. Hasta la lengua, en muchos casos de manera natural (importación de técnicas, ideas u objetos nuevos, como siempre había sido: Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias* incorpora 400 indigenismos y nada de malo había en ello) y en otros por puro esnobismo y cursilería, intenta plegarse al afrancesamiento de los poderosos. Con tal motivo, también se extienden las críticas y parodias de quienes resisten a la bobería innecesaria, aunque quizá inevitable. Feijoo[32] describe bien el panorama: «algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que prefiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él, salpican la

conversación, aun cuando hablan en castellano».

Y en ese mismo diagnóstico insiste Cadalso[33], añadiendo fragmentos paródicos que no tienen desperdicio[34]:

Hoy no ha sido día en mi apartamento hasta medio día y medio. Tomé dos tazas de té. Púseme un desabillé y bonete de noche. Hice un tour en mi jardín, y leí cerca de ocho versos del segundo acto de la Zaira. Vino Mr. Lavanda; empecé mi toaleta. No estuvo el abate. Mandé pagar mi modista. Pasé a la sala de compañía. Me sequé toda sola. Entró un poco de mundo; tiré las cartas; jugué al piquete. El maître d'hotel avisó. Mi nuevo jefe de cocina es divino; él viene de arribar de París. La crapaudina, mi plato favorito, estaba delicioso. Otra partida de quince: perdí mi todo. Fui al espectáculo; la pieza que han dado es execrable; la pequeña pieza que han anunciado para el lunes que viene es muy galante, pero los actores son pitoyables...

La preocupación ante la injerencia extranjera también se daba entre los españoles de América y así lo manifiestan cuando viene a cuento. Alonso Carrió, alias Concolorcorvo, en un pasaje que resumimos, ridiculiza el prurito y pose de usar extranjerismos sin sentido: «hacerse él mismo los bucles y aloxarse en un cabaret a comer solamente una grillada al medio día, y a la noche un trozo de vitela y una ensalada»[35].

Ante la intromisión de costumbres francesas las reacciones no se hacen esperar y mientras por un lado, se intenta la resurrección o subsistencia de las prácticas de las dos centurias anteriores, en una solución que J. Torrecilla denomina tradicionalista, confiando así en recuperar el pasado glorioso y fuerte, como si tales vueltas a los orígenes tuvieran algún viso de realismo (algo muy semejante pretenden en la actualidad los musulmanes), por otra parte surge «el majismo o aplebeyamiento, que identifica lo español con el pueblo bajo y los grupos marginales»[36]. La segunda respuesta, triunfante en distintos grados desde entonces, se nutre de elementos rurales –con exaltación de localismos que hoy en día han llegado a crearnos un conflicto de cohesión nacional mediante la promoción desaforada de nimiedades o rasgos secundarios–, de los bajos fondos y de los sectores menos ilustrados de la sociedad. En ese tiempo se pasa del modelo *castellano* –que podría ser inspirador, según la superficial imagen que *ahora* tenemos de la Castilla del XVI, del retrato sobrio, adusto y reservado– al arquetipo *andaluz*, con toda su secuela de antihéroes, bulla y siesta perenne. Obviamente, esta es una mera interpretación a través de modelos literarios, que no hay por qué admitir al pie de la letra, máxime cuando los hechos visibles, a menudo, discurren por otros derroteros. En todo caso, a fines del XVIII la monarquía católica da síntomas de no poder mantener por más tiempo el imperio ultramarino, si

bien todavía faltaba el empujón final que Napoleón propinó. La sucesión de motines, rebelión de comuneros o indígenas, en Nueva Granada, Ecuador, Paraguay, Alto Perú, etc., marcan a lo largo de toda la centuria un agotamiento general en las Indias que, en la Península, no tuvo al menos el contrapeso de movimientos campesinos o de una revolución industrial incipiente (Wellington, *que venía a ayudar*, destruyó tanto como los franceses durante la llamada Guerra de la Independencia), ni de una regeneración cultural suficiente. Los esfuerzos de Carlos III y sus ministros no bastaron, y al iniciarse el XIX, España constituía un auténtico garbanzal para viajeros ávidos de rarezas y exotismo de consumo. El consumo entonces posible, sobre todo por medio de la lectura: en París, Londres o Berlín, claro.

[1] S. Fanjul, *Al-Andalus contra España*, pp. 1 y ss.; *idem*, *La quimera de al-Ándalus*, p. 7.

[2] D. Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, p. 134.

[3] *Ibidem*, p. 254.

[4] J. Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, I, p. 165.

[5] A. Ponz, *Viaje de España*, vol. 4, tomo XVI, p. 367.

[6] J. de Barrionuevo, *Avisos*, vol. I, p. 103, 13 de enero de 1655.

[7] *Ibidem*, 20 de marzo de 1655.

[8] *Ibidem*, 15 de abril de 1656.

[9] *Ibidem*, 1 de mayo de 1655.

[10] *Ibidem*, 24 de abril de 1658.

[11] J. de Cadalso, *Cartas marruecas*, p. 205.

[12] N. de Azara, *Memorias de Nicolás de Azara*, p. 322.

[13] J. de Cadalso, *cit.*, pp. 283 y 296.

[14] N. de Azara, *cit.*, p. 316.

[15] A. Muñoz Molina, Discurso en la RAE el 16-6-1996, citado en *Diario 16*, 17-6-1996.

[16] J. Torrecilla, *España exótica. La formación de la imagen española moderna*.

[17] *Ibidem*, p. 3.

[18] *Ibidem*, p. 12.

[19] C. de Tendilla, *Epistolario*, pp. 506 y 206.

[20] J. Albi, *La defensa de las Indias (1764-1799)*, p. 19.

[21] Crónica de don Juan II, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, vol. II, p. 289.

[22] M. Ladero Quesada, *Las fiestas en la cultura medieval*, pp. 25-26.

[23] M. Rodrigues Lapa, *Cantigas d'escarnho e maldizer*, pp. 1-67.

[24] K. R. Scholberg, *Sátira e invectiva en la España medieval*, pp. 181 y ss.

[25] J. A. Bellón y P. Jauralde, *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*, p. 87.

[26] J. López Barbadillo, *Cancionero de amor y de risa*, pp. 65 y ss.

[27] *Ibidem*, pp. 75 y ss.

[28] *Ibidem*, pp. 79 y ss.

[29] J. Torrecilla, *cit.*, p. 87.

[30] *Poema de Fernán González*, p. 39.

[31] M. Ladero Quesada, *cit.*, p. 15.

[32] B. J. Feijoo, *Teatro crítico universal*, I, p. 212.

[33] J. de Cadalso, cit., p. 201.

[34] *Ibidem*, p. 171.

[35] Concolorcorvo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, p. 45.

[36] J. Torrecilla, cit., p. 177.

II.

La invención de Carmen: ellos y nosotros

*Por farto non se siente
Sin otro ser fanbriento;
Nin rrico, si otra gente
Tiene sostenimiento.*

(Sem Tob de Carrión, *Proverbios morales*).

Cuando George Borrow –alias don Jorgito *el Inglés*– cruza la raya de Portugal el 6 de enero de 1836, en plena guerra carlista, suelta el torrente de sus pensamientos por estar, al fin, cumpliendo el sueño de colmar el «ansia de llegar a la romántica, a la caballerisca y vieja España»[\[1\]](#); y de inmediato desencadena un maremoto de comentarios, alusiones, opiniones, anécdotas y juicios chuscos (no en su intención) sobre el país soñado y acerca de cuantas expectativas albergaba, que consiguen abrumar al lector. Borrow, por su desmelenamiento e hipérbolos, es un ejemplo excelente para iniciar el desfile de desmadrados y peor o mejor informados viajeros; no hay que tomarle al pie de la letra, pero tampoco despreciarle, porque al menos en un aspecto es digno de aprecio: representa fielmente el tono y el pulso sostenido de esta subespecie de escritores que dedican a España sus páginas, con más entusiasmo que rigor, entregados mil veces a la fantasía y perdidos ya los pujos de objetividad discursiva para reflejar lo que se veía, de bueno y de malo, aún detectable en los predecesores que recorren el país antes de la Guerra de la Independencia. El avance del movimiento romántico, unido a las convulsiones y apasionadas muestras de barbarie vividas por propios y extraños durante la invasión francesa, no pudo por menos que exacerbar impulsos y desvaríos en gentes con las alforjas repletas de hadas y fantasmas y escasas ganas de vaciarlas: «¡Una tierra romántica llena de ruinas moriscas y cuadros de Murillo!», había sentenciado ya el joven Benjamin Disraeli en 1830[\[2\]](#) marcando una ruta infestada de luchas con bandidos en Ronda –o eso contó–, de dengues y mimos en el lenguaje del abanico, de ferviente amor por Cádiz y por las corridas de toros, por la siesta y la salsa de tomate, que no llevaría mucho circulando. La difusión de sus cartas en un extenso círculo familiar y de amigos pudo contribuir a la extensión de dos de los grandes mitos de España: el morisco (o más bien, moruno) y el del sur.

La declaración de intenciones de Borrow es de claridad meridiana, amén de

su tarea de proselitismo protestante: «España, tierra de antiguo nombre, tierra de maravillas y de misterios, en condiciones tales para conocer sus extraños secretos y peculiaridades como quizá a ningún otro individuo le hayan sido nunca dadas, [...] aprender su noble idioma y a conocer su literatura (apenas digna del idioma), su historia y tradiciones...»[3]. Obviamente, le interesa el vehículo para su misión redentora, pero no la ideología, ni la sociedad, ni los cánones estéticos reflejados y afirmados en la literatura, pues, sin remedio, él –y casi todos los demás– verán a España a través de sus propios moldes y arquetipos culturales, como no podía ser de otra forma. Y reconocer los méritos profundos de la cultura española, más allá de superficialidades apasionadas, implicaba relativizar la validez de su propia visión. En toda esta producción literaria la dialéctica entre «ellos» y «nosotros» es continua y resulta indiferente que nos ubiquemos a uno u otro lado de la zanja, esta subsiste y lo único deseable es que en ella no proliferen los sapos. Conformémonos, pues, con la cosecha de ranas. Por consiguiente, desde las primeras boqueadas don Jorgito despliega la galería de tipismo fácil: gitanos; lobos en el monte; judíos encubiertos; ejecución por garrote nada más entrar en Madrid; toreros y guitarristas... Este hombre no deja respirar. Incluso cuando parece abrir su pensamiento para manifestar sus preferencias, estas van... por los gitanos, sin que falte la alusión a uno de los motivos recurrentes entre extranjeros sobre españoles, ya en tiempos anteriores a don Jorgito: su carácter taciturno, como veremos más adelante. En efecto, asegura: «los gitanos, con quienes me encontraba más a mis anchas que con los silenciosos y reservados hombres de España; medio siglo puede estar un extranjero entre españoles sin que le dirijan media docena de palabras, a no ser que partan de él los primeros pasos para intimar y aun así puede verse rechazado con un encogimiento de hombros y un *no entiendo*»[4].

No solo es difícil cribar y someter a discusión todas y cada una de las afirmaciones, chascarrillos y cuentos que refieren los viajeros, tampoco sería muy útil, porque el esfuerzo vendría a corroborar, en caso de tener éxito, algo obvio como es la mayor o menor simpatía con que unos u otros veían a los indígenas. Más bien el panorama general quizá ayude a calibrar hacia dónde se inclinaba el fiel de la balanza y qué rumbos de pensamiento dominaban en los forasteros respecto a España y por ende en sus países. Claro que relatan lances amables o emiten opiniones aprobatorias, por ejemplo Richard Twiss – uno de los más enganchados con el país– cincuenta años antes de Borrow

declara: «... gracias a la ventaja de estas excelentes instituciones [los hospicios], ninguna madre débil puede tener la tentación de acabar con la vida de su hijo: un crimen antinatural cometido con demasiada frecuencia en países que se arrogan el mérito de ser más civilizados. Italia también cuenta con muchos de estos hospicios»[5], poniendo el dedo en una de las más feas llagas de la Europa del norte hasta el siglo XIX, el infanticidio como control de la natalidad; o Richard Ford reconoce que cincuenta años antes de él –o sea, en tiempos de Twiss– «España estaba mucho más avanzada» en numerosos aspectos materiales como transporte, técnicas agrícolas, etc., que Inglaterra, en tanto los Caminos Reales –las carreteras de primera, digamos– habían sido bien construidos y podían considerarse mejores que muchos de Francia[6]. Dejando aparte la mejor intención, tal vez, hacia España, o la peor hacia Francia, o la exageración de valorar algo que no conoció en directo por tratarse de hechos anteriores en medio siglo, lo que sí parecen sugerir aseveraciones como estas, no poco comprometidas, es una cierta búsqueda de objetividad y de tolerancia comprensiva hacia alguien y algo que se saben inferiores o, como mínimo, en un escalón humano o social más bajo.

Borrow, con razón o sin ella, venía escocido de Portugal: por sus bandidos, que nada le hicieron, caso de existir; por su lengua, a la que denomina «agrio dialecto», contrapuesto al «espléndido idioma de España»[7]; por el desagrado hacia Inglaterra, que no solo «ha salvado» al país sino que «se han obligado, por un tratado de comercio a beber sus vinos, tan ordinarios y adulterados que en ninguna parte los quieren»[8]; por la vileza de un afrancesado cochero portugués («... estas gentes dicen de su país todo el mal posible; y yo tengo la opinión fundada en la experiencia, de que un individuo capaz de tal bajeza no vacilará en cometer cualquier villanía, porque después del amor a Dios, el amor a la patria es el mejor preservativo contra el crimen»[9]). Un reguero de razones que le inducen en la elección entre los vecinos peninsulares a decantarse sin dudas a favor de los españoles y es en balde someter a crítica tan arbitrarios sentimientos. Aunque los fervores hispanos se basen en galopadas de su fantasía, en historietas poco consistentes o en discursos pseudohistóricos de escasa seriedad, empezando por la geografía y el paisaje, así el Sistema Central «tiene sus secretos, sus misterios. Muchas cosas singulares se cuentan de esas montañas y de lo que ocultan en sus profundos escondrijos»[10] y Finisterre es

esa costa salvaje, lo primero que percibe de España el viajero procedente del norte o el que surca el ancho océano, responde muy bien, por su apariencia, a la idea que de antemano se tiene de tan singular país. «Sí, –exclama el viajero–, esta es España, sin duda alguna; la inexorable, la rígida España; esta tierra es un emblema de los espíritus que en ella han visto la luz. ¿De qué otra tierra podían salir aquellos seres prodigiosos que aterraron al Viejo Mundo y llenaron el Nuevo de sangre y horror? ¡Alba y Felipe, Cortés y Pizarro, severos y colosales espectros!»[\[11\]](#).

Inútil explicar que ninguno de los aludidos era gallego o que los acantilados y farallones de las costas británicas son más abruptos que el litoral de Galicia, incluida la Costa da Morte de la que está hablando, porque su verborragia no ha de pararse en semejantes futesas.

El tono subjetivo y arbitrario, concesivo y tolerante a ratos, no tarda en asomar la oreja y mostrar la actitud real del visitante: España es un excelente término de comparación para reforzar no solo la veracidad de sus ideas sobre el país, sino también, y esto es más importante, su propia superioridad y la animadversión de fondo hacia una gente que hasta la víspera había sido enemiga acérrima de la suya durante dos siglos largos. Mofarse de él o esbozar condescendencia tras la derrota final de España (se acababan de perder las Indias, en gran medida por la intervención inglesa), después de las dos invasiones francesas y en plena bancarrota económica, con una guerra civil en marcha por un motivo tan exótico –hoy nos lo parece– como la sucesión al trono, constituía satisfacción y provecho para el alma de viajeros y residentes. En general, puede afirmarse que esta actitud hipercrítica o despectiva es más propia de ingleses y franceses (los demás suelen matizar más o mostrar menos soberbia aleccionadora), sin que fuera ninguna casualidad el hecho de que ambas naciones habían sido las principales rivales de la nuestra en tiempos anteriores pero cercanos. Tampoco puede considerarse paranoia victimista afirmar que desde aquellos viajeros de la década de 1830 hasta nuestros días, tanto franceses como ingleses no han omitido muestras de hostilidad o desprecio en cuantas ocasiones se han presentado, aunque hoy en día los procedimientos bélicos intraeuropeos, al parecer, ya no se usen por poco prácticos. No es solo la perenne estaca de Gibraltar (que a los españoles importa bastante poco, todo hay que decirlo), la prensa inglesa desempolvando el fantasma de la Invencible ante cualquier conflicto hispano –ni siquiera con ellos: recuérdese el caso del fletán con Canadá, o el más reciente de la niña Madeleine con Portugal–, la actitud abiertamente hostil de presidentes franceses (Giscard, Mitterrand, Chirac) o el simple obstruccionismo para mejorar las comunicaciones por los Pirineos

cuando no la vista gorda con la ETA, son posturas reveladoras de algo más que folclóricos resquemores del pasado o rivalidades provisionalmente saldadas en un partido de fútbol.

Wellington nos aclara mucho las ideas sobre el alcance de su ayuda, tan cantada por Borrow: «Los españoles gritan ¡viva! y juran que mi madre es una santa y que nos quieren mucho y que odian a los franceses, pero son en general los individuos más incapaces del mundo para hacer un esfuerzo; los más presumidos e ignorantes... Parece, a veces, que están todos borrachos y piensan y hablan de una España que no existe [...] no puedo decir que los oficiales no hicieran lo que debían, excepto huir». Como contrapunto, el general inglés alaba a las guerrillas, sobre todo cuando las mandaban oficiales ingleses[12]. Y en la misma tónica, pero cercana al cotilleo, se producían las damas inglesas residentes en España al censurar las procacidades, descocos y golferías de las celtíberas[13]: ¡cómo debían aburrirse aquellas viejas puritanas, para que luego digan de nuestras beatas vestidas de negro!

Richard Ford (Londres, 1796-1858), una de las principales fuentes de referencia, se proclamaba amante e investigador de *las cosas* de España hasta el extremo de hacer tallar en su tumba el epitafio *Rerum Hispaniae Indagator Acerrimus*, vino a España en 1830, donde pasó el tiempo entre Sevilla y Granada en compañía de su esposa Harriet, pintores ambos. Se alojó en la Torre de las Damas de la Alhambra y realizó unos 500 dibujos. De regreso en Inglaterra, en 1833, se construyó en Exeter una casa de estilo «árabe-andaluz» con materiales robados en la Alhambra y a partir de 1837 se aplicó a escribir artículos y el *Manual para viajeros por España y lectores en casa* (1845) donde reunía información acopiada por escritores precedentes pero homogeneizando y dando unidad al conjunto. Este libro sirvió de base para las actuales guías azules, pero pese a que cabría esperar –y exigir– una objetividad y sobriedad expositivas, el autor, aunque con menos delirios que Borrow, no refrena los comentarios cáusticos y negativos. Obviamente, no le negamos el derecho a criticar cuanto estime conveniente, pero tampoco sus escritos son la palabra de Dios y pueden ser objeto de discusión y constituyen una interesante guía, por repetitiva, de opiniones y actitudes ajenas:

este temor a ver descubierta su verdadera situación agudiza su suspicacia natural, sobre todo cuando los extranjeros quieren examinar sus desabastecidos arsenales y cuarteles o el mendicante estado de sus instituciones [...], el decir toda la verdad, que entonces se convierte en una calumnia, porque incluso el más justo relato sobre la situación de España tal y como es, sin añadir nada

malintencionado, herirá el amor propio del indígena[14].

Los españoles de entonces andaban sobrados de razones para tener la sensibilidad a flor de piel y si venía un forastero a darles lecciones, lo más fácil es que reaccionaran mal, sobre todo si el místico cantaba las riquezas naturales de España que «bajo el dominio de los romanos y los moros parecía un Edén, un jardín de la abundancia y las delicias», en tanto *los españoles* las habían arruinado y echado a perder convirtiendo todo en «abandono y desolación»[15]. Los estereotipos presentados en forma de caricatura se utilizan para ofrecer una imagen bufa de virtudes o hábitos que –sabemos– actúan de muy variada manera, según los casos. Tal, la ceremoniosidad y excesos de cortesía, pese a que los modos (los malos modos) contrarios proliferan ayer y hoy y los mismos viajeros lo señalen. Es arriesgado asegurar que el nuestro sea un país especialmente bien educado y amable; más bien la impresión de múltiples forasteros, en especial hispanoamericanos, es la opuesta, sensación que vivimos nosotros y así lo recoge la literatura costumbrista de principios del XIX. La franqueza, «a la pata la llana», «al pan, pan y al vino, vino» y otras muchas son expresiones que encubren y delatan a un tiempo una tendencia a tomarse confianzas y a ocupar espacios que nadie ha concedido. El actual tuteo no pedido es la guinda que corona tan abusiva llaneza, pero, en principio, esas incursiones contra la consideración debida a otras gentes no tienen por qué excluir un comportamiento ambivalente, hasta en la misma persona, que esperaría para sí lo que no está dispuesta a dedicar a los demás. Sin embargo, el tono de burla, o al menos irónico, de estos ingleses descarta cualquier veleidad de aprecio, en el fondo lo estiman prueba de un carácter infantil fácil de embaucar con un mero gesto grandilocuente, vale decir: los españoles son idiotas. «Dispense usted, caballero», habría interpelado Borrow a un mendigo que le responde con idéntico tratamiento[16], porque «recordé haber *leído* [la cursiva es nuestra, S. F.] que el mejor modo de conquistar la voluntad de un español es tratarle con ceremoniosa cortesía. Eché, pues, pie a tierra y, quitándome el sombrero hice una profunda reverencia...»[17]; también Irving, llevándose la mano al chambergo «tranquiliza el orgullo español»[18], claro que al gesto sigue la zanahoria («pasamos la petaca y encendimos nuestros cigarros, nuestra victoria era completa»). Mas la ignorancia y simpleza de los interlocutores es tanta que un miliciano *nacional* en un pueblo extremeño llega a dedicar «una

profunda reverencia y un saludo con la gorra» a la firma de Palmerston que avalaba el pasaporte de Borrow porque, en definitiva, se trata de marcar la superioridad inglesa y su aceptación por parte española («Todas las clases sociales consideran un cumplido el que un extranjero, y sobre todo un inglés, condescienda a compartir su comida»[19]), lo cual enlaza de lleno con los excesos patrióticos de no pocos viajeros a la mínima ocasión, en especial desde que España –ya en el XIX– se encontraba en inferioridad material y técnica. Y el modelo vuelve a ser Borrow, que alcanza el paroxismo en su canto a Inglaterra al visitar Gibraltar[20], donde entona un panegírico que, dedicado a otro país, sería ridículo, pero que, al referirse al suyo, entra en el terreno de lo grotesco, si bien esta suerte de pomposas extremosidades a la sazón eran corrientes. Así se expresa: «los centinelas de casaca roja iban y venían, fusil al hombro, marcando el paso. No se detenían un momento, no ganduleaban, no reían ni bromeaban con los transeúntes; su porte era el propio de soldados británicos, conscientes de los deberes de su situación. ¡Diferencia va de ellos a los abandonados haraganes que montan la guardia a la puerta de cualquier ciudad española con guarnición!».

Solo por el aspecto ya comienzan los contrastes: «su ancho semblante, coloradote y placentero como de buen inglés»[21]; «conocí en su rostro que mi interlocutor no era inglés»[22], pese a lo bien que se expresaba en su idioma, aunque la vanagloria de Inglaterra brilla más en labios de terceros (en Pitiega, poblado de Salamanca, el cura canta los loores de Wellington, un «semidiós»[23]; y en La Coruña, «espantosa ciudad», un piamontés lamenta «no oír ni una palabra del bendito idioma inglés»[24]). Ford insiste en la exaltación retórica de su país, tan del gusto romántico («... aquí están esos mares en los que se reflejan las glorias de Drake, Rooke y Nelson, y esas llanuras santificadas por las victorias del Príncipe Negro, Stanhope y Wellington: y ¿qué peregrino inglés dejará de visitar esos lugares o se sentirá indiferente a la *religio loci* que inspiran?»[25], mientras Borrow[26] execra la ingratitud española hacia Inglaterra, tras expulsar a los franceses, por haberse llegado a estorbar la penetración del comercio inglés y hasta elevado tedeums de gracias por la salida de las tropas británicas: intolerable. Pero donde la santa cólera de don Jorgito estalla incontenible es en Portugal: «No pude dominarme al oír tratar con injusticia a mi gloriosa tierra. ¿Y por quién? ¡Por un portugués! Por un hijo del país libertado de horrible esclavitud dos veces gracias al esfuerzo inglés»[27].

Sin embargo, si hay un capítulo en que los viajeros del norte de Europa –y de manera especialísima los ingleses– enseñan sin rebozo sus pretensiones de superioridad (¡Tienen la Verdad divina!) es la mucha y muy machacona atención que prestan a la conversión de España al protestantismo, a ser posible en versión anglicana, que estiman clave para la regeneración del país y, por el momento, manifiesta prueba de la inferioridad hispana, mientras los indígenas no abrazaran la verdadera religión, que era la suya. Italianos y franceses difieren en este aspecto, bien por ser ellos mismos católicos o bien porque la mediterraneidad les confiere una visión más abierta y próxima de los fenómenos, aunque tampoco faltan en sus escritos condenas al crédulo fanatismo (que daba pie para otras condenas), a las formas de religiosidad popular o a la interpretación de la historia de España según las estrictas pautas de la Leyenda Negra, cuya veracidad indiscutible se percibía en los resultados a la vista: un país material, técnica y económicamente atrasado. Los errores y nocivos efectos de actuaciones políticas y administrativas en esos campos servían para extraer amplísimas consecuencias morales y de fe, de suerte que el extravío religioso hispano (y portugués) se convertía en causa y no en mero acompañante de la decadencia. No se puede negar el control ideológico de la Iglesia, que lastró el surgimiento de movimientos campesinos y dificultó el desarrollo científico, pero cuando estos viajeros asoman por España, la Inquisición o estaba muy debilitada o ya no existía; empero, ellos siguen prendidos a su recuerdo como huérfano a la teta, por constituir manantial inagotable de argumentos de fácil venta en los países del norte.

Albert Edelfelt –finlandés, visitante entre el 9 de abril de 1881 y el 12 de mayo del mismo año– no es de los peores: amén de buscar «lo verdadero» español, con la consiguiente caída en todos los tópicos imaginables, refleja bien sus prejuicios de fe, como buen luterano (Felipe II, El Escorial, la Inquisición), aunque sin llegar a las irracionalidades de Borrow. Su actitud receptiva de artista no le permite confundir la Inquisición con el uso de pasaportes para controlar a los viajeros, como hace Ford[28]; ni proponer, por correcta, la denominación «padre chacal» para aludir a frailes y curas católicos[29]; ni exhibir una tolerancia displicente que con dificultad podía experimentar Ford[30] («... con el fin de no ofender a sus hermanos más débiles, todo protestante que tenga un mínimo de consideración debiera manifestar de la misma manera un respeto exterior ante este Santísimo [en el

Sagrario] de los indígenas»). Pero el reverendo Manning, en pleno siglo XIX y sin cortapisas psicológicas como Ford, teoriza marcando bien el camino: «Durante tres siglos España ha sufrido las penas derivadas de su esclava sumisión hacia Roma [...] solo el Evangelio puede rescatar a España de la degradante esclavitud del pasado que todavía la preserva de los excesos licenciosos que puede traer una reacción infiel... Miles de ellos se han liberado del yugo de Roma y profesan el protestantismo. Si hay una seria y racional libertad de religión, hay esperanza todavía para España»[31].

Es el mismo discurso de todos los clérigos ingleses, o similares, que –sin hacer caso alguno a las ideas de Ford– manifiestan escaso respeto por el Santísimo: «Ninguna de las diversas prácticas religiosas, de las que esta ciudad abunda [Cádiz], me parece más absurda a mí ni más solemne a sus habitantes que la procesión del Santísimo a las casas de los enfermos cuando se acerca la hora de la muerte», dice William Jacob[32]. El mismo autor trasluce su sorpresa ante el anticlericalismo que acompaña, de palabra por entonces, al apego a rituales y ceremonias litúrgicas[33] y en abierto contraste con la poca importancia que esas gentes dedicaban a la Inquisición (a la sazón, todavía vigente) en vez de considerarla una gran calamidad[34], pero si él estima la conducta de los frailes paradigma de «indolencia, voluptuosidad y libertinaje», obviamente el corolario que se ha de extraer es la ineludible disolución de tan nocivas instituciones, «si alguna vez los españoles son representados en las Cortes» [habla desde el Cádiz de la guerra contra los franceses][35]. Y tras emitir tan honrados deseos proclama con gran naturalidad y desparpajo la ley del embudo, según los beneficiarios sean anglicanos o católicos:

la parte más importante de los ingresos eclesiásticos procede de los diezmos, cuya colecta se hace mucho más concienzudamente que en cualquier otro lugar de Europa. Al describir el rigor con que se aplica el sistema o al señalar los males a que da lugar, debo observar que no hay nada más lejos de mi intención que hacer extensivas mis observaciones al clero inglés. Todo lo que se pueda decir a favor de esta clase social, merecedora de todos mis respetos, siempre que su antiguo derecho a los diezmos se cuestiona, no se puede sostener, con la misma verdad, a favor de un grupo de hombres que bajo la pretensión del celibato se ha aislado del resto de su especie para practicar los vicios de la lujuria y el libertinaje con mayor impunidad[36].

La ejecución de un reo da pie a Borrow para explayarse sobre el «pasmoso ejemplo del sistema papista» que se esforzaba en mantener al pueblo «todo lo apartado que podía de Dios»[37], que no circulase entre el pueblo el Evangelio constituía un auténtico «oprobio para España»[38], pues su

regeneración dependería de ese empeño, noble misión que solo corresponde a Inglaterra[39], lo que habría impelido a don Jorgito a «borrar del alma de los españoles alguna de las impuras manchas dejadas en ella por el papismo»[40]. Así pues, se pone manos a la obra con el apoyo de mister Villiers, embajador inglés, para «mejorar el estado político y moral de España»[41]. Observaciones de este tono proliferan a lo largo de la obra del inglés, entre inevitables *excursus* teorizantes con pretensiones de enderezar el esqueleto de sus ideas, esquemáticas, arbitrarias y no poco contradictorias, pues por un lado debe salvar a «España» en abstracto –como tantos otros– con el pie forzado de acomodar a sus ideas y objetivos la imagen de país tan anómalo. Y por otro, la propia anormalidad –injustificable a sus ojos– era uno de los puntos más atractivos de su viaje y de su libro. En consecuencia, retorcer los argumentos se convertía en paso obligatorio que muchos viajeros debían dar, mal de su grado. Aunque la agresividad en la tabarra proselitista alcanza el cenit en su viaje a través de Portugal (escándalo y burla por un escapulario[42], hipocresía holgazana de los frailes en Évora[43]; comerciante lusitano que expresa su «profunda aversión al sistema papista»[44]; negación a los portugueses de la misma condición de cristianos...[45]), muchas ciudades españolas no se libran del anatema cuando Borrow encuentra resistencias a sus evangélicas ventas, acompañada la condena de un aluvión de insultos a la gente y desprecio hasta por el arte sacro, que debería entender y ver próximo, por mucho que rechazase las creencias ajenas. De tal guisa, en Astorga «no encontré librero ni persona alguna dispuesta a encargarse de vender mis Testamentos, la gente era brutal, estúpida y grosera»[46]; «las espesas tinieblas que envuelven a León son verdaderamente lamentables»[47]; «Lugo cuenta unos 6.000 habitantes. Carece de edificios notables: la misma Catedral es de poca importancia»[48]; el piemontés Luigi, en La Coruña, añora las cervecerías inglesas y asegura no haber topado nunca malas gentes en Inglaterra, excepto unos *papistas*[49]. Y también endosa a los *papistas* su requisitoria desde Tánger, por adorar imágenes en vez de producirse como los moros, que las omiten[50].

Globalmente, la literatura inglesa –por su difusión y por la preeminencia política, económica y militar de Gran Bretaña y la rampante de Estados Unidos– fue decisiva en el éxito y extensión de la romántica moda española, desde las leyendas moriscas granadinas al romancero, la historia medieval y el teatro de Calderón y Lope de Vega, sin olvidar al ingenioso y andante

caballero de Cervantes. Buen ejemplo de todo ello son las *Ancient Ballads from the Civil War of Granada* (Thomas Rood, 1803); *Count Julian* (Walter Savage Landor, 1808-1811); *Roderick, the Last of the Goths* (Robert Southey, 1814), *A Very Mournful Ballad of the Siege and Conquest of Alhama* (Lord Byron, 1816); *The Angel of the World: An Arabian Tale* (George Croly, 1820); *The Moor* (1825), y *Don Pedro, King of Castile* (Henry J. G. Herbert, 1828), o *Leila, or the Siege of Granada* (Sir Edward G. Bulwer-Lytton, 1838); y sobre todo *La conquista de Granada* (1828) y los *Cuentos de la Alhambra* (1832) de Washington Irving [51].

Sin embargo, fueron los franceses (viajeros, escritores, comerciantes, diplomáticos), por obvias razones de proximidad, quienes más contribuyeron al nacimiento y difusión del mito de Carmen, entendiendo por tal la falsificación de la imagen de España, de sus antecedentes de vario signo y de sus adherencias mejor o peor armadas. La rivalidad histórica, la inmediatez geográfica, la afluencia de peregrinos a Santiago o, simplemente, de franceses pobres, tenían que acabar en la elaboración de toda una teoría de España que nuestros vecinos coetáneos insisten en alimentar sin replantearse siquiera que *las cosas* pueden ser de otra manera, al menos en parte: una vez creada *la verdadera* España (ver Capítulo V) no hay lugar para las revisiones, así pues las agencias turísticas continúan a estas alturas sugiriendo ideas y proporcionando materiales de hace dos siglos pues, en definitiva, eso espera el turista de ahora mismo. En un lujoso folleto editado por Méditerranée Magazine (*Espagne*, Milan Presse, Toulouse, 1999), tras la catarata de fotos e inevitables minitextos turísticos, se inserta una guía bibliográfica en que se destacan, entre muy pocas obras, algunas sobre la Inquisición y Franco, con profusión de libros centrados en Santiago o en Andalucía (toros, arte, historia y muchos moros, más tres álbumes de CD dedicados a la música de *las tres culturas*) y en lo referente a narrativa o relatos de viaje los nombres –que copio literalmente y por el orden en que se hallan– son Gautier, George Sand, V. Hugo, A. Dumas, marqués de Custine, Davillier, Chateaubriand y Mérimée. Lo menos que puede decirse es que los vecinos no tienen muchas ganas de reenfocar nada, sino más bien de encalcar en imágenes ya establecidas, tal los excesos de amor propio.

Desde principios del xvii ya era fama en Europa el «fantástico y ridículo orgullo» de los españoles que los induciría a rechazar los trabajos manuales y mecánicos por impropios de su condición: el ser español –con tal de no tener

ascendientes judíos o moros, dice Juan Muret (1666)– ya constituía prueba y timbre de nobleza. De ahí a exageraciones como afirmar que en España solo trabajaban los extranjeros, no había más que un paso, frecuentemente recorrido desde aquellas lejanas fechas: Francis Willoughby, Bassompierre, A. Gramont, F. Bertaut, A. de Brunel, B. Joly, J. Hérault, el marqués de Villars, W. Bromley, Ellis Veryard o el duque de York^[52] presentan testimonios parejos abonando la idea de que el orgullo, derivado a soberbia, incapacitaba a los hispanos para el esfuerzo, fuera de las hazañas bélicas, y al decaer la hegemonía militar el país y su sociedad se reducían a un esqueleto sin músculos y recubierto de andrajos, que unos tenían por gloriosos y otros por míseros. La memoria de tiempos más prósperos se vuelve omnipresente, como refugio contra pesimismo y depresiones, se correspondieran o no los hechos con las pretensiones del hablante. Bourdeille^[53] –cuya obra se titula nada menos que *Bravuconadas de los españoles*– acumula un centón de anécdotas donde desfilan las nostalgias por lo «gastado en fiestas, torneos, regocijos, juegos, bayles y triumphos», de la mano de argumentos en torno a la codicia hispana (soldados de la guardia de Francisco I, en Madrid, durante su cautiverio, impresionados por su liberalidad, habrían jurado preferirle al emperador) porque «en todas sus guerras se ha visto; pues los españoles robaban y los tudescos mataban». Y junto a lances, tal vez imaginarios, que combinan esos nocivos pecados con una escenografía digna de la picaresca – por entonces en boga– o del mismísimo Abu l-Fath de Alejandría^[54], en cuanto a mañas, embelecocos y retórica, de manera que un pordiosero español se larga con un florido discurso: «Señores, Vms. consideren con alguna lástima que si fuesen en mi lugar, lo que habrían de menester para pasar su camino; yo, si fuese en vuestro lugar, lo que les daría de buena caridad y gana, para socorro de sus necesidades»^[55]. Y otro pobre español, en Roma, se descuelga alabando la liberalidad de los franceses, virtud que jamás habíamos oído endosar a los vecinos, de no ser en su propia boca: «Señores, la noche me ha favorecido, de topar con vosotros gentiles Franceses, para suplicarles de tener lástima de mí, pobre y mísero; porque de día, por todo el tesoro del mundo no querría mostrar a la gente mi miseria, y por eso suplico a Vms., que me alarguen sus liberales y largas manos francesas». Los españoles se convierten así –y desde muy pronto– en término de referencia y comparación, naturalmente para mal. Y quizá no sea casual que, en el mismo Bourdeille, aparezca otro de sus próximos geográficos: los alemanes. Y

matando. Con ello no queremos sugerir que un autor de principios del XVII esté previendo o profetizando todas las hostilidades y daños recíprocos que ambas naciones se infligirían siglos más tarde, sino algo mucho más elemental y lógico: se acude, para comparar, a lo más conocido y cercano, con independencia de la exactitud en los matices.

Los viajeros franceses del XVII resaltan el mal estado de los caminos, el desabastecimiento de las posadas, las dificultades que encuentra un extranjero, por lo general más civilizado (o de eso está él persuadido), la extrañeza que le suscitan algunas costumbres. Por tanto, las novelescas secuencias de madame D'Aulnoy caían en terreno ya preparado y se vendieron bien, probablemente, sean apócrifas (hay serias dudas de que pisara nunca España: para sus libros se habría valido de las *Cartas* de su madre, la marquesa de Gudannes que residió en Madrid entre 1693 y 1695). La práctica de copiarse unos autores a otros se remonta a tan lejanos tiempos gracias a la difusión que facilitaba la imprenta y, cuando entra el XVIII, determinados estereotipos están consolidados, por ejemplo acerca de los portugueses, que cargan con muchos de los sambenitos hispanos aunque estuvieran desarrollando una sociedad y una cultura notablemente diferenciada de la nuestra. Y no obstante, en el Siglo de las Luces, los portugueses aparecen como vanidosos, altivos, arrogantes, hipócritas, vengativos, ignorantes, bellacos, traicioneros, deshonestos, pedigüeños, inconstantes, supersticiosos, fanfarrones, sensuales, haraganes, celosos, envidiosos... pero también como sobrios, corteses, espirituales, valientes, ahorrativos, buenos soldados pero con poca disciplina...[56]. Ante tal acopio de tópicos y vulgaridades diríamos hallarnos ante cualquier extranjero de paso por la Serranía de Ronda en plena centuria del XIX.

Del mismo modo madame D'Aulnoy gravita sobre las *Cartas persas* de Montesquieu (Carta LXXVIII)[57] en observaciones que sirven para ambos vecinos peninsulares: gravedad, expresada en gafas y bigote; orgullosos (por cristianos viejos, en la Península; por blancos, en las Indias); poseen una gran espada y «tocan una desafinada guitarra»; vagancia perpetua y odio al trabajo; siempre enamorados; devotos y celosos, etc. En las *Cartas*, la acumulación de comentarios rayanos en el ridículo o en una innecesaria exhibición de mala fe culmina al referir que un capitán nunca pega a un soldado sin antes pedirle permiso, ni la Inquisición quema a un judío sin presentarle sus excusas (por esas fechas, ya iba mucho tiempo que la

Inquisición no quemaba a nadie, por fortuna). Las obras escritas españolas – se sobreentiende que con excepción del *Quijote*– carecen de valor, como los descubrimientos geográficos y la extensión del Imperio hispano se resume en que «Dicen que el sol sale y se pone en su país, pero hay que decir que en su recorrido sólo encuentra campos asolados y regiones desérticas»[58]. De un modo u otro, la teoría de los climas se halla presente en la descripción de los vicios y pasiones españoles, según Montesquieu. La forma ideológica aplicada se inspira en *El espíritu de las leyes* e inviste al viajero de juez, moralista y reformador. No es conveniente, pues, tomar al pie de la letra el valor documental de estos libros de viajes[59] porque si Richard Twiss consideraba aventajado al Palacio Real de Madrid sobre otros de Europa, *Le Voyageur François*[60] lo cita despectivamente y en la misma línea de menosprecio circula Voltaire en el *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*[61] (capítulos CII, CXXII, CXXIII, CXL, CXLV, CXLVI, CXLVII, CXLVIII, CLXIII, CLXV, CLXXVII); sin embargo, algún autor –como Masson de Morvilliers, 1784– no limitaba el origen de los problemas de España al carácter de sus habitantes sino al mal gobierno, por consiguiente el país podía enderezarse modificando las circunstancias[62]. En el artículo «Espagne» de la *Nouvelle Encyclopédie Méthodique*, preguntaba Masson qué se debía a España («¿Qué es lo que ha hecho por Europa en dos, en cuatro, en diez siglos?») y la respuesta en España a todo este diluvio de críticas justas o injustas la dieron Antonio Joseph Cavanilles, botánico, ilustrado y viajero; Juan Pablo Forner, a instancias de Floridablanca, que escribió una *Oración apologética por la España y su mérito literario*, 1786, en un tono casticista que rechazaba las ideas innovadoras extranjeras; y Cadalso en las *Cartas Marruecas* con un nacionalismo militante que exalta los elementos diferenciadores locales frente a la invasión cultural francesa y acude –como argumento retórico, creemos– al carácter «africano» de España. Pero aun faltaba el remate de la faena a manos de Jean Marie Fleuriot, marqués de Langle, que en 1785 vertió cuantas mentiras y calumnias quiso en su *Voyage de Figaro en Espagne*, pronto respondido por el conde de Aranda, embajador en París.

Marcelin Defourneaux[63], desde las primeras páginas de su obra, muestra lo señalado por otros estudiosos franceses lo bastante autocríticos como para percibirlo: a los vecinos traspirenaicos les interesa España, en primer lugar, para tomarla como término de comparación consigo mismos. El fingido viaje

de un hipotético francés del xvii –que relata– tiene como objeto un cotejo permanente con sus propios gustos, maneras, costumbres, dineros, educación, paisajes y en general cuanta concomitancia, o más bien divergencia, puede darse entre «el reino de Francia y el reino de España». Tal viaje apócrifo sirve al autor para enumerar la consabida presencia –en exclusiva– de mano de obra inmigrante europea, en especial aguadores (en Madrid, ni un indígena), canteros, albañiles, carpinteros, etc.[64]; y para insistir en la escasa predisposición de los habitantes «al comercio u otros oficios de utilidad»[65], por lo cual la fortaleza de la monarquía francesa sería superior. Defourneaux está argumentando con la perspectiva histórica, las ideas y conocimientos acumulados sobre España de un francés de nuestro tiempo y parece bastante dudoso que un compatriota suyo de la primera mitad del xvii la viese como una nación débil. La vanagloria de Francia se muestra en contraste –expreso o implícito– con la crítica a la dejadez o el *mal gusto* de los celtíberos, así Davillier[66] elogia el sevillano palacio de San Telmo –y a su propietario el duque de Montpensier– por ser «morada hospitalaria, cuyos salones están completamente abiertos a los visitantes, se encuentra uno encantado al ver a cada paso el gusto francés», en términos iguales a los de Poitou («El edificio es un antiguo colegio y no tiene nada notable, pero el príncipe, que heredó de su raza el gusto por las cosas bellas y el culto ilustrado por las artes, ha hecho de él una especie de museo»[67]). Gautier ridiculiza las victorias de Espartero («con dos bajas, tres prisioneros y una mula por botín»[68]) comparadas con «las colosales batallas del Imperio» y Poitou –que viajó por España en la primavera de 1866– aprovecha cualquier circunstancia para dejar clara su repugnancia, ya sea la sala de espera de ferrocarril en Alcázar de San Juan, la corrupción de los aduaneros en Marbella, la mala acogida dispensada a los extranjeros[69], la birria de ciudad que es Madrid[70] («sin monumentos ni edificios dignos de interés»). Entre uno y otro denuesto exhibe su indeclinable chovinismo («Todos estos extranjeros [en Andújar] hablaban entre ellos en francés, la lengua francesa era el lazo común de todos estos viajeros»[71]) que precisa, tras análisis pletóricos de simplezas, de un veredicto aleccionador sobre la historia de España: el despotismo de los reyes («sin igual en las naciones cristianas»); la carencia para los restos, por culpa de Felipe II, de grandes hombres en artes, letras y armas[72]; el inevitable colofón de hallarnos ante un mero barniz civilizado que, sin las muletas de extranjeros, deja aflorar la barbarie[73]. Comentar una por una estas muestras

de inquina folclórica es perder el tiempo. Entre 1830 y 1840 se estrenaron en Francia 50 piezas teatrales en las cuales la acción se desarrollaba en España o tenía que ver con este país. Solo en 1836 se representaron doce obras con esas características (Pedro el Cruel, María de Padilla, El Cid, la Inquisición o celos, amor no correspondido, honor, honestidad, religiosidad, moro, judío, cura intolerante).

En el cotejo entre ambos pueblos a veces encontramos ejemplos de benevolencia excesiva en el visitante, o intentos de meterse en la piel hispana y razonar como indígena, con prejuicios a la contra, en tanto se exaltan las tópicas virtudes de por acá (apasionamiento, esencialidad primigenia, etc.). No dudamos de la buena fe o sinceridad de Mérimée cuando rebota críticas a Francia (en asuntos secundarios, claro), pero sí de su clarividencia de juicio, dejando arrastrar su opinión en pos de observaciones que poco benefician a España: la luz de los cuadros del Museo del Prado tan mal resuelta como «la de los nuestros», los museos franceses invadidos por maritornes y menestrales que no entienden de pintura y con el remate de proclamar, con obvia exageración, que «el pueblo francés es con mucho el más feo de la Tierra»[\[74\]](#), como quizá también se excede al calcular en unos 20.000 sus compatriotas refugiados en Madrid, en 1864, para salvarse de las luchas políticas de Francia[\[75\]](#).

Entre los numerosos franceses que visitaron España desde principios del XIX destacan algunos especialmente significativos, bien por los relatos que dejaron, bien por su importancia en las letras francesas: el vizconde de Chateaubriand (1768-1848), que sería el primero cronológicamente, pasó algo más de un año entre 1807 y 1808 en Granada donde se enredó con Natalie Laborde, es autor de *Las aventuras del último Abencerraje*; el marqués de Custine viajó por España en 1831 y conoció a Ford en Granada, su obra *L'Espagne sous Ferdinand VII* (Bruselas, 1838) es un clásico de la España irreal y truculenta; Stendhal (1783-1842) en una corta visita en 1837 comprobó que el pueblo español «es un representante vivo de la Edad Media» y ajeno al clasicismo y academicismo europeos, relata su viaje en las páginas finales de las *Memorias de un turista* (1838); Aurore de Dudevant, de soltera Dupin y más conocida por George Sand, recaló en Mallorca en noviembre de 1838 con sus dos hijos y en compañía de Chopin, decepcionada por no haber sido recibida en triunfo entre idilios pastoriles e inspiración para una novela, la verdadera isla la desilusionó (dificultades de alojamiento,

piano confiscado a su amante en la aduana, dos meses en el monasterio cartujo de Valldemosa la indujeron a detestar a los frailes y a los campesinos, que les canteaban, etc.) y acabó denominándola la «isla de los monos» en *Un invierno en Mallorca*; Prosper Mérimée (1803-1870) –novelista, amigo de Stendhal y Victor Hugo– realizó siete viajes a nuestro país entre 1830 y 1865, fue publicando en la *Révue de Paris*, a partir de 1829, sus famosas *Cartas de España* con títulos bien significativos («Corridas de toros», «Una ejecución», «Los ladrones españoles», «Las brujas españolas», «El Museo de Madrid», único que consideraba digno de aprecio en todo el país), su novela *Carmen* (aparecida en octubre de 1845 en la *Révue des Deux Mondes*), ayudada por la adaptación operística de Bizet, consagra la concentración y fijación de todos los mitos raciales sobre España y los españoles, empezando por las mujeres; Théophile Gautier llevó a cabo su primer viaje en 1840 como asesor artístico de Eugène Piot, y a continuación publicó *España* (1842) y *Voyage en Espagne* (1843), regresó en 1855 en compañía de Gustave Doré; Alexandre Dumas (1802-1870) llegó a España en 1846 para asistir a la boda de la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel II, a su vuelta dejó unas *Impressions de voyage: de Paris à Cadix* (París, 1847-1848, 5 volúmenes); el barón de Davillier (1823-1883), quizá uno de los que más intentaron documentarse en serio –si bien con los medios y conceptos a su alcance en la época–, en 1862 realizó un largo viaje por España cuyo resultado fueron los artículos ilustrados publicados en la revista *Le Tour du Monde* entre 1862 y 1873, reunidos después bajo el título *L’Espagne*, con 309 grabados de Doré. En todos estos autores percibimos el mismo intento de mostrar sucesos maravillosos, tipos sorprendentes y ninguna intención de ver a los indígenas como sus iguales en ningún terreno: soslayan o ignoran, casi siempre, de manera sistemática la mitad norte del país y todo aquello que les parece demasiado familiar y semejante a lo propio, es decir toda la base cultural europea (jurídica, lingüística, literaria, religiosa, en bellas artes o historia común), buscan lo raro y, naturalmente, lo encuentran. El aristócrata Chateaubriand, malquisto de revolucionarios y bonapartistas, exalta el romántico heroísmo hispano para llegar, en definitiva, a las loas a Francia, aun no teniendo más remedio que mencionar a sus enemigos franceses, así en su «Advertencia» a *Las aventuras del último Abencerraje* juega a las dos barajas:

La resistencia de los españoles a Bonaparte, resistencia por parte de un pueblo inerme a un conquistador que había vencido a los mejores soldados de Europa, excitaba entonces el entusiasmo de todos los corazones capaces de apreciar los grandes rasgos de abnegación y los nobles sacrificios. Las ruinas de Zaragoza humeaban todavía, y la censura no habría permitido unos elogios en que hubiera descubierto, con razón, un oculto interés hacia las víctimas[76].

Pero por bajo de estos aprovechamientos *pro domo sua*, tal vez inconscientes, subyace algo mucho más general, latente en los viajeros: la sustitución del Buen Salvaje por la glorificación del pueblo –español, por supuesto, del suyo preferían no acordarse– y de una vagarosa «España» de límites imprecisos y susceptible, por tanto, de agrandar o achicar a voluntad; y la búsqueda irrefrenable de la irracionalidad que románticos y prerrománticos habían institucionalizado como paradigma, ideal y literario, claro. Cuando Alexander Jardine (1787), oficial de la Armada inglesa y cónsul en La Coruña declara que «los españoles son el mejor pueblo bajo el peor gobierno [...] el solo nombre de España sugiere a la mente una idea de algo romántico y poco común»[77] está iniciando el canto a lo primitivo, auténtico y pintoresco, algo que medio siglo después proponen Ford («Aquí volamos de la uniformidad aburrida y la civilizada monotonía de Europa a la frescura chispeante de un país original que no ha cambiado, donde la antigüedad se da la mano con el hoy»[78]) o Irving («las todavía medio salvajes pero abiertas y hospitalarias maneras») o –treinta años más tarde de los anglosajones – hasta el poco ecuánime Poitou («Hay en este pueblo, incluso entre las clases inferiores, una nobleza natural y un aire de distinción que en vano buscaríamos en nuestro país»[79]): obviamente, en su país no buscaría nada, porque *ya sabía* cuanto creía deber conocer. Esta idealización del «pueblo» induce al francés a condenar la pudrición de «las ramas altas» mientras canta la «pujante savia del tronco»[80], pero, entre arrebatos y arrebatos, Poitou nos recuerda que la austeridad y filosófica despreocupación por lo material no son sino vagancia[81], del mismo modo que Ford[82] –tras culpar por enésima vez a la Iglesia y al Estado de los males de España– se extasía con el pueblo español que, pese a su brillantez, no ha sido capaz de asimilar la civilización, «conservando sus hábitos y virtudes nativas», y entreverando de tal suerte alabanzas tópicas con los improprios habituales. Como casan mal la retórica declarativa y los sueños medievalizantes sobre el honor popular con las denuncias de corrupción general –ajustadas a la realidad en muchos casos– que airean enamorados incondicionales de España

como Amicis[83] o Mérimée[84]. La huida de la realidad (tanto de sus países de origen como de la visible en España), o la búsqueda del paraíso sin industrialización ni formas de vida homogénea proyectan el exotismo romántico –en palabras de Enrique Baltanás– tanto en el plano vertical como en el horizontal, es decir, histórico y geográfico, el cambio era de lugar pero también de época[85]. La contemporánea tendencia europea a eliminar los rasgos que distinguían a unos pueblos de otros lleva a los románticos a proclamar lo diferente como principio estético, con exaltación de las manifestaciones populares, «auténticas», lo irracional en suma. Por consiguiente, un país anticlásico, medieval, atrasado, *natural*, sin los vicios y afectaciones de la civilización debía, por necesidad, atraer la atención de los extranjeros, que encontraban –los hubiera o no– los ideales románticos (nobleza, altivez, misticismo, martirio, belleza, generosidad, desinterés, santidad, catolicismo, islam, heroicidad, violencia, misterio)[86]. A Mérimée le cuadraba bien, en 1859, que «El gran problema en estos momentos es la guerra de Marruecos. España está entusiasmada como en la época de las cruzadas»[87], pero Gautier lamenta que «mientras uno no para de alabar la belleza salvaje de su tierra, ellos se quejan de no tener trenes, fábricas o gas para las farolas de la calle».

A mediados del XIX, en Granada, la explotación de los extranjeros era ya una industria más o menos molesta que conllevaba la mejora o restauración, por ejemplo, de la Alhambra, lo cual disgustaba a quienes preferían seguir disfrutando del *sabor local* y la desmoronada vetustez que contemplaran en su juventud, años atrás. Es el caso de Washington Irving, acérrimo partidario del Buen Salvaje en estado puro, aunque en buena medida fuese una creación propia («Un centro turístico y bien conservado museo. Todos los años se restaura alguna parte del edificio y aunque dicha restauración se realiza con acierto y respeto, es menos bonito observar signos de rejuvenecimiento en piedras tan antiguas»).

Entre las viejas virtudes (o defectos, según se miren) se citaban un carácter frío, reservado y desapasionado solo atento a sus asuntos e intereses –como si se pensara en anglosajones actuales– sin más norte que el provecho ni otras amistades que las coyunturales para lograr sus objetivos. A esto se añadían cualidades como la disciplina, el amor por el orden y un acendrado respeto por las ordenanzas: Torrecilla[88] recoge varios testimonios de los siglos XVI y XVII (Bartolomé Joly, Leonardo Donato, Lord Roos, Peter Heylin) que

abonan esa visión entre crítica y admirativa, pero guiarse solo por la literatura puede inducir a desenfoces graves. La misma literatura picaresca, las crónicas históricas o abundante documentación de naturaleza varia nos alertan de prácticas y actitudes muy comunes –desde la Edad Media– nada acordes con esa imagen de gentes intachables, al menos en las formas.

Sin embargo, de aquellas antiguas cualidades una, cuando menos, subsistía: el orgullo, ligado a un cierto igualitarismo entre clases que a Wilhelm von Humboldt[89] sorprendía y desazonaba, pues no alcanzaba a entender que el hijo de un cochero pudiera medrar en el gobierno, prefiriéndose a cualquier petardista antes que a la nobleza para ocupar cargos de responsabilidad. En su descargo recordemos que el alemán visita España con Godoy en el poder. Pero la cosa iba más lejos y venía de muy atrás, se trataba de «una superioridad instintiva que les impedía llegar a ser serviles [...] se sumaban [los criados] a las conversaciones de los señores mientras servían la mesa, como ocurría en el palacio de la duquesa de Osuna», se escandalizaba el inglés Trucknor en 1818[90]. Un sentido de la igualdad casi democrático, en nombre de Dios, que justificaba el orgullo de los mendigos y la conciencia de la propia dignidad en chicos y grandes, atentos todos a la idealización de la individualidad y la libertad de elección, es decir, una actitud diametralmente opuesta al famoso *fatalismo oriental* que tantos viajeros mencionan, confundiendo el resultado (la pobreza material que ven) con el mecanismo de pensamiento (conciencia de la dignidad de la persona). El orgullo desmesurado de los hispanos (o más bien, la imagen del mismo) lleva a conclusiones, como mínimo precipitadas: «En un pueblo retrasado pero humilde, hay remedio [...] Aunque estén detrás de los principales pueblos de Europa en todos los aspectos, los españoles siempre se consideran ingenuamente el primer pueblo del mundo»[91]. A la vista de estas líneas, los franceses, al parecer, no.

El orgullo aparecía mezclado con fanfarronerías y bravuconadas («rodomontadas», dice Bourdeille), sobre todo en las proverbiales actitudes y pláticas de los soldados del XVI y XVII[92] que tanto contribuyeron a delinear el «carácter español» como despreciativo por el resto del mundo y trufado de ínfulas de nobleza, prefiriendo la miseria antes que trabajar en oficios manuales[93]. La impresión era muy general y ya de antiguo: dichos alemanes como *Stolz wie ein Spanier* («Orgulloso como un español») o *Herzöge wuchsen in Kastilien wie Lilien auf dem Felde* («Los duques se

daban en Castilla como los lirios en el campo») se mantienen vigentes en el imaginario colectivo de ese país hasta tiempos tardíos, por ejemplo en la obra de escritores alemanes del exilio (1933-1945), quienes repiten lo mismo que piensan todos, relacionando espíritu belicoso y caballeresco con orgullo (nacional e individual), desprecio de razón y cultura y carácter machista y cruel, como enumera, v. g., sin respirar Lion Feuchtwanger[94]. No obstante, en este caso –como en el de los árabes, o palestinos, que lloran la pérdida de al-Ándalus y en realidad se refieren a Palestina– esos alemanes de los años treinta y cuarenta están proyectando sobre la España pasada el reflejo de su propia patria en aquellos momentos, su problema particular y más nada, utilizando a la nuestra como desahogo o muñeco del pimpampum en el que vengarse, vale decir paño de lágrimas por una u otra vía. Pero las preocupaciones de los celtíberos del XVII debían ser más complejas y prosaicas, menos caballerescas, más variadas en cualquier caso. Nuestro imprescindible Barrionuevo lo expresa muy clarito: «En Roma ha salido ahora un pasquín gracioso. Una vaca muy gruesa, con grande ubre, escrito en la frente “España”. Muchos becerrillos que la maman alrededor, con rótulos: Inglaterra, Flandes, Holanda, Francia, Alemania, Italia y otros enemigos nuestros»[95].

Razones y argumentos con frecuencia están traídos por los pelos o en una línea de topicidad bochornosa: si Borrow[96] estima que los maragatos son de pura ascendencia gótica por su afición a la bebida y a las comidas copiosas, Irving[97], en un alarde de originalidad, encuentra a Sancho Panza en el mozo de mulas que contrata («alegre y bonachón, lleno de refranes y sentencias, como lo fue aquel dechado de escuderos, el famoso Sancho, con cuyo nombre, por cierto, le bautizamos»); pero es que en Arahal la plantilla de la escena en la posada es modélica y con escasas variantes se halla en muchos viajeros. Los elementos que encadena el norteamericano son casi dramáticamente previsibles: guitarra, castañuelas, patio, fandango, bolero y – por supuesto– «Pepita, la bonita hija de nuestro posadero»[98]. La tipología de este personaje se repite con frecuencia pasmosa y en cualquier lugar de España. Por descontado que había Pepitas por doquier, pero interesa el modo recurrente con que esgrimen su aparición y funciones en el relato: bonita, morena, flores en el pelo, baile con un joven soldado..., lo que encarrila la narración por derroteros de vagos enamoramientos platónicos y frustrados del autor, que se autosustituye por el más o menos imaginario y apuesto

indígena. Si con la Pepita verdadera no hubo nada, que lo haya al menos en el papel. Algunos de estos escritores –tal vez los de mayor altura literaria y personal– juegan consigo mismos un irónico juego, cuya gracia reside en que el escritor lo confiesa, imaginando historias que la realidad enseguida demuestra falsas. Desde los balcones de la Alhambra Irving fantasea, catalejo en mano, sobre las cuitas de una novicia que en el Albaicín llevan a encerrar en un convento. La historia es trágica: mocita en flor obligada por su despiadado padre a entrar en una clausura, mientras el novio desconsolado sigue a hurtadillas el cortejo y desespera de la vida. Pero, a continuación, reconoce la verdad que le refieren y que desbarata toda la novelería imaginada: «la heroína de mi novela no era ni joven ni hermosa; no tenía amante; había entrado en el convento por su propia y espontánea voluntad, como asilo para ella muy respetable, y era una de las más alegres moradoras dentro de sus paredes. Pasó algún tiempo antes de que yo pudiese perdonar la ofensa que me había inferido la monja al ser tan feliz en su celda, en flagrante contradicción con las normas establecidas en la novela», concluye Irving[99].

De modo irremediable afloran en estos escritos las reticencias, antipatías y rivalidades de los extranjeros, o las esporádicas simpatías por coincidir en intereses o circunstancias comunes, lo que refuerza más la idea de la subjetividad del hablante y de la carga cultural a partir de la cual se produce, ya sea por confluir –o evitarse– en ventas, caminos o *colmaos*, ya por la competencia entre países, que no podían olvidar. Y si Maximiliano de Austria exhibe sus resquemores acerca de Francia, Davillier, al estilo de infinidad de turistas de nuestros días, que no quieren *mezclarse con turistas*, elige en Alicante la Posada de la Babeta para evitar «encontrar en ella ciertas inglesas con velos verdes, ni algunos compatriotas nuestros tocados con esas ridículas falsificaciones del sombrero andaluz»[100]. Pero, también sin remedio, acaban casi todos recalando en similares establecimientos y tocando parecidas teclas. En Granada el Hotel Ortiz y la Fonda de los Siete Suelos (donde «no se oye más que inglés», dice Edelfelt) acogen los cuerpos y las almas de artistas y escritores, que aprovechan la ocasión para –a propósito de los toros– recriminar a ingleses y americanos, por ejemplo, por los combates de boxeo[101]. Y la escapadita a Gibraltar también brinda oportunidad para reflexionar en torno a la estridente, chillona, desacompañada y desafinada («auténtica música de negros»[102]) retreta de los *highlanders*; o a la mayor cortesía de los británicos con las mujeres («cualidad muy escasa en los

españoles»[103]), porque «Seamos justos, si Gibraltar no fuera de los ingleses, no cabe duda de que en lugar de este delicioso jardín solo habría una playa árida, erizada de rocas y cubierta de brezos»[104].

Alexandre Dumas se sentía molesto si los posaderos daban trato especial a los ingleses[105] y Ford[106] censuraba a los cocineros españoles por imitar la cocina francesa y a los grandes de España por «asesinar la espléndida lengua castellana convirtiéndola en algo que ellos piensan que es francés». Ford incurre en contradicciones como afirmar que no hay desabastecimiento de víveres en las ventas[107] y de seguida insistir en su atraso, «que vemos en Sicilia, y en el que estaban las de Italia y gran número de las de Francia antes de que mejorasen gracias a las insinuaciones y sugerencias inglesas»: la modestia que no falte. Borrow, hacia 1840, ya huele a los yanquis callejeando por La Habana, por entonces tierra española, «con un aire que parece decir “Este país será nuestro en cuanto queramos apoderarnos de él”»[108], lo cual corrobora por enésima vez que, a la sazón, el anexionismo yanqui respecto a Cuba ya era un secreto a voces[109]; y también don Jorgito reparte cal y arena para todo el mundo: los genoveses son dignos de toda estima, pero por igual groseros y viciosos, caballerescos y valientes.

El conjunto de tópicos y valores que se van desarrollando durante el XVIII, en buena medida como reacción contra el afrancesamiento de las clases acomodadas, es interpretado por los románticos foráneos como prueba de signos distintivos que convierten a los españoles en seres exóticos cuando no ininteligibles. El europeo, por consiguiente, espera siempre que los indígenas se comporten como «verdaderos españoles», de forma paralela a lo que esperaban de los griegos, tras su liberación de Turquía, que debían demostrar su prístino carácter de «verdaderos helenos»[110]. Arbitrariedad y contradicciones circulan libremente en las observaciones de todos estos autores y si unos atribuyen a los godos la copiosidad en las comidas, la valentía o el carácter íntegro, otros endilgan a los moros la pereza y el horror por el trabajo, aunque con frecuencia ellos mismos ejerzan de historiadores, psicólogos sociales y economistas al afirmar que la economía y, sobre todo, la agricultura se resintieron con la expulsión de los moriscos: ¿en qué quedamos?, ¿trabajaban, o no, los musulmanes? Y si la religión islámica era bálsamo para los cultivos, ¿por qué el norte de África –cuya colonización por entonces comenzaba Francia– se hallaba en un estado tan lastimoso? Cada escritor, amén de los estereotipos de uso general, proyecta sobre el país sus

propios problemas, de suerte que escritores tardíos –digamos– como son los alemanes exiliados de las décadas de 1930 y 1940 –como más arriba anticipábamos–, identifican cuanto de malo han dejado atrás con la España que imaginan subsistente, un mero calco, o prolongación, de la Edad Media, aherrojada y perjudicada de modo doloso y perverso por obra de la Iglesia, el militarismo y el *mal gobierno*, esa delicuescente y ajustable condena que se estira y se encoge, comodín de todas las barajas. Feuchtwanger lo dice por derecho: «Hacia fines del siglo XVIII se había superado la Edad Media en casi toda la Europa occidental, pero siguió perdurando en la Península Ibérica»[\[111\]](#). Su estigmatización, pues, del espíritu guerrero español en realidad está poniendo en solfa el militarismo alemán, su contemporáneo; y España paga los platos rotos en la vida del escritor. María Luisa Esteve describe con lucidez esa postura: «Aunque solo hubieran intentado hacer literatura, no parece justo tomar la historia de un país ajeno y constituir a ese país en víctima expiatoria de las propias iras o del propio resentimiento».

Pero esa es una visión particular que responde también a una situación especial. Los autores del XIX, glorifican a los españoles en abstracto mientras los denigran en lo concreto, y tratan en sus producciones de imponer el modelo de indígena que juzgan indiscutible: ¡lo han creado ellos! Gautier se extraña –y se indigna– de que los hispanos no se vean reflejados en la imagen literaria de los viajeros: «En general, los españoles se enfadan cuando se habla de ellos en forma poética; se consideran calumniados por Hugo, por Mérimée y por cuantos han escrito sobre España: sí... calumniados, pero para bien. Reniegan con toda su alma de la España del *Romancero* y las *Orientales* y una de sus principales pretensiones es no ser poéticos ni pintorescos»[\[112\]](#). Mérimée, un idealizador nato y creador, nada menos, que de la encarnación del mito en cuerpo de mujer, proclama la superioridad de «la canalla» sobre la «gente bien», con lo cual augura hermosos jaleos para el día en que «el pueblo» se percate de esa ventaja[\[113\]](#): ¿premonición de los conflictos que más adelante aquejarían al país o simple voluntarismo rutinario? A la vista de las luchas sociales, guerras civiles o contiendas entre estados (empezando por el suyo) que afectaron a toda Europa en el siglo y medio siguiente no parece que esa fuera una característica privativa de los españoles y por tanto susceptible de convertirse en rasgo distintivo. Como tampoco resulta sostenible la idea que Amicis presenta como cualidad indeleble de nuestra gente: el orgullo por su historia[\[114\]](#) en chicos y

grandes, incluidos betuneros, mendigos o mozos de cuerda, que yerguen las cabezas y echan chispas por los ojos con solo oír los nombres de Carlos V, Felipe II, Hernán Cortés o don Juan de Austria. O peca de optimismo, incluso para su época, extrapolando casos sueltos o reflejando sus propias vivencias de la eclosión del nacionalismo italiano que acababa de brotar, o mucho hemos cambiado[115]. Pero el empaque general del país, aun en su decadencia, no puede dejar de impresionar a los espíritus sensibles que, de buena fe, se le acercan. El finlandés Edelfelt lo resume bien: «Toledo tiene un aspecto tan regio, que solo aquí he llegado a entender realmente lo que fue el reino de España en el pasado»[116] y es que como pintor, lógicamente, le interesa lo visual y cualquier percepción sensitiva (olores, colores, sonidos, belleza femenina, grandiosidad de los paisajes, dignidad de los monumentos, incluso ruinosos). En un tiempo en que no existía la fotografía, o esta se hallaba en sus comienzos, no pocos viajeros-escritores ofician también de dibujantes o pintores, o se hacen acompañar de quienes lo son, desde la misma Guerra de la Independencia. La nómina es larga: Edward Hawke Locker, David Wilkie, David Roberts, John Frederick Lewis, G. Doré, John Singer Sargent, Owen Jones... Todos ellos contribuyeron a la difusión plástica de la imagen de España, complementaria de los textos y con frecuencia en los mismos libros[117].

Un grupo nacional de características especiales lo constituyen los polacos, que podríamos dividir en dos categorías. Unos son los militares venidos a España durante la invasión napoleónica y otros los viajeros que a lo largo del XIX y principios del XX visitan nuestro país por turismo, peregrinación u objetivos informativos de diversa índole. De la segunda condición, uno de los más conocidos –por motivos literarios ajenos a España– es Henryk Sienkiewicz, que presenta una visión tópica a base de pícaros, gitanos, bandoleros (¡en 1888!), guardias, corridas y religiosidad festiva. Asegura saber todo sobre España por haber *leído* varias guías turísticas francesas y, en efecto, la simpleza en las generalizaciones y observaciones superficiales son gloriosas en sus escritos y si en Barcelona opone «mujeres con mantillas» a «mujeres con trajes civilizados», por otro lado condena el viajecito a Tánger de tantos de estos viajeros porque en ella «no hay nada que ver, sino gente como la que vi en Constantinopla, porque allí tampoco escasean los árabes»[118]. Junto al hedor y suciedad de Barcelona –ramblas incluidas– elogia la riqueza de la catedral de Toledo[119] o se queja de los ingleses que

estropean la vista de los patios sevillanos «paseando en manadas y repitiendo a cada momento: *O yes! y Very interesting*»[\[120\]](#). Del mismo modo que otros extranjeros –como veremos en el Capítulo V–, fija su atención en la *verdadera España*, Andalucía, porque «Sevilla es lo más parecido a la España que soñaba y sobre la que he leído»[\[121\]](#). Por lo tanto, Madrid no le gusta, dado que el «carácter español» se conserva mejor en el sur «tanto en la forma de vida como en los monumentos»[\[122\]](#). Y por rumbos no muy distintos navega Wojciech Dzieduszycki –historiador, filósofo, crítico, político– quien publica (Cracovia, 1899) un ensayo comparatista entre su país y el nuestro, justo cuando se acababa de encajar el mazazo de la guerra con Estados Unidos. Geografía, economía, sociología, historia le sirven para denunciar la despreocupación de los españoles por la política y la vida pública –lo cual requería matizaciones, como mínimo– o el envasado y etiquetado fraudulento en Francia de caldos y aceites españoles que mundo adelante se vendían –por ejemplo, en Polonia– como originarios de Burdeos o Provenza, práctica que en la actualidad sigue proporcionando pingües beneficios, también a los italianos. Un caso algo especial es el del sacerdote Józef Sebastian Pelczar que, como resultado de su peregrinación a Santiago en 1889, deja una larga y detallada descripción de la catedral, por añadidura a la expresión de la emoción y fervor religiosos que experimenta oficiando misa sobre la cripta donde se guardan las santas reliquias. Todo su escrito rezuma preocupación por la fe, las costumbres católicas (execra las de París, que le parecen impías) y es uno de los escasos forasteros-escritores que elogia los monumentos de Burgos, aunque también como otros se horroriza por el paisaje castellano y condena los «adornos barrocos al estilo de Churriguera, uno de los creadores del mal gusto»[\[123\]](#).

El otro grupo, el de los soldados enrolados en el ejército invasor francés, ha producido una bibliografía polaca (desde 1810 a 1987) sobre España y su guerra de nada menos que 85 títulos[\[124\]](#) y dejó en el imaginario colectivo de los polacos de estas dos centurias una honda impresión reflejada en relatos autobiográficos, novelas, poesías o canciones acerca de las experiencias vividas en la Península u oídas a sus protagonistas. Como es sabido, los polacos deseosos de forzar su independencia aliándose con los enemigos de sus enemigos, colaboraron activamente con Napoleón y sus aventuras genocidas por toda Europa. En consecuencia, se formaron varias agrupaciones militares, como la Legión del Danubio enviada a Haití en 1801

y que dejó de existir formalmente al año siguiente. En la Guerra de la Independencia combatieron, del lado francés, tres formaciones militares polacas, con un total de 20.000 hombres: la Legión del Vístula, organizada en 1808, contaba con tres regimientos de infantería y uno de ulanos, lucharon en España hasta 1812, en que fueron enviados a Rusia en compañía de otros 104.000 soldados que el Ducado de Varsovia aportó a la *Grande Armée* de Bonaparte; la División del Ducado de Varsovia; y el Regimiento de Caballería Ligera de la Guardia. No obstante, las actuaciones de los polacos no siempre se circunscriben a líneas nítidas, en blanco y negro. No pocos polacos, una vez en España, por cansancio, desorientación, por sentirse engañados u otros motivos, como haber sido hechos prisioneros, se pasan a los ingleses y, con el uniforme de estos, acaban combatiendo a las órdenes de Wellington en Salamanca, Ciudad Rodrigo y Vitoria, donde de nuevo chaquetean y vuelven al ejército francés. Otros pudieron escapar tras el desembarco inglés en Vlissingen, en Flandes, de donde regresaron a Polonia en 1814. Desde 1809, ya hay prisioneros polacos reconvertidos en integrantes del ejército español, de manera especial en las guardias valona y suiza y en el regimiento de fusileros extranjeros. Aunque en 1814 unos 500 de ellos retornaron a su patria, todavía hacia 1836 había oficiales y soldados polacos[125]. Recordar estos lances bélicos, o esa presencia militar, no solo responde a un prurito de erudición, también ayuda a entender mejor algunos pasajes de otros viajeros, sobre todo del primer tercio del siglo XIX, por ejemplo de Borrow. La invasión francesa –*la francesada*, como todavía en mi niñez, oí denominarla a mis mayores– había dejado huella indeleble por mucho tiempo, a causa de los crímenes, pillajes y devastaciones que los ejércitos extranjeros habían producido: el invasor francés y el supuesto amigo inglés. Es normal, pues, que los viajeros ingleses, a la defensiva, hagan alusiones a las deudas de todo género de españoles y portugueses para con su país y también lo es que algún patoso malas pulgas –como Poitou– manifieste, ya mucho después, su irritación por los vestigios o recuerdos de aquella guerra que se topa, v. g. en Bailén.

De todos los episodios que vivieron las tropas polacas en la Península, hay dos que han excitado de forma especial la imaginación y memoria en aquel país: la batalla de Somosierra (30 de noviembre 1808), que alcanzó gran impacto en la pintura polaca –y en el nacionalismo acompañante–, aunque los artistas se guiaban por la fantasía, dada su carencia de datos e informes

reales, de suerte que «los acontecimientos de Somosierra tenían todos los ingredientes para acabar convirtiéndose en un mito [...] las tropas menos numerosas derrotaron a las más numerosas, el más débil, que era también el más valiente, ganaba al más fuerte. Era una historia “limpia”, exenta de los horrores de la guerra»[\[126\]](#); y el otro gran mito *español* en la cultura polaca, los sitios de Zaragoza. De hecho, este último constituye más bien un antimito fruto del complejo de culpa por haber combatido a una gente que ningún mal había causado a Polonia y cuya circunstancia (la defensa de su independencia) resultaba muy fácil de comprender para los polacos de la época, por muy mercenarios que fuesen, hasta el punto de ser la capitulación de la ciudad un hito doloroso (al menos en el plano retórico y literario) por la simpatía y admiración que los defensores suscitaron entre los atacantes no franceses[\[127\]](#) y pese a las 2.000 bajas, entre muertos y heridos de sus 7.000 componentes, sufridas por la Legión del Vístula en los combates.

Como era de esperar, los distintos narradores de sus aventuras, más o menos hazañosas, destacan el gran valor de sus compatriotas, el aprecio en que los tenían los oficiales y generales franceses[\[128\]](#) o el respeto con que los distinguían los adversarios ingleses: el gobernador inglés, en Alicante, «empezó a escupir a los españoles a los ojos riñéndoles» al percibir el maltrato que dispensaban a los prisioneros polacos[\[129\]](#). Pero también se imponen otras matizaciones. Gentes como el oficial Broekere ya sabían algo sobre España antes de cruzar la frontera y, con algunas lecturas a cuestas, suyas o de oídas, estaban más predispuestas a captar el fanatismo del pueblo bajo la influencia de la Iglesia, que otros como el soldado Andrej Daleki, un campesino analfabeto, que cuenta cuanto ve, sin una visión predeterminada del país: en *Memorias de mi padre* hay buenos y malos repartidos en los dos bandos, aunque tanto este como Broekere sufrieron el cautiverio tras rendirse en la batalla de Motril (21 de agosto de 1811).

Algunos de estos soldados llevan su comprensión y simpatía –bien que cuando la guerra se había terminado– a expresiones que nos hacen pensar si en realidad no estarían proyectando inconscientemente sus propios impulsos y reacciones (frente a rusos y prusianos) sobre el pueblo español que, en verdad, también podía abrigar sentimientos análogos. Josef Mrozinski lo expresa bien[\[130\]](#): «la nación que no permite ninguna mezcla con lo extranjero; esa nación que sabe amar y odiar, esa nación tuvo que levantarse toda ella en una guerra de independencia [...] el odio de cada español a lo

extranjero nunca cesaría». Y en esta misma dirección apuntan comentarios de otros viajeros muy posteriores, por ejemplo Wojciech Dzierżyski[131], quien, tras una introducción donde refleja sus impresiones generales sobre diversos aspectos de la vida del país, acaba mostrando que ese es un mero pretexto para extenderse sobre lo que realmente le interesa: los problemas que presenta la regeneración moral y política de Polonia, por entonces dividida entre Rusia y el Reich alemán.

En el curso de aquella guerra horrenda, los combatientes de uno y otro bando cometieron atrocidades sin cuento, pero a los narradores polacos no duelen prendas para destapar las vergüenzas del ejército al que servían y si Josef Mrozinski[132] refiere cómo el mariscal Lannes intentaba subir la deteriorada moral de sus tropas asegurando que los españoles sufrían más, Fijalkowski pormenoriza cómo el mismo mariscal trincó un lote de 15 joyas procedentes del saqueo del tesoro del Pilar[133]. Los incendios de pueblos, con exterminio de sus moradores, eran suceso corriente, como represalia por la muerte de franceses, o simplemente para atemorizar, así por ejemplo ocurrió en la aldea de Ricla[134], o en Villa Ferdinando[135], con matanza general: «sin distinción de sexo o edad fueron pasados por las lanzas». Estos anticipos del tan publicitado Oradour todavía mostraban sus huellas en 1967, al encontrarse en una parroquia rural polaca al este de Varsovia un cuadro de El Greco (*El éxtasis de San Francisco*), robado en España por soldados de la Legión del Vístula, en tanto el marco de plata se lo habían afanado los franceses[136], porque no en vano «todo lo que había en los monasterios, tras expulsar a los religiosos, era confiscado; todos los utensilios de madera eran quemados para asar y cocinar el rancho»[137]. También las propiedades de distinta naturaleza se resentían del expolio, tal la cabaña ovina o vacuna[138].

Si los europeos de otras nacionalidades esporádicamente aprovechaban su estancia en España para pequeños ajustes de cuentas, o desahogos, contra naciones rivales de la suya, los polacos no podían ser menos, dado el resentimiento que albergaban hacia sus dominadores de entonces. Zielinski[139], en 1886, se despacha bien y de consuno sobre alemanas y españolas: «la señorita, tal como suelen ser las alemanas, es flaca, fea, de pelo claro y alta, pero es educada y me divirtió mucho preguntándome por qué por las calles toda la gente la mira. Su cara, su pelo claro, sus ojos y su estatura tenían que llamar la atención en un país en el que las mujeres son pequeñas y negruzcas. Sus movimientos y su vestimenta son distintos, e

incluso su falta de gracia llama la atención de la gente que, seguramente, la tomaba por inglesa».

Tampoco entre los visitantes de cultura alemana faltaban las suspicacias chovinistas contra otros europeos, así cuando Maximiliano de Austria resume sus resquemores antifranceses en la frase «también por esta dorada península se ha derramado el veneno de Francia»^[140], está sintetizando el conjunto de su rencor ¡dinástico!, a mitad del siglo XIX, varias veces expresado, como representante de los Habsburgo y hermano que era del emperador Francisco José. Mala opinión que, sin embargo, no le impidió intentar construirse un imperio profrancés en México bajo la égida de Luis Napoleón III, empeño que, como es sabido, le costó la vida. Pero el austríaco, que de continuo se presenta como un caballeresco defensor de los valores que debería encarnar un príncipe renacentista y aun medieval, conecta bien con la imagen de la España romántica. Le maravilla el país por ser antitético de aquellos a los que ya había llegado, o estaba llegando, la revolución industrial, con sus ansias de prosperidad y... consumo. Aquel salto hacia atrás en el túnel del tiempo obraba el balsámico efecto de encontrar –o eso creía él, que, por cierto, sí gozaba de todo bienestar desde su nacimiento– una tierra donde la sociedad estamental mantenía sus estructuras intactas. Y es irrelevante, para el texto de Maximiliano, que en el momento de sus dos viajes (1851 y 1852) ya esa sociedad estuviera muy resquebrajada por el liberalismo ideológico, político y económico. Él creía que tal era la realidad: «al contrario de lo que sucede en nuestras ciudades, donde los últimos excitan el placer de comprar corrompiendo así a la clase baja, que cree tener que imitar a los ricos. El español no conoce esta enfermiza escalada de las necesidades que se sale del estamento. Se viste como se ha vestido su padre, limpia y sencillamente, y en su casa no adorna nada más que su querido patio, que tampoco en Granada falta en ninguna casa y que está instalado de la manera más alegre y encantadora»^[141].

Los viajeros procedentes de esa área cultural, como Joseph Hager (1790), Christian August Fischer (1797), los hermanos Humboldt (1799 y 1800), Joseph von Auffenberg (1835), Alfred von Bergele (1841), Alexander Ziegler (1852), Friedrich Wilhelm von Hackländer (1855), Marcus Joseph Müller (1863), o el mismo Maximiliano, eran deudores del movimiento ideológico y hasta temperamental de los prerrománticos del *Sturm und Drang*, cuyas primeras manifestaciones habían aparecido hacia 1770 y que tomaban a

España por cifra y bandera de cuantos signos opuestos al racionalismo y academicismo podían imaginar y, en definitiva, refugio de exotismo, sentimientos genuinos y folclore. Una vez entronizadas la subjetividad o la rebeldía individual como arquetipos, resultaba muy fácil endosárselas a un país no poco caótico, relativamente menos desarrollado y al que se embozaba de misterio y pasión. Avalada tal corriente por figuras como Goethe, Friedrich Müller o Schiller, no podía dejar de influir en la visión de los futuros viajeros, máxime con el concurso del cálido regazo filosófico de Hegel (1770-1831) cuyo idealismo llegó a dotar de cualidades místicas a los hechos históricos, al pueblo que los generaba y a la época en que habían acaecido. Por consiguiente, los méritos del pueblo descuellan en primera fila, como resaltan los viajeros por España, alemanes o de otro origen (Borrow, Ford, Mérimée).

La exaltación de la conciencia histórica introduce la preocupación por los orígenes, por la lengua y la cultura popular, mientras los aspectos materiales y objetivos pasan a segundo plano, de suerte que los datos cuantitativos pierden importancia a los ojos de los extranjeros: uno de los móviles básicos de los antiguos viajeros medievales, de la Antigüedad y hasta del siglo XVIII – la recopilación de informes para utilizar de modo práctico con vistas a acciones comerciales, políticas o militares– cede su lugar a una visión y unas formas más subjetivas y *literarias*. El espíritu suplanta al intelecto y el gusto individual al interés colectivo por la recogida de datos objetivos. El cambio de siglo, acompañado de la Guerra de la Independencia y de la transformación del ilustrado en romántico, acarrea un giro en las metas y en las percepciones. Así, se empiezan a valorar los factores más exóticos mientras se ignoran deliberadamente los comunes o coincidentes con los de la cultura original del viajero; el paisaje, hasta entonces poco o nada considerado, atrae la mirada y las consiguientes interpretaciones y conclusiones sobre su influencia en la vida; el «Oriente», tenido hasta el XVIII por mero enemigo político y militar, cobra un valor inusitado y en el caso de España ofrece la ventaja de constituir un «Oriente» más asequible y menos peligroso; las manifestaciones religiosas, con frecuencia reducidas al grado de superstición y fanatismo, dan pie para que el extranjero luzca su suficiencia y superioridad; y, por último, muchas de estas consideraciones producen ganancias nada despreciables a escritores, editores, agencias de viajes que se van creando, o comerciantes que por vías indirectas se

benefician de la moda pintoresca. En certeras palabras de María del Mar Serrano: «Esa era la España que no pocos esperaban encontrar, la que imaginaban bastantes de los viajeros románticos antes de llegar y la que buscaban con avidez. Podían encontrarla todavía en algunas zonas del país. Las demás, no interesaron con la misma fuerza y, más a menudo, no interesaron en absoluto»^[142]. Han pasado uno o dos siglos –según el viajero que tomemos como referencia– y España ha perdido su misterio, su aire romántico y la excitación de la fantasía de los extranjeros y, sin embargo, algunos de los tópicos fundamentales siguen paradójicamente vigentes. Pocos los replantean, ni dentro ni fuera, mientras permanece invariable la repetición de juicios erróneos, apreciaciones poco realistas y explotación comercial imposible de imaginar en otros tiempos. Al turismo de masas no le interesa someter a discusión nada, en ninguna parte: no somos, pues, excepción. Alabado sea Dios, al menos en ese sentido.

- [1] G. Borrow, *La Biblia en España*, p. 107.
- [2] D. Mitchell, *Viajeros por España. De Borrow a Hemingway*, p. 61.
- [3] G. Borrow, cit., p. 25.
- [4] *Ibidem*, p. 113.
- [5] R. Twiss, *Viaje por España en 1773*, p. 159.
- [6] R. Ford, *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, p. 39.
- [7] G. Borrow, cit., p. 107.
- [8] *Ibidem*, p. 106.
- [9] G. Borrow, cit., p. 72.
- [10] *Ibidem*, p. 145.
- [11] *Ibidem*, p. 348.
- [12] D. Mitchell, cit., p. 46.
- [13] *Ibidem*, p. 55.
- [14] R. Ford, cit., pp. 33-34.
- [15] *Ibidem*, p. 196.
- [16] G. Borrow, cit., p. 144.
- [17] *Ibidem*, p. 134.
- [18] En Osuna, Irving, *Cuentos de la Alhambra*, p. 35.
- [19] R. Ford, cit., p. 74.
- [20] G. Borrow, cit., pp. 557-559.
- [21] *Ibidem*, p. 181.
- [22] *Ibidem*, p. 50.
- [23] *Ibidem*, p. 242.
- [24] *Ibidem*, p. 304.
- [25] R. Ford, cit., p. 14.
- [26] G. Borrow, cit., p. 104.
- [27] G. Borrow, cit., p. 105.

- [28] R. Ford, cit., p. 29.
- [29] R. Ford, cit., p. 105.
- [30] *Ibidem*, p. 272.
- [31] D. Mitchell, cit., p. 105.
- [32] M. Bernal, *La Andalucía de los libros de viajes*, p. 62.
- [33] *Ibidem*, p. 64.
- [34] *Ibidem*, p. 64.
- [35] *Ibidem*, p. 64.
- [36] M. Bernal, cit., p. 64.
- [37] G. Borrow, cit., p. 161.
- [38] *Ibidem*, p. 170.
- [39] *Ibidem*, pp. 62, 171, 178.
- [40] *Ibidem*, p. 108.
- [41] *Ibidem*, p. 232.
- [42] G. Borrow, cit., p. 62.
- [43] *Ibidem*, p. 57.
- [44] *Ibidem*, p. 105.
- [45] *Ibidem*, p. 59.
- [46] *Ibidem*, p. 268.
- [47] *Ibidem*, p. 266.
- [48] *Ibidem*, p. 295.
- [49] *Ibidem*, p. 295.
- [50] *Ibidem*, p. 594.
- [51] A. Edelfelt, *Cartas de viaje por España*, p. 35.
- [52] J. Torrecilla, cit., p. 157.
- [53] P. de Bourdeille, *Bravuconadas de los españoles*, pp. 92-95.
- [54] Al-Hamadani, *Venturas y desventuras del pícaro Abu l-Fath de Alejandría*.
- [55] P. de Bourdeille, *Bravuconadas de los españoles*, p. 92.
- [56] J. A. Castelo-Branco Chaves, *Os livros de viagens em Portugal no século XVIII*, p. 56.
- [57] C.-L. Montesquieu, *Cartas persas*, pp. 194-198.
- [58] C.-L. Montesquieu, cit., p. 197.
- [59] I. Herrero y J. M. Goulemot, «Relatos de viajes...» en *La historia de España en la literatura francesa*.
- [60] *Le Voyageur François*, París, 1772.
- [61] M. de Voltaire, *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations*.
- [62] J. Torrecilla, cit., p. 94; y artículo «Espagne» en la *Nouvelle Encyclopédie Méthodique*.
- [63] M. Defourneaux, *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, pp. 13 y ss.
- [64] *Ibidem*, p. 22.
- [65] *Ibidem*, p. 26.
- [66] C. Davillier, *Viaje por España*, vol. I, p. 414.
- [67] E. Poitou, *Viaje por Andalucía*, p. 73.
- [68] T. Gautier, *Voyage en Espagne*, p. 139.
- [69] E. Poitou, cit., p. 253.
- [70] *Ibidem*, p. 10.
- [71] *Ibidem*, p. 26.
- [72] *Ibidem*, p. 72.
- [73] *Ibidem*, p. 114.
- [74] P. Mérimée, *Viajes a España*, p. 309.

- [75] Mérimée, cit., p. 309.
- [76] F.-R. de Chateaubriand, *Las aventuras del último Abencerraje*, p. 129.
- [77] D. Mitchell, cit., p. 27.
- [78] R. Ford, cit., p. 171.
- [79] E. Poitou, cit., p. 164.
- [80] *Ibidem*, p. 258.
- [81] *Ibidem*, p. 254.
- [82] R. Ford, *España. Diario de viaje de un turista escritor*, p. 239.
- [83] E. de Amicis, p. 202.
- [84] P. Mérimée, cit., pp. 154 y 313.
- [85] E. Baltanás, *La materia de Andalucía*, p. 24.
- [86] A. Edelfelt, cit., p. 33.
- [87] P. Mérimée, cit., p. 306.
- [88] J. Torrecilla, cit., pp. 50, 111, 158.
- [89] Humboldt, p. 102.
- [90] Citado por D. Mitchell, cit., p. 51.
- [91] E. Poitou, cit., p. 113.
- [92] P. de Bourdeille, pp. 65 y ss.
- [93] M. Defourneaux, cit., p. 23.
- [94] Citado en M.^a L. Esteve, *La imagen de España en la literatura alemana del exilio de 1933-1945*, p. 30.
- [95] J. de Barrionuevo, 24 de octubre de 1654.
- [96] G. Borrow, cit., p. 270.
- [97] W. Irving, cit., p. 27.
- [98] *Ibidem*, p. 32.
- [99] W. Irving, cit., p. 106.
- [100] C. Davillier, cit., vol. I, p. 152.
- [101] E. Poitou, cit., p. 102.
- [102] *Ibidem*, p. 140.
- [103] *Ibidem*, p. 139.
- [104] *Ibidem*, p. 104.
- [105] D. Mitchell, cit., p. 68.
- [106] R. Ford, cit., p. 149.
- [107] *Ibidem*, pp. 55-57.
- [108] G. Borrow, cit., p. 162.
- [109] J. A. Saco, *Contra la anexión*.
- [110] J. Torrecilla, cit., p. 15.
- [111] M.^a L. Esteve, cit., p. 29.
- [112] T. Gautier, cit., p. 97.
- [113] P. Mérimée, cit., p. 233.
- [114] E. de Amicis, cit., p. 199.
- [115] Sobre viajeros italianos pueden verse: L. Serristori, *Ricordi sulla Spagna*, Florencia, 1856; E. Mario, *Ricordi di un viaggio in Spagna*, Foligno, 1884; B. Croce, *Viaggio nella Penisola Iberica*, Nápoles, 1889; E. de Amicis, *La Spagna*, Florencia, 1873.
- [116] A. Edelfelt, cit., p. 225.
- [117] Sobre pintores-viajeros, véase el «Estudio preliminar» de M.^a C. Díaz de Alda a las *Cartas* de A. Edelfelt, pp. 54 y ss.; sobre viajeros nórdicos, véase la cuidada exposición de la editora en la misma obra, pp. 70 y ss.

- [118] H. Sienkiewicz *et al.*, *Viajeros polacos en España*, p. 80.
- [119] *Ibidem*, p. 86.
- [120] *Ibidem*, p. 80.
- [121] *Ibidem*, p. 80.
- [122] *Ibidem*, p. 82.
- [123] H. Sienkiewicz *et al.*, *cit.*, p. 129.
- [124] W. F. Fijalkowski, *La intervención de tropas polacas en los sitios de Zaragoza*, pp. 144-146.
- [125] W. F. Fijalkowski, *cit.*, p. 135.
- [126] F. Presa, *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, «Introducción» de G. Bak, p. 21.
- [127] W. F. Fijalkowski, *cit.*, p. 124.
- [128] F. Presa González, *cit.*, p. 240.
- [129] *Ibidem*, p. 83.
- [130] *Ibidem*, pp. 187-188.
- [131] «Impresiones de viaje por España», en H. Sienkiewicz *et al.*, *cit.*, p. 188 y ss.
- [132] F. Presa González, *cit.*, p. 239.
- [133] W. F. Fijalkowski, *cit.*, p. 59.
- [134] *Ibidem*, p. 56.
- [135] *Ibidem*, p. 80. Sobre represión y pillajes cometidos por los franceses, así como sobre la reacción guerrillera, véase R. García Cárcel, pp. 131 y 138-139.
- [136] W. F. Fijalkowski, *cit.*, p. 149.
- [137] F. Presa González, *cit.*, p. 114.
- [138] «Estando acampados matábamos a estos pobres animales a millares y destruíamos todos los rebaños.» (*Ibidem*, p. 108)
- [139] J. F. Zielinski en F. Presa González y A. Matyjaszczyk, *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*, p. 63.
- [140] M. de Austria, *Por tierras de España*, p. 70.
- [141] M. de Austria, *cit.*, p. 148.
- [142] M.^a M. Serrano, «Viajes y viajeros por la España del siglo XIX», *Cuadernos críticos de Geografía Humana*, p. 15.

III. La Manola que nunca existió

*En arroyo sin pescado
yerro es pescar con çesta.*

(Gómez Manrique, *Exclamación e querella de la gobernación*).

Ya en el siglo XVIII los viajeros arrastraban una notable reputación de mentirosos, de gente que, con tal de embellecer sus textos, no vacilaba en recargarlos de exageraciones y datos falsos de difícil comprobación y en tal sentido abundaba el dicho francés «*A beau mentir qui vient de loin*»[1]. No faltaban los elementos maravillosos, la copia de testimonios ajenos y la reproducción *ad infinitum* de ideas preconcebidas y ya arraigadas en los lectores, de suerte que los nuevos escritos reforzaban los estereotipos preexistentes. A ello los escritores de gabinete contribuían poderosamente, escribiendo de oídas o repitiendo textos anteriores, lo cual hacía indignarse a Bougainville[2], quien apostrofaba a los «escritores perezosos que filosofan desde la penumbra de su gabinete», mientras a él, viajero y marino, lo tenían por un falsario y un imbécil.

Buena parte de aquellas ideas equivocadas se basaba en la reiteración de comentarios o alusiones que encajaban bien con las expectativas del receptor cuando se hablaba de tal país o estotra costumbre: el escritor venía –viene– a corroborar los conocimientos ya enraizados y operaba la función –siempre tan útil– de que el lector se reconociese en el texto al reconocer en él sus ideas previas. Otras veces, el autor entendía mal, o interpretaba a su antojo cuanto tenía ante la vista, pero acababa ofreciendo la versión más grata a la búsqueda exótica, a la rememoración de factores pintorescos y, en suma, a la construcción y modelado de una figura que, en el caso español, podemos denominar «la manola inexistente». Y bien entendido que el nuestro no constituye un caso especial: semejantes desenfoques se aplicaron a otros países. Veamos un solo ejemplo: Casanova en el siglo XVIII («El Alcázar es el Louvre de Toledo, el gran palacio real donde vivía el rey de los moros»[3]) o el pintor Edelfelt en el XIX (En Toledo «400 cadetes se educan en el *alcasar [sic]* de los reyes moros»[4]) adjudican a los musulmanes construcciones muy posteriores a su dominio, pero no se arredran ante el dislate porque, sencillamente, pega bien la alusión a los moros contra viento y marea. Tal

vez sea excesivo acudir a la autoridad de Basilio Pavón para terminar con este punto pero quizás tampoco sobre: «De los palacios urbanos de al-Mamún, la *Crónica Tudense* refiere que Alfonso VII recibió en ellos una embajada del rey de Francia. Es muy probable que estos palacios llegaran en parte respetados al siglo XIV, independientemente del Alcázar nuevo de Alfonso VI, que se levantaría en la prominencia donde Carlos V construyó su alcázar»[5].

La manola inexistente consistió –y consiste– en dar un dato concreto o lanzar una afirmación gruesa que, sencillamente, no es ni fue así, de suerte que edificaciones renacentistas se reconvierten en sedes de reyes moros. Las causas de estos dislates son varias, unas mueven más a indulgencia y comprensión y otras en absoluto. Desde errores de traducción antiguos (Arnold von Harff, 1496, vierte Finisterre como *Finstern Stern* o «Estrella Oscura»[6]) o recientes (al militar polaco Broekere el traductor actual atribuye hablar de «puentes de cemento» en la Guerra de la Independencia[7], o de señalar la inexistencia de velas en España[8], pasando por la «escasez de castillos y casas de campo» de Davillier[9], lo cual, a todas luces, es una mala traducción –en la versión por nosotros manejada– del francés *château*, que más bien es un palacio rural: la denominación de «castillo» por el de La Granja es reveladora al respecto. Aunque afeen y rebajen el valor de una edición, estos no son errores graves, si bien en ocasiones el destrozo convierte en incomprensibles párrafos enteros, así sucede en la versión española del libro de Mitchell, en el cual la traductora –cuyo nombre piadosamente omitimos– enhebra una notable lista de equivocaciones de bulto[10] que fuerzan al lector a poseer una cultura polifacética o a transmutarse en detective: «aljibe» por «adobe»; Prester John por Preste Juan; San Jaime por Santiago; «obstrucción de los fueros»; «romance» por «novela»; «el Manzanares» por Manzanares, pueblo de Ciudad Real; «francófonas» por «francófobas»; «encapotado» por embozado con capa; «William Uhlans» por «los ulanos de Guillermo [I]»; «parte» por «cuota» (militar)... En puridad, no se trata, en este caso, de errores en el original inglés sino de mal trabajo en español. Muy distinto es investir con el rango de ciudad al Carril del siglo XIX («Ciudad portuaria con ferrocarril en el Atlántico»), sin duda confundiéndolo con Villagarcía de Arosa, o llamar Núñez Mendoza a Méndez Núñez[11]; designar como «Lambra» a la Alhambra, armoniza en el mismo autor (el barón de Massias, prisionero en

Figueras a fines del XVIII) con «La Meda» [Alameda] de Málaga o con el chascarrillo de que los malagueños, si tienen el pañuelo de una mujer, están obligados a casarse con ella[12].

La traductora de Poitou[13] denomina «antigua romanza morisca» [sic] al romance de la pérdida de Alhama; Amicis –y esto no parece fallo en la traducción– habla de «las vírgenes árabes de la tribu de los *usras* [sic], que hacían morir de amor», por los Banu ‘Udra; el archiduque de Austria Maximiliano se refiere a Caraccas por La Carraca (Cádiz)...[14]. Un elenco de errores –que no afecta mucho al contenido de fondo– mejorado con creces, v. g., en las tontas cogitaciones de Ford[15] sobre las lenguas y, en especial, sobre la española, divagaciones que no tienen desperdicio: «los españoles nunca han forjado su lengua sobre el yunque de las ocupaciones cotidianas y en consecuencia es un idioma pobre en términos de arte o invenciones modernas y en la expresión de conocimientos caseros, útiles y cotidianos»: ¡hele! En verdad, no sabemos si Ford merece siquiera la salvedad de que en su tiempo las ideas sobre lingüística estaban poco o nada desarrolladas y en ellas aún coleaban las apreciaciones de Bodin, Arbuthnot y Montesquieu sobre el determinismo geográfico y climático. Arbuthnot pensaba que las lenguas, como los temperamentos nacionales, estaban sujetas a las influencias climáticas. Los pueblos del norte, por consiguiente, tienen idiomas con abundantes consonantes porque les da miedo abrir la boca y dejar entrar el aire frío, mientras que los pueblos tropicales, que necesitan mayor ventilación, hablan lenguas con muchas vocales...[16]. Sin comentarios.

Pero como el prurito de juez corrector asoma tantas veces en el viajero, este no puede contenerse y así Davillier –que no es de los peor informados ni peor intencionados– a base de elucubraciones ajenas (sobre todo de Estébanz Calderón) sugiere que la primera mitad del nombre de Shinil (Genil) significa «cien» en árabe –no sé a qué árabe se refiere–: «El nombre del Genil proviene del árabe Shinil o Shingil y no tiene ninguna relación, como se ha pretendido, con el río del San Gil. Se ha llegado a decir, incluso, que el nombre árabe no es más que la corrupción del romano Singiles»[17]. Pero eso es exactamente: el medieval Guadaxenil procede del latino Singilis[18]. Las etimologías populares, fantásticas, tanto de sustantivos como de topónimos, constituyen uno de los campos que más alegrías y jolgorios producen a los estudiosos y amén de remitir a nuestra obra *Al-Ándalus contra España*[19] aquí nos limitaremos a señalar algunos ejemplos, de veras

sabrosos: el mismo Davillier[20] no da mucho crédito, más bien ninguno – digámoslo en su honor– a las leyendas asociadas a la explicación del nombre de Granada (*Gar Nata* = Ciudad [sic] de Nata; *Garb Nata* = Crema del Poniente), pero sí se empeña en que Orihuela es denominación árabe, aunque más bien parece venir «del latín *auriola*, adjetivo en principio aplicado a *villa* o similar, derivado del nombre propio *Auriolus*, muy frecuente en Hispania»[21], del mismo modo que relaciona con «los de Baeza» (los fugitivos de allí en 1227, tras la toma de la ciudad por los castellanos) al Albaicín, si bien es más ajustada a la realidad la explicación de Seco de Lucena, que entiende «los halconeros» (*bayyazin*) [22]. Como tampoco andan muy finos los conocimientos históricos de Davillier al asegurar que «Jerez de la Frontera ha recibido su nombre a causa de la vecindad con la frontera de Portugal»[23]. O es un descuido fruto de escribir de prisa: a saber.

El siempre inagotable Borrow[24] nos aclara que el portugués «Monte Moro, como su nombre indica, fue en otros tiempos una fortaleza de los moros», cuando se refiere a Montemôr o Montemayor. Sienkiewicz (1888) viaja a Córdoba y, en el tren, asocia el topónimo Despeñaperros con «España y perros» y lo traduce al polaco como *psy Hiszpanii*, es decir «los perros de España»[25], claro que en Toledo asegura haber visto el río Tíber circundando la ciudad[26]: tomémoslo como un simple lapsus. Pero el finlandés Edelfelt, poco antes –como Gautier anteriormente– abunda en que el nombre Despeñaperros proviene de haber sido «por allí expulsados los moros de España»[27]. Se multiplican los datos y referencias históricas erradas o, sencillamente, falsas. Así, por ejemplo, los títulos y rangos políticos y religiosos de la historia islámica –ya en al-Ándalus, ya en el resto del mundo musulmán, medieval o contemporáneo– componen un confuso magma donde los escritores europeos o españoles, incluso de ahora mismo, patinan y desbarran con soltura y desparpajo: Davillier[28] llama «califa» a Almanzor, que solo fue primer ministro, aunque todopoderoso; pero Pedro Antonio de Alarcón[29], a quien cabría exigir mejor conocimiento, adjudica el mismo título al sultán de Fez; y Amicis no se queda atrás otorgando idéntico tratamiento a los régulos nazaríes granadinos[30], amén de incluir la guerra santa (*yihad*) entre los cinco pilares del islam en tanto omite la profesión de fe (*sahada*) [31].

Los errores históricos proliferan, veamos algunos: Davillier refiere que

Felipe II murió en 1583 (en vez de en 1598[32]), Torquemada fue «el mayor quemador de herejes del siglo XVI»[33] (en realidad, fue nombrado inquisidor mayor por el Papa en 1483), el mismo escritor[34] redondea al alza asegurando que Felipe III expulsó a un millón de moriscos (no a unos 300.000, como sucedió) y culmina su desinformación afirmando: «se dice que [el valenciano Tribunal de las Aguas] fue instituido por al-Hakam al-Mostansir Bilah [al-Hakam II] hacia el año 920», es decir, cuando el futuro califa contaba cinco años de edad[35]. Poitou demuestra cuán mejorables eran sus estudios históricos, ya por señalar que los cristianos tomaron Tarifa a principios del siglo XIII[36], ya por adelantar en casi dos siglos la proclamación del califato independiente de Córdoba (según él en 756, confundiendo la llegada de Abderrahmán I, en octubre de 755, con la constitución del califato por su descendiente Abderrahmán III en 929, o por retrasar en más de otra centuria (en 1145, según él) el fin de la institución califal[37]. Maximiliano de Austria –tan preocupado como andaba por las realezas hispanas– llama «rey aragonés» a Fernando III y «cruel rey aragonés» a Pedro I de Castilla[38], pero Broekere[39] dice haber asistido a la muerte de Pepe-Hillo (a quien rebautiza como Pedro), en una corrida presidida por José Bonaparte, aunque el torero murió el 11 de mayo de 1801, cuando faltaban siete años para la usurpación del trono por el hermano de Napoleón. Edelfelt define a Séneca como «poeta romano de Sevilla»[40] y se deja llevar de fantasías legendarias incurriendo no ya en un error puntual, sino de bulto: «El nombre Toledo es hebreo y significa ciudad de las generaciones porque todas las tribus de los judíos participaron en la emigración»[41], así como Gautier afirmaba que los judíos vinieron en tiempos de Nabucodonosor. Amicis[42] patentiza la rapidez y ligereza con que escribía al hablar de Catalina Bohl por Cecilia Böhl (Fernán Caballero), cometiendo un yerro más incomprensible al tratarse de una contemporánea, si bien para chusca pretensión intemporal podemos citar la de Broekere: «los burros y las mulas se reproducen entre ellos»[43], prodigio de la naturaleza, hasta en España.

Los monumentos también se llevan su quiñón en el reparto y no solo por adjudicaciones morunas: el cura boloñés Domenico Laffi (1673) asegura que el Hostal de los Reyes Católicos «fue mandado construir por el rey don Alonso» (¿?) [44]; Gautier[45] incluye a Velázquez entre los decoradores de las techumbres del borbónico Palacio de Oriente; Andersen dice que la

sevillana Casa de Pilatos fue «construida en la Edad Media»[46]; Edelfelt adelanta la erección de la Fábrica de Tabacos de Sevilla al siglo XVII[47]; Poitou, con su buen hacer habitual, estima «de construcción árabe» el puente romano de Córdoba[48] y la Giralda se habría levantado «hacia el año 1000»[49], misma datación de Amicis[50], quien declara ser la «Puerta del Sol [de Toledo] una joya de la arquitectura árabe»[51], mientras –según él– la catedral de Granada es fundación de los Reyes Católicos, en 1529 (en realidad, se inició en 1528 y no por los RR.CC., evidentemente) y, sobre todo, el carro de Cibeles, en su plaza madrileña, lo arrastran dos caballos marinos (es obvio que se confunde con Neptuno, del que también habla)[52]; Davillier[53] asegura que la Casa del Carbón (*sic*) de Granada es obra de Badis en el siglo XI o que la basílica destruida por los musulmanes en Córdoba para levantar la mezquita estaba dedicada a San Jorge, no a San Vicente. Según Casanova[54], la altitud de Madrid es de 1.000 toesas, o sea 1.950 metros, lo cual resulta exagerado, ya que la realidad es de 655 metros, pero el dato falso no es baladí, porque la altitud da pie al escritor para extraer conclusiones físicas, psíquicas y moralizantes –a la contra– acerca de los habitantes y sus temores al frío: dé el dato erróneo a propio intento, o por simple ignorancia, el efecto es el mismo, al servirse de él para extrapolar críticas que fallan por la base por él mismo propuesta.

De manera inevitable, pasamos de los errores puntuales o los datos falsos adrede a las grandes interpretaciones equivocadas, dentro de un marco ideológico proporcionado, en especial desde el siglo XVIII, por las corrientes ilustradas europeas. Se generan prejuicios que permiten, hasta nuestros días, un discurso homogéneo sobre España, por más que los viajeros se sorprendan parcialmente ante fenómenos que no casan con el análisis preconcebido –y condena frecuente–, así por ejemplo los ánimos reformistas para intentar mejorar la administración, el derecho de los cómicos a prestar testimonio legal o a asistir a misa, o que los cargos no se compren y vendan, les extrañan[55], pero sin consecuencias en las ideas generales.

En esta deriva de juicios globales contradictorios con las evidencias sociales o los hechos históricos, incluso, los hay favorables para la sociedad española, pero resultaban insostenibles ya en su época, no solo por obra del paso de dos siglos y de las perspectivas que nos ofrecen los acontecimientos habidos en ese lapso. Wilhelm von Humboldt, en 1800, afirma de modo que mueve nuestra perplejidad: «En España, los eclesiásticos nunca constituirán

un peligro político. No lo son aunque solo sea por costumbre, unidos como han estado desde siempre a las grandes familias»[56], clarividencia no menor que la de Gautier[57] cuando sentencia no muchos años después: «L'Espagne catholique n'existe plus», opiniones ambas que constituyen un verdadero aldabonazo de atención para que los españoles relativicemos la credibilidad y seriedad de los juicios emitidos por extranjeros sobre nosotros y que, aquí, desde el siglo XVIII, siempre hemos sobrevalorado al perder la seguridad en nosotros mismos, como fruto de la crisis moral sobrevenida en la segunda mitad del XVII por la pérdida de la hegemonía política y militar.

Pero la perplejidad no cesa de crecer cuando Humboldt describe el mundo de las ediciones de libros: «Aquí hay una afición loca por la lectura, aunque está mal dirigida. A pesar de las prohibiciones de la Inquisición, por 5 y 10 p. c. se pueden comprar suficientes libros prohibidos y todos los de Voltaire y Rousseau que se quiera»[58]. Aunque la última parte del comentario (la transgresión de la prohibición de ciertas obras) fuese verídica –en nuestro país hemos vivido situaciones semejantes en el mismo campo en las postrimerías del franquismo, pero dudo mucho que así ocurriera en sus comienzos– la idea general parece en exceso optimista y nos sitúa ante la pregunta de en qué círculos se movía el autor, sin prestar atención al común de los hispanos, actitud que trasladaba desde su propia patria: la mayor parte de los viajeros se acordaba poco o nada de las gentes de a pie de su tierra, si bien la aparición de sus equivalentes españoles resultaba obligada por razones obvias. Pocas veces se cotejan cocheros con cocheros y obispos con sus iguales. El desequilibrio en los términos de comparación es permanente y la tendencia a generalizaciones insostenibles, también. Twiss (en 1773) dice de Toledo, entreverando realidades con falsedades manifiestas: «En efecto, todas las calles son estrechas, tortuosas y están mal pavimentadas y, exceptuando la catedral y el alcázar, no hay prácticamente ningún edificio destacable en toda la ciudad»[59].

Sería difícil distribuir con justicia los premios a la arbitrariedad y la falta de rigor entre toda esta multitud de testimonios falsos, más que erróneos o exagerados, pero tal vez el polaco Broekere[60] merezca uno de los primeros puestos en tan feo escalafón y pese a la obstinada competencia con que se emulan unos a otros:

En las aldeas, los españoles no construyen ni cuadras, ni vaquerizas para el ganado, las ovejas y otros animales; tan solo edifican establos para los caballos, las mulas y los burros [...] Como el

español no conoce ni graneros ni establos, bajo el suelo construye una bóveda habilitada a modo de almacén, donde acomoda las provisiones de trigo. No conoce ni las praderas, ni el heno, ni las hoces, por lo que durante casi todo el año crece una hierba exuberante.

Aun admitiendo que se refiriese a no haber visto graneros y establos independientes como los de Centroeuropa –que también había y hay–, ¿qué pensaría tener delante al contemplar silos, bodegas (no solo de vino), paneras, graneros, pajares, alforfas, pósitos, alhóndigas, hórreos, piornos, alfolíes, almiares, majadas, apriscos, rediles o establos que eran verdaderos establos? Sin acudir a la exhaustividad que los diccionarios nos podrían brindar, baste con los ejemplos recordados. Pero Broekere no se conforma con un área productiva, su talento tiende a la universalidad:

Como los españoles *desconocen por completo los barriles* [la cursiva es nuestra, S. F.], debido a la carencia de madera apropiada, vierten el vino en unos sacos realizados con piel de toro que denominan pellejos de vino [...] Como España carece de madera apropiada para la fabricación de toneles, los españoles se esfuerzan por conservar y mejorar el vino mediante unas grandes vasijas de barro (tinajas)[61].

Pero para desgracia del testimonio de Broekere, la primera documentación de «tonelero» data de 1253[62], existiendo abundantes referencias a barriles, cuberos, toneleros y fabricantes de pipas y botas en general. El término «tonel» procede del céltico *tunna*, pasado al latín, y se define como «cuba grande en que se echa el vino u otro líquido, especialmente el que se embarca» y aparece en las *Cantigas* (siglo XIII) y en el *Poema de Alfonso XI* (siglo XIV)[63]. Y con Alonso de Herrera (1513) cerramos esta enojosa apostilla: «De dos maneras son las vasijas para cocer, o tener el vino, las unas son de madera que llaman cubas, otras son de barro. De las cubas sale más oloroso el vino que de las tinajas, mas en las tinajas no se mohece tanto como en las cubas...». Y a continuación enumera las ventajas y desventajas de unas y otras[64].

Sin embargo, el polaco no ceja en su empeño: en las casas españolas no hay mobiliario prácticamente (afirmación que, matizada, podría discutirse)[65], pero es que «... de las paredes nunca cuelgan retratos, espejos ni tampoco ningún recuerdo familiar o histórico, *seguramente porque el soberano o príncipe lo prohíbe* [la cursiva es nuestra, S. F.]. En casa de las personas más pudientes nunca tuve la ocasión de ver ningún cuadro...»[66], tal vez porque los franceses con los que iba ya los habían robado. Por descontado, en España no hay relaciones sociales, ni fiestas, ni celebraciones públicas[67], ni la

gente emigra[68], ni se produce trigo suficiente «... debido a su indolencia y dejadez»[69].

Ante tal cúmulo de despropósitos no parece lógico ni siquiera ofenderse o escandalizarse, simplemente soltar la carcajada. Como cuando Gautier, muy convencido, afirma que la sinagoga de Santa María la Blanca, en Toledo, es «*la seule que l'on ait jamais tolérée en Espagne*»[70]. No obstante, el verdadero problema –como ya hemos señalado más arriba– no reside en que estas relaciones de viaje estén plagadas de dislates, sino que esa acumulación disparatada (por interés, ignorancia o simple despiste) haya constituido la base de la información sobre la que se forjó la imagen de España. Y el círculo de la necedad se cierra de modo glorioso al irse sumando a ella, con velocidad uniformemente acelerada al paso del tiempo, legiones de españoles deseosos de cobrar las facturas de sus propias frustraciones y resentimientos personales, o de subirse al carro de la moda para *conectar* con el *pensamiento progresista* dominante repartidor de premios y castigos. Más aburridos que curados de perplejidades y espantos, comprobamos la persistencia de los clichés religiosos en un contemporáneo nuestro:

La inoculación [contra la viruela] que tanto éxito había tenido en Inglaterra para reducir los daños de esta horrible plaga, no fue utilizada en España a pesar de los argumentos de Baretti, quizá *porque la Iglesia la condenaba como remedio antinatural e impío* [la cursiva es nuestra, S. F.],

dice Mitchell[71] y se queda tan ancho. El autor acude al argumento bobo de siempre: la Iglesia impedía el progreso. Falta añadir que por gusto. Lo cierto es que cuando Baretti andaba por España la vacuna aún no se había descubierto. Fue en 1796 cuando el médico inglés Jenner empezó a difundir sus observaciones con vacas; en 1800 se tradujeron sus trabajos y Napoleón vacunó a sus tropas. Entre 1803 y 1809 el médico español Francisco Javier Balmis, saliendo de La Coruña, desarrolló por las posesiones españolas ultramarinas, es decir medio mundo, la difusión de la antivariólica. Estos son los hechos, pero sigue siendo rentable acudir al recurso fácil del congénito oscurantismo español. Así pues, ¿por qué no va a ser la Iglesia responsable de impedir la vacunación contra la viruela?[72].

Si el autor tiene ínfulas literarias, de regeneración moral, o tan siquiera de mostrar su indiscutible superioridad en todos los órdenes, adoba el texto con alusiones ambientadoras o juicios categóricos acerca de la sociedad y cultura españolas, comentarios que, de nuevo, nos incitan a chanzas más que a iras.

Ingleses y franceses suelen llevarse la palma en este género, como más arriba veíamos. Borrow, que no pierde ripio para esbozar pinitos literarios o invocar a las siempre ocultas fuerzas del misterio, es un excelente ejemplo de fantasías escénicas: «Los rostros melancólicos y los flotantes cabellos negros de las monjas, ansiosas de ver al forastero»[73], refiere ante un monasterio portugués, descuidando el pequeño detalle de que las monjas, casi con seguridad, llevarían la cabeza rapada y las tocas puestas.

Si los pasajes de tal factura fuesen pocos, podríamos inclinarnos a la indulgencia y tomarlos como meras licencias literarias sin mayor trascendencia, pero su multiplicación y concentración en determinados campos lo impiden. Junto al prejuicio religioso, su puesta en escena recurre con frecuencia al recordatorio recidivante de judíos en una España –primera mitad del XIX– en que no los había: «los posaderos me apuñalaban con la mirada de sus ojillos judaicos»[74]; un israelita de nombre Abarbanel [¡qué imaginación!: ¿se sabría más apellidos hebreos?] asoma en la obra dedicado a la fabricación y venta de longanizas[75], oficio de lo más apropiado para judíos; a principios del XIX «lo que más trabajo daba a la Santa Casa [la Inquisición] era el judaísmo; sus brotes y ramificaciones son numerosos, en toda España, lo más singular es que hasta en el clero descubríamos continuamente casos de judaísmo»[76]. Andando.

Y Ford, menos creativo pero más totalizador y campanudo, tampoco renuncia al chascarrillo de moraleja cósmica y cómica: «Isabel, la hija favorita de Felipe II, hizo un solemne voto de no cambiar nunca de camisa hasta que fuera conquistada Ostende. El sitio duró tres años, tres meses y trece días, y la real prenda adquirió un color pardo, que fue llamado “Isabel” por los cortesanos...»[77]: compárese el cuento con la misma historia adjudicada a Isabel la Católica en Santa Fe y el cerco de Granada, aunque, de hecho, sea irrelevante que el asedio –resuelto por Ambrosio Spínola en 1604– durase tres años y 77 días[78]. El mismo Ford pasa a mayores al hacer incursiones de alcance cultural de gran calado, así –y aparte de sus observaciones lingüísticas ya mentadas– deja sentado que «la literatura española, oprimida y desvirtuada por la Inquisición, fue cosa casual y los buenos libros aparecían de la misma manera que las palmeras en el desierto...»[79]. Y mucho más de lo mismo.

Tras todo lo anterior, algo queda claro: no emperifollaron a Carmen más de la cuenta, no exageraron albayaldes y coloretos cuando ya no se estilaban, ni

siquiera le rebajaron la edad en procura del morbo adolescente. No: meramente, esa manola nunca existió, muchas manolas que nos encasquetan jamás existieron y uno o dos siglos más tarde aún debemos seguir aclarando el error o dejándole vivir su vida –como hacen muchos– por más que sustente ideas falsas sobre España y los españoles. No es injusto ni indignante, solo aburrido.

- [1] C. G. de Uriarte, *Literatura de viajes y Canarias*, p. 132.
- [2] *Ibidem*, p. 133.
- [3] G. Casanova, *Memorias de España*, p. 156.
- [4] A. Edelfelt, cit., p. 236.
- [5] B. Pavón, *Arte toledano, islámico y mudéjar*, p. 97. Toledo, como punto de atracción que es, carga con numerosos errores: G. Borrow (p. 410) asegura que se halla a 12 leguas al oeste de Madrid.
- [6] Briesemeister, en M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, *Imágenes de España en culturas y literaturas europeas (siglos XVI-XVII)*, p. 96.
- [7] F. Presa González, cit., p. 72 y 123.
- [8] «Los españoles tan solo utilizan faroles, que sustituyen a las velas más resplandecientes, pues éstas las desconocen por completo.» (*Ibidem*, p. 93): ¿se referirá a antorchas? Tampoco cuadra.
- [9] C. Davillier, cit., vol. II, p. 255.
- [10] D. Mitchell, pp. 14-15, 58, 60, 68-69, 73, 77, 93, 99.
- [11] Pelczar en H. Sienkiewicz *et al.*, cit., p. 147.
- [12] *Le prisonnier en Espagne*, en M. M. Serrano, cit., p. 16.
- [13] E. Poitou, cit., p. 201.
- [14] M. de Austria, cit., p. 187.
- [15] R. Ford, cit., p. 175.
- [16] M. Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica*, p. 37.
- [17] C. Davillier, cit., vol. I, p. 264.
- [18] Véase E. Terés, *Nómina fluvial*, pp. 438 y ss.
- [19] S. Fanjul, *Al-Ándalus contra España*, pp. 188 y ss.
- [20] Davillier, cit., vol. I, p. 189.
- [21] E. Nieto Ballester, *Breve diccionario de topónimos españoles*, p. 246.
- [22] L. Seco de Lucena, *Plano de Granada Árabe*, p. 36.
- [23] C. Davillier, cit., vol. I, p. 364.
- [24] G. Borrow, cit., p. 54.
- [25] H. Sienkiewicz *et al.*, cit., p. 71-72.
- [26] *Ibidem*, p. 86.
- [27] A. Edelfelt, cit., p. 186.
- [28] C. Davillier, cit., vol. II, pp. 16 y 18.
- [29] P. A. de Alarcón, *La Alpujarra*, cit., pp. 18 y 22.
- [30] E. de Amicis, pp. 304, 314, 332.
- [31] *Ibidem*, p. 302.
- [32] C. Davillier, cit., vol. II, p. 260.
- [33] *Ibidem*, vol. I, p. 34.
- [34] C. Davillier, cit., vol. I, p. 171. Las cifras de población musulmana siempre son fantásticas: Gautier (*Voyage*, p. 99) asegura que alcanzaba *du temps des Mores* los 32 millones de habitantes; y

Poitou (p. 198) afirma que Granada y su alfoz contaban tres millones de habitantes.

[35] C. Davillier, cit., vol. I, p. 61.

[36] E. Poitou, cit., p. 131.

[37] *Ibidem*, p. 38.

[38] M. de Austria, cit., pp. 76 y 80 respectivamente.

[39] F. Presa González, cit., p. 137.

[40] A. Edelfelt, cit. p. 212.

[41] *Ibidem*, p. 225.

[42] E. de Amicis, p. 273.

[43] F. Presa González, p. 109.

[44] G. A. Garricho, *Aventureiros e curiosos*, p. 128.

[45] T. Gautier, cit., p. 151.

[46] H.-C. Andersen, *Viaje por España*, p. 239.

[47] A. Edelfelt, cit., p.205.

[48] E. Poitou, cit., p. 48.

[49] *Ibidem*, p. 68.

[50] E. de Amicis, cit., p. 260.

[51] *Ibidem*, p. 209.

[52] *Ibidem*, p. 130.

[53] C. Davillier, cit., vol. II, p. 16.

[54] G. Casanova, cit., p. 85. Fischer (p. 78) abunda en la misma idea de que Madrid es la ciudad más alta de España.

[55] I. Herrero y J. M. Goulemot, en *La historia de España en la literatura francesa*, p.323.

[56] W. von Humboldt, cit., p. 98.

[57] T. Gautier, cit., p. 227.

[58] W. von Humboldt, cit., p. 107.

[59] R. Twiss, cit., p. 131.

[60] F. presa González, cit., p. 104.

[61] F. Presa González, cit., p. 94-96.

[62] M.^a C. Martínez Meléndez, *Estudio de los nombres de los oficios artesanales en castellano medieval*, pp. 669 y ss.

[63] *Diccionario Medieval Español*, vol. II, p. 1597; J. Corominas, vol. V, p. 544; S. Covarrubias, p. 966; *Diccionario de Autoridades*, vol. III, p. 296.

[64] A. de Herrera, *Agricultura general*, p. 131.

[65] F. Presa González, cit., p. 91.

[66] *Ibidem*, p. 91.

[67] *Ibidem*, p. 99.

[68] *Ibidem*, p. 117.

[69] *Ibidem*, p. 104.

[70] T. Gantrir, cit., p. 209.

[71] D. Mitchell, cit., p. 37.

[72] Sobre todo esto, véase G. Díaz de Yraola, *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna*, pp. 17 y ss.

[73] G. Borrow, cit. p. 86.

[74] *Ibidem*.

[75] *Ibidem*, p. 150.

[76] *Ibidem*, p. 215.

[77] R. Ford, cit., p. 161.

[78] G. Parker, *España y la rebelión de Flandes*, p. 230.

[79] R. Ford, cit., p. 300.

IV. La navaja en la liga

*Queman los nuevos olivos,
guardan los espinos tuertos.*

(Gómez Manrique, *Exclamación e querrela de la gobernación*).

Obviamente, con la expresión «navaja en la liga» resumimos el conjunto de rasgos exóticos con que extraños –y a veces propios– decoran el «carácter español». El pintoresquismo, las rarezas y los signos «raciales», como venimos viendo, constituyen un escenario obligado para que el viajero no solo haga ameno su relato sino también creíble, cumpliendo así lo prodigioso una función estructural en la obra, no de mero contenido. Las descripciones crítico-pintorescas con tendencia a lo divertido y en todo caso a lo sorprendente y maravilloso convierten a España en un espectáculo. ¿Y qué mejor exhibición que la de una gitana morena y con trapío descubriendo el muslo para extraer la faca, a ser posible cabriterera? Washington Irving resume bien la idea, todavía en el primer tercio del XIX, recogiendo en un solo párrafo los principales tópicos que, desde décadas antes, se cernían sobre el país:

No hay nadie que entienda mejor el arte de no hacer nada y de nada vivir como las clases pobres de España. Una parte de ello se debe al clima y lo demás temperamento. Dadle a un español sombra en el verano y sol en el invierno, un poco de pan, ajo, aceite y garbanzos, una vieja capa parda y una guitarra, y rueda el mundo como quiera. ¡La pobreza! Para él no es una deshonra. La lleva consigo con elegante estilo, como la raída capa; porque él siempre es un hidalgo, aunque sea con harapos^[1].

Además de la proverbial pereza española –sobre la cual volveremos–, que es el resultado, el norteamericano apunta a las dos causas (clima y temperamento) que, según él, originan tan divertidos efectos a ojos del espectador foráneo. Y recalquemos lo de espectador.

Ambos factores tienen antecedentes antiguos, tanto el determinismo medioambiental como los condicionantes raciales que tendrían consecuencias culturales y de comportamiento. Ya Marco Vitruvio Polión^[2] señalaba que los pueblos meridionales disfrutaban de inteligencia perspicaz debido a la ligereza de la atmósfera y al calor, en tanto los del norte, paralizados por humedades y por la densidad brumosa del aire adolecen de una inteligencia perezosa y lenta. Ni que decir tiene que el etnocentrismo de romano le inducía a interpretar de tal manera las conductas. Por el contrario,

Montesquieu –y no digamos los anglosajones– lo ven de opuesto modo: los septentrionales son inteligentes, valientes, vigorosos, insensibles al dolor, poco aficionados al sexo y sus deleites pero sí al alcohol[3]. Alguno de estos deterministas (De Maestre, De Bonald), partiendo de la idea de que el lenguaje, tanto oral como escrito, solo puede proceder de Dios, asociaron inextricablemente la lengua de los pueblos con su carácter nacional y con un destino histórico inmutable, dotándolos de un sentido mítico determinante de leyes y costumbres, ideas que hallarían eco en el nacionalismo romántico de Fichte o Hegel. O del mismísimo Américo Castro, cuando inventa y encasqueta sin remisión a la lengua española un carácter semítico porque decimos «aceite», «alcanfor» o «arrebato». Baltanás señala cómo se pueden alcanzar las cimas del esperpento y el ridículo –caso de Luis Cernuda, aludiendo al pasado musulmán de Andalucía– al asegurar el poeta que «el suelo y el aire quedaron impregnados de algunos dejos, ecos de aquellas razas extintas; dejos que, respirados por los nuevos pobladores, pasan a ser parte de su espíritu»[4]. Que no decaiga.

En realidad, la entronización del clima como eje y base de los caracteres humanos, tanto individuales como colectivos, es vieja. Hipócrates (460-385 a.C.) fundamenta las diferencias, tanto físicas como psíquicas, entre los hombres en factores tales como frío y calor, humedades y sequías. La composición de los suelos y, consiguientemente, la alimentación, serían otros elementos que conjugar en los resultados. De tal suerte se explican el color de la piel, la morfología corporal y... las conductas. Cuando Herder[5] considera el medio ambiente el principio de causalidad de las culturas, de hecho está reproduciendo ideas que proceden del médico griego transmitidas a Aristóteles, Eratóstenes, Estrabón y Ptolomeo y de estos a los geógrafos y médicos árabes medievales: Ibn Butlán, Ibn Jaldún, Ibn al-Muyawir, Ibn Battuta, León el Africano, viajeros y/o etnógrafos[6], más o menos conscientes de serlo, que pusieron las bases, junto con la recuperación de la cultura clásica grecolatina por los humanistas, para que ya en los siglos XVI al XVIII se conformara toda una teoría climática que intentaba ofrecer explicaciones racionales para los caracteres de las naciones. Las observaciones, experiencias y codificación de infinidad de materiales habidos entre los pueblos con que los europeos entraron en contacto a partir del siglo XV en los otros continentes contribuyeron a reforzar tales teorías[7]. Y si los geógrafos e historiadores árabes –incluido el beatificado Ibn Jaldún– no

titubean en resaltar la cercanía de los negros ecuatoriales a la condición animal, Juan Ginés de Sepúlveda[8] o Alonso de Veracruz[9] no les van a la zaga, aunque sus justificaciones se revistan de especiosidades escolásticas.

El médico español Juan de Huarte (*Examen de ingenios para las ciencias*, 1575) desarrolla el estudio de las habilidades humanas en función de la teoría de los climas:

[...] las costumbres del ánima siguen el temperamento del cuerpo donde están que, por razón del calor, frialdad, humedad y sequedad de la región que habitan los hombres, y de los manjares que comen, y de las aguas que beben, y del aire que respiran unos son necios y otros sabios, unos valientes y otros cobardes, unos crueles y otros misericordiosos, unos cerrados de pecho y otros abiertos, unos mentirosos y otros verdaderos, unos traidores y otros leales, etc.[10].

La obra de Huarte se difundió por toda Europa y un año después publicaba, en París, Jean Bodin su libro *Les six livres de la République* en que relacionaba directamente el carácter y disposición de las gentes de cada país con la naturaleza del medio que las rodea. En su teoría, se destaca una gradación climática en la cual Francia ocupa el lugar ideal y más benigno y es productora por tanto de los mejores humanos; por el contrario, con anterioridad ya había insertado a Inglaterra en la zona septentrional, fría y poco agraciada[11]. Ni que decir tiene que en el siglo siguiente los estudiosos ingleses desplazaron el centro climático ideal al noroeste, o sea hacia sí mismos, mientras los pueblos ubicados al sur y sudeste de las islas británicas adolecían de fallas en cuanto a fuerza, valor y sentido independiente, de los cuales los ingleses andaban pletóricos y así se mostrarán (véase *supra*, Capítulo II de esta obra) los viajeros-comentaristas por aquí asomados. Por último, Montesquieu (*De l'esprit des lois*, 1748) señala al elemento climático como principal determinante de las actitudes y aptitudes políticas y sociales.

Los españoles, por su parte y coincidiendo con la hegemonía política y militar sobre Europa, también se adornaron con razones supremas –la Providencia divina– que justificaban su primacía. Hernando de Acuña en su soneto dedicado a Carlos V, tras su triunfo sobre los protestantes, desvela que tal resultado no es otro que la materialización de los designios de Dios ya predichos en las Escrituras. Los españoles del tiempo –en opinión de Herrero García[12]– se habrían imbuido de una moral de imperio correlativa a su voluntad de dominio, luego perdida en el siglo XVII, pero se habrían sentido poseídos durante muchas décadas de virtudes y cualidades necesarias para llevar a cabo su misión, interpretación idealista y benévola en abierto choque

con los testimonios coetáneos que apuntan a despoblación y empobrecimiento por impuestos, guerras, epidemias o excesivo número de eclesiásticos[13]. Calamidades que cayeron de forma especial sobre Castilla, el reino al que más se exigía, el más eficazmente exprimido por la Corona. Sancho de Moncada describe bien el panorama:

El daño de la poca gente es notorio, porque no habiendo gente no hay Reino, porque la gente es el Reino, como la ciudad los ciudadanos, y el Colegio los colegiales, y como una cosa no puede ser y no ser juntamente, es imposible conservarse el Reino sin gente. Lo segundo, porque faltando la gente, falta la defensa del Reino y el nervio dél, porque tanto puede un Reino cuanta gente tiene, que por esto fue tan grande el poder de Roma y es el del Turco y tártaros...[14].

La conciencia del propio daño y la escasa disposición a asumir responsabilidades pudo engendrar un sentimiento de hostilidad hacia lo foráneo y novedoso, antesala del casticismo aislacionista y del estancamiento subsiguiente. Pero mientras eso llegaba, una pléyade de autores exaltaba la feracidad y abundancia de frutos y riquezas naturales de España (Pedro Fernández de Navarrete, Gonzalo de Céspedes y Meneses, Sancho de Moncada, Pedro de Medina, etc.) siguiendo textos antiguos o su mero estro poético y en la línea de los escritores árabes medievales (con los cuales coincidían en el tópico literario, pero sin relación genética alguna) que habían desarrollado todo un subgénero de elogios a ciudades, regiones, países. Dice fray Benito de Peñalosa[15]: «Esta variedad de climas y naciones causó la Providencia Divina en España, para que los españoles que habrán de extenderse por todo el mundo, ya predicando la fe católica, ya señoreándolo con sus armas, nada admirasen y no les empeciesen climas contrarios». Sin embargo, unos pocos se quejaban de la aridez y pobreza del suelo (Cristóbal de Villalón, Gracián[16]) por la escasez de lluvias y la consiguiente sequedad ambiental. Es difícil que la coincidencia en las descripciones de los extranjeros no refleje una realidad muy concreta (no siempre es así), sobre todo si entre una y otra relación transcurren muchos años, v. g. el retrato de los alrededores de Madrid, más bien áridos y feos, que firma Gautier, coincide con los de Davillier o Edelfelt, décadas más tarde, pero no falta el entusiasta –más de sus ensueños románticos que de España, sospechamos– que de la necesidad hace virtud y concluye que los sencillos y austeros rasgos del paisaje español conducen y reflejan un sentimiento de sublimidad del alma (W. Irving[17]), lo cual otros no parecen compartir:

Desde Irún todo el camino hasta Madrid es impresionante, sombrío, serio, casi lúgubre.

Montañas y mesetas, ni un árbol, raramente un matorral, de vez en cuando un pueblo gris amarillento con iglesias y casas concebidas de una forma extraña, siempre [¡!] rodeadas por un muro, lo que produce una impresión absolutamente medieval[18].

Un caso opuesto al de la meseta central es el de Canarias, donde casi todos los viajeros recrean el mito de las Islas Afortunadas cuyo clima suave, belleza y fertilidad proporcionan copia de frutos, los mejores de África y Europa (Milius, Cordier, Adanson)[19]. Pero en lo tocante a la región central de España, la mayor parte de los viajeros no se limita a describirla como árida, seca y hostil, sino que a esas características se asocian consecuencias de índole moral e idiosincrasia de los españoles que abocan sin remisión a resultados materiales lamentables: pereza, arrogancia, vanidad, locura en la sobrevaloración de uno mismo, son antesala de miseria, pobreza, imprevisión, desinterés por el progreso..., circunstancias y efectos nada envidiables que llevan a los franceses a considerar –a partir de fines del XVII– los Pirineos una feliz y providencial frontera natural dispuesta por la naturaleza, o por Dios, para separar un país del otro; y repitiendo de unas a otras obras un conjunto de observaciones que llegan a instituirse como tópicos fuera de discusión[20] y que serán especialmente visibles, como recurso convencional y expresión de un prejuicio todavía en los escritores alemanes del exilio (1933-1945): al carecer de una vivencia directa del paisaje, se acude a rápidas pinceladas superficiales en su descripción, dentro de los más estrictos cánones vigentes en el reino de los tópicos[21].

De hecho, el paisaje siempre se había encontrado frente a los ojos del forastero, pero no es hasta la irrupción de los románticos cuando los viajeros dejan de considerar la geografía un mero soporte de actividades económicas (agrícolas, mineras, ganaderas, etc.) y empiezan a tomarla en cuenta por sí misma, revalorizándola a través de su significado o de las interpretaciones posibles. Esta percepción conmovía los espíritus y con especial delectación aquellos panoramas que resultaran más torturados y feroces, exaltándose de tal suerte precisamente por su condición de terrible belleza[22]. De ahí a extraer consecuencias sobre el carácter de los habitantes no había ni un paso: el norteamericano Prescott, por ejemplo, estimaba que el problema de las naciones católicas estribaba en hallarse en regiones meridionales «porque el sol cálido del sur, en donde prevalece el Catolicismo, estimula los sentidos a la expresión más violenta de las pasiones». El norte, más fresco, tenía no sólo ventajas en el plano religioso, sino también en el político[23]. Tal pretensión

se derrumbaría sin grandes ataques simplemente con recordar la existencia de naciones de predominio protestante ubicadas en regiones australes y bien australes del planeta (Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda), o apuntando a la contradicción entre espíritu independiente e independentista (que se suele asociar con zonas montañosas) y su arraigo entre los colonos yanquis que se alzaron contra Inglaterra, ejemplo este muy querido por sus descendientes pero que pocos montes puede exhibir. Un problema para Prescott en 1840.

Y junto a la teoría del paisaje y la influencia de la naturaleza, marchaba –y sigue marchando, más o menos diluida o encubierta– la doctrina del racismo *científico*, para la cual «todas las diferencias y las semejanzas socioculturales de importancia entre las poblaciones humanas son variables dependientes de tendencias y actitudes hereditarias exclusivas de cada grupo»[24]. Atribuir a pulsión genética, afición transmitida por la sangre, el vagabundeo de los gitanos o el «instinto del ritmo» de los negros africanos, trasplantados o no, al continente americano, resulta fácil de sostener, por la generalización que implica, frente a contrapruebas empíricas, pero los teóricos del racismo han evitado entrar en detalles específicos como establecer una correlación entre elementos hereditarios genéticos y rasgos etnográficos concretos (poliandria, monoteísmo, filiación bilateral, propiedad de la tierra, chamanismo, tabú de la suegra, etc.)[25]. Ni siquiera los nazis profundizaron por ese camino, quedándose en generalizaciones del estilo de «los negros son lujuriosos, los alemanes trabajadores, los yanquis buenos mecánicos o los judíos avaros, cobardes y traidores».

Los españoles resultan de tal guisa investidos de virtudes como valor, resistencia, veracidad, virilidad, cortesía, graveza, lealtad, hospitalidad, buenas maneras, gratitud, ingenio, carácter enamorado por esencia, etc. Virtudes que se verían acentuadas entre los castellanos. Pero, al tiempo –y a veces en franca contradicción con lo anterior–, los españoles serían imprevisores, desaliñados, mal educados, prejuiciosos, orgullosos, perezosos, locuaces, crédulos, fantasiosos («sobre todo los andaluces»), susceptibles, envidiosos, sensibles, recelosos, impulsivos, pasivos[26], etc. Alguna de estas peculiaridades había sido prohijada y exhibida con placer por los mismos afectados, tal el orgullo desmedido derivado en soberbia –como avanzábamos en el Capítulo II– y de la cual tenemos un amplio repertorio de menciones en la propia literatura hispana[27]. Cuando Gracián alude a ello está reproduciendo la idea corriente sobre sí mismos entre los españoles del

tiempo:

La soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera, topó con España, primera provincia de la Europa. Pareció tan de su genio, que se perpetuó en ella, allí vive y reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo[28].

Y el mismo autor hace jactarse a sus personajes de que los enemigos de España la necesiten hasta para enriquecerse y poder hacerle guerra[29], o de la bonanza que henchiría de oro y plata nuestras ciudades de no ser por «las sanguijuelas de Génova o los desaguaderos de Flandes»[30]. Un estado de ánimo que cobró tales cotas de exageración que los otros europeos asumieron la consigna tácita de poner en solfa tamaños excesos tildándolos de mera fanfarronería: «¿*Se tutti siste cavalieri, chi guarda la pecora?*»[31]. Irónica sentencia que tendría digno colofón en el veredicto de Cadalso,

uno de los defectos de la nación española, según el sentir de los demás europeos, es el orgullo. Si esto es así, es muy extraña la proporción en que este vicio se nota entre los españoles, pues crece según disminuye el carácter del sujeto, parecido en algo a lo que los físicos dicen haber hallado en el descenso de los graves hacia el centro: tendencia que crece mientras más baja el cuerpo que la contiene[32].

Y de esta desmedida sobrevaloración procedería igualmente un exagerado sentido del honor que, para Irving, constituía la base de la decadencia, en cruda amalgama con el ideal caballeresco y el fanatismo católico, con el despotismo y persecución religiosa consiguientes. El norteamericano intentaba extraer una «lección» para su joven país y nada mejor que proyectar sobre él el recuerdo de un imperio pasado cuyos errores habían de evitarse a fin de no terminar en un hundimiento parejo.

Por descontado, aquellos achaques caballerescos llevaban aparejadas peculiaridades anejas como la cortesía, la hospitalidad o la ociosidad del noble. De tal manera, cuando Borrow entra en un «tabernucho», los parroquianos, «todos con caras de bandidos», le saludan muy ceremoniosamente quitándose los sombreros (por añadidura, se encuentra con un torero de nombre Sevilla)[33], Poitou destaca las alambicadas obsequiosidades –e hipócritas, según él– de un juez venal en Granada («con fórmulas solemnes y enfáticas, como es costumbre entre los españoles, con un aire meloso y servicial que me inspiró poca confianza»[34]), formas de

conducta que, por el contrario, resultan muy del gusto y agrado de otros viajeros, por ejemplo Andersen en la misma Granada y casi en los mismos días que el francés, deshaciéndose en elogios ante la amabilidad y el carácter servicial de los españoles para con los extranjeros: un teniente coronel del Regimiento Córdoba se desvive con él y un soldado rechaza propina ninguna por servirle, en tanto en una papelería rehúsan cobrarle[35]. Fischer, por su parte, agrega a tales prendas un sentido instintivo de la justicia así como una gran honradez y generosidad[36]. Pero el sentimiento hospitalario puede convertirse en prodigalidad irreflexiva, como denuncia Calderón (Es Madrid, patria de todos, // pues en su mundo pequeño // son hijos de igual cariño // naturales y extranjeros[37]), o en altivo y vehemente desprendimiento, bien ejemplificado por Jerónimo de Barrionuevo:

Sábado 24, en la audiencia que dio el Rey, le habló un soldado de Flandes de partes, puestos y servicios, representándoselos todos brevemente. Díjole el Rey: «Yo tendré cuidado». Y esto fue al irle a dar el memorial que retiró de presto, diciendo: «No, señor: no es razón que cosas mías, ni heridas que tengo recibidas en servicio de V. M., le pongan en cuidado, que me basta por premio el que se las haya dicho a boca». Bizarría española, por cierto grande. Mandole le dejase el memorial y papeles y al día siguiente le dio todo cuanto pedía y más[38].

Y ambos comentarios son de la segunda mitad del XVII: no es de extrañar, pues, que frente a gestos como el del soldado con Felipe IV, los extranjeros quedaran conmovidos y hasta ganados. El sentirse caballeros, hidalgos o grandes de España –aunque no lo fueran– produciría en la psicología de todas las clases sociales consecuencias graves, v. g. la propensión a la ociosidad, a dilatar la solución de los problemas y a dejar para mañana tareas ingratas o cualquier clase de acción («creen que el no tener prisa jamás es atributo del verdadero caballero»[39]). Desde luego, no es este nuestro punto de vista (si nadie trabajaba, como pretende el tópico, el país, sencillamente, habría desaparecido), pero por ahora nos limitaremos a recordar que la evolución de la famosa pereza española está bien vista por Torrecilla[40], al observar cómo aquello que constituía un rasgo propio de la altanería de gentes con excesivas ínfulas se va transmutando a lo largo del XVIII en un «revuelo lúdico de guitarras y bailes sensuales»[41], el paso –en definitiva– de la graveza al hedonismo, de la tensión de pueblo dominante a la desidia, de «la Fortuna es la fuerza de los brazos», que decía Ercilla, a la inanidad más absoluta.

La mala educación, o el mal trato, que reflejan algunos viajeros contrasta vivamente con lo anterior (hospitalidad, etc.) y retrata, entre otras, o bien

situaciones no poco cómicas vividas por esos foráneos (Andersen, en una diligencia, soportando la tabarra de tres jóvenes que no cesan de cantar[42]), o bien la mala voluntad y prejuicios del autor (Poitou rezongando porque, en una venta, sus compañeros de viaje no ceden el asiento a las señoras y, además, ¡fuman![43]), aunque nunca falte el contrapunto de otro forastero (un inglés deseoso de chingar a los franceses) dispuesto a equiparar las cosas de España con las de Francia, obviamente por amolar a los franceses: «los coches públicos españoles son tan buenos como los de Francia, y la gente que viaja en ellos suele ser más respetable y mejor educada» (Ford[44]). Pero el malestar por las incomodidades y carencias en las vías de comunicación no es imaginario y resulta una constante muy general, si bien con matices según las regiones, el momento y el escritor. A veces las quejas se repiten con matemática –y casi enigmática– precisión: en Padrón (La Coruña) trataron muy mal a la comitiva de Dom Edme de Salieu (abad de Claraval, del Císter) como anota en 1532 Claude de Bronseval en su relación[45], pero es que un siglo y medio más tarde (1669) Lorenzo Magalotti, en el séquito de Cosme de Médicis, gran duque de Florencia, escribe «Padrón, lugar indigno de ser pisado por ningún forastero, de casas muy mal construidas, calles estrechas y sucias y gentes miserables»[46]. Insectos indeseables merecen mención frecuente, así en Casanova («las pulgas, las chinches y los piojos son tres insectos tan comunes en España que han llegado a no molestar a nadie. Se los mira, creo, como a una especie de prójimo»[47]), pero el mal funcionamiento o las demoras del servicio de correos también llaman la atención de quienes continuamente recurren a él, desastre denunciado incluso por los españoles[48].

La suciedad de las ciudades impresiona a los viajeros, con mención especial para alguna (lo subjetivo y circunstancial de cada protagonista debió ser determinante en esos juicios). Davillier distingue en este campo a una ciudad de la que se habla poco, en general, como Albacete: «El recuerdo que hemos conservado de Albacete es el de una de las más horribles cloacas donde puede uno atascarse. Las suyas no son calles, sino arroyos de barro líquido durante la estación lluviosa»[49]. Pero la auténtica candidata a tan dudoso galardón es Madrid, urbe caótica, sucia y maloliente y sus calles eficaces tesoreras de charcos y excrementos, de basura y bichos muertos. Y ya desde los viajeros ingleses del xvii (William Lithgow, 1620; James Howell, 1617) que, en tan tempranas fechas, solo adoptan el partido español cuando se trata

de denigrar a Francia y los franceses: para Howell, París era la ciudad más puerca de la cristiandad[50], en tanto Twiss (su opinión no es muy frecuente), en 1773, elogia el orden y limpieza de las calles madrileñas, parangonándolas con lo mejor de Londres y Holanda[51], en lo cual viene a coincidir, pocos años más tarde, el alemán Fischer[52] que incluye a Madrid y Cádiz entre las ciudades más aseadas de Europa. Y ello no obsta para que ya en pleno siglo xx, Lion Feuchtwanger –que, por supuesto, no conoció el Madrid del xviii– insista en el desorden y suciedad en esa época en su obra *Goya*[53]. Tal vez la explicación de tan dispares opiniones (de los viajeros, no de Feuchtwanger, que no sabía de lo que escribía) estribe en las obras promovidas por Carlos III y que Casanova (1768) resume bastante bien:

[...] el arquitecto Sabatini, hombre rebotante de talento al que el rey había hecho venir de Nápoles para que pusiese limpio Madrid, que antes de su llegada era la ciudad más sucia y maloliente de todo el universo. Sabatini había hecho alcantarillas y conductos subterráneos y había mandado hacer letrinas en catorce mil casas[54].

Otros aspectos de la vida material (apicultura, arboricultura, economía en general) tampoco parecen entusiasmar a quienes se preocupan de tales capítulos (Fischer[55]), pero donde la arbitrariedad se vuelve norma es, lógicamente, en la apreciación del arte español. Cada viajero carga con las ideas y los prejuicios estéticos de su tiempo, su país y suyos propios y eso tiene mal arreglo. No obstante, sí vemos una tendencia acusada a fijarse en lo que consideran más alejado de sí mismos y a infravalorar cuanto se asemeja al arte de sus países, en ocasiones por estimar «copias» lo de aquí y en otras, en todo caso, de inferior calidad. Madame D’Aulnoy –o quien escribiera su obra– se asombra de que la catedral de Burgos pueda ser hermosa en un país como España: «Es realmente notable, pues en España se construye muy mal: en algunas partes por pobreza y en otras por falta de piedra y de cal»[56].

El contrapunto a semejante simplificación, como en otros campos, lo aporta Fischer –que no habla mucho de arte– en su descripción del Paseo del Prado, deshaciéndose en elogios sobre los monumentos de la zona, las fuentes, las alamedas y palacios que circundan el lugar, produciendo todo el conjunto impresiones de «perfección»[57]. Ford, en su línea habitual de adjudicar a los españoles un carácter «oriental», atribuye a este el descuido que afecta a muchos monumentos, de manera que «apenas mira más allá de su propia barba, viviendo para sí mismo y sin preocuparse del pasado o del mañana y contempla las ruinas con la familiaridad y el menosprecio del beduino»[58].

El complejo de superioridad del inglés, al parecer, le imposibilitaba percibir la estrecha relación entre decadencia económica y conservación artística, así como las dificultades inherentes a la propia cantidad abrumadora de edificios artísticos que había –y hay– en España, cuya restauración y mantenimiento los propietarios ya no podían cubrir. Pero esto tal vez sea introducir por caminos de lógica a quien no dispone de otra guía sino su propia arbitrariedad.

Opiniones como la de Davillier sobre Santiago («la ciudad de Santiago solo tiene de notable su famosa catedral»[\[59\]](#)) resultan sorprendentes. Y tanto más cuanto esta clase de veredictos proliferan en numerosos autores, aplicados a puntos concretos o al país en su conjunto. ¿A qué llaman arte malo o bueno? ¿Por qué los neoclásicos e ilustrados, incluidos los hispanos, abominan del barroco? ¿Por qué la mayoría se limita a los monumentos que juzgan más chocantes? ¿Por qué escasean quienes intentan una visión global? Son preguntas de respuesta relativamente fácil pero incómoda para un español: casi sonroja tener que aclarar, a uno o dos siglos vista, obviedades como el marasmo económico de acá o los inevitables prejuicios de allá. El pintor Edelfelt bosqueja un retrato general que muchos otros suscribirían encantados:

... en general se echa en falta una bella arquitectura. Como valoración final sobre España (lo que he visto hasta ahora) diría que el país y sus monumentos (a excepción de la Alhambra) son menos importantes y menos simpáticos que en Italia, en cambio la gente tiene mucho más cachet [...]. Como país, Italia es diez veces más bonito e interesante, pero la gente aquí tiene mucho más carácter[\[60\]](#).

Carmen en estado puro.

En su conjunto, la mayor parte de estos escritores no pone en solfa el orden social, ni cuestionan la monarquía o a la nobleza como clase. Si acaso discuten sus actuaciones, no su legitimidad. La burocracia, la economía o la producción agrícola y sus malos resultados se achacan a indiscutibles –para ellos– taras congénitas o al «mal gobierno»[\[61\]](#); aunque no faltan autores –sobre todo alemanes– que muestran un sentido más objetivo y pegado a las realidades del momento, menos novelero:

Tampoco es Fischer un autor romántico que nos quiera llevar a un mundo soñado. Como los grandes temas de los románticos (la Edad Media, la admiración por la religión católica, las ruinas, la oscuridad, la fantasía, los secretos, los enigmas y los cuentos) no le interesan, ignora los vestigios medievales, como castillos y catedrales, y tampoco se preocupa por la herencia árabe[\[62\]](#).

Pero los modelos del «género Carmen» –Irving y Mérimée– galopan desbocados: para el uno, todo se reduce a tipos ociosos, vagabundos por campos y pueblos, sobrados de tiempo y dinero, locuaces, empedernidos fumadores, guitarreros incansables, bailadores de boleros y enamorados incurables de sus majas, fijas o sucesivas[63]; para el otro, reproductor despiadado del españolismo de cartón piedra corriente en la Francia del XIX, solo existen color local, tópicos troquelados en cliché y preestablecidos en un imaginario forjado a golpe de literatura. Pero ambos escritores no partían de cero: Irving de la exaltación romántica de la historia medieval y Mérimée de la producción literaria española del Siglo de Oro (*La Gitanilla*, *Quijote*, picaresca) así como de una idealización exagerada de la sensualidad hispana (más bien andaluza), que estaría en las antípodas de Francia («país triste»[64]). El interés del francés estaba circundado –experiencias personales aparte– de una larga ringlera de acontecimientos históricos concretos: la francesada de Napoleón; la posterior invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis; el casorio del regente Narváez con una pariente de Josefina de Beauharnais; la boda de una hermana de Isabel II con el duque de Montpensier, hijo de Louis-Philippe (frecuentemente mencionado por viajeros franceses, en Sevilla); el matrimonio de Napoleón III con Eugenia de Montijo (con cuya familia Mérimée tenía gran amistad); y, en líneas generales, unas relaciones de fondo entre Francia y las clases altas españolas, que se refugiaban allá siempre que se encontraban en apuros[65]. Mérimée acude, amén de a tópicos argumentales, a un recurso de ambientación bastante común en escritores de *color local*: para sumergir al lector en el viaje exótico que le propone, salpica el texto de léxico en español[66] para que se sienta más cerca del relato y de la acción y con escaso esfuerzo. Es decir, adopta uno de los recursos más fáciles para decorar una obra literaria por lo que podríamos llamar el *testimonio del lenguaje*. Cuando las palabras son manifiestamente ininteligibles se recurre a la traducción entre paréntesis o a la anexión de vocabularios al final, un mal expediente este último si se trata de una obra de creación, propio de la subliteratura (Salgari, las novelas «del Oeste» de Marcial Lafuente Estefanía, etc.). Pero no siempre la vertiente lingüística es mero acercamiento artificial e impostado, a veces –al menos en el plano declarativo– se proclama el ideal de leer en español, lo cual, como puede suponerse, no resulta fácil para cualquier visitante:

Yo siempre había pensado, hasta ahora, que no había nada más pedante que decir que el *Quijote* no puede saborearse sin leerlo en su lengua original. Pero no hay nada más cierto y aun se puede añadir que el lector debe conocer España, sus usos y costumbres, el aspecto de sus habitantes, sus tonos de voz, vestidos, gestos, la forma de montar en burro [...]. En inglés, pensaba yo que era una obra burlesca sencilla, ahora creo que es, sin la menor duda, la obra más divertida del ingenio humano. Es el único libro que ha provocado mi capacidad de reír y, al leerlo, no podía evitar estallar en carcajadas[67].

Como es natural, no podían quedar en el tintero las comparaciones y diferencias entre población rural y urbana, la eterna visión idílica del trabajo y la vida en el campo como fuente de dicha, el *beatus ille* en definitiva. Por extensión, no se conforman con los labriegos y adoptan entusiasmados al «pueblo» o a «los pobres».

Mérimée[68] cantaba «la gracia, las supersticiones, la fiereza poética entre» la gente del pueblo que está todavía en el siglo XVI». Y por contraposición a «la buena sociedad», que no sale bien parada, ni en él ni en otros escritores: lady Holland (1803) explica la degeneración de los grandes de España por la consanguinidad (al conocer al capitán general de Valencia, casado con su sobrina) y propugna la renovación sanguínea «como se hace en Inglaterra con los caballos»[69]; Borrow –como Mérimée– canta a manolos, caleseros, hez de la villa en general, mientras desprecia a la clase alta, pero no sin dejar muy claro que él no va vilipendiando, como otros, a la aristocracia mundo adelante, sobre todo a la de Inglaterra («¿Quién puede rivalizar con el aristócrata inglés en prestancia, fuerza y valentía? ¿Quién monta mejores caballos? [...] He oído criticar el modo de montar de un jockey inglés, pero el crítico era el necio heredero de los Medinaceli, no un picador de la plaza de Madrid»[70]). Borrow también se manifiesta seguidor y dependiente de lo leído (en suma, de una tradición canónica para repetir y refrendar) cuando recuerda las críticas a los nobles españoles formuladas por Le Sage dos siglos antes «y no creo que hayan mejorado». La postura contraria es cosa del alemán Fischer que considera –tal vez con exceso de optimismo o falta de experiencias– a la nobleza española menos arrogante y con mayor sentido igualitario y democrático y, en todo caso, mucho más receptiva y cortés que la de su país ante artistas y científicos[71], aunque se duele y lamenta por el bajo nivel cultural que percibe en los salones de la «gente bien», por ejemplo en Bilbao, con su provinciana pequeña sociedad[72].

Junto a esa exaltación del «pueblo», el viajero, por lo común, se pronuncia en contra de la modernidad... en España. No para él, ni para su país, pero sí

en lo referente a este divertido y pintoresco vivero de *color local* que no se debe perder, aunque en no pocas ocasiones ellos mismos, incomodados por las molestias materiales, terminan clamando por un poco más de técnica y orden: el Davillier que, en Perpiñán, abomina de la diligencia sin «sabor local», es decir, sin zagal a la carrera ni mulas, o que en Barcelona descubre horrorizado que las sillas de hierro de las Ramblas proceden de la fábrica francesa de Tronchon[73], se lamenta más adelante por que no hayan llegado todavía a Granada «los beneficios del ferrocarril»[74]. Sin embargo, quien mejor define la situación –como en otros casos– es el inevitable Mérimée, maestro de guiris, como se diría ahora:

[Carabanchel, 19 de setiembre de 1853] He encontrado España muy cambiada desde hace seis años que no la había visto. Muchos progresos materiales; pero, por otro lado, la poesía toma el portante a todo tren. Comienzan a ocuparse menos de las mujeres y un poco más del dinero, es decir, que se civilizan. Sin embargo, todavía hay mucho espíritu caballeresco a este lado de los Pirineos[75].

O en versión más paternalista –o maternalista–: «El español es un niño, en el mejor sentido de la palabra», dice Catharine G. Hartley a propósito de un joven que, en las barrancas del Sil, no se interesa por la pesca deportiva, lo cual brinda a la autora –tardía: en 1910– la oportunidad de esbozar un *excursus* psicologista *ad hoc*: «El pescado es un alimento para ellos y lo de menos es la forma de pescarlo. El hecho de que así se acaba con toda la pesca es en gran parte resultado de su modo de entender la vida, el presente tiene mucha más importancia para ellos que el futuro»[76], sobre todo ante la necesidad de comer, cabría apostillar a la estupenda *lady*. Un infantilismo de los españoles, que veíamos más arriba, en boca de ingleses y capaz de dejarnos tan perplejos como la observación de Ford acerca de los vestidos locales: «Estrabón tuvo que haber contemplado a los antiguos iberos exactamente en la misma situación y vestidos de la misma manera cuando nos cuenta lo que ahora podemos comprobar como cierto con nuestros propios ojos»[77].

Bien es cierto que la capacidad de búsquedas exóticas de los extranjeros, con frecuencia, no da para mucho: Davillier compara al «síndico de la acequia» en Valencia con Sancho[78]; Daleki se asombra de ver cuevas habitadas en el camino hacia Málaga (había en muchos más lugares)[79]; la visión de Poitou[80] de los mendigos de Bailén, rotosos y repugnantes, contrasta con la idealizada «dignidad» que Davillier[81] les adjudica («el

mendigo español se viste noblemente con los restos de su manta»), en tanto destaca cuán chocante sería en Francia ver fumar a un párroco[82]. Tema este del tabaco –y la perplejidad que origina en los viajeros– recurrente por demás[83]. Según sea uno u otro el autor, la imaginación galopa más o menos: Borrow, uno de los más fértiles en esta mediocre variedad de la fantasía, rodea a los milicianos *nacionales* de vino, baile, guitarras, canciones de germanía en caló, toreros andaluces (todos hablan en *gitano*) [84] y se deleita refiriendo, como algo sucedido a un informante, el viejo cuento del burro del gitano [85] que, quizás a sus compatriotas coetáneos parecería quintaesencia de gracejo y astucia, pero –sospechamos– a los españoles del tiempo ya debía aburrir sobre manera. Sin que falten ejecuciones por garrote, en Madrid (con cura que domina escénicamente la acción vociferando *Pax et Misericordia et Tranquillitas*) [86], o en Barcelona: el paso siguiente de Davillier, tras visitar el cementerio, es contemplar un ajusticiamiento [87].

Y bandidos, otro de los ingredientes ineludibles de los libros de viajes, en especial de la primera mitad del XIX. Washington Irving da la pauta y los mezcla con los contrabandistas, que sí abundaban, sobre todo en los alrededores de Gibraltar, pero no se contenta con relatar historias de bandoleros [88] sino que sugiere precaverse en el viaje portando un «*robber purse*» para «en caso de ser asaltados poder complacer a estos caballeros del camino» [89], es decir, si vas al parque, es bueno llevar miguitas para las palomas: todo sea en aras del color local. Borrow, por su parte, añade más historias de forajidos y más «la tía Lucila ha hecho varias muertes» [90]. Pero Ford, que alterna realismo y negocio exótico, se mueve en una contradicción que no deja de ser útil: por un lado afirma que «el país puede realmente visitarse a todo lo largo y ancho de su extensión con facilidad y seguridad, porque viajar por él no es peor que lo era Francia o Italia en 1814, antes de que el ejemplo inglés fuese causa de mejoras» [91], mientras por otro desentraña la verdad de lo que ocurre («lo que se espera de un libro de viajes por España es precisamente una escena de asalto a la diligencia; estos libros solo se pergeñan a base de sucesos interesantes y en consecuencia sus autores van ensartando todos los horrores tradicionales que flotan en el aire» [92], lo cual explica bien la ristra de personajes y sucesos prodigiosos de Borrow y aun la concatenación de historietas de malhechores que enchufa el mismo Ford. Cuando Davillier, años más tarde, alude al bandolerismo entre Valencia y Barcelona [93], lo sitúa en «otros tiempos», porque «todas estas historias, más divertidas que

verdaderas, se han convertido en legendarias [...] lo que es completamente cierto es que de los bandoleros ya no queda en España más que el recuerdo y que hoy los caminos son absolutamente seguros». Pero ello no es parte suficiente para que la ya mencionada escritora inglesa, tardía, Catherine G. Hartley[94] todavía sitúe en 1910 a una temible banda de salteadores en las cercanías de Monforte de Lemos, extremo del que jamás oí hablar a mi familia. Y perdonen los lectores la alusión personal.

Logística e intendencia constituyen la base material del viaje de nuestros forasteros y, por consiguiente, a ellas dedican atención destacada la mayoría de los viajeros, tanto por las impresiones recibidas, con sus pequeños ajustes de cuentas o recuerdos elogiosos (los menos), como por pretender que sus libros sean guías para futuros aventureros, en el plano material y hasta en el espiritual. Junto a los ya mencionados caminos, generalmente para mal, aparecen ventas, venteros (y venteras), el trato que dispensan y los alimentos que proporcionan. O no. Si bien algún viajero, que preferimos imaginar bienintencionado, como Twiss, o George Edmund Street (1860) consideraba la cocina de las posadas del norte mejor que la de muchas tabernas inglesas[95], la opinión mayoritaria apunta a lo contrario: a los malos modos, el desinterés por el viajero y la escasez o mala calidad de los víveres apunta Casanova, que rezonga en Sagunto por el vino de los «albergues»[96], pero más aun se explaya en Castilla la Vieja porque en las posadas permiten cocinar en el hogar pero no ofrecen nada comestible «para que el extranjero no pudiera decir al irse que había hecho [el posadero] el menor de los movimientos para servirle»[97]. La idea de poca atención y menos vituallas asoma por doquier, seguramente con razón: «La cuisine n'est pas le côté brillant de l'Espagne, et les hôtelleries n'ont pas été sensiblement améliorées depuis don Quichotte [en Illescas]»[98]. Así se manifiestan Irving[99], Pelczar ya bien avanzado el XIX[100], o Fischer a fines del XVIII[101], quien distingue entre los establecimientos de Vascongadas y los de Castilla, con ventaja para los primeros. Y en un oficio como el de hospedero es normal encontrar gentes de procedencias diversas afincadas en la región en tiempos más o menos lejanos, españoles o ultrapirenaicos, y por lo común de mejor comportamiento y dedicación que los autóctonos puros. Fischer[102] expresa su grata sorpresa al topar posaderos catalanes en Buitrago, a los que elogia por su limpieza, trabajo y hasta aspecto físico; y Borrow no le va a la zaga al elogiar, en Jaén, a unos venteros descendientes de alemanes, sonrosados y de

pelo claro en vez de ser «de pelo negro y atezado rostro», como cumple a los indígenas de la tierra[103], según él.

Más allá del servicio en los caminos, casi huelga recordar la subjetividad y el relativismo cultural que condicionan los gustos culinarios de todos los seres humanos, pero una vez establecido ese principio, Davillier –tomémoslo como modelo representativo– resume y sentencia la idea manejada por otros muchos: «España no es un país de buena mesa»[104]. Y debía tener gran parte de razón, lo cual no significa que los restantes europeos del tiempo comieran bien, ni que en la totalidad de España la situación fuera homogénea. Pero es bastante comprensible que un país de población pobre, malas comunicaciones y producción agropecuaria muy desigual no pudiera ofrecer a los forasteros grandes gollerías. No obstante, no faltan los entusiastas de las calidades de por acá («la carne es muchísimo más sabrosa e incomparablemente más jugosa y grasa que la de nuestras ovejas», dice Broekere[105]) y hasta hay quien esboza un catálogo de los méritos alimentarios hispanos. Lady Fanshawe (1664), esposa del embajador inglés vierte opiniones favorables sobre Sevilla, Cádiz, etc., e igualmente enumera las virtudes de la comida española, claro que escribe dos siglos antes que Davillier:

No es cierto que los españoles no puedan pagar alimentos o bebidas o que no los tengan; quien tenga dinero, que venga a España pues podrá adquirir y disfrutar de los mejores vinos, incluido el Jerez y el vino canario, que es exquisito. El agua es tan buena como la leche y con el trigo que recogen, elaboran el pan más dulce del mundo; el bacon es algo más que sabroso, la ternera de Segovia es mucho más rica que la nuestra así como las perdices y salchichas... su nata es mucho más suave y densa que cualquiera que se pueda encontrar en Inglaterra; los huevos son más grandes que los de nuestras gallinas y nada que decir de las muchas frutas y hortalizas y de esas olivas que no tienen comparación con las de lugar alguno de la tierra[106].

Respecto a la comida, es preciso resaltar la conciencia de vínculo e intercambio de obligaciones y derechos que implica y que se establecen entre los comensales (anfitriones e invitados) y subsistentes hasta hoy día en el imaginario popular español: cuando alguien se toma confianzas no pedidas, puede recibir la reconvención del interlocutor a través del circunloquio «¿Es que hemos comido juntos?». Al expresarse de tal modo, el hablante no es consciente de estar reproduciendo una ideología antiquísima subyacente, por ejemplo, al mito de Perséfone, raptada mientras cogía flores por comer unos granos de granada, y retenida en el palacio de Hades durante una parte de cada año, dado que participar del alimento de alguien crea obligaciones. Y en

el mismo sentido, transgredir las relaciones de hospitalidad era un crimen execrable en el Mundo Antiguo, apuntan Apuleyo[107] o, ya más próximo, Fernando del Pulgar: [El conde don Rodrigo de Villandrando:] «si la fortuna dispusiere que fayamos de pelear perdería grand parte de la ira que en la fazienda devo tener, e menos firiría mi fierro en los tuyos membrándome aver comido pan contigo»[108].

Mucho o poco, comer es un acto importante que trasciende el mero hecho biológico, mecánico, de alimentarse, pero que los españoles pretéritos sacralizaban y convertían, con fundamento, en un rito social, pese a la parquedad y austeridad de costumbres, quizá forzadas. La sobriedad y templanza en el comer y beber sorprenden a los extranjeros: al pintor Edelfelt extraña que la gente, en una fiesta en Toledo, trasiegue agua en grandes cantidades, en vez de vino –¿no sería por el calor?–, haciéndole manifestar asombro porque «los españoles pueden tragar esas grandes cantidades de agua sin sentirse mal»[109]. Y Davillier destaca «la frugalidad característica de los españoles [en la Albufera]»[110], un hecho relativamente objetivo, a la sazón, aunque después venían las interpretaciones, el adobo embellecedor con que regalan al país –y a su relato– los más conspicuos representantes del género:

[Un mendigo] sentose a cierta distancia de nosotros y comenzó a comer pausadamente, con la sobriedad y el decoro propios de un hidalgo [...]. Su paisaje es noble en su austeridad, de acuerdo con las características de su pueblo; y concibo al español altivo y osado, frugal y abstemio y comprendo su desdén por todo lo que signifique afeminado abandono[111].

En efecto, si los extranjeros reparan en la frugalidad, los autóctonos ya habían comenzado antes a blasonar de tal virtud: «A los españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo»[112]; «parcos en el comer y sobrios en el beber»[113]; «el vicio de glotonería menos ha tocado a España que a las otras provincias [...], aun entre los muy caballeros y muy ricos, notable parsimonia y templanza»[114]. Convencimiento, o levantamiento de acta, que en lo tocante a la bebida se acentúa: «los españoles tenemos por muy infames los borrachos»[115]; «la templanza del vino, pues son muy pocas las mujeres y mozos que lo beben [...] De aquí nace que tenemos en España por infamia e ignominia embriagarse las personas, que no es, por ventura, en otras naciones»[116], circunstancia también observada por la mayoría de viajeros –obviamente, de otros tiempos–, que Davillier resume («es rarísimo encontrar un borracho»[117]) y que aun podemos percibir en el

acervo popular en expresiones como «saber beber», o «hay que saberlo mear», que traslucen una actitud de aprovechamiento lúdico, pero moderado, ante el alcohol y el hecho de beber, más un rito social que búsqueda de la borrachera.

En cuanto a los platos mismos, el más mencionado es el *puchero* de carne – con variantes, pero por lo general, provisto de garbanzos– y acompañado de denuestos contra ajo y aceite. Huevos fritos, pescado y gazpacho completan la base de la dieta que los viajeros reconocen como básicamente española: desde Fischer[118] a Poitou[119] o Edelfelt[120]. La sorpresa sobre la aceptación y difusión del ajo que recuerda Broekere[121], se convierte en repugnancia en los ingleses («su solo nombre basta para ofender a la mayor parte de los ingleses»[122]). Enemiga solo emulada por la que provoca el aceite: «su mal aceite. El sentido del olfato sufre verdaderamente por aquí»[123]; a Davillier, al parecer, no más le ofrecen «aceite rancio», que le asquea[124]; «desde la entrada el olor a aceite ya nos sofocó [...] como si se hubieran jurado estropear todo lo que el cielo ha hecho de bueno en su tierra, los españoles han encontrado el medio de extraer de ellas [las aceitunas], dejándolas fermentar, un aceite cuyo sabor y olor son abominables»[125], describe el siempre amistoso Poitou; y Edelfelt, concesivo, admite «Ahora aguanto el aceite en las comidas mejor que al principio, pero todavía no me atrevo a tomarlo crudo, por ejemplo en ensaladas»[126], aunque el pintor finlandés –igual que Gautier– denomina «comida de perros»[127] al gazpacho, cuya receta adelanta (agua, aceite, vinagre, pepinos, ajo, lechuga, mendrugos, sal y pimienta), aclarando que «se come con cuchara».

Los factores irracionales, omnipresentes en los escritos de los viajeros, pueden ser los *misterios* de la Alhambra de Irving[128] –semejantes a los *misterios* que apuntará más adelante Alarcón en la Alpujarra[129]– o los supuestos tesoros enterrados en iglesias de Santiago de que habla Borrow[130], o la apelación a las tensas pasiones que arrastran a desenfrenos ardientes, en especial en la relación entre los sexos, bien porque las gentes son así o (en Cádiz) por influencia del viento de levante, hasta el punto de que «la sangre se agite salvajemente» (*Umlauf des Blutes*[131]). Un ardor de la sensualidad... y del más feroz fanatismo religioso, de continuo asociados ambos extremos y en grado superlativo. Las celebraciones religiosas se consideran exageradas y excesivas, así como la recargada decoración de los templos y en general todas las formas de religiosidad popular que los

extranjeros no acertaban a entender, con curiosas concomitancias entre las explicaciones racionalistas y crematísticas (por ejemplo del francés Milbert en Canarias[132] y las que señala Murdock[133] en Samoa a propósito de los negociantes misioneros evangélicos que vendían vestidos de algodón y percal a las indígenas, al tiempo que las obligaban a cubrir su desnudez. Una asociación entre comercio y creencia también indicada por Fischer (en su caso, a la contra) cuando habla de las malas perspectivas de la venta de libros a causa de la intervención eclesiástica, panorama mejorado –según él– al reducirse el peso del espíritu eclesial[134]. Cultura y avance técnico aparecen disociados –y opuestos– de fe religiosa[135], llegando a achacar las fallas y carencias en «artes mecánicas» o en el utillaje doméstico o labrador (desde lavabos y cómodas a hoces y arados) a las tradiciones eclesiásticas, que oprimirían cualquier atisbo de progreso pese a los esfuerzos de las Sociedades Económicas de Amigos del País[136].

La preocupación, permanente, por los curas y su presencia es llamativa y probablemente venía ya bien organizada y dispuesta en las alforjas de los viajeros. Alguien tan ponderado como Fischer[137], recién desembarcado en Guetaria (1797), observa una «multitud» de clérigos paseando por el muelle – noticia poco creíble en un lugar tan pequeño–, aunque más adelante aclara que los curas del pueblo eran 10: también refiere que en la plaza estaban bailando «el fandango» (¿a qué llamará fandango?) observación que no invalida ni desacredita otras del mismo autor, como la evaluación en 22.000 los sacerdotes católicos franceses refugiados en toda España, fugitivos del Terror en su país, y concentrados en Bilbao y cercanías, a la espera de lo que sucediera en Francia el 5 de setiembre de 1797[138].

La mala opinión sobre el clero la sintetiza Casanova en una frase no poco chocante («los curas de España son una chusma a la que hay que respetar más que en otras partes»[139]), si recordamos, por ejemplo, que él fue perseguido por la Inquisición en su ciudad, Venecia. Pero el famoso seductor, ya mayorcito, se deleita refiriendo anécdotas como la del canónigo Pignatelli, de la Inquisición de Zaragoza, quien –según el veneciano– todas las noches se iba de putas y a la mañana siguiente, arrepentido, hacía encarcelar a la alcahueta que le había facilitado la maniobra y así «todos los días»[140]: historieta que reflejaría, o bien el carácter poco avisado y peor informado de las celestinas locales, o bien la existencia de una multitud inagotable de ramerías y representantes, como para que no se corriese la voz y pronto se

negaran a servirle: un cuento poco verosímil, aunque divertido. Como a otros viajeros, le desagrade tener que apearse de la caballería y arrodillarse ante el paso del Santo Sacramento que llevan a un moribundo[141] o, por idéntico motivo, que se interrumpa una función teatral[142]. Sin embargo. Sus preocupaciones centrales, o al menos las que muestra, invariablemente relacionadas con la entropía, le impelen a comentar con sorna la inquietud existente a la sazón por los pantalones sin portañuela[143] (pieza de tela para cubrir la bragueta), o la abusiva elucubración: «No hay cortesana que, encontrándose con su amante y cediendo a sus deseos amorosos, se decida a la hazaña sin haber cubierto antes el crucifijo con un pañuelo y vuelto de cara a la pared los cuadros que representan la imagen de un santo»[144].

Otros intentan elaborar doctrina y extraer conclusiones acerca de la influencia del clero o el atraso de las universidades, sumidas en «supersticiones y viejos ritos»[145], extremos razonables y fáciles de documentar, pero la cosa patina cuando el mismo autor –Broekere[146], al que ya conocemos por otros dislates: *vid supra*– se larga afirmando que «por los caminos y carreteras no se ve ninguna cruz ni capilla o imagen sagrada, ni siquiera postes indicadores», observación que, como en otros casos, nos obliga a preguntarnos si realmente estuvo en España, aunque parece que sí. Y tampoco anda descaminado al describir a los sacerdotes como «gente bien parecida, de gran estatura y buena apariencia»[147], en tanto al ejército y las profesiones civiles irían otros más entecos y de complexión débil y en lo que venía a coincidir con el arzobispo de Ríjoles, don Gaspar de Criales y Arce, que siglo y medio antes, en 1646, había descrito la fisonomía y prestancia de los religiosos de modo similar:

... en las religiones [órdenes religiosas] se entran los hombres más valientes, más sanos, más gallardos, los de mejores rostros, los de mejor ingenio y habilidad, sin haber entre tantos un cojo, ni apenas un pequeño, ni feo, torpe, ni ignorante, y casi es lo mismo de los clérigos[148].

La búsqueda de ambientación religiosa es permanente y si Davillier encuentra en los acompañantes de un reo de muerte «un falso aire de familiares de la Inquisición»[149], el polaco Mrozinski[150], se hace eco de la creencia en el poder de la Virgen del Pilar que, milagrosamente, habría forzado a los franceses a levantar el primer sitio de Zaragoza, mientras su compatriota Daleki, atrapado en Consuegra, asegura haber sido respetado por el escapulario que portaba y probaba su condición de católico romano,

incluida la intervención de un cura que le salvó la vida[151].

Sin embargo, son las gentes lo que más llama la atención de los viajeros, empezando por su aspecto, lo primero que se percibía y, en muchos casos, lo único, dado el desconocimiento del idioma en la mayoría de estos extranjeros, o la fugacidad de su visita. Pero en la indumentaria, como en tantos otros capítulos, no había normas fijas ni posibilidad de extrapolar conclusiones que, no obstante, no pocos acababan extrayendo. Ya Casanova indicaba[152] que en Zaragoza «las leyes del Conde de Aranda no tenían vigencia [...] hombres con un gran sombrero de ala ancha y una capa negra que les llegaba a los talones». Y es que la penetración, o no, de las modas europeas era muy desigual y, en tiempos del veneciano, muy escasa fuera de la corte o los círculos más afrancesados. Pero un siglo más tarde –como veíamos– Amicis se lamenta de que los cordobeses no vistan de moros sino con levita y chistera y Davillier, en Sevilla, afirma que la ciudad «... recuerda nuestro Boulevard des Italiens. Es verdad que los hombres se visten según el último número del *Journal des Modes*, al estilo de París, como se dice aquí. Por fortuna, las mujeres han conservado, al menos en parte, el traje nacional»[153]. Pero entre ambos extremos (conservación/desaparición) y ambas épocas, Théophile Gautier comienza expresando su sorpresa y decepción, en un teatro vitoriano, por no descubrir en las mujeres otras prendas tradicionales sino la mantilla y el abanico[154]; impresión agravada más adelante al reconocer «Ce que nous entendons en France par type espagnol n'existe pas en Espagne, ou du moins je ne l'ai pas encore rencontré [...] la *manola* est un type disparu»[155], lo cual no obsta para que considere a las féminas españolas como apreciables, o encantadoras, pero sin ajustarse en modo alguno al estereotipo imaginado, por cierto de «*type arabe ou moresque, et non le type espagnol*». El mismo autor acaba reconociendo la imperiosidad de adaptación vestimentaria, en Granada: «car ils ne peuvent réellement pas se promener, pour la plus grande gloire de la couleur locale, avec l'*albornoz* more [sic] du temps de Boabdil ou l'armure de fer de temps de Ferdinand et d'Isabelle la Catholique»[156]. Blanca y en botella. Y, sin embargo, contra la evidencia de los hechos visibles, enumerados uno por uno, terminan los viajeros pergeñando visiones de conjunto tendentes a reforzar el estereotipo, única garantía, al parecer, para cobrar credibilidad y éxito entre su público europeo.

Fischer[157], a fines del xviii, señala la desaparición del velo y la basquiña,

el denominado «traje típico español», pero treinta años después Irving asegura que, en Antequera, todas las mujeres las usan y «las modas de París no habían llegado a Antequera»[158]. El testimonio de Gautier («leur vêtement était celui des femmes françaises de la classe inferieure»[159] es contradicho por el de otros, tal Poitou («No he visto, gracias a Dios, que el horroroso sombrero francés haya destronado a la mantilla»[160]), pero su coetáneo y compatriota Davillier a su vez le desmiente («las mujeres ostentan en sus calesas atavíos puramente parisinos», en Barcelona[161]). El pintor Edelfelt (1881), por Ávila, «desde el tren» [el entrecomillado es nuestro, S. F.] ve «gente de aspecto español, pero sucios. Los hombres llevan casi siempre trajes tradicionales –sombrero, chaqueta abrochada con grandes botones, polainas, etc.–. En el norte de España las mujeres visten como las nuestras del campo: pañuelo en la cabeza anudado de la misma manera, delantal y pañuelo al cuello»[162]. Y dejemos que cierre la cuestión Amicis, con su veredicto de pocos años antes:

En el vestir, dejando aparte la así llamada mantilla, ninguna diferencia con las mujeres francesas y con las nuestras; una gran cantidad de postizos, trenzas, mechones, grandes bucles y faldas ceñidas, pliegues y botines con el tacón como la punta de un puñal. El antiguo traje típico andaluz ha desaparecido de la ciudad[163].

Las mujeres constituyen materia destacada en el tipismo español. Desde la condición femenina de Carmen, o la exageración de sus rasgos, al cruce de las experiencias personales de los forasteros, factor este que podría contribuir a un relato más realista, como pegado a vivencias concretas, pero que con frecuencia, muy por el contrario, desemboca en escapismos, ocultaciones o ensoñación de modelos imaginarios embutidos, malo que bueno, en españolas de verdad cuya personalidad auténtica sabe Dios cómo sería. El caso del francés Auguste Florian Jaccaci –que destaca Jesús Torrecilla[164]– es paradigmático: encuentra en El Toboso a «una muchacha de tipo puramente árabe, con sus grandes ojos negros, llenos de fuego, sombríos, los labios gordezuelos...». Suponiendo que, en efecto, la joven fuese como la describe, es notorio que al visitante no le interesa la realidad global, sino la excepción que viene a confirmar su imagen de lo auténtico español. Como bien apunta Torrecilla, si los demás se resisten a ser auténticos, peor para ellos. Y Edelfelt insiste por los mismos caminos: tras admitir que no ve ninguna de «tipo español»[165], por fin puede proclamar que sí, que ha visto «alguna que otra *Andalouse au teint bruni [sic]*»[166] y hasta una «que respondía al auténtico

tipo español»[167]. Enhorabuena.

Pero la arbitrariedad en los juicios es con frecuencia demasiado evidente: Gautier asegura muy convencido que, en Burgos, abundan las mujeres rubias –extremo discutible– pero, sobre todo, las pelirrojas[168], observación que ya no merece comentario alguno sino añadir que también Edelfelt se suma a tan chocante hallazgo («muchas españolas son pelirrojas»[169]). Y tampoco queda lejos la distorsión por celos o prejuicios, en el cementerio, de lady Holland, en 1802: «las mujeres son poco agraciadas a causa de la *mantellina*»[170], si bien se adhiere al tópico de «los» españoles francos y afectuosos, sin la elegancia cautivadora de los franceses, aunque libres de su espíritu maldiciente. Arbitrariedades que permiten a Davillier[171] esbozar su irónica y jocosa sugerencia, a la cual, obviamente, no prestaba crédito: «¿Llevan las españolas, según la antigua fama que se les ha creado, el puñal en la liga? Antaño se hablaba mucho de manolas armadas de ese modo». Pero ya Fischer (1797), ponderado y objetivo como era, había seguido las huellas de otros autores más fantasiosos y menos fiables, Casanova por ejemplo. El alemán[172] refiere cómo tras «pecar» la española corre a arrodillarse ante la Virgen para impetrar perdón, o a elevar preces, misas y sufragios varios con el fin de sentirse liberada y por tanto lista para repetir de inmediato, pues su sensualidad apasionada –en contraste con la delicada y púdica actitud de inglesas o alemanas– la arrastra a expresarse en términos lascivos que rebasan todo atrevimiento, algo muy señalado por las visitantes noreuropeas, con su lastre de puritanismo protestante auestas. Fischer no puede evitar la alusión a un pasado mítico –para él desconocido, claro– en el que las mujeres se hallaban oprimidas y aplastadas por los celos masculinos[173], de los cuales se habrían liberado, manteniendo no obstante la sujeción a sus tradiciones rituales y la enemiga para con las novedades[174] de fuera. Así pues, en un tiempo muy cercano, el alemán diverge de la opinión de Casanova, que asegura lo contrario:

Todos ellos son enemigos de lo extranjero y no se encuentran en condiciones de dar una buena razón para ello, porque su enemistad no procede más que de su odio innato; añadid a este odio un desprecio que solo puede nacer de que lo extranjero no es español. Las mujeres, que reconocen lo injusto de este odio y de este desprecio, nos vengan amándonos, pero con grandes circunspecciones, porque el español, celoso por naturaleza [recordamos que Fischer niega tal condición], quiere serlo también por razón[175].

En todo caso, la conclusión del veneciano resulta llamativa: «A pesar de las

prohibiciones, e incluso debido a estas prohibiciones, el libertinaje de Madrid es excesivo»[176].

Las noticias particulares de los viajeros respecto al sexo femenino son con frecuencia graciosas y bastante verosímiles, al no estar –o estar poco– lastradas por intereses, reflejando una gran espontaneidad, tal vez parcial pero difícil de rebatir como exponentes de la psicología social del tiempo. Cuando Broekere (1808) resalta la quisquillosidad de las mujeres hacia el frío (se pasarían las horas, en el brasero, mascullando «¡Jesús, qué frío!»), está describiendo un tipo humano cuyos comportamientos, adquiridos por transmisión, seguimos viendo en la actualidad, lo cual no significa, por descontado, que todas las españolas sean frioleras, o que todos los varones estemos exentos de tal percepción; como aquellas gaditanas de 1775 a las que Twiss desapruueba por desmayarse, o fingirlo, ante una rana o una araña pero gozosas y divertidas de asistir a una corrida de toros[177], un dato tan irrelevante, o tan significativo –según queramos interpretarlo– como el ofrecido por Davillier[178] un siglo más tarde, acerca de las descendientes de aquellas, a las que presenta como muy aficionadas a los dulces (cabellos de ángel, esponjados y azucarillos). Y Maximiliano de Austria, a mediados del XIX, desmiente –o no ve: a saber– el carácter casquivano y las procacidades que Casanova, Fischer *et alii* denunciaban:

Viejas o jóvenes, todas visten lo mismo y a todas les sienta bien el color oscuro. Las mayores en gran parte son llenitas y demasiado regordetas; las jóvenes delicadas y ligeras, de ardientes ojos oscuros, con un cabello maravilloso, un rostro de marfil y delicados miembros. Encontré el tan elogiado pie español, pequeño, por cierto, aunque demasiado ancho. La española es menuda, aunque todos sus movimientos están llenos de dignidad y decoro. No demuestra la frivolidad de las mujeres de otros países y sabe unir seriedad y gracia. El español no conoce la palabra «vulgaridad» y, por el contrario, sabe bien lo que es el orgullo[179].

Posiblemente, todos tenían razón y pocos mentían de manera deliberada o malévola: dependía del fragmento de la realidad que hubieran rozado y, desde luego, de su propia predisposición a hacerse eco –o no– de las lecturas anteriores. No obstante, hay capítulos en la descripción física, lo más evidente, en que la coincidencia es masiva, como es lógico: «la joven española madura muy pronto debido al clima tan caluroso» (Broekere[180]); «son pequeñas y negruzcas» (Zielinski, 1886[181]); «morenas, es raro ver alguna rubia, pelo negro, ojos grandes, oscuros y saltones; labios delgados; piernas y manos también pequeñas y delicadas» (Broekere[182]): [en

Córdoba] «casi todas pequeñas, ligeras, bien hechas, algunas bellas, muy simpáticas» (Amicis[183]); «[en Cádiz] con un pequeño pie, estrecho y arqueado» (Davillier[184]); «[Cádiz] la ciudad más encantadora que he visto [...] España está llena de mujeres guapísimas, la belleza de las de Cádiz hechiza» (Lord Byron, 1809[185]); «las valencianas son las más hermosas de España» (Fischer[186]); «tres de cada cuatro madrileñas son bonitas, más que bellas» (Edelfelt[187]); misma proporción que da Gautier); «[en la Alameda de Málaga] tanta mujer bonita, con llameantes ojos» (Andersen[188]); «solamente en Málaga y en Granada he visto tantas guapas juntas como en Sevilla» (Andersen[189]); «[en Sevilla] las mujeres son más bien menudas, más bonitas que guapas, la piel mate y dorada y los ojos almendrados, poseen cabelleras espléndidas, de ese negro azulado desconocido en nuestras comarcas, pies y manos de una finura aristocrática...» (Poitou[190]).

Mención aparte merecen las cigarreras de la Fábrica de Tabacos de Sevilla, cuya cantidad y variedad deslumbra a los visitantes, por añadidura ya tocados –los posteriores a la aparición de *Carmen* en 1845– por la novela de Mérimée. Amicis se embelesa con las manos y pies pequeños de las trabajadoras, morenas y regordetas; y otro tanto hacen Edelfelt[191], también impresionado por el reducido tamaño de las manos, o Andersen[192], que no visitó la fábrica pero que afirma, muy convencido, que «allí hay ojos preciosos que ver, me han dicho; me los imaginé enseguida, no tenía más que mirar los de la bella vecina de enfrente de mi calle». Con métodos tan infalibles es imposible fallar en el diagnóstico y así acierta hasta Poitou[193], quien agrega una interesante observación comparando a estas obreras con las de Francia: «las que no son bonitas no tienen nada de esa fealdad vulgar, de esa fisonomía degradada que tiene a menudo la población femenina de nuestras manufacturas», en el fondo llamada al realismo ese contraste –poco frecuente– entre el bajo pueblo francés y los pintorescos pobladores de España. Un cotejo, cuando se da, del que el autor y muchos otros no extrapolan conclusiones útiles para entender cuanto de verdad ocurría, pues las semejanzas –por debajo de folclorismos– eran numerosas, al menos respecto a los europeos. Si en algunos casos se llega a comparar la belleza de las mujeres canarias con las de París, es favor notable que dispensa el observador, aunque otros se curan en salud resaltando –como el naturalista Bory de Saint-Vincent– que la exquisitez de las francesas es inigualable, en una concepción del mundo rigurosamente jerarquizada y donde «todo lo

francés ocupa el nivel superior»[194].

Cuando los escritores del XIX –en España, *Pepita Jiménez* o *Juanita la Larga* de Valera; *Fortunata y Jacinta* de Galdós; *La Regenta* de Clarín– eligen nombres de mujer para titular sus obras, están respondiendo al giro revolucionario que el siglo había traído para el sexo femenino, en trance de alzarse contra su status social. Ni el código civil de Napoleón ni la misma Revolución Francesa habían resuelto la inferioridad de la mujer[195], de suerte que Mérimée, cuyas preocupaciones por España venían de atrás[196], al elaborar el argumento de *Carmen* –en una novela corta, a la que en principio no prestó mucha atención y que entregó al editor por necesidad económica[197]– estaba aunando el exotismo que ya se endosaba a España con un arquetipo literario en el que la protagonista rompía las cadenas de la sumisión y, precisamente a través del sexo, manejaba a voluntad a sus amantes en un delirio de pasiones lujuriosas, muertes inducidas por ella y fantasías tanto más fáciles de corporeizar cuanto más lejos se situaran del lector. El poder destructivo de la gitana llega a la aniquilación de don José, un juguete en sus manos, que por ella arruina su carrera, su voluntad y su vida. Menudean en la obra las metáforas animales, en especial las dedicadas a la mujer, quien por otro lado, se mueve en términos un tanto ambiguos[198]: rebelde contra el orden y el poder masculino pero, de hecho, fascinada por él y por sus signos, como tantas feministas actuales; su liberación sexual no es equilibrio, sino dominio de los hombres y, en definitiva, una forma de prostitución. Y todo el conjunto envuelto en brumoso exotismo del espacio (calles oscuras, ventas, bandidos); del tiempo, como la aparición de la ya inexistente Inquisición; o de los poderes de deidad pagana que caracterizan a Carmen, temible, herética, hipóstasis femenina del mito de don Juan, con el que se complementa[199]. Un buen caldo de cultivo para desarrollar y resumir las leyendas que ya corrían sobre España, un emblema perfecto para sintetizar en un nombre de mujer la imagen entera de un país que, sin remisión, debía llevar la navaja en la liga. Y una vez que el estereotipo había tomado cuerpo, anidando en todos los campanarios de Europa y América, ¿quién se atrevería a negarlo, a desmentir su verdad?

[1] W. Irving, cit., p. 79. El norteamericano llega a Granada en la primavera de 1829. La primera edición de *Cuentos de la Alhambra* es de Londres, 1832.

[2] Citado por M. Harris, cit., p. 36.

- [3] *Ibidem*, p. 37.
- [4] E. Baltanás, cit., p. 32.
- [5] M. Beller, en M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., p. 75.
- [6] B. Lewis, «Raza y color en el Islam», *Al-Ándalus*, XXXIII (1968), pp. 1-51.
- [7] *Ibidem*, p. 79.
- [8] G. de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, pp. 101 y ss.
- [9] A. de Veracruz, *De ivsto bello contra indos*, pp. 137, 217 y ss.
- [10] J. de Huarte, citado por M. Beller en J. M. López de Abiada y A. López Benasocchi, cit., p. 81.
- [11] M. Beller, en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., p. 82.
- [12] M. Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVI*, p. 61.
- [13] P. Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías*, «Discurso XLIII».
- [14] S. de Moncada, *Restauración política de España*, p. 134.
- [15] Citado por M. Herrero García, cit., p. 22.
- [16] B. Gracián, *El Criticón*, vol. II, p. 76.
- [17] W. Irving, cit., p. 22.
- [18] A. Edelfelt, cit., p. 257.
- [19] C. G. de Uriarte, cit., p. 159.
- [20] D. Jiménez, «Viajes a España a la francesa», en *La Historia de España en la literatura francesa*, pp. 209-212.
- [21] M.^a L. Esteve, cit., p. 45.
- [22] Serrano, cit., p. 2.
- [23] I. Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana*, p. 342.
- [24] M. Harris, cit., p. 69.
- [25] *Ibidem*, p. 70.
- [26] R. Ford, cit., p. 146.
- [27] M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, p. 333; *Viaje de Turquía*, p. 42; *Autobiografías de soldados*, p. 51.
- [28] B. Gracián, cit., vol. I, p. 212.
- [29] *Ibidem*, vol. II, p. 78.
- [30] *Ibidem*, vol. II, p. 80.
- [31] M. Luján de Saavedra, citado por Herrero, p. 88.
- [32] J. de Cadalso, cit., p. 177.
- [33] G. Borrow, cit., p. 164.
- [34] E. Poitou, cit., p. 249.
- [35] H.-C. Andersen, cit., pp. 137 y ss.
- [36] C. A. Fischer, cit., p. 114.
- [37] Calderón de la Barca, *El Maestro de Danzar*, I, Rivadeneyra IX, p. 77 a.
- [38] J. de Barrionuevo, *Avisos*, vol. II, p. 118, 28 de noviembre de 1657.
- [39] W. Irving, cit., p. 47.
- [40] J. Torrecilla, cit., pp. 163 y ss.
- [41] *Ibidem*, p. 166.
- [42] H.-C. Andersen, cit., p. 171.
- [43] E. Poitou, cit., p. 232.
- [44] R. Ford, cit., p. 51.
- [45] G. A. Garrido, cit., p. 75.
- [46] *Ibidem*, p. 94.
- [47] G. Casanova, cit., p. 125.
- [48] P. A. de Alarcón, *Últimos escritos*, p. 33.

- [49] E. Davillier, cit., vol. I, p. 144.
- [50] Sobre todo ello, véase D. Mitchell, pp. 18-21.
- [51] R. Twiss, cit., p. 105.
- [52] C. A. Fischer, cit., p. 111.
- [53] M.^a L. Esteve, cit., p. 49.
- [54] G. Casanova, cit., p. 93.
- [55] C. A. Fischer, cit., p. 113.
- [56] D'Aulnoy, *Relación del viaje a España*, p. 101.
- [57] C. A. Fischer, cit., p. 84.
- [58] R. Ford, cit., p. 236.
- [59] G. Davillier, cit., vol. II, p. 350.
- [60] A. Edelfelt, cit., pp. 213 y 269.
- [61] M.^a M. Serrano, cit., p. 7.
- [62] H. Friederich-Stegmann, «Introducción» a C. A. Fischer, cit., p. 46.
- [63] W. Irving, cit., p. 47.
- [64] F. R. Trives y P. Préneron, *Un mito español en la literatura francesa*, p. 43.
- [65] F. R. Trives y P. Préneron, cit., p. 43.
- [66] *Ibidem*, pp. 31 y 57.
- [67] Lady Holland, *L'Itinerari valencià de Lady Holland*, p. 97.
- [68] P. Mérimée, cit., p. 259.
- [69] Lady Holland, p. 86.
- [70] G. Borrow, cit., pp. 162 y 163.
- [71] C. A. Fischer, cit., p. 114.
- [72] *Ibidem*, p. 61.
- [73] C. Davillier, cit., vol. I, p. 14 y 34.
- [74] *Ibidem*, vol. I, p. 282.
- [75] P. Mérimée, cit., p. 217.
- [76] G. A. Garrido, cit., p. 330.
- [77] R. Ford, cit., p. 80.
- [78] C. Davillier, cit., vol. I, p. 62.
- [79] F. Presa González, cit., p. 69.
- [80] E. Poitou, cit., p. 20.
- [81] C. Davillier, cit., vol. I, p. 25.
- [82] *Ibidem*, vol. I, p. 19.
- [83] R. Twiss, cit., p. 208.
- [84] G. Borrow, cit., p. 159.
- [85] *Ibidem*, p. 115.
- [86] *Ibidem*, p. 160.
- [87] C. Davillier, cit., vol. I, p. 28.
- [88] W. Irving, cit., p. 45.
- [89] *Ibidem*, pp. 25-26.
- [90] G. Borrow, cit., p. 173.
- [91] R. Ford, cit., p. 11.
- [92] *Ibidem*, p. 93.
- [93] C. Davillier, cit., vol. I, pp. 38-39.
- [94] G. A. Garrido, cit., p. 321.
- [95] D. Mitchell, cit., p. 93.
- [96] G. Casanova, cit., p. 215.

- [97] R. Ford, cit., p. 79.
- [98] T. Gautier, cit., p. 182.
- [99] W. Irving, cit., p. 33.
- [100] Pelczar en Sienkiewicz *et al.*, p. 148.
- [101] C. A. Fischer, cit., p. 71.
- [102] *Ibidem*, p. 76.
- [103] G. Borrow, cit., p. 199.
- [104] C. Davillier, cit., vol. I, p. 12.
- [105] F. Presa González, cit., p. 108.
- [106] D. Mitchell, cit., p. 22.
- [107] Apuleyo, *Asno de oro*, p. 198.
- [108] F. del Pulgar, *Claros varones de Castilla*, p. 68.
- [109] A. Edelfelt, cit., p. 232.
- [110] C. Davillier, cit., vol. I, p. 118.
- [111] W. Irving, cit., pp. 22 y 40.
- [112] M. Alemán, *Guzmán*, parte I, Libro III, cap. X, Rivad. III, p. 258 b.
- [113] B. Gracián, cit., vol. II, p. 77.
- [114] P. de Medina y D. Pérez de Mesa, *Primera y segunda parte de las Grandezas y cosas notables de España*, cap. X, p. 106.
- [115] Luján de Saavedra, *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, Libro II, cap. I, en *Novela picaresca*, vol. II, Madrid, Biblioteca Castro, 2005.
- [116] P. de Medina y D. Pérez de Mesa, cit., cap. X, p. 10 b.
- [117] C. Davillier, cit., vol. I, p. 140.
- [118] C. A. Fischer, cit., p. 113.
- [119] E. Poitou, cit., p. 164.
- [120] A. Edelfelt, cit., p. 232.
- [121] F. Presa González, cit., p. 99.
- [122] R. Ford, cit., p. 72.
- [123] J. F. Zielinski (1889), F. Presa González, cit., p. 58.
- [124] C. Davillier, cit., vol. I, p. 120; I, 366.
- [125] E. Poitou, cit., p. 21.
- [126] A. Edelfelt, cit., p. 232.
- [127] *Ibidem*, p. 233.
- [128] W. Irving, pp. 87 y ss. Cf. pp. 99-100 de nuestra obra, S. Fanjul, *Al-Ándalus contra España*.
- [129] P. A. de Alarcón, *La Alpujarra*, p. 7.
- [130] G. Borrow, cit., p. 176.
- [131] C. A. Fischer, cit., p. 165.
- [132] C. G. de Uriarte, cit., p. 221.
- [133] Murdock, *Nuestros contemporáneos primitivos*, p. 78.
- [134] C. A. Fischer, cit., p. 106.
- [135] *Ibidem*, p. 105.
- [136] *Ibidem*, p. 112.
- [137] *Ibidem*, p. 44.
- [138] C. A. Fischer, cit., p. 66.
- [139] G. Casanova, cit., p. 156.
- [140] *Ibidem*, p. 213.
- [141] *Ibidem*, p. 82.
- [142] *Ibidem*, p. 95.

- [143] *Ibidem*, p. 82.
- [144] *Ibidem*, p. 95.
- [145] F. Presa González, cit., pp. 115 y 119.
- [146] *Ibidem*, p. 115.
- [147] *Ibidem*, p. 113.
- [148] Citado por M. Herrero, cit., p. 44.
- [149] C. Davillier, cit., vol. I, p. 30.
- [150] F. Presa González, cit., p. 189.
- [151] *Ibidem*, p. 52.
- [152] G. Casanova, cit., p. 212.
- [153] C. Davillier, cit., vol. I, p. 388.
- [154] I. Gautier, cit., p. 56.
- [155] *Ibidem*, pp. 129-130.
- [156] *Ibidem*, p. 258.
- [157] C. A. Fischer, cit., p. 85.
- [158] W. Irving, cit., p. 36.
- [159] En Pancorbo, *Voyage*, p. 60.
- [160] E. Poitou, cit., p. 87.
- [161] C. Davillier, cit., vol. I, p. 32.
- [162] A. Edelfelt, cit., p. 177.
- [163] E. de Amicis, cit., p. 241.
- [164] J. Torrecilla, cit., p. 96.
- [165] A. Edelfelt, cit., p. 181.
- [166] *Ibidem*, p. 190.
- [167] *Ibidem*, p. 229.
- [168] T. Gautier, cit., p. 64.
- [169] A. Edelfelt, cit., p. 179.
- [170] M. Casas, *L'Itinerari valencia de Lady Holland*, p. 82.
- [171] C. Davillier, cit., vol. I, p. 144.
- [172] C. A. Fischer, cit., p. 96.
- [173] C. A. Fischer, cit., p. 98.
- [174] *Ibidem*, p. 103.
- [175] G. Casanova, cit., p. 85.
- [176] *Ibidem*, p. 95.
- [177] D. Mitchell, cit., p. 38.
- [178] C. Davillier, cit., vol. I, p. 360.
- [179] M. de Austria, p. 62.
- [180] F. Presa González, cit., p. 89.
- [181] F. Presa González y A. Matyjaszczyk, cit., p. 63.
- [182] F. Presa González, cit., p. 100.
- [183] E. de Amicis, cit., p. 241.
- [184] C. Davillier, cit., vol. I, p. 360.
- [185] D. Mitchell, cit., p. 38.
- [186] C. A. Fischer, cit., p. 187.
- [187] A. Edelfelt, cit., p. 181.
- [188] H.-C. Andersen, cit., p. 106.
- [189] *Ibidem*, p. 244.
- [190] E. Poitou, cit., p. 87.

- [191] A. Edelfelt, cit., p. 205.
- [192] H.-C. Andersen, cit., p. 239.
- [193] E. Poitou, cit., p. 70.
- [194] C. G. de Uriarte, cit., p. 217.
- [195] F. R. Trives y P. Préneron, cit., p. 40.
- [196] Obras de Mérimée de inspiración española: *Théâtre de Clara Gazul* (1825); *La perle de Tolède* (1829); *Lettres d'Espagne* (1830); *Les Âmes du Purgatoire* (1834); *Carmen* (1845); *Les deux Héritages* (1850). (F. R. Trives y P. Préneron, cit., p. 47).
- [197] *Ibidem*, p. 25.
- [198] *Ibidem*, p. 73.
- [199] F. R. Trives y P. Préneron, cit., p. 56.

V. Andalucía, la verdadera España

... estoy entusiasmado con todo lo que he visto,
que España tiene un carácter «español» muy acusado.
(A. Edelfelt, *Cartas*).

Podría parecer una redundancia, o una tontería irrelevante escrita sin pensar, pero cuando el finlandés Albert Edelfelt, viajero por España en 1881, manifiesta tal cosa, lo que está queriendo significar desde el primer instante (en la tercera carta a su madre) es que el país que encuentra viene a coincidir con la imagen que de él se había forjado. O le habían forjado en París, donde vivía. Prácticamente, todos los viajeros-escritores coinciden en ciertas actitudes comunes: una de ellas es la búsqueda de autenticidad, o lo que ellos designan como tal. Todos aseguran haber encontrado alguna vez la verdadera España, no sin arduos esfuerzos en numerosas ocasiones. Aleccionados y sobre aviso acerca de las imposturas escénicas o líricas que podían contemplarse fuera, especialmente en París, su intención desde el primer paso aquende los Pirineos es sumergirse a fondo y sin dudas en *lo auténtico*, es decir, en aquellos elementos más llamativos, pintorescos y, en definitiva, inusuales y raros en el conjunto de la sociedad española pero que, para los viajeros, constituían los signos diferenciales indiscutibles respecto a sí mismos y a sus países de origen, a saber: pervivencias «árabes», gitanos, bandoleros, toros, gentes apasionadas... Y todos se concentraban, o ellos los veían así, en Andalucía. Desde muy pronto, la región queda investida como quintaesencia de la verdadera España, idea que pervive hasta nuestros días y –nos tememos– sin visos de menguar, realimentada de continuo por agencias de viaje y publicidad oficial... española. El criterio más racional y obvio – que la verdadera España es toda y, en cualquier caso, la suma y conjunto de facetas distintas– suele encontrar escasos seguidores y menos entusiasmo. El país, globalmente, es observado, juzgado y catalogado a través de peculiaridades aisladas, en buena medida locales y en no pocas ocasiones de vida efímera, o mero recuerdo del pasado, que tampoco se contempla en su totalidad, aunque esto ya no sea responsabilidad de nadie.

Como es natural, todos los buscadores de Carmen acaban encontrándola más temprano que tarde y, con frecuencia abrumadora, empiezan y terminan

cayendo en las exageraciones de interpretación, en la falsificación o, simplemente, en los habituales errores que dicen execrar desde los inicios de sus relatos. Un ejemplo palmario es el de Davillier (uno de los mejor informados) que, bien acompañado por Gustave Doré, comienza avisando de sus intenciones: «[Doré] debía darnos a conocer España. No esa España de opereta y de los *keepsakes* (álbumes), sino la verdadera España, con sus rústicos aragoneses, sus vigorosos catalanes, sus valencianos medio desnudos y tostados como cabileños, sus andaluces de traje de cuero leonado y sus nobles castellanos, tan hábiles en vestirse con los más inverosímiles andrajos»[1]. Tal acumulación de tópicos requiere pocos comentarios, pero en ella aparecen con nitidez los hidalgos castellanos de la picaresca, el inevitable recuerdo de los moros o la laboriosidad de los catalanes, idea esta última reforzada unas páginas más adelante cuando el mismo autor aclara: «Henos aquí, en España, o por mejor decir en Cataluña. Los catalanes se diferencian bastante del resto de los españoles [...] los catalanes pasan en España por ser muy industriosos y duros para el trabajo»[2]. No está mintiendo, tan solo resaltando como generales y generalizables rasgos particulares. Al igual que Pedro Antonio de Alarcón busca *el verdadero* carácter árabe en Marruecos[3], los europeos se enfrascan en la tarea apenas llegan a nuestro país y de modo especial en Andalucía. Sin embargo, no sobra insistir en que nos referimos al viajero literato (o que se las da de tal) con intenciones intelectuales e ínfulas de que sus observaciones e ideas puedan perdurar: el actual turismo de masas, en su inmensísima mayoría, no mantiene prurito culturalista ninguno ni deseo de transmitir nada, le basta con playas masificadas, sol, alcohol y paquetes turísticos baratos. No es de ellos de quien hablamos.

Y Andalucía concita todas las miradas en la procura de autenticidad, soslayando los aspectos más negativos de la realidad socioeconómica, lo cual para algún historiador o ensayista del presente resulta casi irritante:

La imagen tópica de una Andalucía «de pandereta» que, tomando como base una remota tradición, había sido elaborada por el costumbrismo romántico y los viajeros europeos, y que había encontrado en los relatos de viajes de estos su formulación más genuina y sus más eficaces difusores, había triunfado plenamente a mediados del siglo XIX [...] sin embargo, nada estaba más en desacuerdo con el amable tópico triunfante que la propia realidad andaluza: el paraíso cantado por los europeos en las primeras décadas del ochocientos comienza a dar muestras de sus entresijos infernales y «la tierra más hermosa del mundo» se apresta a adoptar el aspecto de escenario de la tragedia[4].

Tampoco gusta a Bernal que Villalón, Manuel Machado o los Quintero se centren en las visiones románticas y pintorescas de Andalucía siguiendo la huella de Fernán Caballero, Palacio Valdés o el mismo Pedro Antonio de Alarcón, pero es que todos ellos estaban construyendo una imagen literaria que, como tantas veces en la historia, no tiene por qué intentar ser crónica estricta de la realidad. Y cabría preguntarse si una novela como *La bodega* de Blasco Ibáñez era más realista y representativa, en el fondo, de la vida andaluza que la *Mariquilla Terremoto* de los Quintero, por más que sí lo sea de la *etapa social* del valenciano y sus preocupaciones del momento, por cierto bien olvidadas posteriormente en su residencia de Menton. Pero no es esto lo que interesa a los viajeros: ellos quieren autenticidad y de ahí la incomodada perplejidad de Amicis[5] que, como Mérimée, lamenta la pérdida de *lo auténtico*.

Es raro ver un sombrero bajo [en 1872]: todos los sombreros son de copa y además bastones, cadenas, condecoraciones, agujas y cintas en el ojal a millares. Las señoras, al margen de ciertos días de fiesta, visten a la francesa. Las mujeres de clase media aun hoy llevan mantilla. Los antiguos botines de raso, la peineta, los colores vivos, es decir, el traje nacional, han desaparecido.

Davillier busca en Jerez «fisonomías que nos recordasen las del Ingenioso Hidalgo y su fiel escudero»[6]; Ford proclama que «Andalucía es la provincia más peligrosa»[7]; el siempre chinchante Poitou refiere una escena de gritos entre cocheros en Andújar[8]; y Davillier[9] retrata a su manera a «los andaluces, que no tienen escrúpulo alguno en reconocerse como los mayores charlatanes de toda España, sobresalen en pintarse a sí mismos, y a fotografiar, por así decir, sus fanfarronadas del natural». Son ejemplos todos ellos tendentes a ambientar en Andalucía el carácter de genuinidad española, bien que estos y otros muchos, en su totalidad, puedan documentarse –o meramente los sabemos vivos– en otras regiones: por ejemplo, como bien recuerda Enrique Baltanás, «cuando Cervantes escribe *La gitanilla* no se le ocurre situar su acción en Andalucía: aún los gitanos están lejos de ser inexorablemente asociados a lo andaluz»[10].

«El majismo o aplebeyamiento, que identifica lo español con el pueblo bajo y los grupos marginales»[11] coincide con la Ilustración primero y el movimiento romántico a continuación y ambos habían producido en los intelectuales europeos un estado de ánimo insatisfecho con el mundo que los rodeaba. Los avances científicos, técnicos e industriales los alejaban del hombre primigenio e ideal que resucitara Rousseau aunque, propiamente, él

no lo había inventado, y obedecían a «... un mismo impulso: la huida de la realidad rechazada, la búsqueda del paraíso. Uno de esos paraísos, no el único, fue Andalucía. En general, el nuevo Edén romántico europeo se situó siempre al Sur, más atrasado, más aparentemente quieto e inmóvil, a salvo todavía de la violación capitalista. Allí, todavía, no había llegado la industria, ni la nivelación y homogeneización de modas, usos y costumbres. Allí, todavía, permanecía un campesinado afecto a sus rutinas. El exotismo romántico fue tanto vertical como horizontal; histórico, pero también geográfico. Se quería cambiar de lugar, pero también de época»[12]. Un caso próximo que conocemos bastante bien es el de nuestro contemporáneo Juan Goytisolo, obstinado en encontrar al Buen Salvaje en Marruecos, por supuesto a su peculiar manera y *pro domo sua*. De hecho, el escritor barcelonés no está inventando nada, aunque suela presentarnos como gran novedad y nueva Guía de Descarriados sus particularísimas e intransferibles vivencias, porque

la apasionada reacción que se produjo contra una Europa que tendía a borrar las singularidades de los pueblos, tuvo como consecuencia el deseo de escapar de ese entorno «civilizado» para descubrir nuevas gentes y nuevas tierras, y perseguir nuevos paraísos del ideal imaginario. Lo genuino, lo popular, lo inconsciente, la naturaleza y la libertad individual (y política) se constituirán en virtudes románticas, y la exaltación de lo diferente se erigirá en principio estético[13].

Y en estos mismos días asistimos a una versión renovada de estas formas de idealización en que ética y estética se confunden, por lo general con buenos resultados para sus promotores y paladines, en la muy explotada pantalla panorámica del multiculturalismo.

Aquellos viajeros buscaban *la verdadera* España, la mitificada y por ellos aprendida en los libros, en paralelo a nuestro Pedro Antonio de Alarcón que, en Marruecos, ansiaba darse con «un verdadero moro, esto es un moro de novela», bien suplantada la realidad visible por la ficción o por la realidad virtual, como se diría ahora. El curioso –y por lo general condescendiente y amable– viajero pretende identificarse a sí mismo, a través de lo que ya conoce o cree conocer en cuantos objetos, situaciones o personas cruzan por delante de él: al reconocer *las diferencias*, de hecho está confirmando la veracidad de lo que ya traía a cuentas antes de iniciar el viaje. Por consecuencia, si no le cuadran los estímulos visuales o auditivos con el arsenal de su memoria, el disgusto asoma o, por lo menos, la ya citada

perplejidad, desconociendo que, tal vez, lo más auténtico en las sociedades humanas es el cambio continuo, en un conjunto de convenciones y hechos sociales en que, como mucho, podemos aspirar a conservar –y no eternamente– los elementos más fuertes y significativos de cada cultura. Pero el idealismo romántico no se para en estos pormenores y suspicacias.

Y esa función de autorreconocimiento –aunque sea por contraste– aparece aun más nítida en la lúcida formulación de A. Choppin[14], que recoge el criterio del ministro Léon Bourgeois, en 1890: «*Nous ne donnons point sa valeur à chacun des êtres de la famille européenne; nous les prenons et les emportons dans le cours de notre histoire, lorsqu'elle les rencontre*». El poder de España solo se valoraba entonces al servicio de un patriotismo francés militante, para justificar la valentía de «nuestros» soldados y la habilidad de «nuestros» políticos. De ese modo el manual aparece como un espejo que devuelve a la sociedad que lo concibió una imagen embellecida, halagadora e idealizada de sí misma. La historia de España, tal como la han presentado los manuales franceses hasta los años sesenta, seguramente servía para inspirar a los jóvenes lectores una visión caricaturesca y estereotipada de sus habitantes españoles, sin una encarnación concreta, cuya historia solo conservaría la violencia (los conquistadores, la Guerra Civil), el valor (la guerra contra Napoleón), la intolerancia (la Inquisición) o el carácter altivo. Y esos manuales, obviamente, se nutren de los relatos de los siglos XVIII y XIX.

Foulché-Delbosc recogió un elenco de 858 libros de viaje por España, de los cuales 643 se centrarían en el siglo XIX y cuyos ejes de atención inevitable y fija eran Andalucía, el flamenco (o protoflamenco, pues, como es sabido, esa denominación no empezó a tomar carta de naturaleza hasta Machado y Álvarez), muchos toros y gitanos y, a ser posible, un encontronazo – inofensivo, claro– con bandoleros que pusieran una pizca de pimienta digerible en el guiso, sin llegar a mayores.

La tensión entre «ellos» (los españoles) y «nosotros» (los forasteros) no puede casi nunca prescindir de los supuestos culturales del observador y, a menudo, de prejuicios prontamente reforzados a la primera de cambio que, como es natural, sobrevenía enseguidita. Borrow –don Jorgito el Inglés– se mofa con ironía de brocha gorda ante la novedad de ver navegar vapores por el Guadalquivir: «¡Brujería!», habrían gritado los sevillanos hacia 1830 por los nuevos barcos, mientras el británico no se priva del comentario

despectivo por ser ingleses los maquinistas:

porque no se encontró ningún español capaz de entender la maquinaria [...] Fanáticos y vanidosos como son todavía, y apegados con pasión a sus costumbres antiguas, los sevillanos saben que, en un caso al menos, puede venir algo bueno de tierra extranjera, y de herejes por añadidura [recordamos que Borrow era propagandista protestante]; sus prejuicios inveterados han sufrido un rudo golpe, y es de esperar que este sea el alborear de su civilización[15].

El observador, no conforme con echar un cuarto a espadas sobre el carácter de los indígenas y a partir de algo normal (un cachivache nuevo suscita extrañeza y precisa de alguien que lo entienda), marca el camino recto que estos deben seguir, si quieren salvar cuerpos y almas. Como hará a lo largo de toda la obra con asiduidad. Y por la misma vía circula su compatriota Richard Ford[16] al enumerar una serie de productos buenos exponentes de la civilización moderna, entre ellos cita «ferrocarriles, túneles, puentes colgantes, máquinas de vapor, fábricas, galerías politécnicas, *cervecerías que produzcan cerveza inglesa fuerte* [la cursiva es nuestra, S. F.] y demás requisitos y accesorios de un alto estado de civilización política, social y comercial...». Subjetivismo etnocéntrico que se alimenta de criterios culturalistas propios o directamente del dogmatismo religioso (caso de Borrow). El reverendo Rose[17] abunda en las ideas de Ford: «uno de los símbolos más fidedignos de que la sociedad del sur de España progresa es que ya no se construyen tantas plazas de toros, y en las que hay, se va introduciendo poco a poco todo tipo de deportes de hombres. En Cádiz, Sevilla, en el Puerto de Santa María y en Jerez, se celebran ahora con asiduidad carreras de caballos, de barcos y, por encima de todo, partidos de cricket, y es preciso aclarar que la mayoría de los participantes son españoles». *Sancta Simplicitas*, la del reverendo. Y eso que no vio la actual y ya vieja furia por el fútbol, que nos gradúa como civilizados en el cielo más superior de los posibles.

Otra dialéctica más cruda se entabla en los riñones, costillares y tono muscular de los viajeros, revestida con frecuencia de choque entre modernidad y tradición. Casi todos ellos sueñan con la *Vieja España*, con recuperarla o preservarla, pero a la hora de los truenos, prefieren que no llueva. Me explico: el finlandés Edelfelt[18] se queja de que el viaje en ferrocarril –allá por 1870– de Granada a Sevilla requiera 13 horas [prefiero no enterarme de cuántas requiere ahora] pero también manifiesta su espanto cuando en la etérea Granada de sus sueños divisa algo que le eriza los vellos.

«¡Ay, tiempos modernos!, ¡ay, prácticos americanos!, ¡qué horror! ¡Era un anuncio publicitario de las máquinas de coser Singer!»[19]. Pero las fantasías exóticas acaban de irse a pique cuando Hans Christian Andersen se percata, ya en París, de que los recuerdos que comprara en Tánger (gemelos, broches, alfileres de corbata) por aquello del *souvenir* africano, son, en realidad, *fabriqués en France* y exportados al África misteriosa o, directamente, vendidos *in situ*, es decir, en París[20]. Pero la búsqueda «de color local» no se rinde nunca, ni siquiera en Eugène Poitou, uno de los más crudos detractores del país y sus habitantes: «No he visto –gracias a Dios– que el horroroso sombrero francés haya destronado a la mantilla (en 1866)»[21], si bien Amicis seis años más tarde dice exactamente lo contrario.

Las opiniones de fondo sobre el «carácter nacional» de los españoles varían mucho, pero puede afirmarse que, en líneas generales, la actitud del extranjero es receptiva, benevolente y dispuesta a aceptar con buen humor o ironía poco agresiva las dificultades materiales que encontraban y que debían ser numerosas. Andersen, gratamente impresionado por la acogida que le dispensa un militar en Granada, o por la puntillosa dignidad de un soldado que no admite propina por un servicio, resalta «la cortesía y carácter servicial de los españoles para con los extranjeros»[22]. Y alguno de estos extranjeros describe en términos laudatorios y con talante deportivo cuanto recae sobre sus huesos: Richard Twiss (1770) lleva su simpatía hasta el extremo de extrañarse porque los muebles de los ricos sean ingleses de factura, al tiempo que asegura gustar de dormir en posadas andaluzas sobre paja, concluyendo que «los primeros bichos que me picaron en España, lo hicieron en Gibraltar»[23]. Ni tanto, ni tan calvo.

Sin embargo, es preciso señalar, aunque no más sea de pasada, la reorientación, o hasta inversión de las visiones de España entre los siglos XVI-XVII y cuanto acaece a partir del XVIII. Jesús Torrecilla[24] desarrolla la evolución del tópico literario desde la imagen que recibían y transmitían los primeros viajeros hasta la consolidación del estereotipo contrario. Se pasa de unos españoles astutos, disimulados, fríos y calculadores que jamás traslucían sus emociones, reflexivos y siempre controlándose (Camilo Borghese, Francesco Vendramino, Gaspar Contarini), a la imagen del apasionamiento exaltado, el inconstante bullanguero y descuidado, el personaje populachero y poco de fiar que tanto éxito alcanzaría desde el siglo XIX y que sigue reinando por doquier hasta ahora mismo. El punto de partida es la segunda mitad del

XVIII, es decir el arranque de nuestro objeto de estudio, cuando se nos va invistiendo lenta e inexorablemente, a través de la literatura propia y ajena, de alegres, ardientes, apasionados, impulsivos, espontáneos, chispeantes, sensuales...[25].

Ya en el XVII se esbozaba en Francia la teoría de los climas y su influjo en el carácter de las gentes –como veíamos en el capítulo anterior–, consagrada en la siguiente centuria gracias a Montesquieu, según el cual: «El país, con su geografía, su clima, conforma al hombre, su físico, su esencia nacional, los humores que le caracterizan; todo ello condiciona la historia de un país». Esto es en suma el resultado del «viaje a la francesa»: experimentar la diferencia, pero desde un sentimiento de superioridad. «Un des grands défauts de notre nation –decía Saint-Evremond–, c’est de ramener tout à elle, jusqu’à nommer étrangers, dans leur propre pays, ceux qui n’ont pas bien, ou son air, ou ses manières»[26]. Y Enrique Baltanás[27], que señala ya en el siglo XVI el tópico de la correlación entre clima cálido y temperamento ardiente, apunta acertadamente: «El determinismo medioambiental, prejuicio arraigado si los hay, operó también en las postrimerías del ciclo».

El descubrimiento de España es una comparación continua, desde un plano superior, y tomando como referencia la Francia de la monarquía absoluta. Los tópicos entonces engendrados persisten en distintos grados, pero persisten. España se convierte en foco de atracción de Europa por «romántica», o sea bárbara, medieval, anticlásica, pintoresca, atrasada, «natural», sin las falsificaciones y artificiosidades de la civilización. Así pues, aquí hay que buscar los ideales románticos de «nobleza, altivez, misticismo, martirio, belleza, generosidad, desinterés, santidad, catolicismo, islam, heroicidad, violencia, misterio...»[28]. Y el que busca, siempre halla. Desde precursores en la crítica feroz como madame D’Aulnoy o el dominico francés Labat (que en 1705 visitó Cádiz y no encontró nada de bueno, excepto las alpargatas de esparto), la procesión de los malhumorados censores no es muy nutrida, pero sí intensa y rica en sus condenas, incluidos algunos autores que blasonan de enamorados de España. No les negamos el derecho a la objetividad, ni a discernir el trigo de la paja entre los múltiples contrastes y diferencias que, sin duda, se toparán, pero la acumulación de tópicos con intención generalizadora sí parece digna de resaltar, tanto en lo positivo como en lo negativo. Richard Ford –bien por ligereza al escribir, o bien por hacerse eco de clichés circulantes– recoge un bien granado surtido

de lugares comunes, y entiéndase que los españoles por antonomasia son los andaluces: los sirvientes son imprevisores, desaliñados, mal educados, prejuiciosos, orgullosos, perezosos, locuaces, crédulos, fantasiosos («sobre todo los andaluces»), susceptibles, envidiosos, sensibles, recelosos, impulsivos, pasivos [¿cómo ser las dos cosas al mismo tiempo?]. Pero, ¡oh, maravilla!, a tales engendros de la naturaleza alumbran cualidades redentoras como ser duros, pacientes, animosos, bienhumorados, ingeniosos, inteligentes, honrados, fieles, sobrios, viriles, leales, religiosos de corazón y con buenas maneras instintivas[29].

Mención aparte merece el francés Eugène Poitou (viajero en 1866), que en el curso de un mes y sin saber español, nos lega cumplida constancia de sus cabreos y malos humores perpetuos, de cascarrabias eterno. Su *Viaje por Andalucía* (en la edición de la Junta de Andalucía) comienza por unas cuantas maldiciones sobre Madrid que no dejan de tener gracia: «Tampoco su Prado tiene encanto alguno [...] En cuanto a las fuentes son de un gusto horroroso, una de ellas representa a una Cibeles rolliza, que le ha salido al escultor maciza cuando pensaba hacerla majestuosa...»[30]. Tras reconocer – muy a regañadientes, como otros– el valor del Museo del Prado y después de diversos avatares en trenes y diligencias por Despeñaperros entra en Bailén y, claro está, no le gusta nada: «Hacia el mediodía estábamos en Bailén, donde comimos. Bailén es una pequeña ciudad triste y sucia en el fondo de una pequeña garganta. Al bajar de la diligencia, fuimos acosados por una nube de mendigos ciegos y cojos. Nunca he visto malhechores más harapientos y repulsivos». Pero, sobre todo, por el recuerdo de la batalla (20 de julio de 1808): «en la plaza principal de Bailén una mala estatua de mármol que recuerda esta victoria [...] una victoria en la que no hubo nada de que enorgullecerse»[31]. A continuación, refiere con gran indignación el recibimiento poco cariñoso que depararon en Cádiz a los prisioneros de Bailén, así como su confinamiento en la isla de Cabrera. En el Hotel Ortiz, de Granada, se siente a gusto y feliz («Dentro del hotel reinaba la misma calma, solo había turistas, la mayor parte ingleses y americanos, son gente educada y amable»[32].

Pero su texto, entreverado a cada paso y cada línea de maldiciones y denuestos contra esta equivocación de la naturaleza que somos los españoles, escala la cumbre del santo enojo en la historieta que relata sobre un incidente habido en la misma Granada. Según él, un juez venal intenta sacar una fianza

exorbitante por un francés[33], y les pide 1.500 duros. Así que, para librar al detenido «de las garras de la justicia española», el autor asegura –sabe Dios si sería verdad– haber planeado su fuga mediante la fianza, puesto que –y queda implícitamente muy claro– no es justo que un francés responda de sus actos ante la justicia de por acá. Pero el asunto y el tono aún se agravan, porque el vicecónsul de Francia en Granada (un español) los ayuda poco en el lance, lo cual permite concluir triunfal a Poitou: «¡Pero, hombre, ya dije que era español!»[34].

El antedicho Labat endosa a los españoles en general y a los andaluces en particular el tan manido remoquete de haraganes. Según él, la gente no más se ocupa de acudir a la puerta de los conventos por aquello de la sopa boba, mientras en España solo trabajaban franceses, ingleses y holandeses, como aguadores, vendedores callejeros, agricultores o posaderos (en un momento en que todavía no habían llegado los alemanes a Sierra Morena), por lo cual debemos comprometernos muy seriamente en buscar las huellas del afamado aguador Smith, las del labrador Du Garde de no menos campanillas o, incluso, las del posadero Mortensen. Por si acaso. Pero Labat o Poitou no son los únicos en rivalizar en este juego de los improperios y las críticas cerradas. En 1774, William Dalrymple señalaba que en las posadas andaluzas «no había camas, sino paja donde acostarse», lo cual podía ser bastante cierto; que en Córdoba le sorprendió el frescor de los pisos bajos, extremo más verdadero todavía; que, en general, no le gusta Andalucía ni sus iglesias barrocas, cuestión más discutible; pero, antes que nada, comprende que «los vascos desprecien a los andaluces por su origen morisco»[35], y en este punto –si hablamos en serio– es para soltar la carcajada, porque los andaluces, sobre todo los de Andalucía Occidental, de moriscos no tienen nada de nada.

No obstante, al contrario que Dalrymple, la mayoría de los viajeros consideraba Andalucía el punto culminante de su esfuerzo y en esa línea menudean los piropos, las exageraciones y... las temibles simplificaciones. Alexandre Dumas tampoco hace gran favor a la tierra insistiendo en que «Andalucía es una tierra alegre, bonita, que toca las castañuelas y lleva guirnalda en la frente»[36]. Ambos forman en la legión que impulsó, dentro y fuera de España, una imagen letal para la región, extrapolada de consuno al resto del país y transformada en resumen y símbolo de cuanto hay que saber sobre nosotros. Y si para los europeos del XVI y XVII lo esencial era Castilla, desde fines del XVIII predominará el «andalucismo», como a lo largo del XIX,

contrapesado con el castellanismo del 98 y seguido del nuevo andalucismo del 27 y de la retórica imperial castellanista del franquismo y del renovado andalucismo turístico de la actualidad. Una tensión fundamentalmente literaria que se prolonga en el imaginario colectivo de las poblaciones implicadas y que en ellas acaba calando. En tal sentido es sumamente esclarecedor el ya citado libro de Enrique Baltanás *La materia de Andalucía* cuyo objeto explicita el autor:

Las ideas nacían en Alemania o en Francia, volaban de un país a otro, anidaban en cabezas diferentes, se expresaban en lenguas distintas, aunque el decorado fuese Córdoba, Granada o Sevilla [...] Este libro trata de Andalucía como literatura; no como «imagen» sino como creación argumental y temática, en un proceso cuyo desarrollo nos llevará desde el Romanticismo a las Vanguardias, de la Revolución Francesa a la Soviética[37].

O, dicho de otro modo, «cuando hablamos de una *materia de Andalucía* o de un ciclo *andaluz* nos estamos refiriendo a una constelación de temas, argumentos y motivos entrelazados que, aparentando centrarse sobre un paisaje, construyen en verdad un personaje ciertamente prosopopéyico: se trata de Andalucía como personificación»[38]. Y para ello el espacio, o sea el paisaje andaluz, se convierte en escenario parlante, cargado de connotaciones, no solo descriptivo, sino significativo; el tiempo, que empieza siendo el siglo XIX, deriva enseguida hacia una cronología intemporal, un tiempo mítico, los personajes son cristianos, moros, judíos, gitanos, la propia Andalucía como protagonista, la Soledad, la Raza privilegiada y perseguida; los argumentos circulan en torno a ideas como que el héroe ha sido despojado de su felicidad y debe recobrarla, expulsado del Paraíso intenta volver a él, o bien ese paraíso ha sido invadido y pisoteado y el héroe se propone expulsar al invasor... en unos términos retóricos que soslayan los hechos reales.

Frecuentemente, los viajeros adoptan el papel de estudiosos y jueces de la psicología social andaluza y concluyen con gloriosas simplificaciones repletas de tópicos baratos, apuntan soluciones mágicas (la técnica como salvación, la conversión al protestantismo, la asimilación de juegos y modas externas, suelen ser preferidas por los ingleses) o, simplemente, como nuestro ya conocido y no muy buen amigo Poitou se inclinan por una condena fatal y fatalista de «esto no tiene remedio». «[Los cristianos en Andalucía] tomaron de los árabes sus vicios, aunque sin adquirir sus cualidades. Unieron las costumbres voluptuosas de Oriente con las costumbres violentas y feroces de Occidente»[39].

Una de las causas más profundas que impide al país cualquier tipo de progreso es el carácter indolente y poco previsor de este pueblo. Tiene escasas necesidades y estas las satisface con mínimos gastos. Un andaluz vive con poco: una lechuga o una naranja constituyen su comida junto con un vaso de agua: si puede añadirle un cigarrillo es el hombre más feliz del mundo y lo que queda del día lo pasa tomando el sol sin preocuparse del mañana[40].

Si reproduzco estos estereotipos es por la recurrencia con que asoman, incluso en autores nada malintencionados pero que dependen de una tradición oral y escrita de otros viajeros, tradición que cuenta ya cerca de dos siglos de vida –y sin tregua realimentada y reescrita–, aunque la España presente se asemeja poco al modelo de la primera mitad del XIX. Eso explica la extraordinaria aceptación de la obra de Falla y Lorca en el mundo entero. Aceptación que se basa, por supuesto, en el valor intrínseco de sus producciones, pero también por responder a las expectativas creadas sobre la esencia de lo español, ofreciendo al público un universo estereotípico de gitanos, pasiones, flamenco, puñales y guitarras[41]. Y otro tanto puede afirmarse del cine de Pedro Almodóvar que, sin pertenecer a la línea del andalucismo oficial, sí conecta y explota de manera sistemática –y en mi opinión aburridísima por repetitiva– toda la panoplia de guiños, convenciones, paradojas y tipismo español (puesto al día, claro está) que el espectador extranjero espera y en el cual identifica a España, a lo que piensa debe saberse y esperarse de España. Como quiera que sea, la pereza española, que hasta el XVII

constituye un rasgo asociado con la gravedad y el orgullo altanero de un pueblo imbuido de una desmedida conciencia de su propio valor, comienza en el XVIII a aparecer en un contexto opuesto, enmarcada en un revuelo lúdico de guitarras y bailes sensuales. El español sería, según esto, perezoso porque es un hedonista incorregible que prefiere divertirse alegremente a someterse al esfuerzo y a la disciplina de una ocupación responsable[42].

Y es que Poitou y otros se exaltan con la idealización romántica del *pueblo*, como figura literaria, pero el verdadero pueblo con el que se cruza, le repugna, no lo entiende en absoluto (empezando por el idioma) y para salvar la contradicción se refugia en declaraciones grandiosas:

El porvenir de España está aquí, en el pueblo, sobre todo en el pueblo de las provincias del Norte [justo las que no visitó], una raza más enérgica gracias a tener más empuje y más elevación moral. Incluso en el Sur, donde la raza es más blanda y la moral más relajada, sigue siendo el pueblo el elemento más vivo y más sano; en el pueblo es donde se encuentran las huellas de las viejas y fuertes cualidades de la nación[43].

Por esta vereda de irrealidades pasea feliz mistress Byrne, en la misma

época que Poitou, lamentando que «los sencillos, honrados y nobles campesinos de España» estuvieran al borde del abismo de la revolución industrial[44], de forma similar a cómo los multiculturalistas actuales pretenden que dos tercios de la humanidad se mantengan en estadios preindustriales en todos los órdenes, conformando un ameno parque temático de exotismos para su solaz y diversión, materialización práctica de sus propias utopías, porque cuando la lady enseña el colmillo y declara sus antipatías, estas son palmarias: aceite, ajo, vino estropeado por las botas, vino de Málaga-medicina, desprecio por las mujeres (sospechamos que, como tantas veces, un desprecio que encubre la envidia), el consumo de tabaco... Y sentencia justiciera: «si un español se quita el cigarro de la boca es únicamente para escupir».

Las diligencias fueron durante mucho tiempo el principal medio de locomoción de todos estos extranjeros, aunque el barco, el viaje a caballo y, avanzando el XIX, ya el tren, también se utilizasen en la medida de lo posible. Pero las descripciones de las diligencias, o galeras, de los caminos, de los mayores y postillones, de los zagales acompañantes y de un sinfín de circunstancias copan muchas páginas de los viajeros; en ellas comparan, celebran, maldicen, lamentan su triste suerte ante accidentes y averías, se solazan con los compañeros de fatiga o intentan, infructuosamente, dormir.

Sobre las comidas, el ajo y el aceite concitan el odio casi unánime, por ejemplo de Richard Ford[45]. Y Poitou –en una mezcla de chovinismo y majadería en que compara el aceite de Provenza (por supuesto, mucho mejor) con el andaluz– distingue las olivas que «están deliciosas» del aceite mismo[46]. Sabido es que los gustos culinarios forman parte del núcleo cultural más duro de todas las comunidades humanas y que son lo más difícil de confrontar o erradicar, por tanto nuestra indulgencia y comprensión en este terreno debe ser infinita, hasta con Poitou, pero no con sus extrapolaciones. Otras personas, con más tiempo y experiencia en España, como lady Fanshawe, esposa del embajador inglés (1664) encomian las frutas, verduras, vino, leche, carnes de España. Y, sobre todo, las olivas[47].

Por razones obvias, uno de los mayores polos de atracción de los viajeros son las mujeres de España. Aparte de las razones naturales, buscan, e invariablemente encuentran, en ellas el contraste con las de sus propios países. De ahí un cúmulo de elogios, más o menos merecidos, pero creo que casi siempre sinceros: el escritor de verdad siente lo que escribe y admite

muy claras pulsiones de empatía hacia esas mujeres, al menos por el físico que contempla. En el caso de los que vivieron en España, o pasaron largas temporadas en ella, la cosa –como es lógico– pasó a mayores, aunque, también como es lógico, cuentan poco de sus enredos y trapisondas particulares, con excepción de Mérimée y de algún otro. Para los viajeros fugaces, o para quienes pasaron años en España pero rigurosamente acompañados por sus estrictas legítimas, la cosa se limitó a efectos visuales y a cantar las delicias del exterior. De las prendas morales o de otras gracias ocultas se habla poco, por razones evidentes, y quienes llegaron a vivir esas interesantes facetas de la personalidad de las españolas suelen, con buen criterio, callarse sus opiniones. Por otros conductos sí sabemos que algunos de estos escritores (Mérimée en Madrid y Amicis en Cádiz) mantuvieron diversas relaciones amorosas, pero esto afecta poco a la imagen global que los extranjeros ofrecen. Como en otros capítulos, hay una cierta arbitrariedad y exageración en los juicios sobre el físico de españoles y españolas y no pocas veces lo confunden con el bullicio, la jarana, la guasa de los medios femeninos, especialmente en Andalucía y lo que hoy llamaríamos «ambiente» o «marcha»: «Con la excepción de mi pequeña modelo en Toledo, no había visto una mujer aceptable desde que salí de Sevilla y por eso me alegré de llegar a una gran ciudad (Madrid) con gente y movimiento en las calles»[\[48\]](#).

Igual que en otros aspectos, buscan la rareza, o lo que ellos entienden por tal, es decir la imagen de la *verdadera* española. Así, Gautier, nada más cruzar la frontera francesa, en Fuenterrabía ya cree ver en una señora vizcaína «una auténtica belleza musulmana»; Amicis, literalmente, riñe a los cordobeses por no ir vestidos de moros y porque no encuentra en la ciudad especímenes del *verdadero* tipo andaluz (o sea, español); Auguste Florian Jacacci, ansioso de color local en la iglesia de El Toboso, durante la misa dominical, «más atento a sus expectativas exotistas que al oficio en sí», observa atentamente los rostros de los asistentes. La iglesia está llena de gente, pero desdeñando describir el aspecto de la mayoría, se fija concretamente en «una muchacha de tipo puramente árabe, con sus grandes ojos negros, llenos de fuego, sombríos, los labios gordezuelos, bellamente delineados con gracia en las comisuras». A Jacacci no le interesa describir la realidad que tiene ante los ojos sino confirmar la imagen de «autenticidad» que lleva en su mente. El hecho de que deban resaltar las excepciones que

coinciden con su modelo ideal de la española prueba que no era eso lo normal («tenía una hija que respondía al auténtico tipo español»[\[49\]](#)). Las prendas que más llaman la atención –como es natural y dentro de lo que permitía el decoro literario de la época– son el pelo, las manos y pies (pequeños), los ojos, los labios. No es que no estuvieran pensando en otras cosas, es que el buen tono de sus lectores no les autorizaba a otras peripecias anatómicas. Lo más que alcanza –Amicis– es a manifestar su entusiasmo por estas mujeres «regordetas» que seguramente identificaba con las suyas de Italia. Las mejor paradas suelen ser las gaditanas, malagueñas, granadinas y sevillanas; y dentro de estas últimas, las cigarreras de la Fábrica de Tabacos se llevan la palma en todos los órdenes: «Estas españolas tienen rasgos extremadamente finos y manos finas. No he visto ni una sola mano grande, en medio de esta multitud de cigarreras»[\[50\]](#). Hasta el antipático Poitou, que viajaba escoltado por su santa esposa, se rinde en la fábrica[\[51\]](#). Andersen se inclina por las malagueñas, ya que pone a Málaga por cima de todos los altares y donde proclama haber sido felicísimo sin explicar nunca el motivo, lo cual nos autoriza a pensar bien, cuando refiere sus paseos por la Alameda «para mirar a tanta mujer bonita, con llameantes ojos, como paseaba por allí, agitando con una gracia innata los relumbrantes abanicos de lentejuelas»[\[52\]](#). Y el mismo escritor danés sale valedor moral de las españolas cuando un francés le marea en Gibraltar contándole sus aventuras galantes con andaluzas. La cosa debió ser tan exagerada que Andersen concluye:

En cuanto a lo que me contaba de las españolas, no me creí ni la mitad. Los meridionales poseen un carácter tan alegre, tan infantil y tan imprevisible que muchos extranjeros juzgan a las mujeres en esos países muy equivocadamente. A ese respecto no hay que creer todo lo que cualquier tarabilla nos diga, ni tampoco todo lo que escriben por ahí[\[53\]](#).

¿Y Cádiz? De ella y su comarca se deleitan hablando, aunque no todo sea plata en la tacita, ni oro en las palabras de los viajeros. Wilhelm von Humboldt (en 1799) introduce en su texto a Cádiz y su bahía con ojos favorables y de simpatía:

Las avenidas de Jerez son las mejores, rodeadas como están de cipreses, naranjos, almendros. En Jerez comienza ya otro tipo de ciudad: los tejados son planos y en ellos hay una azotea y una torrecilla. Casas limpias y calles alegres. Nos alojamos en la Fonda del Arenal. A algo más de media legua, se descubre la bahía de Cádiz y se ve Puerto Real, la Isla y Cádiz. Al ir acercándose al Puerto de Santa María, la zona se va haciendo cada vez más agradable. En general, ya es muy bello poco después de Jerez, la llanura es más variada[\[54\]](#).

Y en la misma línea se expresa Andersen, a quien no gustó Cádiz, pese a reconocerle aspectos gratos:

Cádiz me sorprendió por su extraordinaria limpieza, sus pintorescos edificios blancos y sus muchas astas de bandera; por lo demás, nada digno de mención ofrecía al forastero. Aquí no había ningún museo, ningún vestigio árabe de importancia [...] aunque una única maravilla sí la había: el mar fragoroso con sus gigantescas olas [...] pero Cádiz no llegó a despertar nuestras simpatías. Puede que la culpa fuese mía, o puede que de la ciudad en sí[55].

Y añade Andersen:

Da la impresión de reinar aquí el orden y la limpieza, de ser una ciudad mercantil, donde no hay más romance que el del mar o el de los hermosos ojos andaluces, brillando en el rostro de las lindas damas [...] Los contornos son increíblemente llanos; todo es arenas volantes, páramos y kilómetros de salinas [...] De Cádiz no hay mucho que contar; fue un pobre comienzo del regreso a nuestro país.

Sin embargo, hace una concesión final: «Estoy seguro de que Cádiz esconde materia para una novela, pero el forastero no la ve»[56]. H. Sienkiewicz (1888) es más radical en su desinterés («Mandaré Cádiz a hacer puñetas, porque además allí no hay nada que ver»[57].

Y también en Cádiz son las mujeres el principal foco de atención. R. Twiss (en 1770) acudía al paseo de la ciudad a observar «a las mujeres que por entonces se colocaban luciérnagas en el pelo, lo que producía un efecto lujoso y atractivo en sus cabezas». August Fischer (1797) ofrece una vivencia más realista, incluso con una alusión al levante, el martirio de Cádiz: «El fuego de los norteños españoles se convierte en llama devoradora en el Sur» y más que en ningún sitio en Cádiz, quintaesencia de sensualidad y goce de la vida[58]. Allí «la belleza de las mujeres andaluzas, su exaltado fanatismo, encuentra sus más altos grados, el tono más frenético, especialmente cuando sopla el solano, porque entonces el mismo aire que se respira es fuego y los sexos se buscan mutuamente con la misma ansia». Y Lord Byron, en 1809, asegura que «Cádiz es la ciudad más encantadora que he visto [...] España está llena de mujeres guapísimas; la belleza de las de Cádiz hechiza como las brujas de Lancashire»[59].

La bahía de Cádiz y sus comarcas aledañas atraen invariablemente la atención de los forasteros, por lo general con elogios, a la riqueza y limpieza de Jerez[60] o al grato encuentro con el mar en

El Puerto, que también llaman Puerto de Santa María, está situado en la desembocadura del Guadalete, que va a verter sus aguas en la Bahía de Cádiz. Es el almacén y el puerto de embarque

de los vinos de Jerez. La ciudad, que es blanca, alegre y limpia, es como un Cádiz diminuto. Visitamos sus bodegas, grandes cavas anticipo de las de Jerez, y su plaza de toros, de las mejores de toda España y mucho más frecuentada por los aficionados que la de Cádiz[61].

El mismo viajero asegura[62] que los famosos vinos de Jerez no son muy antiguos, apenas conocidos a principios del XVIII y objeto del comercio a gran escala «desde hace solo sesenta u ochenta años», observación errónea porque las viñas jerezanas se explotaban extensivamente –y para la exportación– desde mucho antes: baste recordar los conatos de presiones de braceros y protestas de propietarios por los altos jornales que exigían los trabajadores (10 reales diarios, con lo cual «tiranizaban a la república») a principios del XVII. Sin embargo, si Davillier no acierta en sus ideas sobre la venta de vinos, sí recoge algunos ejemplos de adagios y letrillas populares de cierta gracia:

Para alcarrazas, Chiclana;
para trigo, Trebujena,
y para niñas bonitas
Sanlúcar de Barrameda[63].

Morón, al que moteja de mala reputación como cuna y refugio de bandidos, queda resumido en la sentencia «Mata a un hombre y vete a Morón» o, con giro pícaro:

Una porción de civiles
han salido de Morón
en busca de unos ladrones;
mi niña, tus ojos son[64].

Y la puente de Arcos aparece como modelo y ejemplo de tarea inacabada:

Aquel que más alto sube
más grande porrazo da.
Mira la puente de Arcos
en lo que vino a parar[65].

Otras capitales andaluzas reciben distinto trato por parte de los extranjeros, aunque las consideraciones negativas coinciden en algún caso, corroborando tan solo el grado de decadencia y pobreza que habían alcanzado algunas ciudades, por ejemplo Córdoba. La antigua urbe romana había sufrido enormemente la *crisis del siglo XVII*: Domínguez Ortiz calcula en 40.000 los habitantes que tenía hacia 1650 (de los cuales el 5 por 100 eran frailes y monjas, muchos, desde luego, pero muy lejos su número de las fantasías catastrofistas de propios y extraños cuando hablan de un tercio de la

población compuesto por religiosos) y aun esta cifra se había reducido en 1694 a 6.911 vecinos (es decir, unas 20.000 almas). Así pues, cuando empiezan a llegar nuestros viajeros el deterioro resultaba inocultable y Wilhelm von Humboldt[66] marca la pauta ya en 1800: «Córdoba es una ciudad horrible, con calles enormemente estrechas, lo que ha dado celebridad a los cocheros de la ciudad. Las casas muy malas y pequeñas. Sin embargo, en el interior, la casa de cualquier persona medianamente considerada es extrañamente limpia. No hay teatro, ni reuniones sociales, ni baile».

Sin que los seguidores del alemán, en las décadas de 1860 y 1870, puedan corregirle: pobreza, abandono, suciedad, ciudad desierta y triste, muerta, de callejuelas angostas, oscura, decadencia... Ya se trate de Davillier, Andersen, Edelfelt, Sienkiewicz («Ciudad mísera» la llama en 1888) o –años antes– Borrow. No obstante, a alguno se le va la mano en los lamentos y el fervor condenatorio (Borrow) al asegurar que Córdoba carece de «plazas ni edificios públicos dignos de atención, salvo y excepto su Catedral, donde quiera famosa...»[67], porque en eso también coinciden, en la exaltación de la mezquita-catedral, obviamente con razón, aunque casi todos insisten en el arbitrio estético de condena de la inserción del templo cristiano en el musulmán, en tonos diferentes pero con el objetivo común de protestar por la adición. Desde la muy negativa referencia –como era de esperar– de Poitou[68] a la poco documentada leyenda de que los musulmanes compartían las iglesias a medias con los cristianos[69]. Davillier cae en la misma exaltación que otros del pasado islámico y se extasía con la capacidad de «los árabes» para construir «hace diez siglos» un edificio tan grande como la mezquita de Córdoba. Al parecer, desconoce las fases de construcción del monumento (durante más de dos siglos) y se va por los cerros de Úbeda: «hay que recordar que estaban entonces más avanzados en las artes y en las ciencias que la mayoría de los otros pueblos»[70]. El objetivo es siempre el mismo: alcanzar la conclusión de que la mezquita «ha sido profanada por un tosco vandalismo, lo mismo que el Alcázar de Sevilla»[71]. Es decir, el autor mezcla lo que sabe con lo que ignora, pues demuestra ser uno más de los convencidos de que el alcázar sevillano es obra de musulmanes.

Málaga suscita sentimentalismos encontrados, en los cuales, sin duda, debieron intervenir las actitudes, las vivencias particulares o las fobias previamente aparejadas por los extranjeros. Esta idea, que vale para cualquier lugar, se nos muestra con crudeza en el fuerte contraste entre los escritos de

Poitou y Andersen, tal vez los dos extremos: el francés se enfasca en recordar a los munícipes venales que roban los dineros destinados a la limpieza de la ciudad; en hablar de pordioseros y pedigüenos («España es el país de la mendicidad») especialidad en la que Málaga iría destacada[72]; en condenar como de mal gusto y por mediocres los monumentos funerarios del cementerio, o la catedral[73], o en utilizar cualquier pretexto para denigrar otro poco a España y los españoles («Antes, muchos ingleses vivían en Málaga. Atraídos por el agradable clima, intentaron hacer aquí una estación de invierno igual que han hecho en Niza. Trajeron mucho dinero al país, pero solo encontraron a cambio malevolencia y solapada hostilidad»[74].

Cuando Poitou elogia algo (por lo general, obra de extranjeros), en realidad se sirve de ello para resaltar los aspectos negativos circundantes: «Muy cerca de aquí está el cementerio inglés. No se lo pierdan, pues no hay nada más bonito en toda Málaga. Está limpio, lleno de sombra y de perfumes [...], un oasis encantador en medio de tanta aridez y suciedad»[75]. Y Hans Christian Andersen corrobora esa descripción con otra no menos elogiosa: «Un lugar delicioso el cementerio protestante de Málaga [...] un trozo de paraíso, por el más maravilloso de los jardines. Los setos eran ramas de mirto en flor; altas matas de geranios coronaban las losas con epitafios en danés, noruego, inglés, holandés, alemán...»[76]. Pero el danés se explaya cantando a la «imponente catedral» (despreciada por el francés) «en medio de un mar petrificado y blanco de espuma»[77] porque «en ninguna otra ciudad española he llegado a sentirme tan dichoso y tan a gusto como en Málaga»[78], comentario que sugiere vivencias personales tan estimulantes como para llevar al escritor a esos transportes de euforia. Y concluye: «¡Viva Málaga! ¡De nuevo te saludo, amor mío!»[79]. Sin entrar en elucubraciones sobre su intimidad –que parecen evidentes– sí queda claro que ambos viajeros representan dos polos opuestos de afectividad (contraria/favorable) en choque manifiesto, como van a ser de manera permanente los sentimientos de los extranjeros en España, con frecuencia en una misma persona.

Sevilla, que es ciudad provocadora de tópicos más que ninguna otra en toda España, no siempre tuvo la imagen canonizada y difundida por los viajeros. Enrique Baltanás lo ve con nitidez al recordar que los clásicos de nuestra literatura (Cervantes, Lope) no la describieron con las connotaciones que después vinieron; el mismo Vélez de Guevara en su comedia *El diablo está en Cantillana* dice de ella que «es fértil, alegre y rica // insigne en letras y

armas // y no ha menester la Corte // para ser del mundo patria»[80]. Aun no se había investido a la urbe como cuna y bastión *de la gracia* y Wilhelm von Humboldt no se hace eco de saleros y picardías como distintivos de Sevilla, sino de la inundación que presencié[81] –como lo hará ochenta años más tarde Edelfelt[82]– dado el carácter reiterativo de tal calamidad hasta nuestros días; se indigna por la mala calidad de la fonda y por sus precios; y, sobre todo, asegura que «Sevilla solo destaca por sus tesoros artísticos y, entre estos, sobre todo por los Murillos, los Zurbaranes y la Catedral». A menudo el alemán se remite a Ponz como base de documentación erudita –lo que prestigia y confiere seriedad a su texto–, hasta en la mala opinión sobre «las calles, son estrechas, sinuosas y mal pavimentadas, solo la Plaza de San Francisco es regular y buena»[83], poniendo de manifiesto el gusto neoclásico de ambos, bien lejos de un Alexandre Dumas, sorprendido por la imagen –suponemos que también por la humareda– de las 1.300 trabajadoras de la Fábrica de Tabacos «fumando en la calle como viejos [...], se les permite fumar tanto tabaco como quieran en horas de trabajo».

Al antipático Poitou gusta Sevilla –según aclara– por el contraste con Córdoba, por viva y alegre, por el río lleno de navíos, por sus bellos paseos y por los naranjos de las plazas[84]. La subjetividad continúa actuando a placer, así al artista Edelfelt el palacio de San Telmo parece «grande pero sin gusto», en tanto Maximiliano de Austria, unos años antes, lo había elogiado («el magnífico palacio», dice). Y también Andersen se entusiasma con la capital del Betis: «Aquí no falta más que el mar, si lo hubiese, Sevilla sería perfecta, la reina de las ciudades»[85]. A la subjetividad, no siempre fácil de detectar, se suma el conocimiento insuficiente o los prejuicios adquiridos en lecturas de obras de predecesores. La propensión a estimar de «origen árabe» esto y aquello revolotea por numerosos textos y sirve de último argumento cuando no se sabe qué decir. Dos ejemplos sevillanos: Edelfelt, pintor y por consiguiente persona en quien cabría esperar una cierta cultura artística se descuelga afirmando que el patio sevillano es «completamente oriental por su nombre y por el uso que de él se hace»[86], aunque no se necesite ser especialista en lenguas románicas o semíticas para percibir el notorio origen latino del término (en realidad, tomado desde antiguo, del occitano o catalán[87]) y el modelo del patio andaluz sea el romano difundido, con seguridad, a partir del Renacimiento. Sin embargo, Maximiliano de Austria insiste en la misma idea tópica[88] y el nunca bien execrado Poitou concluye

campanudo que «todas las casas de Sevilla, grandes o pequeñas, ricas o modestas, están construidas siguiendo el plan de la casa árabe»[89].

La ambientación *oriental*, tan del gusto romántico, asoma por doquier y no meramente en ignorantes malintencionados, con sus bayaderas, serrallos, sensualidad obligada –los viajeros demostraban así conocer pocas casas *orientales*– y el aire misterioso en que el europeo proyectaba sus carencias y fantasías. El alcázar de Sevilla, construido por Pedro I en pleno siglo XIV, induce a un escritor serio, aunque cuentista, como Andersen, a desbarrar, muy a la moda:

se encuentra uno como en un salón de hadas de *Las mil y una noches* [...] apenas nos sorprendería si de repente se deslizasen ante nuestros ojos Harun al-Raschid y la princesa Scheherezade... [Una pileta] para el baño de las sultanas, pero ahora sirve de pasadizo; y nos enseñaron una puerta secreta en la pared: por ella solía entrar el rey moro a visitar su harén. Todo en el Alcázar es tan fresco, tan vivo, que nuestros ojos se quedan atónitos a la vista de semejante riqueza de policromía y dorados[90].

O no sabe, o finge no saber, que la restauración del edificio era reciente y con colores bien chillones.

Por lo tanto, nada puede extrañar que un chovinista indocumentado como Poitou remate la faena en una mezcla de canto al buen gusto francés y exaltación del arte *árabe*, de ordinario contrapuestos a la burricie española: «El Alcázar de Sevilla es, con la Alhambra, el monumento más precioso y completo que la arquitectura árabe haya dejado en España. Lo restauraron hace unos años gracias a la iniciativa del duque de Montpensier con un cuidado y un gusto digno de elogios. Uno se cree en un palacio de hadas»[91]. Para desgracia de estos fabuladores, José Pijoán recuerda la imposibilidad que hay para distinguir lo que exista de legítimo musulmán «en la gigantesca acumulación de pacotilla mora que es el alcázar de Sevilla»[92], erigido sobre los alcázares almohades y en la misma ubicación de los palacios de los gobernadores omeyas. Las restauraciones y adiciones sobrevenidas en tiempos de Enrique II, Juan II, los Reyes Católicos, Carlos V y sus descendientes Austrias, así como Felipe V y los suyos Borbones, hasta llegar al duque de Montpensier, ya con Isabel II, lo desfiguraron gravemente.

En Granada se desbocan de modo unipolar las veleidades morunas, como era inevitable. Pero lo grave, a nuestro juicio, no estriba en que uno, o varios, escritores desenfocan la imagen y se pierdan en reconstrucciones fantásticas y nada sólidas, lo importante es que esa haya sido la línea general adoptada,

difundida y mantenida durante casi dos siglos. Y que en la misma España haya calado como verdad incontrovertible sin necesidad de demostración permanente: las cosas *son* así y sobran los comentarios. Y las objeciones o matices no digamos. Tras reproducir, como base de ambientación y documentación histórica, el romance de la pérdida de Alhama, varios viajeros[93] soslayan la ciudad con mejores o peores modos. Poitou, siempre modélico, nos alecciona: «... no hay nada en Granada aparte de la Alhambra. A pesar de lo que haya dicho el señor Théophile Gautier, que hace de ella una descripción algo fantástica, la ciudad es fea, sucia y sin personalidad. La catedral es un edificio moderno del peor gusto»[94].

Andersen, más indulgente con Granada, poetiza sobre el Corral del Carbón e insiste en valoraciones estéticas, como mínimo discutibles, en torno a la Cartuja y a la abundancia de oro y mármol, que en Italia se despliega «con bastante más gusto», quizá pensando en el recargamiento barroco, tan enojoso al sentido y medida de las proporciones que amamanta el pensamiento ilustrado europeo. Pero el danés se pronuncia por los jardines del Generalife («me atrajo con mayor frecuencia que el palacio de la Alhambra») con entusiasmo nacido en acequias, surtidores, cipreses, arrayanes, etc., en tanto Poitou carga contra los jardines por «modernos» y por ser «de un gusto horroroso», lo cual contrasta con su descripción de la Alhambra, almibarada y tópica hasta el bostezo[95] y no sin pullas contra «la desdeñosa incuria de los españoles», por las tejas utilizadas en el Patio de los Leones; o por colocar una efigie de la Virgen en la Puerta de la Justicia; o – ¿cómo no?– por el palacio de Carlos V, «de estilo pesado y bastardo». Andersen, por el contrario, siempre más moderado, elogia la obra de Machuca («ciertamente hermosa») y, de consuno, deplora su erección en semejante sitio, porque, en definitiva, «la Alhambra, la afamada y hechicera Alhambra, era la meta de nuestro viaje»[96]. Como para tantos otros. Es decir, la verdadera España, con exclusión del resto del país, que no más cumpliría el papel secundario y muy subordinado de telón de fondo o decorado peor que mejor admitido.

[1] C. Davillier, cit., vol. I, p. 11.

[2] *Ibidem*, vol. I, p. 14.

[3] S. Fanjul, *Al-Ándalus contra España*, pp. 96 y ss.

[4] M. Bernal, «La Andalucía conocida por los españoles», en *Historia de Andalucía*, VIII, p. 297. En páginas siguientes el autor enumera resumidamente la incidencia de las luchas sociales andaluzas en la

literatura hispana.

- [5] E. de Amicis, cit., p. 130.
- [6] C. Davillier, cit., vol. I, p. 367.
- [7] R. Ford, cit., p. 95.
- [8] E. Poitou, cit., p. 25.
- [9] C. Davillier, cit., vol. I, p. 364.
- [10] E. Baltanás, cit., p. 36.
- [11] S. Torrecilla, cit., p. 177.
- [12] E. Baltanás, cit., p. 24.
- [13] A. Edelfelt, cit., p. 30.
- [14] A. Choppin, «La historia de España en los manuales escolares», en *La historia de España en la literatura francesa*, p. 29.
- [15] G. Borrow, cit., p. 545.
- [16] R. Ford, cit., p. 170.
- [17] D. Mitchell, cit., p. 96.
- [18] A. Edelfelt, cit., p. 203.
- [19] *Ibidem*, p. 187.
- [20] H.-C. Andersen, cit., p. 206.
- [21] E. Poitou, cit., p. 87.
- [22] H.-C. Andersen, cit., pp. 137 y ss.
- [23] Citado por D. Mitchell, cit., p. 36.
- [24] J. Torrecilla, cit.
- [25] J. Torrecilla, cit., p. 181.
- [26] D. Jiménez, «Viajes a España a la francesa», en «*La historia de España en la literatura francesa*», p. 207.
- [27] E. Baltanás, cit., p. 30.
- [28] A. Edelfelt, cit., p. 35.
- [29] R. Ford, cit., pp. 146-147.
- [30] E. Poitou, cit., p. 11.
- [31] E. Poitou, cit., p. 21.
- [32] *Ibidem*, p. 186.
- [33] Véase p. 81 n. 34, *infra*, cap. IV.
- [34] *Ibidem*, p. 251.
- [35] D. Mitchell, cit., p. 34.
- [36] Michell, p. 68 citando a A. Dumas.
- [37] E. Baltanás, cit., p. 10.
- [38] E. Baltanás, cit., p. 36.
- [39] E. Poitou, cit., p. 61.
- [40] E. Poitou, cit., p. 154.
- [41] J. Torrecilla, cit., p. 66.
- [42] *Ibidem*, p. 163.
- [43] E. Poitou, cit., p. 258.
- [44] D. Mitchell, cit., p. 102.
- [45] R. Ford, cit., p. 72.
- [46] E. Poitou, cit., p. 21.
- [47] D. Mitchell, cit., p. 22.
- [48] A. Edelfelt, cit., p. 240.
- [49] A. Edelfelt, cit., p. 229.

- [50] *Ibidem*, p. 205.
- [51] E. Poitou, cit., p. 87.
- [52] H.-C. Andersen, cit., p. 106.
- [53] *Ibidem*, p. 186.
- [54] W. von Humboldt, cit., pp. 176 y 186.
- [55] H.-C. Andersen, cit., pp. 220 y ss.
- [56] Andersen, cit., p. 224.
- [57] H. Sienkiewicz *et al.*, cit., p. 76
- [58] C. A. Fischer, cit., pp. 162 y ss.
- [59] D. Mitchell, cit., p. 38.
- [60] C. Davillier, cit., vol. I, p. 364.
- [61] C. Davillier, cit., vol. I, p. 362.
- [62] *Ibidem*, vol. I, p. 365.
- [63] *Ibidem*, vol. I, p. 373.
- [64] *Ibidem*, vol. I, p. 387.
- [65] *Ibidem*, vol. I, p. 372.
- [66] W. von Humboldt, cit., p. 158. Fischer, en 1798, también describe a la ciudad en tonos lamentables: despoblación, pobreza, mendigos y múltiples iglesias decadentes (pp. 177-178).
- [67] G. B. Borrow, cit., p. 208.
- [68] E. Poitou, cit., p. 34.
- [69] C. Davillier, cit., vol. II, p. 13.
- [70] C. Davillier, cit., vol. II, p. 16.
- [71] *Ibidem*, vol. II, p. 23.
- [72] E. Poitou, cit., p. 154.
- [73] *Ibidem*, p. 152. Tampoco Humboldt sesenta años antes muestra ningún entusiasmo por Málaga.
- [74] E. Poitou, cit., p. 160.
- [75] *Ibidem*, p. 160.
- [76] H.-C. Andersen, cit., p. 115.
- [77] *Ibidem*, p. 111.
- [78] *Ibidem*, p. 112.
- [79] *Ibidem*, p. 112.
- [80] E. Baltanás, cit., p. 36.
- [81] W. von Humboldt, cit., p. 164.
- [82] A. Edelfelt, cit., p. 178.
- [83] W. von Humboldt, cit., p. 173. Fischer da una imagen de Sevilla de bienestar y limpieza, idea que hace extensible a toda Andalucía (pp. 158 y ss.).
- [84] E. Poitou, cit., p. 50.
- [85] H.-C. Andersen, cit., p. 227.
- [86] A. Edelfelt, cit., p. 208; insiste en p. 262.
- [87] J. Corominas, cit., vol. IV, p. 429.
- [88] M. de Austria, cit., p. 70.
- [89] E. Poitou, cit., p. 85.
- [90] H.-C. Andersen, cit., pp. 230-231.
- [91] E. Poitou, cit., p. 52.
- [92] J. Pijoán, «Arte islámico», *Summa Artis*, vol. XII, pp. 498-500.
- [93] V. g. H.-C. Andersen, cit., p. 161.
- [94] E. Poitou, cit., p. 223.
- [95] *Ibidem*, p. 172 y ss.

[\[96\]](#) H.-C. Andersen, cit., p. 128.

VI. A garrotazos

*Solo diré que es opinión de sabios
que a donde falta el rey sobran agravios.
(Ercilla, Araucana).*

En el Museo del Prado de Madrid se conserva el famoso cuadro de Goya que lleva por título *Duelo a garrotazos*; en él, dos hombres tollados en tierra hasta las rodillas –y, por tanto, imposibilitados para retroceder o avanzar– se golpean con saña blandiendo sendas estacas que ya han tintado en sangre cuerpos y rostros. Omitiremos los detalles críticos que apunta la cartela sobre la denominación, o acerca de la posible modificación de la obra (que habría enterrado a quienes antes estaban simplemente de pie) y nos quedaremos con el simbolismo que, a todas luces, el pintor buscaba. No parece que Goya con esta escena de barbarie (pintada entre 1820 y 1823, su etapa negra) pretendiera limitarse a reproducir una estampa costumbrista y más nada. Más bien sugiere una alegoría de la violencia, sin escapatoria, que regía la pésima convivencia entre españoles, cuando acababa de terminar la Guerra de la Independencia, las Indias se estaban desmoronando y perdiendo y el Trienio Liberal auguraba calamidades todavía mayores que las traídas por los franceses en España, o por los ingleses en América.

La muy pesimista imagen de la pelea a palos y a muerte resumía cuanta irracionalidad y odio latente estallaban en la sociedad española, o reflejaban la que hubiera en el pasado. Una comunidad humana bronca y agresiva que, de modo nada paradójico, combinaba esa violencia de energúmenos con la pavorosa sumisión del «Vivan las *caenas*», aún hoy en día rediviva, o subsistente, en los aplausos dedicados por sus convecinos a ciertos alcaldes en el momento de su detención por sobornos, cohechos u otros delitos parejos. O en casos similares. Los viajeros percibían en la vida cotidiana, o interpretaban a través de lecturas o testimonios orales, que las gentes de la tierra se producían y reaccionaban de formas violentas y apasionadas, lo bastante como para que el contraste con sus países de origen (o lo que ellos así estimaban) provocase su sorpresa, o admiración, o miedo. O, casi siempre, rechazo.

Huelga pensar en términos de objetividad, esperando que aplicasen a

España los mismos criterios que valían para sus propios países en cuanto a condicionamientos o mera realidad de los hechos enjuiciados. Como en otros terrenos ya vistos en las páginas precedentes, los extranjeros no solían entrar en tales exquisiteces eruditas o procesales y aunque España, globalmente, no hubiera iniciado, o mantenido, más guerras y calamidades contra la humanidad que las otras potencias europeas, la extrapolación a partir de sucesos aislados, o la repetición frecuente de estereotipos generados en el pasado por motivos nada inocentes –caso de la Leyenda Negra– surtía el arsenal de argumentos cuyo denominador común podría resumirse en una palabra: violencia.

Bien es cierto que en una sociedad preindustrial, apegada a creencias tradicionales poco discutidas (al fin lo fueron y de ahí surgió uno de los focos de choque) y con férreos aparatos de control ideológico, no podían faltar la coerción y el estallido, por ende ayudados por el rosario de guerras que, dentro de nuestras fronteras, se produjeron desde fines del XVIII a las postrimerías del XIX: guerras en América, guerra contra Napoleón ya en España, guerras carlistas, más sublevaciones finales en Cuba y Filipinas y contienda contra Marruecos. Todo coadyuvaba, pero, en su conjunto, no parece de mayor gravedad y volumen que los conflictos desencadenados por Inglaterra y Francia durante el siglo XIX en el curso de su expansión colonial. No era por este camino por donde debía buscarse la violencia de los españoles: esta se hallaba *en otra parte*. Y no faltaban hispanos que –más o menos cargados de razón y esgrimiendo u ocultando sus propias frustraciones personales, a veces inmerecidas– contribuían a cimentar e incrementar la idea de un país genéticamente brutal, injusto y necio. José M.^a Blanco White, emigrado en Londres y a través de sus *Cartas de España* (1822) allá publicadas, trazó la imagen de una nación bestial, sometida a la Inquisición y a las supersticiones religiosas y que no ofrecía otra alternativa sino la huida:

Nunca he sentido orgullo de ser español, pues por serlo, me hallaba mentalmente envilecido, condenado a inclinarme ante el más mísero sacerdote o laico, que podían enviarme en cualquier momento a las cárceles del Santo Oficio [...]. Nuestros corruptores y enemigos mortales se llaman religión y gobierno[1].

Con un aspecto adicional nada desdeñable: sus escritos dejarían honda huella en los viajeros británicos del XIX, al corroborar uno de la tierra las ideas, simplificadoras y condenatorias, que previamente habían adquirido en torno a la Leyenda Negra, aunque esta aún no se denominase de tal modo. En

realidad, Blanco White venía a incidir, e insistir, en los pronunciamientos de Jovellanos y otros ilustrados que habían terminado por asumir en parte los juicios, prejuicios y descalificaciones –injustas por globales y generalizadoras– con que los filósofos franceses habían regalado a la España de la época, como más arriba veíamos. Y, sin embargo –como bien señala Fernando García de Cortázar[2]– el país había progresado e intentado romper su aislamiento modernizándose, pero el veredicto sobre pereza, atraso y pasión ya estaba emitido: el círculo, que giraba alrededor del eje oscurantismo-violencia, mostraba las fallas (verdaderas o falsas: había de todo) de la sociedad española que habían repugnado a los ilustrados, el impacto en sus homólogos hispanos, quienes acabaron asumiendo tales críticas e iniciando un peligroso camino hacia el masoquismo y unos viajeros foráneos que, más adelante, enarbolaban los testimonios de los mismos españoles como prueba irrefutable. Y vuelta a empezar. La condena a los demás siempre es cómoda y –si se lanza desde una posición dominante– puede salir de balde. En este y en otros campos: mientras Casanova[3] moteja a los españoles de haraganes por las riquezas recibidas «del Perú y el Potosí», antes, Gracián[4] endosaba el vicio de la vagancia a los indígenas americanos. Hay para todos.

La indolencia de los españoles ante los problemas del país que señalaba Fischer aparecía entreverada con ociosidad y soberbia y con una mutua animadversión entre los habitantes de los distintos reinos que componían las Españas; y con unos contradictorios sentimientos frente a los extranjeros, de suerte que a unos les parecía recomendable todo lo ajeno prefiriéndolo a lo propio, mientras otros despreciaban los progresos de la cultura exterior, viendo en cada extranjero un enemigo[5], tal como un siglo antes apuntara Gracián: «Abrazan todos los extranjeros pero no estiman los propios [...] son poco apasionados por su patria y trasplantados son mejores»[6]. La verdad es que estas observaciones acerca del patriotismo de los españoles son no poco arbitrarias y dependen de circunstancias –hasta personales– de los escritores, pues las recurrentes alusiones al orgullo de grupo y al carácter pugnaz[7] se combinan con sus contrarias, como las que veíamos de Fischer. Pero la continua sugerencia de brutalidad y sordidez simultáneas permitían al viajero cebarse en la ironía (el francés Milbert burlándose de unas prostitutas en Canarias[8]), en las fantasías de bandidos[9] o en el ya observado regusto por los mendigos[10] que, naturalmente, debía venir rodeado por un escenario

aterrador: La Mancha, «el peor desierto que haya sobre la Tierra»[11].

El recuerdo de la quema de manuscritos árabes por orden de Cisneros o el derribo de parte de la Alhambra, en tiempos de Carlos V[12], casaban bien con la imagen destructiva e intransigente de los españoles, en cualquier circunstancia o momento. Y en ese sentido, Mérimée, con su *Carmen*, sintetizaba bien la crudeza salvaje de la sociedad hispana. Cuando en 1845 Mérimée escribía a la condesa de Montijo contándole haber pasado al papel una historia que ella le narrara hacía quince años (un jaque de Málaga había matado a su coima, dedicada exclusivamente a la prostitución), convirtiendo a la protagonista en gitana, de hecho estaba reflejando el apetito de mal, vivo en otros escritores que siguen a Sade, como Gautier o Flaubert. En ella personificaba al diablo, la locura y la violencia, presente en el carácter retratado o en la abundancia de imprecaciones provocativas[13] y se mostraba complacido «en lo atroz», como también hiciera –Mérimée– al traducir lo más crudo y salvaje de la literatura rusa (*Les Cosaques de l'Ukraine, La Révolte de Stenka, Pierre le Grand, La Fausse Elizabeth*[14]). La idea de la violencia española se alarga hasta casi nuestros días, cuando de ella no queda nada. Pero aun Feuchtwanger (en su novela *Die Jüdin von Toledo* intenta resaltar el espíritu bélico de la Castilla medieval y «la fe del pueblo español en el valor religioso de la guerra»[15] y por ello insiste y engorda la idea de una nación abocada irremisiblemente al choque violento, del cual, por otra parte, se sustenta. Imbuidos de la idea de ser el pueblo elegido por Dios, como su brazo armado, para extender su reino por toda la tierra mediante la espada (lucha contra el protestantismo y evangelización de América), los españoles se veían –y así los percibían los viajeros– como conquistadores desmesurados, de celo religioso exacerbado y «una concepción unitaria de fenómenos étnicos y dispares»[16], aunque este último capítulo requiere matices, como veremos.

Pero la violencia que los europeos notaban en España también valía para inspirar sus propias luchas por la libertad, el republicanismo o los sentimientos revolucionarios. François-Auguste Mignet (1796-1884), depositaba en España la fuente de sus sueños y los desarrolló en su obra *Antonio Pérez y Felipe II*[17], en cuyo prólogo Henry Kamen describe bien tal postura:

... a favor de la libertad, del republicanismo y del liberalismo y en contra de las fuerzas de la tiranía, de la monarquía y de la superstición. El Pérez que nos ofrece no es una figura histórica

real, sino un mito que el propio Pérez creó a través de sus Relaciones, y que Mignet acepta plenamente. En el drama no falta el elemento femenino, en la figura de la princesa de Éboli [...] a través del criterio de un escritor liberal de los años 1830, una etapa, en la que Europa por entero se hallaba en llamas por las doctrinas del constitucionalismo y la libertad inspiradas principalmente por el movimiento republicano en España. España y la Constitución liberal de 1820 fue la inspiración de todas las fuerzas progresistas de Europa y por tanto no sorprende que Mignet encontrara en España la inspiración para otra historia de lucha y libertad contra las fuerzas oscuras de la tiranía de los Habsburgos, de la cual eran representantes Felipe II y la Inquisición.

Mignet, tomando como modelo –por literario que fuese– al «pueblo» español, pretendía alcanzar la civilización por medio de la barbarie, incidiendo en el conocido y peligroso mito del carácter purificador de la violencia. Una violencia que, en distintos grados de rigor, se manifestaba ya en las tensiones entre clases sociales, más o menos afrancesadas. Francisco de Paula Martí en su drama *El mayor chasco de los afrancesados o el gran noticia de Rusia* (1814)[18] presentaba a unos nobles, acomodados y entregados al enemigo en la Guerra de la Independencia, confrontándolos con los criados y «el pueblo», patriotas todos. La elegancia del petimetre Narciso salía malparada, por extranjerizante y amanerada, mientras la identidad nacional quedaba a salvo entre majos, maritornes, manolos y toreros, de lenguaje insultante y directo y de modos brutales que llegaban a la agresión física. Unos años más tarde, Borrow atizaba la misma hoguera con su palada de cal («Yo me río del fanatismo y de los prejuicios de España, aborrezco la crueldad y ferocidad que han arrojado sobre su historia una mancha de infamia indeleble...»[19]), en tanto, muy avanzado ya el XIX, Józef Tanski (1881) se sorprendía de que la burguesía, en vez de fomentar la estabilidad, se dedicaba a provocar disturbios y levantamientos sin que la sociedad se sintiera protegida. Leyendo alguno de sus párrafos, es imposible no pensar en nuestra contemporaneidad inmediata, como si no hubiera transcurrido más de un siglo: «La ley dejó de ser una garantía de la seguridad personal ya que la anarquía social le arrebató la posibilidad de capturar y castigar al criminal, multiplicó los constantes delitos y le dio tanta confianza al crimen que los guardianes de la ley se sienten impotentes y desarmados»[20].

Pero también los viajeros son conscientes de las tensiones entre el todo y las partes de España, unos reducen la importancia de tales conflictos y otros los magnifican oficiando de altavoces más o menos inocentes. Y no faltan las preferencias por unas u otras regiones, en función de su similitud, mayor o menor, al arquetipo del español que el forastero carga en la mochila. En este

sentido, los catalanes no salen favorecidos y hay viajeros que, en sus invectivas contra ellos, o en sus anotaciones en torno a los vascos, harían las delicias de los actuales separatistas, por lo alejados de los españoles que los presentan.

España, como patria, es pura declamación y palabrería, según Ford[21]: «Ser de la misma provincia o ciudad crea un fuerte sentimiento de clan, una masonería, como los escoceses [...]. Desde el periodo más primitivo hasta nuestros días, todos los observadores se han sentido impresionados por este localismo, como ingrediente importante del carácter ibérico». Sin embargo –y aunque sea bien sabido, no huelga recordarlo– cuando el inglés escribía, Italia y Alemania (grandes naciones europeas) todavía no habían consumado su unidad política que, por cierto, se impuso por la fuerza; Gran Bretaña sojuzgaba concienzudamente a los irlandeses y vivía las *peculiaridades* escocesas que el mismo escritor señala y Francia se hallaba sumida en un proceso de uniformización lingüística y cultural inexistente antes de 1789, con lo cual podemos concluir que, en este terreno, España tampoco era una excepción. Y solo por ese motivo recordamos tan de pasada las vicisitudes históricas de otros europeos, no por un ingenuo intento de exculpación de nuestro país, caso de haber algo de lo que exculpase. Pero ya el caballero Bourgoing había señalado las subdivisiones de los españoles (castellanos, catalanes, aragoneses, navarros, andaluces, vizcaínos y asturianos) indicando lo incómodo y difícil que resultaba trazar un retrato por separado de cada uno de los grupos, al no poder aplicar una plantilla común para todos. Diríase que, al margen de folclorismos andalucistas, los viajeros no gustan de tales diferenciaciones, que les obligan a entrar en matices, en reflexiones y detalles capaces de subvertir –y hasta aniquilar– la imagen del *verdadero español*, más arriba contemplada. Pero, para Gautier, el país solo es una yuxtaposición de gentes que hablan diferentes dialectos e incapacitadas para vivir juntas, mientras otros autores (Defourneaux[22]), casi contemporáneos nuestros, parecen estar proyectando sobre el pasado (Defourneaux simula los comentarios de un viajero a principios del XVII) la actualidad presente al agrandar la trascendencia de nuestras rencillas internas:

No existe menos desprecio entre los españoles que viven en las diferentes parte de la monarquía, al estimarse cada uno superior a los demás [...]. La soberbia y la gravedad son las virtudes más propias de los castellanos, los aragoneses no son menos orgullosos, pero su humor altivo y tenaz no se halla moderado por una dosis igual de afabilidad. Los catalanes son más industriosos que los

demás y menos diferentes de nosotros los franceses, a causa tanto del clima, que se parece más al nuestro, como de la gran cantidad de franceses que se han establecido en esa provincia.

Como ya hicieran los viajeros y cronistas medievales, los del XVIII y XIX muestran la tendencia –desde dentro, la sabemos, como mínimo, exagerada– a incluir a Portugal en el conjunto de España, siguiendo no solo un criterio geográfico sino también de proximidad cultural, ideológica y política (Iglesia, Inquisición u otras semejanzas que al foráneo podían resultar pruebas de idéntico carácter) y, con frecuencia, sin mucho afecto o consideración para los portugueses: Borrow es un caso extremo, hasta ofensivo, pero el mismo Fischer, bastante ponderado en sus juicios, tilda al idioma portugués de «más vulgar» (que el castellano) y de servilismo a las maneras cortesas de nuestros vecinos[23]. El reino de Granada queda bien diferenciado y situado fuera de Andalucía, como de hecho lo estaba, ya en Casanova[24], ya en Irving[25], pues ambos escribían antes de la creación de la región andaluza (1833). Para Borrow, «Galicia es la provincia de España que más riquezas naturales encierra; pero los habitantes son muy lerdos y no saben utilizar los dones que les rodean; en prueba de lo que puede sacarse de Galicia, vea usted a los catalanes que se han establecido aquí: todos son ricos»[26]. Y Fischer[27], que destaca el contraste físico entre «vizcaínos» y castellanos, más feos, desmedrados, tristes y pobres los segundos –al revirarse la economía en sentido contrario a lo apuntado en el *Poema de Fernán González*[28]– se extasía con la pureza y armonía de la lengua hablada en Castilla, aunque en verdad no podamos discernir hasta qué punto él mismo era capaz de detectar los rasgos y distintos registros de unas y otras hablas.

Capítulo aparte merecen «vizcaínos» y catalanes. William Dalrymple (1774) –que detestaba Andalucía– dice comprender el desprecio de los vascos por los andaluces debido a su origen morisco, con lo cual demuestra no conocer mucho la historia de España y sus numerosas repoblaciones, pero sí suscita algo ya esgrimido con anterioridad: la nobleza cántabra concentrada en el puro crisol de la tierra y sin mezcla de sangre mora o judía[29]. Fantasías raciales al margen, Lantier resume bien la cuestión: los «vizcaínos» se sienten libres y nobles, ricos y alegres, a diferencia de los castellanos, a quienes motejan de fríos, silenciosos pobres y perezosos. Y Fischer (1797) [30], no muy proclive a entrar en filosofías y psicologismos y sí apegado en grado sumo a lo material, describe de manera casi fotográfica la vinculación del País Vasco con España, exento el territorio de impuestos aduaneros, sisas,

papel del Estado o tropas que impongan el dominio, siendo la adhesión a la Corona por libre voluntad. El alemán simpatiza con los vascos (lo cual no le enfrenta al resto de los españoles), sin que se pueda asegurar otro tanto de Borrow, quien combina al juzgarlos el frío pragmatismo anglosajón con hechos reales y simplificaciones superficiales, incurriendo en los mismos errores que censura y tras piropearles como honrados, fieles, bondadosos y hospitalarios, los califica de torpes y poco capaces, todo ello –según él– prueba de concomitancias con el «carácter tártaro»[\[31\]](#). Respecto a la lengua vasca se hace eco de mitos locales anidados en el imaginario de divulgación:

Los bascos [*sic*] afirman que no solo fue la lengua primitiva de España, sino de todo el mundo, y que de ella proceden todas las demás; pero los bascos son gente muy ignorante y no saben nada de filosofía del lenguaje. Por tanto, muy poca importancia se puede conceder a sus opiniones sobre el asunto. Hay muy pocos alicientes para el estudio de esta lengua. En primer lugar, su adquisición es completamente innecesaria aun para los que residen en el territorio donde se habla, porque la generalidad entiende el español en las provincias bascas pertenecientes a España, y el francés en las que pertenecen a Francia. En segundo lugar, ninguno de sus dialectos posee una literatura propia que recompense el trabajo de aprenderlo[\[32\]](#).

En suma, medias verdades envueltas en criterios utilitaristas comprensibles en su tiempo, pero que al venir acompañando a otros similares acerca de los españoles en general, relativizan mucho el valor de los mismos. No es exagerado estimar que Galicia y Vascongadas fueron las dos regiones que menos gustaban a Borrow, opinión traslucida claramente en sus escritos, seguramente por las dificultades que arrostró para vender sus Biblias y por ser las más alejadas de sus ideales pintorescos del «verdadero español», como veíamos más arriba.

Otro tanto puede decirse sobre Cataluña, empezando por la lengua. Borrow –que ya había expresado su disgusto por la lengua portuguesa– se despacha agriamente contra el catalán: «Dos catalanes gruñían [en Santander] en su áspero dialecto»[\[33\]](#); «me hirió los oídos el áspero acento del dialecto catalán, parecían rivalizar unos con otros en emitir sonidos desagradables»[\[34\]](#)), en tanto Ford sentencia que Cataluña no es lo más adecuado para espíritus sensibles a los placeres, el buen gusto o la literatura. Davillier[\[35\]](#) indulta levemente al valenciano como «menos seco» que el catalán y el mallorquín y describe a Barcelona con una cierta objetividad visual: «Barcelona se parece mucho a Marsella. La misma actividad, la misma mezcla de naciones diversas, la misma ausencia de un tipo definido en una y otra. Las mantillas se ven raramente y hemos intentado en vano,

creyendo a Alfredo de Musset, descubrir una *andalouse au teint bruni*»[36].

No obstante, las diatribas contra Cataluña alcanzan su culmen en las referencias de Mérimée, en gran medida arbitrarias y en función de sus propias circunstancias o intereses: si él no entiende el catalán[37] es por culpa de los nativos, «inferiores en todo a los andaluces». Los catalanes serían «como franceses ruines [en ocasiones también arremete contra sus compatriotas], un poco toscos y con grandes deseos de ganar dinero»[38]. Tilda a Barcelona de ciudad «sucia que afecta aires de capital» y española únicamente por cubrirse «la gente del pueblo con harapos rojos y calzar zapatos de esparto»[39]. Y concluye con un juicio que solo se puede emitir en una carta privada, como es el caso: «¡Que Dios le preserve de Cataluña y los catalanes! Es la gente más aburrida del mundo»[40].

En la literatura y el folclore de todas las grandes naciones bullen la sal y la pimienta de los enfrentamientos internos entre los distintos grupos, más o menos diferenciados, que las componen. En ese sentido, nada hay de excepcional en el caso español y si Hernán Núñez en sus *Refranes*[41] recoge el dicho «Bien come el catalán, si se lo dan», Gracián[42] resalta cómo los catalanes «saben ser amigos de sus amigos», aunque se piensen y rumien mucho el iniciar una amistad. Si Paz y Meliá[43] recuerda la sorna portuguesa en el epitafio del obispo de Lisboa don Gonzalo Afonso (natural de Mérida) que «Nâo quiso ser Castelao per nâo cair en desgraça de noso Senhor Jesucristo», Mosén Diego de Valera refiere –como tantos ejemplos parejos podrían aducirse– que «en esta guisa, por la graçia de Nuestro Señor, e por la lealtad de los lepuzcoanos e vizcaynos, aquella villa se defendió [Fuenterrabía]; en que el rey e reyna nuestros señores reçibieron muy señalado servicio»[44]. Defourneaux[45] –que simula escribir en el XVII, recordamos– destaca la especial antipatía que suscitan los castellanos entre todos los demás y Gautier[46] insiste en el despego de los habitantes de unas regiones por lo que acontece en otras, aunque se trate de Castilla la Nueva y Castilla la Vieja. Hay mucho de exageración en estas observaciones, si bien podemos formularnos la pregunta de «¿Cuánto?», a la vista de manifestaciones contemporáneas nuestras del cantonalismo, o del odio a la unidad nacional, que provocarían la carcajada de no andar en ellas implicada la estabilidad general del país. Valgan como ejemplo de lo primero una *Historia de la literatura murciana* o un *Manual de historia de la literatura en Cartagena*[47], publicadas en 1988 y 1989 respectivamente; y de lo segundo,

el artículo «Españoleando con la historia de la Academia»[48] de Sisinio Pérez, cuya irritación porque la Real Academia de la Historia edita un libro en que se aborda la *realidad* de España (concepto pecaminoso, al parecer), alcanza niveles grotescos, en especial si consideramos que el articulista cobra (una realidad bien concreta) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, es decir del Estado. Pero el sentimiento de insolidaridad, rivalidad y división no tiene por qué ser necesariamente antiespañol, en infinidad de ocasiones basta con proyectarlo contra el vecino inmediato: Borrow achaca a los santiagueses la máxima cerrazón localista, en especial contra la ciudad de La Coruña[49], un concurso cuyo ganador resulta difícil de decidir. Y ahorraremos al lector la ristra de ejemplos que cualquiera puede pergeñar. Y tampoco se escapan a la percepción de los viajeros las tensiones separatistas que, desde fines del XIX, atizaban ya Sabino Arana o Prat de la Riba, tal el polaco Wojciech Dzierduszycki[50] en 1899.

Obviamente, el objetivo de estas páginas no es trazar una historia, ni resumida, de las guerras protagonizadas por España dentro y fuera de sus fronteras durante los siglos XVIII y XIX, pero sí debemos reseñar algunas impresiones de los extranjeros en este campo de la imagen violenta. Fischer, que se fija de modo especial en la triste suerte de los soldados alemanes, italianos y suizos reclutados para los ejércitos ingleses y españoles, comienza refiriendo cómo desertan de los regimientos ingleses acantonados en Portugal y se pasan a Badajoz, donde los captan para las guardias valonas de Madrid[51]. Denuncia el carácter engañoso, las condiciones de abuso y chantaje a que se somete a los conscriptos por parte de los comisionistas y de los mismos jefes suizos (Reding, Betschart, Rütimann)[52], pero también defiende el valor de los españoles y niega –al contrario de Ford o Borrow– que parezcan mendigos indisciplinados y harapientos, aunque no oculta las diferencias que en ellos observa respecto a prusianos y sajones[53].

Sin embargo, fue la Guerra de la Independencia la que mayor huella dejó en las personas y en los escritos, representando buena parte de la clasificación de España como paraíso de la violencia y la misma *Carmen* de Mérimée es, en buena medida, un trasunto de aquella imagen. Las relaciones de soldados y oficiales presentes en la contienda menudean, por ejemplo alemanes[54] o polacos[55]. Cuando el poeta Wladyslaw Mickiewicz, en el Congreso de Literatos de Madrid (1837), afirmó (sobre la mencionada guerra) «España enseñó al mundo lo que puede una nación que no duda de sí misma»[56], no

solo estaba rindiendo homenaje cortés al anfitrión, también trasladaba a sus oyentes la profunda marca dejada en el pueblo polaco –tan lejano e ignorado por acá– a través de los relatos y escritos de muchos de quienes participaron en la invasión napoleónica, admirativos los unos (hasta con simpatía: a toro pasado, claro), despectivos los otros. Entre estos últimos se cuenta Broekere –destacado en los denuestos y observaciones absurdas sobre el país, como veíamos más arriba[57]– que, amén de limitar la utilidad militar de los indígenas a las zonas montañosas[58], fustiga en los ejércitos españoles los uniformes, la formación castrense, los métodos de actuación, etc., dando a sus críticas un aire un tanto infantil al fijarse en cuestiones menos que secundarias, como la forma de portar las carabinas la caballería, o el tratamiento a los superiores (según él, por el nombre de pila, en vez de por el rango)[59]. No obstante, la incompetencia bélica de los españoles no impidió que el tal Broekere fuese hecho prisionero por ellos, como tampoco los méritos militares de los polacos habían evitado que Polonia dejase de existir en 1795, poniendo de manifiesto cuán estéril es esta clase de comentarios superficiales. El paso de Guadarrama por Napoleón, en diciembre de 1808, y los sitios de Zaragoza fueron los dos hitos principales en que fijaron su atención los polacos (por haber participado en ellos tropas de su país), pero el canto a la nación española retumbaba en Polonia todavía en el siglo xx (gloria, fe, entusiasmo, patriotismo, etc.)[60], aunque, en realidad, fuese una transposición ideal a un país lejano y –de hecho– poco conocido, de los propios sentimientos nacionales polacos.

Entre los rasgos más señalados por estos viajeros a la fuerza destacan la crueldad, el ensañamiento con los vencidos o la rapacidad, ya del populacho, ya de las milicias irregulares contra quienes combaten y que, a veces, los apresan: al soldado Daleki –para hacer escarnio– lo desnudan en Motril[61], misma suerte que corre el subteniente de infantería Stanislaw Brekier, capturado cerca de Málaga: «Y aquí no hizo más que empezar la matanza y el pillaje del modo más horrible. Fuimos forzados a rendirnos a esos bárbaros. Nos robaron todo, hasta la última camisa [...] El día 30 de agosto entramos en Alicante, donde fuimos recibidos en el puerto por sus habitantes con insultos y amenazas»[62]. Pero lo peor, para él y para otros, fue terminar con los prisioneros franceses y alemanes en la isla de Cabrera, apresados en Bailén o de otras procedencias. Fijalkowski[63] describe bien las penalidades padecidas en la isla, así como la indiferencia de Napoleón por las mismas, ya

que nunca intentó liberarlos, subrayando su desprecio hacia los cautivos con la frase «On se fait tuer» («Hay que dejarse matar»), unos cautivos que, por ende, le recordaban la derrota de Bailén.

A la isla se enviaron entre 9.000 y 16.000 presos (según los autores), de los cuales sobrevivieron unos 3.500, cifra esta también discutida porque no pocos de los retenidos, para escapar al cautiverio, acabaron enrolándose en los ejércitos españoles o ingleses, como refiere el alemán Johan Christian Mampel[64], cuya estremecedora narración refleja el mal trato recibido por sus compatriotas en el lugar. Pero Mämpel no se ciñe a sus propias cuitas, por igual denuncia los saqueos y devastaciones producidas por los franceses en avances y retiradas[65], algo tan a la orden del día que horrorizaba a los soldados no franceses del ejército de Napoleón, en especial a los católicos. Kajetan Wojciechowski relata así la toma de Calatayud:

El veintidós de noviembre [...] llegamos a la ciudad de Calatayud. En la ciudad nos alojamos como quisimos, ya que la mayoría de los habitantes había abandonado sus casas y se había ido con su ejército. Se organizaron las guardias y se impidió cualquier tipo de exceso. Sin embargo, con la llegada de la infantería francesa se acabó el orden. Las casas particulares y los templos del Señor fueron víctimas del pillaje de la tropa. Los soldados ebrios, que se mofaban de su fe vistiéndose con ropas litúrgicas, deambulaban por las calles [...]. ¿Cómo la nación española no iba a tener motivos para jurar venganza a los franceses?[66].

La barbarie de los unos no justificaba la de los otros, simplemente completaba el escenario.

Las guerras carlistas suscitan poco interés en los viajeros (según Borrow porque los mismos españoles no estarían muy preocupados por ellas[67]) y las coloniales, ya en las Antillas, ya en Marruecos, aun menos. A la primera guerra carlista dedican alguna referencia Ford y Borrow, pero muy de refilón, ni siquiera como escenario de fondo y en esporádicas alusiones a personajes pseudofolclóricos que, por añadidura, estaban involucrados en alguno de los dos bandos y ni que decir tiene que, cuando el irónico forastero inglés pasaba de largo, el pobre miliciano local –fuese o no tan obtuso e ignorante como lo pintan– quedaba con el verdadero problema de «su» guerra. Sin embargo, aquel conflicto civil sí se prestaba a ser explotado en uno de los planos preferidos de los extranjeros –el de la violencia–, de suerte que Dembowski, al cruzar la frontera, ya nos está presentando, en Canfranc, la ejecución de tres sargentos que conspiraban para los carlistas[68], misma historia –casi calcada– que sitúa en Bailén (13 de julio de 1838), con el fusilamiento de tres

navarros[69], o en Sevilla (20 de agosto de 1838) de un oficial y un soldado[70]. Pero donde el autor –que asegura haberlo presenciado– se recrea, con todos los detalles truculentos o folclóricos que se quieran imaginar, es en el ajusticiamiento[71] por garrote de la Tía Cotilla (María de la Trinidad) y de dos cómplices en la Puerta de Toledo (25 de mayo de 1838) por el asesinato, tres años antes, de milicianos cristinos en el barrio de Maravillas. Las tristes hazañas del general Cabrera[72], las represalias contra carlistas en Valencia[73], o los desmanes varios perpetrados por unos y otros aparecen en las páginas de Dembowski por extenso[74]. La razón es obvia: su misma obra, en el título, ya alude a la guerra civil entonces en marcha. Y si en un pasaje condena como meros facinerosos a los alzados[75], en otro estima que el faccioso es síntesis y personificación del «genio democrático de estos pueblos»[76], en el fondo pura exaltación pintoresquista del *eterno carácter español*, que alcanza el paroxismo en la referencia dedicada a Guadalajara (febrero de 1838), al consignar –no dice dónde– la existencia, en los pueblos, de dos corporaciones municipales (una cristina, otra carlista) que se alternan en el poder según quién mande en el contorno[77] y, más o menos, protegen a los contrarios locales de las tropas propias: bufas historias de Pepone y don Camillo que no podían faltar, a ojos de un extranjero.

Y llegamos a la Leyenda Negra, como mayor exponente de la imagen del oscurantismo español y de sus consecuencias y manifestaciones más trágicas. Tanto si negamos su existencia («No ha existido la mítica leyenda negra en tanto no ha habido, a nuestro juicio, esa crítica negativa, sistemática, feroz, unánime, intencionadamente destructiva hacia España o los españoles», dice el historiador Ricardo García Cárcel[78]), como si nos sumamos a los ardientes contraataques de Juderías o Garbia, parece razonable admitir que, desde el siglo XVI, sí se difundieron libros, grabados, canciones, panfletos, refranes que terminaron cristalizando y contribuyendo de manera decisiva a formar corrientes de opinión resumidas en la imagen de la España negra que se mata a sí misma a garrotazos. O mata a otros. Juderías (inventor de la denominación) establece una definición útil y muy pegada al terreno de los hechos concretos, aunque su valoración pueda estimarse y aceptarse –o no– de distintas formas: cuestión de proporciones. Dice Juderías: «Entendemos por Leyenda Negra la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas; enemiga del progreso y de las

innovaciones»[79]. Paradójicamente, historias e ideas surgidas en el siglo XVI han sido prohijadas con entusiasmo por el *progresismo* español como gran signo de modernidad irrenunciable, hasta el punto de llegar Henry Kamen a comentar, irónicamente, que España es el único país donde, todavía, se toma en serio la tal leyenda.

No es exagerado afirmar que las potencias y pueblos rivales de España en su pasado hegemónico experimentaron sentimientos de terror, envidia u odio contra el poder que los amenazaba o sojuzgaba, ya fuese por la actuación en Europa, ya por el antagonismo en el dominio de América. De ahí que la difamación intencionada –y nada altruista– de ciertos personajes o instituciones (Torquemada, Felipe II, Inquisición), con su carga de verdad, terminase cristalizando en la condensación de todos los antimodelos a los que atacaba la Ilustración (intolerancia, Iglesia, tradicionalismo, oscurantismo) y en la divulgación y aceptación popular en el imaginario de esos países de las ideas antiespañolas. El origen de los conceptos hispanófobos surgió entre franceses, italianos, alemanes y judíos, con el poderoso auxilio de la imprenta para su difusión, aunque ingleses y holandeses, por su larga confrontación bélica con la España imperial también contribuyeron a la conformación del corpus de acusaciones y desprecios, de forma que sus intelectuales[80], incluso contemporáneos nuestros, no recatan su menosprecio por la cultura hispana a la que, fundamentalmente, ignoran, jaleando y siguiendo al tiempo a un variopinto pelotón en el que se entreveran Francis Drake, Theodore Roosevelt, Guillermo el Taciturno, Harry Truman, Bartolomé de las Casas, Lázaro Cárdenas, Oliver Cromwell o los comunistas de la Brigada Lincoln.

La conquista de Granada y el fin del poder musulmán en la Península forman parte ineludible en el discurso, acumulativo de tópicos, presente en los escritores, pero también en una confusa mezcla de evocaciones exquisitas y torvos sucesos citados sin gran precisión: «Aquí se alzó otrora el magnífico alcázar del rey moro con sus artísticamente esculpidos, sus deliciosas rosaledas y sus fuentes; aquí se oyeron canciones y música de cuerda [...]. La oscuridad y la angustia sobrevinieron; la Inquisición española entró a residir en esas salas, tapió los airosos y delicados ajimeces e instaló instrumentos de tortura...», dice Andersen[81], en alusión al alcázar de los Reyes Cristianos de Córdoba.

La obsesión por la limpieza de sangre aparece reflejada ya en autores del XVI o XVII como Bourdeille[82] y se basaba en hechos objetivos, aunque

algunos nobles, obispos, maestros de las órdenes militares en las centurias del xv y xvi tenían ya algún antepasado (más bien antepasada) moro o judío, hasta el punto de que el cardenal don Francisco de Mendoza y Bobadilla, obispo de Burgos, molesto por retenerse la petición de su sobrino don Francisco Hurtado de Mendoza (hijo del conde de Chinchón) para entrar en la Orden de Santiago, dirigió a Felipe II un *Memorial* recordando y recontando las familias aristocráticas que endosaban idéntica tacha sin que eso hubiera sido óbice para acceder a tales órdenes. El rey ordenó recoger los libros de genealogías y llevarlos a la biblioteca de El Escorial. Sin embargo, el texto del *Memorial* acabó trascendiendo y se difundieron copias manuscritas clandestinas. No se imprimió hasta 1848, fuera de España, con el título de *Tizón de la nobleza de España* (primera edición española, Cuenca, 1852)[83].

Los casos menudearon por el rechazo que suscitaban los conversos (marranos y moriscos), dado el criptojudasismo o criptoislamismo de no pocos de ellos, si bien las denuncias por limpieza de sangre respondían a motivaciones variadas y se vertían en la aplicación de estatutos de gremios, corporaciones civiles y religiosas: celos profesionales, eliminación de competidores, rencillas personales, etc. Jiménez Patón (en 1635) publica un *Discurso en favor de los Estatutos* donde señala «los daños, peligros y escándalos dignos de llorar [...] continuando con sus ficciones hipócritas, para gozar de bienes temporales y eclesiásticos y pervertir la Iglesia...»[84]. De consuno, se había extendido la idea de que los auténticos «limpios» y nobles eran los villanos de los pueblos[85], aunque fray Martín Sarmiento (fines del xviii, cuando ya el problema se había aminorado) sostenía que los verdaderos cristianos viejos fueron quienes hicieron la Reconquista –no cualquier habitante rural– pues los moros y judíos que permanecieron habían acabado haciéndose cristianos, pero el asunto es demasiado amplio para abordarlo aquí y rebasa con mucho el objeto de este libro. Por otro lado, pueden consultarse las conclusiones de Ladero Quesada y González Jiménez sobre exigüidad de la población morisca y judía que quedó sobre el terreno. En todo caso, la situación de una familia «no limpia» en una ciudad pequeña debió ser más que incómoda, tanto por la dificultad de trabajar en ciertas profesiones, como por la mofa más o menos expresa que habrían de soportar, o por la imposibilidad de matrimoniar libremente con cristianos viejos. Y para muestra vale un botón. Fernando Díaz Esteban[86] reseña bien la

ambivalencia y contradicciones de aquella sociedad: mientras por una parte a un doctor Salgado (siglo XVI) se le excluye de los postulantes al cabildo de la catedral de Badajoz «por no concurrir en él las calidades de limpieza de sangre que se requieren por el dicho estatuto», ya que la bisabuela, llamada Ysabel Gonçalez, «era de generación de Moros y esclava y estaba herrada en los brazos y en el rostro»; por otra, aparece la valiente postura de Cristóbal de Hermosa al casarse, contra las advertencias de la familia, con Mencía Hernández, nieta de esclava morisca.

La convivencia con la comunidad mayoritaria y la absorción de las minorías restantes de criptojudíos y criptomusulmanes no fueron fáciles y la realidad de lo sucedido tenía poco que ver con la actual publicidad comercial sobre «mestizaje», «tres culturas», «crisol» y demás zarandajas. De todos modos, cuando George Borrow, casi a mediados del XIX, va descubriendo –o inventando– judíos por aquí y acullá sus alusiones desbordan lo pintoresco y resultan no poco anacrónicas: un judío, Abarbanel, guarda tesoros escondidos bajo tierra[87]; señala al arzobispo de Toledo como criptojudío, así como a muchos curas católicos, que hasta blasfemarían en privado[88]; un judío asegura haber sido vejado en la aduana de Vigo[89]; identifica a Mendizábal como judío por su forma de mirar[90]. Y etcétera.

Paradójicamente, a la España que desde el siglo XV había intentado extirpar todo rastro de judaísmo o islam se motejaba de morisca o judía y se aducía la presencia de tal sangre entre los soldados españoles en Italia o Alemania como explicación de las barbaridades que perpetraban, por ejemplo en el expolio de iglesias y edificios religiosos[91]. De ahí también que la inmoralidad sexual y los vicios de los españoles se reputasen como únicos y sin parangón, apoyándose, por ende, en el clima creado por los Borgias, por la abundancia de prostitutas españolas en Italia o en el desbocado comportamiento de las tropas en tierra extranjera. Los italianos sintetizaron en la acusación de moros o judíos su máximo vituperio para los españoles, aunque las referencias de los embajadores venecianos en el XVI hayan de tomarse con precaución, dada la actitud de rivalidad o enemistad recurrente entre Venecia y España. Y es muy posible que sus informes reflejen más sus propios sentimientos –o lo que oían a otros de opinión semejante– que la realidad que veían, con el agravante de la pesadumbre que suponía para un país de civilización antiquísima –Italia– y heredero de Roma, el estar dominado por un pueblo al que estimaban inferior en cuanto a fe religiosa,

cultura y hasta raza, para ellos una auténtica catástrofe psicológica y moral. De tal manera se había ido urdiendo «la primera operación sistemática de desprestigio político de la historia occidental»[92]. La gran concentración en Fráncfort del Meno de protestantes y judíos refugiados procedentes de otros dominios españoles, junto al gran desarrollo de la imprenta y las ediciones de libros en la ciudad, contribuyeron decisivamente a extender la pésima imagen de los españoles.

Más arriba veíamos cómo François Mignet (*Antonio Pérez y Felipe II*, primera edición de 1845) había explotado los elementos más negros que pudo encontrar, sobredimensionándolos, en torno a la figura de Felipe II, tomando como base las peripecias de personajes como Antonio Pérez, la princesa de Éboli, don Juan de Austria o el príncipe don Carlos y alcanzando gran eco en la historiografía española de su tiempo (Lafuente, Balaguer, Cayetano Manrique), coincidente con otros anteriores (Bermúdez de Castro). Sin embargo, el positivismo español de fines del XIX (Muro, Fernández Duro y, sobre todo, Marañón) contextualizó los hechos en proporciones más reales y de menor exaltación romántica. Pero el empecinamiento de los europeos por no salir de los clichés prefijados se alarga hasta nuestros días. Bartolomé Bennassar lo describe bien: «pese a los esfuerzos de los historiadores para sacar del olvido o de la ignorancia temas nuevos, personajes mal conocidos, una tendencia irresistible a la busca de referencias tranquilizadoras, a la vuelta a lo ya sabido, se reafirma, se mantiene, triunfa. ¿Cómo podemos entonces tener la esperanza de socavar la discontinuidad y destruir o matizar los clichés?»[93].

Felipe II y su magna obra artística, el monasterio de El Escorial, concitan el horror de los viajeros, desde Mérimée[94] –que marca la pauta: «Este feo Monasterio de El Escorial»– hasta Edelfelt cuarenta años más tarde. Lo escrito por los primeros aparece recogido en sus seguidores, a veces con expresa mención devota a sus lecturas, de las que se saben deudores. Y ya no queda otra sino repetir la idea canonizada con antelación, hasta con las mismas palabras. Gautier[95] se explaya como ya lo hiciera Mérimée: «*Le monstrueux édifice pèse sur vous de tout son poids; il vous entoure, il vous enlace et vous étouffe; vous vous sentez pris comme dans les tentacules d'un gigantesque polype de granit. Les morts que renferment les urnes sepulcrales paraissent plus morts que tous les autres [...] là, comme dans l'église, l'impression est sinistre, désespérée...*». Los adjetivos, en ocasiones frases

calcadas, se reiteran de unos a otros autores: Davillier admite que es «grandioso e imponente»[\[96\]](#) pero «lúgubre»; Edelfelt abunda en calificativos (horrible, siniestro, sombrío, triste, antipático, aburrido, feo, grave, frío, gris, fanático, estúpido), sin olvidar el obligado capón al catolicismo, como responsable de tanta calamidad[\[97\]](#); y Amicis –de quien, como italiano, podía esperarse algo más de sensibilidad y capacidad de penetración en un monumento renacentista y católico– riza el rizo, en pirueta literaria, imaginando un helador encuentro con Felipe II:

Huí de la iglesia y me perdí en los laberintos del monasterio. Me veía a mí mismo en medio de aquellas tumbas y me di cuenta de que me encontraba verdaderamente en el corazón del *monstruoso edificio* [cfr. con Gautier *supra*]. Me pareció ser un prisionero, sepultado en aquel monte de granito que gravitaba por encima de mi persona [...] Pensáis en Felipe II, os parece oír su lento paso alejarse por los oscuros corredores; os acordáis de todo lo que habéis leído de él, de sus terrores, de la Inquisición y todo se os aclara mentalmente...[\[98\]](#).

Comprendible, por tanto, que Borrow[\[99\]](#) en su tiempo, aún siguiese hablando de inquisidores vivos que habrían actuado contra brujas o «por cualquier otro delito», sin percatarse de que al hacer tal observación (castigo de hechiceras), en realidad estaba hablando de su propia sociedad anglosajona, pues en España –con excepción de los procesos de Logroño (1610) contra las *brujas* de Zugarramurdi[\[100\]](#)– la persecución por brujería fue escasa.

La mala imagen de España difundida en otros países desde el XVI varía según factores circunstanciales. En un artículo excelente y tan esclarecedor como bien documentado, Dietrich Briesemeister[\[101\]](#) expone la situación en Alemania: en función de que se trate de regiones católicas o protestantes, o del entorno sociocultural, la actitud de los alemanes fluctúa enormemente. La Reforma, el reinado de Carlos V, la Contrarreforma, la Guerra de los Treinta Años, la república de letras barroca, la Ilustración... son etapas en que oscilan las opiniones. También la clase de medio informativo condiciona los contenidos: libelos, tradiciones populares, compilaciones eruditas, crónicas históricas, obras geográficas o puramente literarias difieren en cuanto a la profundidad, crudeza o seriedad de los juicios, pero el tipo *español eterno* se llega a desvincular de los hechos mismos y de su contexto y pasa de unas a otras generaciones manteniendo unos rasgos inalterables y fijos, sin que falte el filtro de las visiones y opiniones francesas sobre España (no huelga recordar que la imagen de Alemania, en España, depende mucho también de

cuanto nos han transmitido los franceses acerca de ese país), por añadidura a las experiencias directas (y con frecuencia hoscas y violentas) que los alemanes podían abrigar en torno a los españoles, a fin de cuentas soldados en campaña. Pese al gran éxito y difusión que la literatura española alcanzó en Alemania en el XVII –y que todavía perdura, por ejemplo en los festivales de Bamberg dedicados a Calderón– los estereotipos difundidos por toda Europa hicieron mella por igual en el país germano. Los ingredientes del rechazo (cuando lo había) eran los ya señalados, más las referencias de viajeros por España que hablaban de matrimonios mixtos entre españoles y negras o mulatas procedentes de las Indias, con lo cual los hispanos quedaban catalogados, también, como una extraña raza mezclada y oscura, idea reforzada por la propaganda inglesa y holandesa que, de continuo, los tildaba de «marranos», es decir judíos conversos al cristianismo, aunque algunos de estos conceptos desfavorables ya figuraban en la *Cosmographia Universalis* de Sebastian Münster: buen trato a judíos (idea, obviamente, muy alejada de la realidad), avaricia, inmoralidad, presunción, talla pequeña, color renegrido. Un trasfondo racista se cruza con el conflicto religioso: el fenotipo *niger* se opone al color *cándido* de los alemanes[102] y ambos casos con sus correspondientes valoraciones morales. Lutero, antijudío, identifica a los españoles con moros y hebreos: son *Mamalucken*, ateos, herejes y apóstatas.

Ulrich von Hutten y Lutero, cuya influencia fue grande durante la primera mitad del XVI, afirmaban la superioridad étnica de los alemanes sobre italianos, españoles y judíos y –al relacionar los sentimientos antipapales con esas divagaciones raciales– cimentaban sólidamente la hispanofobia, al menos entre los protestantes de Alemania. Por consiguiente, el emperador Carlos aparecía en los panfletos y canciones populares como el jefe de una facción religiosa contraria y enemigo de Alemania, que se valía del satánico apoyo de las tropas españolas, de suerte que los católicos del país quedaban estigmatizados como traidores a su patria. Entre 1580 y 1635 los pliegos sueltos se ceban en denigrar a España como causa de todos los males del mundo, en latín, alemán, francés, italiano, inglés. Johann Leonhard Weidner, humanista y maestro del Palatinado (en 1643), compila una enciclopedia de anécdotas escandalosas, crímenes, etc., perpetrados por los españoles, la escoria de la humanidad; y con alusiones ofensivas a animales como términos de referencia (*Kastillianischer Bluthund, Wolf, Fuchs, Katze*, es decir «castellana sangre de perro», «lobo», «zorro», «gato», etc.)[103]. Y en los

cantos populares arraigan letrillas poco amistosas:

*Stecht in die spanisch Sew und Hund
wie in die Frösch und lert sie Rund,
was heiss, die Deutschen pochen!*

(«Atacad a los marranos y perros españoles como si fueran ranas, y enseñadles bien lo que significa desafiar a los alemanes»)[104].

Y todavía Nikolaus Hieronymus Gundling afirma en sus *Otia* (1706) que el español «tapa la *Blödigkeit des Gesichts* (la imbecilidad de su cara) con gafas grandes»[105], abundando en las consabidas ideas que tanto predicamento mantendrían más adelante: arrojado, grave, cruel, orgulloso, lujurioso, religioso, ostentoso, frugal y austero, etc. En definitiva, refrendando lo ya expresado por el viajero, diplomático y peregrino Gabriel Tetzl, de Núremberg (1465-1467) quien habla de gentes rapaces y malas que viven en cuevas, poco hospitalarios y hostiles a los cristianos y los describe con epítetos negativos (*wüst, wild, verdebt, scheuzlich, unerbaut*, es decir «zafio», «salvaje», «depravado», «asqueroso», «ineducado», etc.)[106].

Hasta la lengua española, para los antihispanos de principios del XVII, es prueba de mendacidad y falsía, por contener mucho léxico de origen árabe (la verdad es que no es tanto: véase nuestro *Al-Ándalus contra España*, pp. 188 y ss.) y por tanto sirve para disimular, faltar a la palabra dada y enfangarse en la retórica huera, de modo que el verbo *sincerieren* llega, en boca de españoles, a significar lo contrario de su valor original, es decir «mentir, engañar»[107]. Y Briesemeister[108] recoge, en el acervo lingüístico y literario alemán, alusiones al concepto corriente sobre los españoles: *spanische Dörfer* («pueblos españoles», fantasías), *das Ding kommt mir gar spanisch vor* («me suena a chino»), *stolz wie ein Spanier* («orgulloso como un español»), «*Ich versprach dir einmal Spanisch zu kommen*» (amenazas veladas, Goethe), *Jemanden spanisch erwarten* («dar con la puerta en las narices»), *spanische Krankheit* (sífilis), junto al recuerdo de torturas y castigos inquisitoriales (*spanische Reiter* o caballero español, *spanische Stiefel* o bota española, *spanische Kappe* o gorro español, *Spanisches Rohr* o tubo español, *spanischer Ritt* (paliza), *spanische Wand* (cárcel), etcétera.

Sin embargo, el contrapeso a toda esta corriente antiespañola lo vemos en la importancia del fondo de libros españoles del príncipe protestante Augusto de Brunswick-Luneburgo (1579-1666), quien reunió en Wolfenbüttel una

biblioteca de 135.000 títulos, pero también se patentiza en las traducciones al latín de *La Celestina*, el *Guzmán*, el *Lazarillo*, *El licenciado Vidriera*, la *Diana* o las obras de San Juan de la Cruz o Santa Teresa, todo lo cual tendría gran incidencia en la literatura barroca, mientras la función apologética del patrimonio cultural español la desempeñaban libros como el *Catalogus clarorum Hispaniae Scriptorum* de Valerius Andreas (Maguncia, 1607), la *Hispaniae Bibliotheca* de Andreas Schott (Fráncfort, 1608) o la *Hispania Illustrata* (1603-1608)[\[109\]](#), pero en especial a través de la obra de Heinrich Doergangk, autor de la primera gramática española publicada en Alemania (1614, en latín) y ferviente católico que defiende el castellano como lengua sagrada en medio de un mundo enemigo de España y de la Iglesia de Roma, carácter sacro que le vendría tanto de su parentesco con el latín como de ser el idioma del nuevo pueblo elegido por Dios para el dominio universal y la defensa de la fe[\[110\]](#), ideas en las que venía a coincidir con los españoles del tiempo cuando se consideraban a sí mismos comisionados por la Providencia para tales misiones divinas.

Para completar la imagen elaborada y esparcida sobre España y los españoles, a partir de la Leyenda Negra, sería preciso incluir la literatura crítica y la iconografía generadas por el descubrimiento y colonización de América, sin embargo no desarrollaremos esa línea de argumentación, por atractiva que nos resulte, por lo mucho que puede alejarnos de nuestro propósito. Baste tomar en consideración los resultados: sobre la base, en especial, de la *Brevísima destrucción de Las Casas* (concienzudamente desmontada por Menéndez Pidal, Bataillon o Rómulo Carbia) se construyeron y publicaron los grabados de De Bry (hasta el aburrimiento repetidos y que pasaron a formar parte ineludible del imaginario antiespañol); del mismo origen que el *Evangelio americano* o «Biblia americana», de Francisco Bilbao (Buenos Aires, 1864), uno de los mejores exponentes del chovinismo criollo antihispano, que mezcla el anticlericalismo con la conquista («El progreso consiste en desespañolizarse», etc.), o el himno nacional argentino (1813) de Vicente López y Planas («A esos tigres sedientos de sangre, // fuertes pechos sabrán oponer») que, desde luego, no es el único que esgrime tales fanfarrias; o el libro del liberal mexicano Genaro García (*Carácter de la conquista española en América y México*, México, 1901), cuyo objetivo es *probar* a toda costa el carácter criminal y catastrófico de la conquista, idea en la que abundó (1937) George Friederici (*Der*

Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer, El carácter del descubrimiento y expolio de América a manos de los europeos), precursor del indigenismo actual.

No obstante, tal vez no deba extraerse de esas belicosidades verbales de iberoamericanos un inevitable odio real a los españoles, algo que hemos percibido en distintos países de América: una cosa es el discurso oficial, irremediabilmente chovinista y patriotero y otra el trato concreto a los españoles del momento, una duplicidad de cuyo balance general los españoles solemos salir beneficiados, de no andar por medio indigenistas recalcitrantes y no siempre desinteresados. Carbia aclara mucho este aspecto: «En el fondo, ni nuestro poeta López [autor del himno argentino] ni sus congéneres de otros países indianos eran tan antiespañoles como parecían atestiguarlo sus versos frenéticos [...] tal ha sido el origen del antiespañolismo, auténticamente irreflexivo»[\[111\]](#).

Y no menos irreflexivo –a la par que muy mal informado– resulta Borrow[\[112\]](#) al poner en boca de una autoridad eclesiástica la afirmación de que a los tagalos de Filipinas las órdenes religiosas enseñaban «solo» el castellano, cuando la realidad histórica es que esas órdenes hicieron cuanto pudieron –y fue mucho– para impedir la difusión del español entre los nativos, motivo por el cual hoy en día no se habla castellano en Filipinas. De hecho, Borrow, en sus frivolidades pintorescas es antecedente de una actitud extendida en la América anglosajona, que reproducía y reproduce en gran medida la de muchos europeos, de manera que en los textos escolares de Estados Unidos se salta de Cortés a Hidalgo, de Pizarro a San Martín y Bolívar, o de Francisco Vázquez Coronado a El Álamo, con alguna alusión a la tiranía hispana, a fray Junípero Serra o a la esclavitud de los indígenas[\[113\]](#). No entraremos aquí en los debates de fondo sobre el número real de indios víctimas de la conquista, en el impacto cultural y social de la misma, o en las montañas de retórica oportunista que lastra el discurso de tantos hispanoamericanos al referirse a estos temas: en una ocasión oímos a Augusto Roa Bastos (La Habana, 1992) hablar de «cien millones de indios» muertos por la conquista. Y se quedó casi tan tranquilo como con la obtención de la nacionalidad española (que ya tenía), medida político-administrativa que este autor [S. F.] celebró en grado sumo. No más señalaremos que en Europa calaron hondo, para fomentar y profundizar la imagen siniestra y asesina de España, los escritos de Benzoni (*Historia del*

Mondo Nuovo, Ginebra, 1579), del holandés Juan Laët (*Histoire du Nouveau Monde ou description des Indes Occidentales*, 1630), del irlandés Tomas Gage (*Viajes por la Nueva España y Guatemala*, 1648), del español Francisco Coreal (*Voyages*, Ámsterdam, 1722), del alemán Samuel de Pufendorf (1682), o de los franceses Marmontel (1777) y Raynal (el abate), con los reflejos que proyectaron en Voltaire (*Alzire ou les américains*, 1737) o en el *Supplément à l'Encyclopédie* (Ámsterdam, 1776) de Diderot y D'Alembert.

Todos contribuyeron poderosamente a forjar una determinada imagen de violencia, salvajismo y brutalidad, al tiempo que los españoles de América reproducían allá sus rencillas de la Península, agravadas por el choque de intereses:

Y como son diferentes en naciones lo son también en condición y voluntades, particularmente son enemigos los extremeños de los vizcaínos, porque los extremeños ganaron el Perú y los vizcaínos son ahora la gente más rica del Perú y los que tienen mejores cargos del rey. Y así los extremeños no lo pueden llevar a paciencia^[114].

[1] Citado por F. García de Cortázar, *Los mitos de la historia de España*, p. 196.

[2] *Ibidem*, p. 195.

[3] G. Casanova, cit., p. 217.

[4] B. Gracián, cit., vol. I, p. 213.

[5] C. A. Fischer, cit., p. 116.

[6] B. Gracián, cit., vol. II, p. 77.

[7] E. Poitou, cit., p. 36.

[8] C. G. de Uriarte, cit., p. 216.

[9] D. Mitchell, cit., p. 54 y 100.

[10] A. Edelfelt, cit., pp. 222, 224, 229.

[11] *Ibidem*, p. 186.

[12] C. Davillier, cit., vol. I, p. 204.

[13] F. R. Trives y P. Préneron, cit., p. 80.

[14] *Ibidem*, p. 85.

[15] Véase M.^a L. Esteve, cit., p. 29.

[16] *Ibidem*, p. 39.

[17] F.-A. Mignet, *Antonio Pérez y Felipe II*.

[18] J. Torrecilla, cit., p. 80.

[19] G. Borrow, cit., p. 238.

[20] J. Tanski, en F. Presa González y A. Matyjaszczyk, cit., p. 83.

[21] J. Ford, cit., p. 19.

[22] M. Defourneaux, cit., p. 24.

[23] C. A. Fischer, cit., p. 152.

[24] G. Casanova, cit., p. 217.

[25] W. Irving, cit., p. 25.

- [26] G. Borrow, cit., p. 314.
- [27] C. A. Fischer, cit., p. 71.
- [28] «Fue dado por cabdiello don Lope el vyzcaino, // byen rrico de mançanas, pobre de pan e vyno.»
(*Poema de Fernán González*, p. 135.)
- [29] Lantier, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vol. V, p. 623.
- [30] C. A. Fischer, cit., p. 58.
- [31] G. Borrow, cit., p. 422.
- [32] *Ibidem*, pp. 416-420.
- [33] G. Borrow, cit., p. 402.
- [34] *Ibidem*, p. 550.
- [35] C. Davillier, cit., vol. I, p. 54.
- [36] *Ibidem*, I, p. 23.
- [37] P. Mérimée, cit., p. 185.
- [38] *Ibidem*, p. 186.
- [39] *Ibidem*, p. 190.
- [40] *Ibidem*, p. 192.
- [41] Refranes de Hernán Núñez, en F. C. Sainz de Robles, *Refranero Español*.
- [42] B. Gracián, cit., vol. II, p. 71.
- [43] Paz y Meliá, *Sales españolas*, vol. I, p. 395.
- [44] D. de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, p. 60.
- [45] J. M. Defourneaux, cit., p. 24.
- [46] T. Gautier, cit., p. 139.
- [47] F. J. Díez de Revenga, y M. de Paco, *Historia de la literatura murciana*; y F. Henares Díaz, *Manual de historia de la literatura en Cartagena*.
- [48] J. S. Pérez Garzón, «Españoleando con la historia de la Academia», *El País*, 9 diciembre 1998, p. 6.
- [49] G. Borrow, cit., p. 316.
- [50] En H. Sienkiewicz *et al.*, cit., p. 186.
- [51] C. A. Fischer, cit., p. 152.
- [52] *Ibidem*, p. 154.
- [53] *Ibidem*, p. 153.
- [54] Véase la completa relación bibliográfica de «Friederich-Stegmann, Memorias de alemanes en España durante la Guerra de la Independencia», en *Espacio, tiempo y forma*, Serie IV, H.^a Moderna, T. 16, UNED, 2003, pp. 359-390.
- [55] Véase F. Presa González, cit., «Introducción» y «Bibliografía».
- [56] W. F. Fijalkowski, cit., p. 137.
- [57] Véase Capítulo III.
- [58] Broekere, en F. Presa González, cit., p. 122.
- [59] *Ibidem*, p. 121.
- [60] W. F. Fijalkowski, cit., p. 76.
- [61] F. Presa González, cit., p. 79.
- [62] W. F. Fijalkowski, cit., p. 129-133.
- [63] *Ibidem*, p. 134.
- [64] Traducido, en un excelente estudio, por H. Friederich-Stegmann, cit.
- [65] H. Friederich-Stegmann, cit., p. 363.
- [66] F. Presa González, cit., p. 26.
- [67] G. Borrow, cit., p. 29.
- [68] C. Dembowski, *Dos años en España durante la guerra civil (1838-1840)*, p. 23.

- [69] *Ibidem*, p. 227.
- [70] *Ibidem*, p. 242.
- [71] *Ibidem*, pp. 108 y ss.
- [72] *Ibidem*, p. 409.
- [73] *Ibidem*, p. 408.
- [74] *Ibidem*, p. 410.
- [75] *Ibidem*, p. 37.
- [76] *Ibidem*, p. 42.
- [77] C. Dembowski, cit., p. 40.
- [78] R. García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, pp. 13-14.
- [79] J. Juderías, *La leyenda negra*, p. 28.
- [80] P. W. Powell, *La leyenda negra*, p. 22.
- [81] H.-C. Andersen, cit., p. 256.
- [82] P. de Bourdeille, cit., p. 87.
- [83] F. Díaz Esteban, «La limpieza de sangre y el cabildo de Badajoz; el caso del doctor Salgado», *XXXVII Coloquios históricos de Extremadura*, p. 199.
- [84] Citado en F. Díaz Esteban, cit., p. 198.
- [85] F. Díaz Esteban, cit., p. 200.
- [86] *Ibidem*, pp. 202 y 208.
- [87] G. Borrow, cit., p. 150.
- [88] *Ibidem*, p. 152.
- [89] *Ibidem*, p. 329.
- [90] *Ibidem*, p. 156.
- [91] P. W. Powell, cit., p. 93.
- [92] J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., p. 240.
- [93] B. Benassar, «Recepción de la historia de España en Francia», en *La historia de España en la literatura francesa*, p. 20.
- [94] P. Mérimée, cit., p. 148.
- [95] T. Gautier, cit., p. 172.
- [96] C. Davillier, cit., vol. II, p. 260.
- [97] A. Edelfelt, cit., pp. 248-249, 269.
- [98] E. de Amicis, cit., p. 188.
- [99] G. Borrow, cit., p. 214.
- [100] P. de Valencia, «Discurso acerca de los cuentos de las brujas», en *Obras completas*, VII, p. 17 y ss.
- [101] D. Briesemeister, en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, pp. 94 y ss.
- [102] *Ibidem*, p. 107.
- [103] D. Briesemeister, en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., p. 109.
- [104] Citado por P. W. Powell, cit., p. 97.
- [105] D. Briesemeister, en M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., p. 99.
- [106] D. Briesemeister, en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., p. 95.
- [107] *Ibidem*, p. 104.
- [108] *Ibidem*, p. 106.
- [109] *Ibidem*, p. 104.
- [110] D. Briesemeister, en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., pp. 102 y ss.
- [111] G. Carbia, *Historia de la leyenda hispano-americana*, p. 142.
- [112] G. Borrow, cit., p. 253.
- [113] P. W. Powell, cit., p. 53.

[\[114\]](#) Descripción anónima del Perú [1600-1615] en I. A. Leonard, *Viajeros por la América Latina colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 99.

VII. Que no decaiga

*No sé qué tiene,
no sé qué tiene
la hierbabuena,
que tanto huele.*

(Letra de alegrías de Cádiz).

Entre las manifestaciones culturales que los viajeros encontraban en España llamaba su atención, de modo especialísimo, cuanto se relacionara con las fiestas, el folclore, los cantos rurales y toda la cultura que, de modo genérico, podemos calificar de «popular», o tradicional, aunque estos términos requieran matizaciones importantes según los casos. Les fascinaban –para bien o para mal– los toros, dejaban correr su imaginación con el protoflamenco de fines del XVIII y principios del XIX (mientras se interesaban poco por los bailes y canciones no andaluces) y casi caían en éxtasis ante un gitano (más bien gitana) o un bandolero, genuino o falso. Nada de extraño tenía esa actitud de los extranjeros: se trataba de elementos distintivos respecto a sí mismos que *debían* resaltar. Normal todo ello. Tal vez pueda hacerse la observación de que sus testimonios escritos o plásticos (v. g. Doré) se fijaban en demasía en estos aspectos y contribuían a forjar y difundir una imagen de España en exceso jaranera y exótica, sobrada de pintoresquismo y carente de realidades materiales, científicas y de alta cultura que, en líneas generales, era despreciada por ignorancia. O viceversa: el desprecio previo inducía a pasar por alto lo que se estimaba menor, ya por prejuicios religiosos, ya por haber congelado el interés por la literatura española en el Siglo de Oro (como mucho), o, aun peor, por la propensión al complejo de superioridad del forastero que más arriba veíamos en el Capítulo II. Les gustaba, en suma, la España que ellos mismos iban creando y para ello precisaban de gitanos, peinetas y toreros.

Sin embargo, bien de modo ocasional, o bien de forma destacada, algunos viajeros daban cuenta de circunstancias y manifestaciones de la vida cotidiana, en técnicas o comercio, que pasaban casi desapercibidas. Si Ford en su catálogo-manual nos habla de las ferias de Mairena, de León, de Ronda o Pamplona (por entonces aún no existía la Feria de Abril sevillana, creada en 1847) y el trato de caballos que en ellas se hacía^[1], Davillier^[2], años más

tarde, se explaya sobre las características utilitarias y comerciales de la feria sevillana, sin aditamentos lúdicos o exageraciones folclóricas: equinos y acémilas son el centro del relato.

Pero otros se hacían eco de los esfuerzos de modernización, de estudio y dedicación científica que España había hecho en la segunda mitad del siglo XVIII. No es sorprendente que esos escritores fueran alemanes (los dos Humboldt, Joseph Hager o Christian August Fischer) y que sus escritos se sitúen, aproximadamente, entre 1790 y 1808, cuando el país aún no había sufrido la brutalidad de la invasión francesa y todavía era posible la revolución industrial a su debido tiempo, antes de convertirse, por fracasos y catástrofes políticas, en materia de observación exótica y vivero de pasiones desmedidas. Joseph Hager[3] dedica no pocas páginas a hablar de jardines botánicos, academias de artes y ciencias, bibliotecas, puentes y hermosas carreteras (*schönen Landstrassen*) en Castilla, Asturias y Vizcaya, del Canal de Aragón, de las escuelas de Marina, de la excelente cartografía elaborada por marinos y estudiosos y, en general, del talento (*Geschicklichkeit*) de los españoles. Su exposición es objetiva, pues se limita a enumerar y describir lo que ve, sin intentar halagar a nadie (no tenía por qué) ni vestir muñecos multicolores. Por su parte, C. A. Fischer manifiesta su agrado en Guetaria[4], un villorrio al fin, al comprobar que el posadero posee –y usa– libros de Medicina por ser el cirujano local. A lo largo de su relato el alemán encadena elogios a los estudios y avances de la Medicina en España[5], ora por asimilar conocimientos y técnicas extranjeras, ora por la propia evolución local. Fischer advierte –o cree advertir: seamos prudentes– que el país está desarrollando calladamente su potencialidad para expandirla al exterior en «el siglo siguiente»[6], es decir el XIX, el que, sin embargo, acabará siendo de gitanas y guitarreros. Si bien señala a la Iglesia y su espíritu como rémoras para la cultura, reconoce los esfuerzos realizados durante el XVIII[7] y reseña la lista de academias, colegios e institutos científicos y culturales de Medicina, Derecho, Historia, Lengua, Mineralogía, Botánica, Astronomía, Química, Literatura, etc., que hay en Madrid[8]... y en Barcelona[9].

Nunca sabremos cómo habría sido la evolución y, por tanto, la historia de España sin Napoleón, sin la prematura –y fallida en sus resultados– independencia de las Indias y sin el torturado y trágico politiquero del XIX. Quizá estaríamos hablando de otro país. Huelgan los lamentos ucrónicos, pero cuanto esos alemanes percibían y detallaban en torno a 1800, treinta

años más tarde se había esfumado o pasado tan a la sombra que los viajeros no lo veían, o concluían, sin pensarlo mucho, que no merecía la pena dedicar atención y tiempo a fruslerías despreciables, máxime teniendo a su disposición un universo exótico para explotar.

El artista intenta transmitir ideas y emociones y, en la medida en que lo consigue, se está comunicando con otros seres humanos, consideración que vale en términos generales para todas las artes. Pero también observamos que opera dentro de una serie estrechamente limitada de convenciones[10] bien comprendidas por los receptores, pues pertenecen a su cultura cotidiana, en especial si nos fijamos en una sociedad simple y homogénea donde todos, o casi todos, sus miembros están ligados a unos mismos valores, conocimientos, creencias y actitudes. Y de ellos participan. Sin embargo, en las sociedades complejas y heterogéneas –como es la nuestra actual– aparecen distintos grupos con virtudes, ideales y normas por igual diferenciadas, lo cual complica en gran medida su observación y calificación. Y tal vez uno de los problemas con que, de modo consciente o inconsciente, se topaban nuestros viajeros era hallarse ante ambos planos de manera simultánea o vertiginosamente sucesiva, careciendo en la mayoría de los casos de las herramientas mínimas imprescindibles para comprender lo que veían, empezando por el idioma (o idiomas). Y por supuesto que, al hablar de artes, nos referimos a todas: desde el canto o el baile hasta la cestería artística o los tejidos de mantas no industriales. No obstante, por su importancia y significación, nos centraremos en el cante flamenco, en sus correlativos gitanos y en los toros.

E incluyendo las fiestas, «vínculo de comunicación por excelencia», como las define el historiador Miguel Ángel Ladero Quesada[11]. En una sociedad con escasos o nulos medios de comunicación de masas, servían de vehículo para difundir ideas y valores, de ahí que se aprovecharan ferias, celebraciones religiosas o efemérides políticas. Y también de ahí que congregaciones colectivas cual los festejos taurinos se tomaran como venero para describir y establecer un arquetipo de la psicología social de los españoles. Y sin que faltaran en estos campos de artes y letras, salpimentadas por todos estos libros, las inevitables alusiones a la imaginaria o real morería hispana, que veremos más adelante: ya señalar «el castillo *morisco* de Belveder [*sic*]» en Palma de Mallorca[12], ya adjudicar «fisonomía *morisca* y riqueza de su talle voluptuoso» a Rita, una bailarina en una juerga gitana en Málaga (5 de

noviembre de 1838), aunque, al fin, lo mismo den tirios que troyanos: «los movimientos de Rita son de una bacante, en tanto su rostro es de una pitonisa»[13].

Y sin que aficionados indígenas se resistieran a echar una mano a los foráneos en sus galopadas orientalizantes o misteriosas. García Lorca – notable dramaturgo y apreciable poeta a ratos–, a la zaga de aquellos románticos europeos, «hace extensiva a los toros su interpretación mística del flamenco y del alma española en general en función de un pretendido orientalismo primigenio»[14]: duende, bailarinas de Gades, Marcial, pechos, liturgias taurinas, drama religioso..., todo junto y bien revuelto, dificultando el análisis y dejándose arrastrar de fantasías creadas por otros sobre nosotros mismos. Aunque el propio Lorca era consciente de lo reducido y limitado de los orígenes y desarrollo del arte flamenco y de la vida que llevaba aparejada: «... como dijo Lorca, todo esto es cosa de muy poquito espacio; de muy poquita gente: desde Jerez a Cádiz; diez familias...Desengañémonos. Así es», sentencia Luis Suárez Ávila[15], flamencólogo de primera línea de El Puerto de Santa María. Y la misma concepción trasluce, en un reduccionismo descarado y soberbio –casi diríamos–, Fernando Villalón (poeta, ganadero y teósofo): «El mundo se divide en dos partes: Cádiz y Sevilla»[16], su espacio vital, el teatro donde se generan los arquetipos de andalucismo y aun de españolidad, el único mundo que le interesa y estima digno de atención.

Un universo que no siempre despierta admiración y aplauso, pero no es lo mismo que el Shanti Andía del vasco Pío Baroja (1911) se decante contra la imagen exoticista y folclórica de Andalucía, que leer al sevillano López Pinillos, no menos harto de topicazos, en su novela *Doña Mesalina*:

¡No, por Dios! Estaba ya hasta el copete de almíbares meridionales; de eses arrastradas o estrujadas contra los incisivos; de «timos», de chistes, de «caídas», de salidas, de ocurrencias; de palabras rotas, de sílabas hurtadas, de amabilidades, de convites; de mozos de rumbo, de mujeres de sal, de coletas, de flores, de luz... ¡No, no, caray! Sevilla para los sevillanos; Andalucía para los andaluces[17].

Y algo parecido nos está transmitiendo, en sus omisiones, el dramaturgo Antonio García Gutiérrez (Chiclana, 1813-Madrid, 1884), cuyo teatro, pese a estar Andalucía en boga literaria durante el XIX, no se aúpa a la corriente topiguera triunfante y, por tanto, con buenos réditos materiales, sino que se centra en motivos históricos aragoneses, catalanes, italianos (*El rey monje*, *Venganza catalana*, *El trovador*, etc.). Andalucía, en este chiclanero, no

aparece por parte alguna. Y aunque todo no fuera, ni sea, falso ni forzado, el divertido lance protagonizado por Andersen en Tánger[18] completa el peligroso y movedizo pantano que el folclorismo poco meditado subsume: los recuerdos que compra en Tánger, los encuentra luego en París, como señalábamos más arriba.

La percepción del arte en general, por parte de los visitantes, se presta, como no podía ser menos, a la subjetividad de cada autor y a sus condicionamientos particulares: desde Borrow[19] que abomina de León («ciudad vieja y tétrica», aunque salva su catedral), por habersele dado mal la venta de Biblias, hasta la incompreensión de los campesinos mallorquines hacia una escritora –George Sand– cuya presencia en la isla no entendían, como refleja Dembowski[20], aunque la francesa tampoco se fatigara mucho intentando comprender a los labriegos. Ford[21] condena la «actual carencia de talento» de los pintores del tiempo, por ende seguidores de «dioses falsos» como Mengs y David: subjetividad desbocada, al fin. Y, de modo inevitable, el arte aparece asociado al fenómeno religioso, ya por la «indiferencia» –que señala Adolf Pawinski en 1881[22]–, por la crítica tónica al clero («gesto hipócrita, meloso tono»[23]), pero, en especial, por el barroquismo, la profusión ornamental que se dedica a las imágenes. En este terreno pasan de la extrañeza («adornan a la Virgen [Toledo] con trajes y joyas de lujo, olvidándose por completo de la verdadera tradición de su humilde existencia», W. Lutoslawski, 1886[24]), a la condena despectiva («las hermandades [en Semana Santa] rivalizan en mal gusto no menos que en riqueza», Poitou[25]) en que se despoja al arte sacro, en su versión popular, de todo valor o alcance («las procesiones españolas no tienen nada grande ni imponente [...] me extraño cuando oigo decir que este pueblo es artista»[26], con lo cual el francés no entiende –o se obstina en no entender– la satisfacción y hasta la restitución moral que experimentan los pobres de solemnidad de Triana –pongamos por caso– viendo a «su» Esperanza más y mejor embellecida que la Macarena. Agregar que se trata de un impulso ilusorio es persistir en la misma vía de error: casi todos los sentimientos comportan una elevadísima proporción de ilusión, sin la cual no habría reunión, ni fiesta, ni arte, ni nada. Por añadidura, es difícil comprender –y por tanto apreciar– el barroquismo acumulativo enraizado en la cultura popular andaluza para quien de antemano se considera perteneciente a una cultura superior, ya nos hallemos ante el francés Poitou o, en el siglo anterior, ante el

español Ponz.

El objeto artístico, solo y en sí mismo, no es lo que interesa –para bien o para mal– al viajero: se centra en la forma de vida, la construcción psicológica (verdadera o falsa) de la sociedad, la nota chocante que de ella podrán describir. De ahí las vidas flamencas, la navaja en la liga[27], el bandido y el majo, supuestos arquetipos[28], a veces con explicación de las motivaciones, más bien lamentables y lejos del bandolero de épica romántica, como juntar dineros para pagar la *cuota* con que eludir el servicio militar; y en ocasiones, ante la ausencia de forajidos reales, cerrando una imagen de la sociedad que poca relación guarda con el arte pero sí mucha con una sociedad despreciable y bárbara hasta la médula, útil como espectáculo pero detestable para vivirla: «... si la ocasión se presenta, cualquier campesino español es un ladrón y no deja de atracar a los viajeros»[29]. Y en la misma línea operan los relatos de crímenes por celos (a ser posible de un cura[30]), con grandes pasiones desatadas[31].

Jesús Torrecilla[32] sostiene que la conversión en arquetipo de *lo español*, en el sentido más tópico posible, no es obra de los extranjeros, sino que estos encuentran ya la imagen formada a principios del XIX y se dedican tan solo a difundirla. Es difícil calibrar hasta qué punto –y en tantas áreas y aspectos de detalle– la influencia de los viajeros y sus escritos, por adición o atención mayor, contribuyó a forjar la referida imagen. Los estudios de Steingress (que más abajo citaremos) contrapesan no poco la muy documentada posición de Torrecilla. Como quiera que sea, tonadillas escénicas, comedias y literatura en general van marcando, desde mediados del XVIII, una inversión de valores y modelos con el consiguiente abandono del también tópico retrato del español serio, grave y austero que tan en boga estuvo en centurias anteriores. Los bailes apasionados, la llaneza desbordante y el desenfreno desmedido en la forma de vivir sintetizan el auge de las clases bajas en el imaginario colectivo, convertidas en prototipo de la identidad y por tanto en triunfante caballo de Troya del aplebeyamiento general como modelo, incluida la aristocracia y la misma familia real, algo ya muy perceptible durante el reinado de Isabel II y nada en el siglo XVII. El majismo, eje de sainetes y zarzuelas se vuelve moda y cobra redobladas fuerzas con la invasión napoleónica, contra la cual constituirá el principal valladar. El aplebeyamiento corre parejo «con un señoritismo improductivo de niños ricos carentes de educación y de buenos modales, fascinados con toros y toreros,

con guitarras y bailes de la tierra»[33]. Mérimée y Borrow no ahorran comentarios despectivos para la aristocracia y otros viajeros tardíos –por ejemplo, los polacos– repiten sus observaciones décadas más tarde. Por el contrario, ya desde la década de 1830 unos y otros proclaman la superioridad del «pueblo» y su función de guardián de las prístinas esencias patrias, incluida la mala educación, la grosería y el abuso, tal como los denuncia Larra en su artículo «¿Entre qué gentes estamos?»[34]. El bajo pueblo se identifica con la chabacanería, los malos modales y la incultura, en tanto rechaza el habla refinada, la contención y el respeto a los derechos ajenos, en la actualidad un animal rampante y con nuevos bríos. Pero ese es otro cantar.

El hecho claro es la identificación-reducción de *lo español* en sus formas populares y dentro de estas destacan, casi en solitario, los elementos andaluces. Y aun, en el seno de esa andalucización, no poco ficticia, del carácter nacional que veíamos más arriba (véase Capítulo V), la imagen triunfante es la del gitano/flamenco, con lo cual la inmensa mayoría, no ya de españoles sino de andaluces, queda representada por un tipo humano que le es ajeno. Y ya en el siglo xx, Blas Infante contribuye a echar más leña al fuego de la confusión mezclando el mal uso del término «flamenco» con sus oníricos devaneos en torno a la historia de Andalucía; a saber, divide la «era flamenca» de su tierra en dos periodos: de «ocultación» (siglos xvii-xviii) y de «revelación incomprendida» (xviii-xix), hasta alcanzar la comprensión plena, en el xx, gracias, naturalmente, a la Junta Liberalista de Andalucía[35], la suya. Pero lo indudable es la asociación de gitano y flamenco, tanto en cante y baile como en tipología humana. Veamos cómo.

Desde la década de 1420 a 1430 ya aparecen gitanos en la Península y consta que en los siglos xvi y xvii cantan romances y corridos para sobrevivir[36], sin embargo, pese a ser mencionados en la literatura del tiempo y por supuesto en actas y papeles varios de la Inquisición por delitos menores, los viajeros foráneos del Siglo de Oro ni se fijan en ellos ni los citan[37]. Moncada, que se ocupa por extenso de la cuestión gitana a principios del xvii, aporta varias versiones mítico-legendarias, a cual más descabellada, acerca del origen de los gitanos[38], todas con el sustento de un apoyo que se pretende erudito y se queda en fantástico, mezcla de personajes históricos reales con otros míticos o inventados y sin que falten frecuentes saltos fonéticos y semánticos insostenibles o traídos por los pelos. Su escrito es un compendio de las acusaciones mantenidas a lo largo del tiempo:

adivinos, encantadores, quirománticos, cuatrerros impenitentes so color de oficiar de tratantes y ladrones en general. Su descripción, no por simplista pierde fuerza, o debe ser ignorada:

[los gitanos] son gente ociosa, vagabunda e inútil a los Reinos, sin comercio, ocupación ni oficio alguno; y si alguno tienen, es hacer ganzúas y garavatos para su profesión, siendo zánganos, que solo viven de chupar y talar los reinos, sustentándose del sudor de los míseros labradores [...] Mucho más inútiles que los Moriscos, pues estos servían en algo a la República y a las Rentas Reales, pero los gitanos no son labradores, hortelanos, oficiales ni mercaderes y solo sirven lo que los lobos, de robar y huir [...]. Las gitanas son públicas ramerías, comunes (a lo que se dice) a todos los Gitanos y con bailes, ademanes, palabras y cantares torpes hacen gran daño a las almas de los vasallos de V. M.[39].

En definitiva, su forma de vida, más que su origen racial, es la causa de la condena global, a lo cual habríamos de añadir la endogamia y apartamiento sistemático de la sociedad establecida, aunque a la intransigente perspicacia de Moncada no escape la agregación al grupo de gentes que, originariamente, no pertenecían a él («... estos no son de Egipto, sino Españoles que toman el Gitanismo por nuevo modo de vida, lo cual consiste en andar en tropas vagando y robando, etc.»[40]). Y de ahí la pretensión de la fusión y compadreo de gitanos y moriscos, quienes para ocultarse y esquivar la expulsión se habrían adherido a las bandas de gitanos que nomadeaban por España. Sobre este punto hemos expuesto nuestro escepticismo[41] y no lo repetiremos aquí, pero sí recordaremos al menos la propuesta de «expeler los gitanos» que formula Moncada[42] basándose en leyes incumplidas de reyes anteriores (Reyes Católicos, Felipe II), si bien –al igual que otras precedentes– termina aceptando la alternativa de mandarlos a galeras[43], a fin de extraer alguna utilidad de ellos y en castigo a su ociosidad y vagabundeo. Y en términos similares se produce Fernández Navarrete en 1626[44], aunque no deja de señalar el inconveniente, cuyo dramatismo ya se percibía, de la despoblación.

Pero no todo eran críticas negativas: algunos literatos como Cervantes (en *Pedro de Urdemalas*, *La Gitanilla*, *Coloquio de los perros*) y Lope de Vega (*El Arenal de Sevilla*) manifiestan visiones más positivas y comprensivas sobre los gitanos, elogiando la fidelidad de sus mujeres, el respeto conyugal, el orden dentro del grupo, el valor y gallardía que, en suma, presidían una vida libre y, por tanto, digna. Obviamente, esta comprensión un tanto admirativa no prevaleció en la mentalidad popular general, que hasta nuestros días sigue coleando (v. g.: «Cortegana culpa a los políticos de la tensión entre

payos y gitanos»[45]).

En líneas generales, la visión de los viajeros no difiere mucho, en el fondo, del mal concepto que sobre los gitanos corría entre los españoles, si bien no falta el elemento de descubrimiento, de rareza y fenómeno llamativo. Richard Twiss –a quien podríamos considerar uno de los precursores en las descripciones de gitanos– resume en 1773 los aspectos más relevantes y visibles de los gitanos que encuentra, mezcla de descripción superficial, de ideas equivocadas, por ejemplo sobre su origen (egipcios y etíopes) o reiteración del estereotipo más negro ya consolidado en su tiempo:

todos los hombres son unos ladrones y las mujeres unas libertinas y no tienen una profesión determinada, ni una religión concreta. No forman parte del orden social, sino que simplemente se los tolera. Se piensa que hay más de cuarenta mil en España. Muchos de ellos son posaderos en pueblos y pequeñas ciudades y en todos sitios se dedican a echar la buenaventura. En España no se les permite poseer tierras ni servir en el ejército. Se casan entre ellos, vagan en grupos por todo el país y entierran a sus muertos bajo un árbol[46].

La idea de «chusma» se repite de unos a otros autores: animales sueltos, polvo, suciedad, enfermedades y desorden rodean a los gitanos –y a los turistas que por allá se aventuran– en el Sacromonte, pongamos. Las páginas de Poitou[47], Augustus Hare en 1870[48], Dumas[49] o Edelfelt[50] reproducen idéntica ambientación de chicas desgredadas de caras morenas, sucias, trajes chillones, pies mugrientos, «suciedad y depravación» (Dumas), aunque los tópicos no falten nunca a la cita: andares de pantera, pelo encrespado, mala ropa hindú (!), «algo ingenuo y salvaje en la mirada» (Poitou). El temor a los parásitos paraliza a los turistas antes de entrar en las cuevas (Edelfelt), gritos, cantes desaliñados y exigencia de limosnas completan el escenario en que «un inglés dijo que exactamente los mismos bailes los interpretan las bayaderas en la India y las almeas en Egipto»[51]. Y mientras unos turistas –hablamos de en torno a 1870– se cuidan de bolsos y carteras (Hare), algún otro se lamenta de la presencia de tanto congénere visitante, se supone que excluyéndose a sí mismo:

Esta noche [en Granada] he visto bailar a los gitanos. Hubiera podido ser interesante si no fuera porque a su alrededor había unos treinta ingleses e inglesas, de pie, que han echado a perder la ilusión por completo. El espectáculo es una especie de miserable farsa puesta en escena para los viajeros, vale un dineral (6 francos por persona) y deja un recuerdo triste. Sin embargo, bajo esta grotesca degeneración del baile español gitano, se puede intuir cómo fue en otro tiempo. Las seis jóvenes que bailaban eran feas como el demonio[52].

Tal vez el contrapunto de tanto morboso descrédito (a la vuelta a la City

había que contar algo de gitanos) lo constituya nuestro viejo conocido don Jorgito el Inglés: él, que presume de bordar la lengua gitana, intercala en su libro léxico caló con profusión, ingenuo expediente para dar carácter a un texto. En su obra menudean, entre lances misteriosos y noveleros, los gitanos que dice conocer. Desde la gitana vieja y hechicera –que, por ende, vivió «en tierra de moros»– hasta el gitano, ecologista *avant la lettre*, preocupado por no pegar a los animales, por ejemplo a las caballerías[53]. Pero Borrow hace flaco favor a los calés, a quienes aseguraba apreciar: su relato refuerza el estereotipo, incluso cuando le añade una nota de humor, v. g., en versos que recoge[54]:

—Gitano, ¿por qué vas preso?
—Señor, por cosa ninguna:
Porque he cogió un ramá
y atrás se bino una mula.
[...]
Caminito de Antequera
preso llevan a un gitano,
porque se encontró una capa
antes de perderla el amo.

Aparte del folclorismo, divertido o morboso, que pudieran suscitar los gitanos, se hallaba el objeto central de atención: la música y el baile que los visitantes contemplaban, manifestaciones que se habían ido gestando desde dos o tres siglos antes entre el bajo pueblo o en el teatro popular del XVIII. Representantes indiscutibles del primero eran los barberos, decidores, jaraneros y permanentes amigos de guitarras y palmeos: «yo tengo un barbero amigo, gran poeta», apunta Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*[55] y, poco después, Mateo Alemán señala el colmo de lo raro («Un barbero sin guitarra»[56]), pues las barberías eran lugares de reunión, información y entretenimiento, a falta de otros más adecuados. Pero, tal vez, donde más se desarrolló el género luego llamado flamenco fue en los entreactos teatrales, bien en sainetes breves o al final, en representaciones costumbristas bien adobadas con música y danza, tal como las vio lady Holland en 1802. Según ella, «tras el sainete viene el bolero», escandido por castañuelas y zapateo, mientras «el fandango –dice– del cual el bolero es una variante refinada, se deja para las fiestas de las clases inferiores». Y se continúa con la tonadilla, obra muy corta, cantada por tres o cuatro personas, y por la seguidilla, que vendría a constituir una especie de mezcla o revisión de todo[57]. Dejando a

un lado las inexactitudes en la descripción de la inglesa, nos interesa más comprobar el ambiente en que evoluciona el cante en la crucial segunda mitad del XVIII. Wilhelm von Humboldt[58], tras manifestar su pésima opinión sobre las obras teatrales en sí mismas, manifiesta su entusiasmo por las casas de comedias («la de Cádiz es la más bonita y agradable que he visto en España»), por los sainetes intercalados y por las *gitanotonadillas* [sic]. Atraen su atención las castañuelas, los gitanos, el trance en que caen –dice– los intérpretes; y en cuanto a las piezas, se fija en el zapateado, el *volero*, el fandango y, sobre todo, en el carácter procaz del zorongo, con sus gestos provocativos y su aproximación de los cuerpos. El fandango «no se trata de una sencilla explosión de alegría, sino de danzas muy pasionales y afectadas. Ellos bailaban no solo para su propio placer, sino para ofrecerse como espectáculo. Esta pueril vanidad me parece más propia de los pueblos meridionales que de los nórdicos»[59].

Acerca del atuendo, el alemán indica que «el *volero* siempre se baila con traje español, el hombre con chaquetilla corta, la chica con una falda corta con tres *falbalas* [faralaes] y un corpiño muy adornado de mangas largas. En las manos llevan castañuelas para tocarlas». Pero lo que más interesa al espectador foráneo es el «color» popular: George Ticknor (1818, de Boston) asegura que «todas las tardes, cuando voy camino de mi casa, encuentro grupos de gente que bailan boleros, fandangos y manchegas en la calle...»[60]; Maximiliano de Austria (1851) se extasía con el aire salvaje y los guturales sonidos que presencia en el palacio de San Telmo, invitado por el duque de Montpensier[61], entre sevillanas, boleros, olés, jotas, cachuchas; Davillier (1862)[62], en una academia de baile sevillana enumera jaleos, jácaras, olés, polos, boleros, seguidillas, manchegas, jotas, vito, malagueñas, gallegada... Del mismo modo que, también en la ciudad del Betis, Poitou[63] o Edelfelt, por aquellos años, nos hablan de los mismos géneros y, por supuesto, del encanto de los trajes *españoles* habituales[64].

Sin embargo, la sensualidad del fandango y el bolero –pese a la atracción que suscitaba– inducía a muchos viajeros a pronunciarse contra tal afrenta a la «decencia», actitud que relativiza no poco los tópicos sobre europeos abiertos y progresistas frente a hispanos oscurantistas y reprimidos. El caballero Jean-François Bourgoing (1780), que tanto se dolía del fanatismo religioso de la sociedad española, a la par se escandalizaba porque, en algunos teatros, los gitanos –«una clase de gente a la que la sociedad debería

haber civilizado hace tiempo»– eran aplaudidos por exaltar *el vicio* como modelo. Y en la misma idea de baile lascivo insiste Casanova al referirse al fandango, «el baile de parejas más loco e interesante que había visto en mi vida»[65], añadiendo que la Inquisición lo prohibía, en tanto el conde de Aranda lo autorizaba esporádicamente, ganándose así el elogio popular. (Joseph) Giuseppe Baretti (1760) –que también abunda en la suciedad de Madrid– no obstante se identifica mucho con campesinos y arrieros y se ve impresionado por seguidillas y fandangos... en demasía: «Casi todos los individuos de España saben rasgear una guitarra y tocar las castañuelas y es difícil encontrar a alguien que no taconeé al compás de la música»[66]. Richard Twiss (1773), también entusiasmado por el furor y el ardor que los españoles ponen en la interpretación del fandango, recoge la definición que el diccionario titulado *Sobrino aumentado* por François Cormon (Amberes, 1769) ofrece sobre este último género: «Es un tipo de baile especialmente intenso que los españoles han aprendido de los indios»[67], aunque agrega «desconozco qué fundamentos habrá para tal afirmación». Y, como los anteriores, recuerda que tonadillas y fandangos se cantan y bailan en los teatros, o bien entre actos, o bien «entre la comedia y el entremés»[68]. E igualmente, Joseph Hager[69] y Stanislaw Broekere[70] se explayan sobre fandangos, boleros, tiranas, destacando plasticidad, castañuelas, cuerpos que se acercan pero no se tocan... Para llegar Davillier, sesenta años más tarde, a dejar constancia de que la entrada de danzas extranjeras no ha mermado la bulliciosa tensión y la pasión de los españoles metidos a bailar: en Barcelona, lugar poco elegido como arquetipo de emociones *hispanas* «vals, la cuadrilla, incluso el schotisch; bailes parisinos, sí, pero animados de una alegría y de un brío...»[71].

A las ideas de vigor y tensión emocional se añaden con frecuencia las de primitivismo, fuerza salvaje, suelta de sentimientos («cante extraño, ronco, gutural»)[72], etc. Y con igual regularidad aparecen las fantasías de inglesas aburridas o el osado desconocimiento de polacos despistados. Matilda Betham-Edwards, tras execrar a los ingleses ricos que no han hecho nada excitante [imposible no vislumbrar a la turista con cazamariposas para encestar fuertes convulsiones anímicas], refiere su experiencia en el Albaicín: «uno se queda sin respiración. Te sientes gitano por un momento, tu pulso se acelera, y te crees capaz de hacer el amor y la guerra. Nos sentimos muy agradecidos al señor Antonio por habernos permitido presenciar este

espectáculo y experimentar la vida tal cual es durante unos cuantos minutos»[73]. Por su parte, Broekere[74] nos ofrece otro de sus alardes de ignorancia al percibir como «iguales» todos los géneros de un amplísimo repertorio musical y poético que, simplemente, para él son nuevos: «En España tan solo existe una melodía, que se aplica a todo tipo de bailes y que se entona en cualquier lugar o acto social...». Como es obvio, el objetivo de estas páginas no es establecer un catálogo ni un estudio en profundidad sobre el protoflamenco –nos remitimos a los excelentes trabajos de Luis Suárez Ávila y Gerhard Steingress, dignos de confianza como son– pero sí debemos indicar que las «graciosas canciones» del *Tripilitrápala*, *La panadera* y *El contrabandista* –que Dembowski registra cerca de 1840[75]– y Davillier mezcla con *jaleos* de Jerez[76] y *playeras* de Cádiz[77], forman parte de un universo desarrollado a lo largo del siglo XVIII, como tantas otras manifestaciones culturales, entrecruzándose nombres y formas, interpolándose y, en fin, hasta suplantándose en una lenta progresión en la que teatro, salones de ricos y reuniones de pobres se complementan y entre sí rivalizan. Luis Suárez Ávila –en un estudio inédito que ha tenido la generosidad lúcida de permitirnos manejar[78]– enumera una gran cantidad de denominaciones de subgéneros que, en realidad, vendrían a ser uno solo:

jaleos, bolero jaleado, jaleos de los panaderos, jaleos de Cádiz, jaleos de Jerez, jaleos gitanos, jaleos flamencos, chufas o chufillas, juguetes o juguetillos, documentados en el siglo XVIII y durante todo el XIX, son el mismo género y estirpe aligerada de cantes festeros [...], las bulerías, las cantiñas, el almorano, el mirabrás, las rosas, los torrijos, las romeras, los caracoles, las alegrías [...]. Yo creo que jaleos y bulerías son nombres que se solapan. La primera grabación, en placa, de unas bulerías, con ese nombre, data de 1907[79].

Y en todas ellas con lo que Faustino Núñez llama *tarabillas*, juegos vocales y repetitivos sin significado lógico pero cuya finalidad es el ritmo: *tirititrán*, *leleré*, *loleilo*, *tiritití*, *tran-tran*, *tarará*, *faralá*, *alalá*, *ay lilí*, para acompañar o adornar glosolalias rítmicas del tipo «toma que toma, que toma», etc.[80]. Adornos, o tiempos que se concede el cantaor para recordar o para tener un respiro mental mientras se apresta para el siguiente verso o estrofa, que contribuían a confundir aun más a extranjeros que, no pocas veces, malcomprendían, o no comprendían en absoluto, el castellano.

En ocasiones, los viajeros, por acción o por omisión, coadyuvan a situar o esclarecer algún aspecto parcial, algún término, aunque pocos. Tal es el caso de «flamenco». Es bien conocida la polémica existente en torno a la

etimología de esa palabra, así como los dislates vertidos para explicarla. Desde el insostenible origen inventado por Blas Infante –cuyos conocimientos de árabe eran manifiestamente mejorables–, que achacaría el vocablo a un inexistente árabe (*felah-mengu*, [sic], que no hay por donde coger ni en el plano fonético ni en el semántico) de claro sentido victimista («campesino expulsado», según él) y muy acorde con las expectativas políticas del notario de Jerez, hasta chistes como basar la denominación en el modo con que levantan los flamencos una pata, lo cual resumiría la actitud tantas veces chulesca –dicen– de las gentes flamencas. Lo cierto es que Davillier –ya muy avanzado el XIX– desconoce la palabra, indicándonos así que ni su documentación ni sus informadores eran perfectos. Por el contrario, Wilhelm von Humboldt (1799) nos da una pista que va por el buen camino: «en Cádiz hay una calle del *Flamenco borracho*»[\[81\]](#), sugiriendo, sin pretenderlo, que ya se aplicaba a personas y a unas determinadas actitudes y conductas vitales. Pero ¿de dónde había salido? La única explicación documentada y coherente –y probablemente definitiva– que hemos visto hasta la fecha es la ofrecida por el ya citado Luis Suárez Ávila. En un excelente artículo[\[82\]](#) documenta varios ejemplos que fundamentan su tesis: de ser la denominación de un cuchillo, pasó a nombrar genéricamente a quienes lo portaban y, por ende, su forma de vida y el cante que interpretaban. En el lenguaje coloquial abundan ejemplos similares, recójalos o no el *DRAE*: «paletas» por albañiles, «plumillas» por periodistas o gacetilleros, «horteras» por mancebos de coloniales, «espadón» por militar... Hay más, pero resulta innecesario estirarse, porque Luis Suárez reseña varios casos a fines del XVIII donde se usa «flamenco» como sinónimo de «cuchillo». Reproducimos algunos: el sainete *El soldado fanfarrón* (1785) de Juan Ignacio González del Castillo; o el naturalista y marino guatemalteco Antonio de Pineda (1789) describe la ropa del hombre de campo argentino e incluye el «cuchillo flamenco»; o en la prensa del XIX se patentiza que la denominación «flamenco» está documentada a mediados de la centuria. Sin embargo, quien diera el espaldarazo final al uso de flamenco con su significado más habitual, fue Demófilo en su clásica antología *Colección de cantes flamencos* (1881), donde consagra el término, aunque ya se viniera utilizando con anterioridad. Y concluye Luis Suárez: «El término había pasado de ser la designación de un arma blanca a constituir una actitud ante la vida y una forma de interpretar los cantes, para terminar siendo el nombre de

todo un género que se ha convertido en la carátula tónica de la españolidad». Poco más hay que añadir al respecto.

La aportación de los extranjeros a los cantes y bailes que tanto les gustaban puede que no se circunscribiera a la mera observación y difusión *de oídas*. También pudo darse un trajín, en especial de danzas, entre Europa y Andalucía, una especie de movimiento *de ida y vuelta* en que el continente americano sería sustituido por el europeo y en este sentido apuntan las posturas de Luis Suárez y Gerhard Steingress^[83]: la atracción que suscita en Europa el mundo de los gitanos y del bajo pueblo español –hablamos de la primera mitad del XIX– atrae, en plena eclosión romántica, a compositores y coreógrafos, sobre todo franceses, a reinterpretar y modificar los «aires españoles» con el concurso de bailarinas locales o importadas, que son, o dicen ser, gitanas; de suerte que la Fanny Elssler, la Fouco, Eliza Rossana (Lola Montez), Marie Guy-Stephan, Pauline Duvernay recrean números que harían estragos entre los futuros viajeros, deseosos de prepararse mentalmente, sumergiéndose en *la vraie danse espagnole*. Y sin salir de París. La *cachucha*, la *guaracha*, el *fandango*, las *seguidillas gitanas*, el *jarabe*, el *olé gaditano*, la *sandunga*, las *peteneras*, el *polo*, etc. que allá se cuecen y muestran constituyen un híbrido –pese a presentarse como genuinamente andaluces– que prueba la preexistencia en Andalucía de esas melodías en estado puro, o amorfo, o en formación, y que habían sido prohijadas y corregidas para adaptarlas al gusto orientalizante y más agitanado aun, según los modelos y noción que el público francés ya tenía y que demandaba sin tregua^[84]. Entre 1833 y 1862 asistimos al auge del «género español» (o andaluz) en los escenarios de París. La escuela bolera hispana triunfa, de modo especial, entre 1850 y 1855, para agotarse hacia 1862 con la aparición de la famosa Lola de Valencia. En palabras de Gerhard Steingress, «fueron treinta años de un espejismo artístico entre España y París, marcado por la estética de lo popular-gitanesco de los bailes nacionales y de jaleo de procedencia española, por un lado y la del ballet francés y los bailes de otras naciones por otro»^[85]. Todo ello hace que un Poitou describa, ya en España, «un canto extraño y salvaje», entonado «con voz gutural y estridente», aunque esas danzas –no serían las mismas, obviamente– podían verse «en nuestros teatros de Francia»^[86]. Y provoca que Gautier^[87], en Vitoria, contemplando el bolero, se deje llevar por un arranque de sinceridad y sentencie: «*Les danses espagnoles n'existent qu'à Paris [...] Ô Fanny*

Elssler! Qui êtes maintenant en Amérique chez les sauvages, même avant d'aller en Espagne, nous nous doutions bien que c'était vous qui aviez inventé la cachucha!». Lo cual no significa que en España no hubiera danzas españolas, sino esas danzas españolas.

Sin entrar en grandes profundidades, el común de nuestros viajeros se pronuncia por unos orígenes del flamenco lo más exóticos posibles, de manera que si apuntan a entronques con el Imperio romano por el uso de castañuelas y por el carácter lascivo –dicen– del baile, tampoco renuncian a la necesidad de envolver en un aura orientalizante lo que oyen en cualquier parte. Tanto Poitou[88] como Davillier[89] señalan, sin más base que su gusto, a tan dispares y lejanas génesis. El segundo entronca a las *puellae gaditanae* de Marcial con las modernas bailaoras y aduce una «prueba»: el empleo de castañuelas, si bien reconoce que los crócalos romanos eran de bronce, no de madera; pero tampoco explica por qué en otros países neolatinos no hay flamenco aunque sí hubo crócalos. Por añadidura, tal vez sea ocioso recordar que las castañuelas no son esenciales, ni mucho menos, en los palos básicos del flamenco, palabra que –repetimos– ignora.

Que Edelfelt, cuyo paso por España fue fugaz, afirme que «peteneras y jaleos son canciones medio árabes»[90] podría perdonarse precisamente por lo efímero y superficial de sus observaciones, pero Davillier –como más arriba indicábamos– no es de los peor informados y cabría exigírsele más rigor. Da la impresión de estar siguiendo al pie de la letra los disparates de Serafín Estébanez Calderón sobre estos temas, de forma que desbarra afirmando antecedentes y etimologías que, en realidad, desconoce, como sucedía a Ford metido a etimólogo. Por ejemplo, asegura que el nombre caña «es árabe, derivado de *gaunia* [sic], que significa *canto*»[91], error que repite varias veces: obviamente, en escritura manual ha confundido la /n/ con una /u/ y por eso escribe *gaunia*. Para él, el origen árabe de «ciertos cantos» de Andalucía es indudable y deja volar su imaginación –bastante mediocre, todo hay que decirlo– en aras de una orientalización postiza que así, en bruto y sin matices, nunca hemos aceptado[92]:

Lo mismo que todos estos aires, las malagueñas tienen sin duda un origen moro, y son, sin haber sufrido alteración alguna, las mismas melodías que cantaban, acompañándose del laúd, los súbditos de Ibn al-Kamar y de Boabdil. Probablemente, las palabras mismas no son más que la traducción de algunos romances moriscos [sic][93] [...] los cantos estaban fijos en la memoria del pueblo, y todavía hoy no hay sitio apartado o montaña inaccesible de Andalucía donde no se escuche durante las cálidas noches del verano a los campesinos o a los serranos repetir canciones

de origen moro, como las rondeñas o las malagueñas[94].

Todas estas sugerencias –en múltiples casos afirmaciones rotundas– pueden resultar atractivas, como llamadas al misterio que son, o a la evocación de un pasado imaginario que, invariablemente, se presume más feliz y lírico que la actualidad, pero, de hecho, no pasan de constituir un intento de vestir con ropajes primitivos e historicistas a la observación costumbrista, clave central de todo el edificio construido por los forasteros. A partir de 1853 (primera documentación detectada por el hispanista holandés Arie C. Sneeuw) los «cantos andaluces» comienzan a conocerse como «flamenco»[95], pero el problema no es la denominación. Sabemos que la escuela bolera y el teatro menor, en las últimas décadas del XVIII, fueron decisivos como base de lo que luego se llamaría flamenco[96], junto al papel de artistas cada vez más profesionalizados y de unos bohemios de gustos agitanados: la tradición oral se altera y cambia por obra de la zarzuela y la ópera italiana «asimiladas por las clases populares urbanas»[97] y se conforma como producto híbrido en que la escuela bolera, institucionalizada a partir de 1750, declina en torno a 1820 y evoluciona admitiendo el agitanamiento, la inclusión de cantos y bailes andaluces y la cultura suburbana. La comercialización y el descubrimiento del interés que despierta en el extranjero tampoco habrían sido ajenos a evolución y cambios[98].

Entre las tradiciones, costumbres o peculiaridades folclóricas de España (música, baile, poesía oral, fiestas, religiosidad popular, etc.), hay una que nunca ha dejado indiferentes a los extranjeros, aunque entre los españoles siempre ha suscitado opiniones más matizadas o encontradas, incluida la indiferencia: nos referimos a los toros. Por descontado, no entraremos en la polémica de taurófilos y antitaurómacos, simplemente expondremos algunas posturas al respecto. Y no terciaremos en el asunto, no por carecer de opinión, sino por la esterilidad del intento: mientras haya una base económica que sostenga la fiesta y unas expectativas sociales que coadyuven, esta subsistirá. A menos que se prohíba. Y no parece que esa sea una buena solución, máxime en la seguridad de que, sin incentivo económico, nadie querría criar toros de lidia y, por tanto, se extinguiría la raza. Pero estas son consideraciones que a los visitantes no afectaban, ni suelen afectar. La opinión más común entre los viajeros es de rechazo, en términos que dan pie para extrapolaciones muy generales, útiles para condenar a todo el pueblo

español, a su barbarie, incultura y primitivismo salvaje, incluidos mujeres y niños. Por el contrario, los extranjeros entusiastas de las corridas –muchos menos en número pero acérrimos defensores y hasta propagandistas– ven en los toros, o imaginan, sublimes virtudes místicas y un talante estético que se mueve entre pasión, muerte y transportes celestiales de plasticidad y colorismo. Quizá unos y otros exageren y seguramente todos lleven algo de razón, según el aspecto en que fijemos la lupa, pero –repetimos– no intentamos añadir una opinión más en un campo en el que poco de nuevo se puede agregar. El problema de fondo (la mera existencia) se mantiene hasta nuestros días, pese a la introducción de petos para proteger a los caballos de los picadores, a la profesionalización total de los toreros, la supresión (hace ya muchos años) de crueldades colaterales e innecesarias para lo esencial (perros, banderillas o bolas de fuego, saltimbanquis, etc.).

Ninguna de esas modificaciones ha hecho, ni hará, decaer la enemiga antitaurina. Y, con mayor razón, los visitantes de hace uno o dos siglos mostraban su disgusto al encontrar un elemento prevaleciendo sobre todos los demás: la sangre, lo único que tomaban en cuenta. El toreo a caballo, como entretenimiento y lucimiento de nobles había ido decayendo durante el siglo XVII y sabemos que ya hacia 1720[99] prácticamente había desaparecido, suplantado por el toreo a pie, oficio y dedicación de plebeyos, que ocupaban así el vacío dejado por la aristocracia, por supuesto con remuneración; y hacia 1740 la fiesta está plenamente implantada, aunque con notables diferencias entre unos y otros reinos: en Asturias y Galicia nunca hubo una afición numerosa ni del todo entregada como en Madrid, Andalucía o Levante. Nuestros viajeros, pues, se topan, ya en el XVIII, con algo que se parece a lo actual, aunque sucesivas generaciones de toreros fueran depurando y añadiendo lances originales o pases nuevos: no es este nuestro objetivo. Pero sí lo es que –como en otros casos, por ejemplo el cante jondo– la primera ocurrencia que se les viene a las mentes es buscar a las corridas un origen exótico: los moros[100], en primer lugar. Maximiliano de Austria, cargado de sus propios tópicos eticistas y aristocráticos, no se contenta con la versión moruna, que reproduce en Granada[101], sino que va más lejos y aproxima sus ensueños caballerescos a la lidia: «Me resultaba difícil imaginarme a estos [moros], en su gravedad y vestido orientales, frente al toro; por el contrario, el brío y la fuerza propios de los godos me parecieron más acordes con ello. Esta costumbre mora ha desaparecido totalmente de

África [...] y todavía en nuestro denominado siglo humanista arrebatada a este pueblo caliente e incluso a cualquier llegado de fuera en el remolino del entusiasmo». No podemos recoger, ni resumidamente, todas las menciones, descripciones y relatos que los libros de viaje incluyen sobre los toros, pero sí digamos que no hay *Viaje a España* que pretenda serlo sin su (o sus) correspondiente capítulo dedicado a narrar las emociones, sinceras o afectadas, de los escritores, su horror morboso, las bascas de vómito que dicen sufrir, la crítica para las mujeres que se desmelenan o el furor entusiasmado de otros. El ya mentado archiduque Maximiliano declara su anhelo de presenciar «una de las pocas fiestas que le quedan a nuestro siglo sin nervio de la antigua época caballeresca»[\[102\]](#) y unos años antes C. Dembowski se proclama juez y parte: «... me vuelven loco estas fiestas [...] los extranjeros no dejan de reclamar contra este espectáculo. Es, por su parte, sensiblería de filántropos»[\[103\]](#). Davillier[\[104\]](#), que exhibe una *afición crítica*, señala cuanto de censurable tiene ante los ojos (carnicería de caballos, «bárbara diversión», etc.) pero augura que «dentro de cien años» [ya han pasado de largo], por mucho que se escriba contra la lidia, seguirán existiendo toros y toreros, porque «todo español lleva este gusto desde su nacimiento», lo cual ya es más discutible. Y el mismo Davillier arremete contra Lord Byron por condenar las corridas sin tener la menor idea sobre el asunto: denuncia que transmute a los pobres jamelgos cuyo papel es ser corneados en «nobles corceles que retozan con gracia», que describa al matador como «combatiente de lejos, con un venablo», o que denomine al toro «rey de los bosques».

En general, las críticas son fáciles de imaginar y de trasponer y reubicar de unos en otros autores. Los tópicos antitaurinos proliferan: George Ticknor[\[105\]](#), Stanislaw Broekere[\[106\]](#), Poitou[\[107\]](#), Matilda Betham-Edwards[\[108\]](#), J.F. Zielinski[\[109\]](#), todos en la línea previsible. Las expresiones usadas son intercambiables de unos a otros libros, por lo que huelga reseñar citas; entretenimiento feroz y salvaje, espectáculo de un pueblo bárbaro, crueldad de costumbres, obstáculo hacia la educación... Los críticos más inteligentes acuden a la ironía, como Casanova[\[110\]](#), que se maravilla retóricamente ante un espectáculo «tan bello, humano y razonable» que los pensadores locales no han caído en la cuenta de que otras naciones pueden prescindir de él. Pero tampoco faltan exaltados. Y si Nelson refería haberse mareado (en 1793) a la vista del destripamiento de cinco rocines,

alegrándose de las cornadas recibidas por dos toreros –«justicia poética»–, lady Holland sintetiza, quizá, los sentimientos de numerosos turistas, escritores o no: «desde el fondo de mi corazón, grito VIVA EL TORO cuando un hombre es corneado por la fiera. El único consuelo que tengo es que en estos pocos años han muerto ocho o diez toreros en Andalucía, sin contar los muertos por ahí fuera»[\[111\]](#).

La copiosa matanza de caballos es uno de los aspectos que más chocan a los espectadores foráneos –de ahí lo acertado de introducir el peto–, desde Casanova a Sienkiewicz, pasando por Edelfelt (que no se conduce por el toro, sino por los equinos) o Andersen (en una corrida de 12 toros se sale al quinto, tras ver morir a 10 jamelgos). La escabechina de caballejos despanzurrados y con los intestinos colgando conmueve, lógicamente, a los no acostumbrados, pero el pretexto taurino sirve para que cada viajero aproveche para mostrar sus preocupaciones: Poitou informa de que los toreros llevan el «traje andaluz»[\[112\]](#) (informados quedamos); Andersen se fija en la rechifla que sufre, en Málaga, un torero cojitrancos por una cornada[\[113\]](#); Edelfelt[\[114\]](#) se admira de que algún torero gane hasta 100.000 francos al año; Dembowski[\[115\]](#) se pasma del poder que, en la plaza, tiene el público, habiendo llegado a abroncar a Fernando VII por discrepancias sobre la faena de un matador; y Ford –inglés hasta las cachas–, que considera la corrida el sustituto del auto de fe, sostiene tranquilamente que los toros ingleses opondrían mayor resistencia a los toreros. En el fondo, cada quien utiliza la corrida –o el viaje entero– para arribar a las conclusiones que ya traía decididas de antemano. No siempre, no en todos los lugares, pero sí en muchos.

[\[1\]](#) R. Ford, cit., p. 124.

[\[2\]](#) C. Davillier, cit., vol. I, p. 455.

[\[3\]](#) J. Hager, *Reise von Wien nach Madrid im Jahre 1790*, pp. 82-90.

[\[4\]](#) C. A. Fischer, cit., p. 45.

[\[5\]](#) *Ibidem*, p. 90.

[\[6\]](#) *Ibidem*, p. 105.

[\[7\]](#) C. A. Fischer, cit., p. 106.

[\[8\]](#) *Ibidem*, pp. 116 y ss.

[\[9\]](#) *Ibidem*, p. 202.

[\[10\]](#) R. Beals y H. Hoijer, *Introducción a la antropología*, p. 645.

[\[11\]](#) M. A. Ladero Quesada, cit., p. 10.

[\[12\]](#) C. Dembowski, cit., p. 452.

[\[13\]](#) *Ibidem*, pp. 383-385.

- [14] J. Torrecilla, cit., p. 147.
- [15] L. Suárez Ávila, *Jaleos, gilianas vs. Bulerías*, p. 33, trabajo inédito.
- [16] *Ibidem*, p. 6.
- [17] Citado por E. Baltanás, cit., p. 26.
- [18] H.-C. Andersen, cit., p. 206.
- [19] G. Borrow, cit., p. 265.
- [20] C. Dembowski, cit., pp. 458 y ss.
- [21] R. Ford, cit., p. 256.
- [22] A. Pawinski, *Viajeros polacos en España*, p. 162.
- [23] E. F. Lantier, en J. García Mercadal, cit., vol. V, p. 612.
- [24] F. Presa González y A. Matyjarczyk, cit., p. 164.
- [25] E. Poitou, cit., p. 90.
- [26] *Ibidem*.
- [27] Y a E. F. Lantier, en J. García Mercadal, cit., vol. V, p. 612.
- [28] R. Ford, cit., p. 185.
- [29] E. Poitou, cit., p. 232.
- [30] C. Dembowski, cit., p. 386.
- [31] *Ibidem*, p. 371.
- [32] J. Torrecilla, cit., pp. 7 y ss.
- [33] *Ibidem*, p. 35.
- [34] M. J. de Larra, *Artículos de costumbres*, pp. 168 y ss.
- [35] B. Infante, *Andalucía desconocida*, p. 11.
- [36] L. Suárez Ávila, cit., p. 26, trabajo inédito.
- [37] Torrecilla, p. 33.
- [38] S. de Moncada, *Restauración*, pp. 213-216.
- [39] S. de Moncada, pp. 214-215.
- [40] *Ibidem*, p. 222.
- [41] Fanjul, «Gitanos y moriscos», en *La quimera de Al-Ándalus*, pp. 94 y ss.
- [42] S. de Moncada, cit., pp. 223 y ss.
- [43] *Ibidem*, p. 223.
- [44] P. Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías y discursos políticos*, p. 73.
- [45] ABC, 23-1-2005.
- [46] R. Twiss, cit., p. 130.
- [47] E. Poitou, cit., p. 190.
- [48] Véase en D. Mitchell, cit., p. 92.
- [49] *Ibidem*, p. 69.
- [50] A. Edelfelt, cit., pp. 190 y ss.
- [51] *Ibidem*, p. 195.
- [52] *Ibidem*, p. 191.
- [53] G. Borrow, cit., p. 138.
- [54] *Ibidem*, p. 122.
- [55] M. de Cervantes, *Obras completas*, p. 846.
- [56] M. Alemán, cit., vol. II, p. 466.
- [57] M. Casas, cit., p. 85.
- [58] W. von Humboldt, cit., p. 38, 112, 173, 178.
- [59] W. von Humboldt, cit., p. 39.
- [60] D. Mitchell, cit., p. 51.
- [61] M. de Austria, cit., pp. 112-114.

- [62] C. Davillier, cit., vol. I, p. 482.
- [63] E. Poitou, cit., p. 75.
- [64] A. Edelfelt, cit., p. 209.
- [65] G. Casanova, cit., p. 99.
- [66] D. Mitchell, cit., p. 33.
- [67] R. Twiss, cit., p. 116.
- [68] *Ibidem*, pp. 122 y 167.
- [69] J. Hager, cit., p. 68.
- [70] Broekere, en F. Presa González, cit., pp. 101-102.
- [71] C. Davillier, cit., vol. I, p. 32.
- [72] E. Poitou, cit., p. 193.
- [73] D. Mitchell, cit., p. 101.
- [74] S. Broekere, en F. Presa González, cit., p. 102.
- [75] C. Dembowski, cit., p. 385.
- [76] C. Davillier, cit., vol. I, p. 364.
- [77] *Ibidem*, vol. I, p. 360.
- [78] L. Suárez Ávila, cit., p. 13, trabajo inédito.
- [79] *Ibidem*, p. 31.
- [80] L. Suárez Ávila, cit., p. 30.
- [81] W. von Humboldt, cit., p. 175.
- [82] L. Suárez Ávila, «¿Flamenco?: una metonimia», *Revista de Flamencología*.
- [83] G. Steingress, ... y *Carmen se fue a París*.
- [84] L. Suárez Ávila, *Jaleos...*, cit., p. 21.
- [85] G. Steingress, cit., p. 51.
- [86] E. Poitou, cit., p. 75.
- [87] T. Gautier, cit., p. 59.
- [88] E. Poitou, cit., p. 76.
- [89] C. Davillier, cit., vol. I, p. 466.
- [90] A. Edelfelt, cit., p. 231.
- [91] C. Davillier, cit., vol. I, p. 490.
- [92] Véase Fanjul, «¿Trajeron los moros el lerele?», en *Al-Ándalus...*, cit., pp. 156 y ss.
- [93] C. Davillier, cit., vol. I, p. 314.
- [94] *Ibidem*, vol. I, p. 477.
- [95] G. Steingress, cit., p. 16.
- [96] *Ibidem*, p. 13.
- [97] *Ibidem*, p. 15.
- [98] *Ibidem*, p. 29.
- [99] Véase Torrecilla, pp. 138 y 150, citando a N. Fernández de Moratín.
- [100] C. Davillier, cit., vol. I, p. 67.
- [101] M. de Austria, cit., pp. 100 y 147.
- [102] *Ibidem*, p. 78.
- [103] C. Dembowski, cit., p. 128.
- [104] C. Davillier, cit., vol. I, pp. 67, 108, 359.
- [105] D. Mitchell, cit., p. 57.
- [106] F. Presa González, cit., pp. 123 y ss.
- [107] E. Poitou, cit., pp. 93 y ss.
- [108] D. Mitchell, cit., p. 96.
- [109] F. Presa González y A. Matyjaszczyk, cit., p. 56.

[\[110\]](#) G. Casanova, cit., p. 145.

[\[111\]](#) D. Mitchell, cit., p. 39.

[\[112\]](#) E. Poitou, cit., p. 94.

[\[113\]](#) H.-C. Andersen, cit., p. 122.

[\[114\]](#) A. Edelfelt, cit., p. 210.

[\[115\]](#) C. Dembowski, cit., p. 187.

VIII. Los convidados de piedra

Escribir algo al estilo de Harum al-Raschid que tuviese regusto de ese perfume árabe que todo lo impregna en España.
(W. Irving, *Cuentos de la Alhambra*)

La península Ibérica pertenece al conjunto socio-cultural europeo desde que se inicia la romanización (ca. 200 a.C.) y aunque pudo perder tal condición a raíz de la invasión musulmana del siglo VIII, la realidad es que España basó su construcción nacional, precisamente, en la decidida voluntad de no ser mahometanos. Como territorio periférico, situado en el extremo del continente, su historia presenta peculiaridades ajenas a otros países y que, con diversas alternativas, han dejado huellas más o menos visibles y determinantes de la sociedad y sus comportamientos y con distinta intensidad según las regiones. Obviedades todas que, sin embargo, cada vez es más necesario recalcar por la superposición de imágenes erróneas o resueltamente falsas que se ha ido produciendo sobre los hechos concretos. Y si en los capítulos anteriores nos centrábamos en la distorsión introducida por los viajeros acerca de mitos, carácter o formas de vida hispanos, en este abordaremos un punto que emborrona todo el mapa de España, por exotismo fácil, o por pereza, o por ignorancia que se adhiere a cualquier simpleza para garantizar la mayor dosis posible de pintoresquismo: el ser «árabe», o «musulmán» o, incluso «oriental» de nuestra tierra, sin que estos conceptos lleguen nunca a definirse y a analizarse con claridad.

El término «oriental» es lo bastante inconcreto y difuso como para permitir refugiarse bajo su cómodo paraguas del chaparrón de objeciones fundadas que se le pueden oponer. Ante la evidencia de pertenecer a la gran civilización europea (variante neolatina, con el bagaje de la Filosofía griega, el derecho romano y el germánico), base cultural y religiosa cristiana, tipo físico del Mediterráneo norte (con matices notables en algunas regiones: Galicia y Asturias) y desarrollo histórico paralelo e implicado con el resto del continente (feudalismo, Renacimiento, Ilustración, etc.), responden, primero los viajeros y luego los imitadores locales, magnificando minucias inconexas y de entidad discutible con frecuencia, para cimentar el carácter árabe, o moro. Y lo de oriental queda para los alardes de mala literatura, en especial

obra de extranjeros que tienden a igualar, o a entender como iguales entre sí, manifestaciones culturales diferentes de las suyas, aunque a veces las diferencias sean meramente superficiales. No repetiremos aquí argumentos y datos expuestos en dos libros anteriores^[1], al alcance de quien quiera informarse y adquirir una idea más completa sobre el supuesto arabismo de nuestro país, o al menos distinta de los tópicos y engaños habituales entre los feriantes que venden tan averiada mercancía, en la actualidad relanzados por el oportunismo de algunos gobiernos autonómicos o por el chantaje y presión violenta que los estados musulmanes ejercen sobre Europa. Dos son las ideas-fuerza de interpretación de esos libros y con su mención de pasada obviamos un resumen de la historia de al-Ándalus y de la España que, malamente, convivió con él primero y lo barrió y sucedió en toda la línea después: ni al-Ándalus fue un paraíso ni sus vestigios, globales y profundos, son muy fuertes y determinantes de la cultura española.

Y a partir de tales premisas retornemos a nuestros viajeros. Quizá el mismísimo Mérimée –turista por Grecia y Asia Menor en 1841– nos facilite mucho la comprensión de esa mentalidad *orientalista* con un texto modélico sobre el orientalismo de los escritores del tiempo. Mérimée «... a pesar del sol que quema, del polvo que ciega, de los insectos que le devoran a uno, del agua llena de barro, de la gente que te acosa, siempre se acordará del Oriente “*comme d’un premier amour*”, del “espléndido sol de Asia” en contraste con su “triste país de nieblas”»^[2], pero lo que más aprecia es la *libertad* (¡!), lejos de todo lazo y deber que le imponen las sociedades «*brillantes et polies*», o sea, la civilización francesa. Como otros literatos, incluso españoles contemporáneos nuestros, el autor no distingue entre su circunstancia e interés personal y la comunidad humana que lo circunda y llega a mencionar como ingrediente ejemplar de la vida en Turquía ¡la libertad!, por cierto, de modo análogo a como hace en la actualidad algún otro en Marruecos: si a él le va bien en sus intransferibles expectativas individuales, es manifiesto que también le irá al resto del mundo, ya turcos, ya marroquíes. Empero, esa exaltación de la libertad al mudarse de aires y librarse de las viejas obligaciones, no la inventó Mérimée, aunque no tiene por qué haber seguido modelos anteriores, sino la mera repetición de experiencias parejas: en *Las Cortes de la muerte* (Toledo, 1557), auto sacramental centrado en la conquista de América, el Mundo afirma: «¡Gran cosa es la libertad // y estar libres de mujeres // y de hijos, en verdad! // La

India gran calidad // tiene para los placeres». Y contesta la Carne: «El vivir allá es vivir; // que acá no pueden valerse. // Lo que yo te sé decir, // que pocos verás venir // que no mueren por volverse»[3].

Mérimée –como nuestros contemporáneos metidos a arabistas de ocasión y conveniencia– exhibe un diletantismo frívolo que escalofría, ora en Turquía, ora en España. Baste mencionar que la Anatolia por él visitada se hallaba en un régimen de despotismo –este sí verdaderamente «oriental», según el concepto de Marx– y sumisión absolutos, con desconocimiento total del significado de nociones como libertad, derechos o individuo. Y, no obstante, el francés descubría la libertad en Asia Menor, como en España se topaba con Carmen a cada paso, o con la ineludible morería hispana. Y no es el único.

Ya en los siglos XVI y XVII corría entre los europeos la especie de que los españoles eran sospechosos de judíos y moros, pese a –o precisamente por– las expulsiones y represión violenta de esas minorías, en un ejercicio de metonimia social –digamos– en que se tomaba la parte por el todo, muy a pesar de los resueltos esfuerzos de los españoles coetáneos por erradicar de su comunidad tales componentes; y, al tiempo, esa condena resumía la peor acusación posible en la época: ser moros y judíos, los unos personificados en los peligrosos turcos del momento y los otros con su sambenito de deicidas a cuestas. El folleto *Spanischer Türk* (1619) denuncia las atrocidades cometidas por mercenarios españoles en Alemania[4], ya inmersa en la Guerra de los Treinta Años. Y otro libelo similar los llama *schwartzte Sarazen* (negros sarracenos) y *faul gotisch Blut* (sangre podrida de godo), todo ello en armonía con la «destrucción» de América de De Bry, documentada en sus Grandes Viajes y en consonancia con la génesis y explotación de la Leyenda Negra. Y uno de los factores determinantes de la bestialidad de los españoles era ese componente sarraceno, que no por imaginario dejaba de influir en la concepción de los europeos. Doscientos años más tarde, Johann Gottfried Herder descubrirá la nobleza y excelencia intelectual de los orígenes moros, más o menos reales, al cambiar el rumbo desde fines del XVIII («la vida aventurera, de la cual están llenos los relatos de España, convierten al país allende las montañas en bellos desiertos, una tierra de ensueño gracias a nuestra fantasía»[5]). Pero Herder ve a los españoles como *veredelte Araber* (árabes ennoblecidos), *lichtbringer der europäischen Kultur* (alumbradores de la cultura europea), porque en «*Spanien war die glückliche Gegend, wo für Europa der erste Funke einer wiederkommenden Cultur schlug*» («en

España brotó la primera chispa de una cultura renaciente»[6]). Citamos solo a Herder, pero es toda una corriente emocional, más que científica o documentada, la que reconvierte el pasado musulmán de la Península en un edén de flores literarias y exquisitos logros artísticos. En el fondo –y como se verá con claridad en numerosos autores ingleses y franceses– la nueva interpretación, quizá sin intención malévolá en el caso de los alemanes, pero no así en otros, constituye una forma más de denigrar a España y los españoles: antes por identificarlos con la brutalidad, real o supuesta, de los musulmanes; a continuación, por el campo de acusaciones contra el castellanismo, el catolicismo y el casticismo hispano a que se prestaba la eliminación por los *bárbaros del norte* (con los cuales, al parecer, nada tenían que ver los europeos) de una cultura tan floreciente y conmovedora. Y aunque parezca mentira, aún subsiste este género de reproches en los horrorizados y justicieros mages de los turistas visitantes de la mezquita-catedral de Córdoba, o en los escritos de un Américo Castro. Por no agregar más nombres a la lista. En ambas líneas el objetivo final es el mismo: denostar a la España real, es decir, cristiana, latina y europea.

Del mismo modo que en la actualidad un fenómeno cultural determinado llega al gran público por los distintos medios de difusión existentes (libro, prensa, TV, radio, disco, cine, videoclips, Internet, etc.), enraizando de tal suerte en el imaginario colectivo, también en los siglos pasados se acudió a las vías disponibles, aun con mucha menor profusión por la precariedad de los sistemas de comunicación y registro. La literatura marchó de la mano de la pintura costumbrista y folclórica (un ejemplo excelente es Sorolla) o histórica (Henri Regnault o Alfred Dehodencq en Francia, Mariano Fortuna o Francisco Pradilla en España abordaron motivos morunos)[7], de forma que los mitos entraron a través de la lectura o de la estética visual, añadiéndose así a las tradiciones orales que ya circulaban por España (los romances moriscos, por ejemplo). Las ruinas árabes, combinadas con usos campesinos preindustriales –«medievales» sin remedio, para los viajeros–, proporcionaron yesca y estopa para incendiar los caletres europeos con la idea del andalucismo orientalista, una vida primitiva y salvaje sin tregua relacionada con beduinos y desiertos, sin percatarse siquiera de que la gran civilización árabe, en todas partes, ha sido fundamentalmente urbana. Pero todos aquellos turistas explican las costumbres hispanas, que consideraban demasiado a la ligera muy diferentes de las suyas, como un trasunto

indiscutible de la *herencia árabe*. Pobreza y miseria, gandulería e indiferencia ante el destino solo podían proceder de los moros y así se entendían los paisajes yermos, la violencia latente, la mala calidad de las posadas, la grandilocuencia, la cortesía grave, la hospitalidad (que en España hay que matizar mucho, cuando se da), los giros poéticos en lenguaje y pensamiento: elementos que formaban parte de un todo cuyo origen veían claro y que presentaba la ventaja de acercarles el «Oriente» con riesgos y gastos menores que acudir en su busca donde realmente se hallaba, aunque tampoco allá existiera en las formas fantásticas que había creado Europa desde el descubrimiento de *Las mil y una noches* por Galland.

Washington Irving, a través de «su» Alhambra, enfunda el carácter árabe a los españoles: pasión por el canto, leyendas de tesoros, misterios fascinantes, magia... atraen al extranjero y le inducen a ver –en un plano retórico– el cristianismo y la sociedad del tiempo como una suplantación, injusta propiciadora de avaricia, corrupción y persecuciones inquisitoriales que terminaron imposibilitando a la nación enfrentarse al desafío de otras potencias, en especial protestantes. Washington Irving proyecta esa negra evolución sobre su propio país, recién nacido, al cual exhorta a no seguir por el camino de España: conquista y expansión no bastan si en el interior se permite la omnipresencia de una fe excluyente y no se fomentan el trabajo y la autocrítica. Para él, el caso español no es asunto de arqueólogos y anticuarios, sino de la máxima actualidad pragmática. Y tanto cree en el componente moruno que hasta pone en boca de un supuesto «bajá de Tetuán» la desiderata de que algún día, al socaire de la decadencia hispana,

los moros conquistarían sus legítimos dominios y que no estaba muy lejos la hora en que se celebrase nuevamente el culto mahometano en la Mezquita de Córdoba y un príncipe musulmán se sentase en su trono de la Alhambra. Tales son la aspiración y creencia generales entre los moros de Berbería, que consideran a España, al-Ándalus, como se llamaba antiguamente, su legítima herencia, de la que fueron despojados por la violencia y la traición. Fomentan y perpetúan estas ideas los descendientes de los desterrados moros de Granada dispersos por las ciudades berberiscas[8].

Observaciones que, hoy en día, podrían tomarse como premonitorias, dado el curso de los acontecimientos presentes, aunque la invasión de capitales o inmigrantes provenientes de los países árabes requiera un tratamiento por extenso, pues ante un problema tan serio tampoco se debe frivolizar como si fuéramos franceses en procura de odaliscas de serrallo, de sensualidad

desaforada y misteriosa, siempre con la amenaza latente de la violencia «oriental». Una agresividad subterránea y peor que mejor reconducida u oculta en conmemoraciones y fiestas «testimonio del antiguo odio que muestra por ellos el pueblo español desde hace siglos, odio que se ha manifestado de una manera tan sorprendente en la reciente guerra de Marruecos» (Davillier[9]). Y la obstinación por arabizar, hasta en el aspecto físico a los españoles aparece en infinidad de autores, empeñados en vestirlos con almalafas o albornoces (Davillier, Amicis, Edelfelt, próximos en el tiempo los tres), aunque otros (Gautier o el mismo Amicis) acaben por reconocer que no hay tal y que los españoles visibles nada tienen de berberiscos. Maximiliano de Austria[10] ve en el placer sensual, como adorno de la vida, un «legado de los sabios moros»; comer con los dedos es para Joseph Hager una pervivencia árabe[11]; y Fischer[12] estima que la hospitalidad (*Gastfreundschaft*) es igualmente de origen árabe («... als einen Überrest alter maurischer Sitten, besonders in den südlichen»), sobre todo en el sur. Faltaría más.

Pero la asimilación entre moros y españoles –fuera de las fantasías literarias– no tiende a enaltecerlos ni es beneficiosa para ninguno de los dos grupos comparados y confundidos, sino, muy al contrario, constituye un modo de denigrar y alejar de Europa a los españoles y más nada. No hay conocimiento ni simpatía de fondo por los musulmanes y los tópicos sobre ellos circulan con igual desparpajo que acerca de nosotros: «[Los moros de Berbería] desconocen el entusiasmo desinteresado y la admiración por cuanto es grande y bueno, señales verdaderas e inconfundibles de un alma noble», dice Borrow[13] y de ahí su sorpresa ante el desinterés de un moro por visitar la Alhambra, o de otros en la catedral [*sic*] de Córdoba, impresión idéntica a la vivida por el autor de estas páginas con un conocido poeta iraquí (Abd el-Wahab el-Bayati) en los mismos lugares. Otros viajeros apuntan en la misma dirección de nulo aprecio real hacia los árabes, en tanto establecen una clara dicotomía entre los del pasado, circunscritos a los libros y por consiguiente inofensivos, y los visibles en el norte de África (Ford, Poitou), que les repugnan. La *raza árabe*, fundadora del Califato de Córdoba, recibe un trato diametralmente contrario al deparado a «... esas tribus salvajes y fanáticas de África que eran los almohades y los almorávides [...] aquellos bárbaros solo adelantaron la decadencia»[14]. Y el francés completa su exhibición histórica afirmando que los árabes «siempre han sido en España extranjeros más que

nacionalizados, una especie de acampados»[15], lo cual referido a los andalusíes posteriores al siglo IX resulta insostenible: una cosa es admitir que no eran españoles (idea del firmante[16]) y otra muy distinta negar que eran *de aquí*. La confusión entre tierra, etnia, sociedad, religión y cultura actúa arrolladora, aunque Poitou se valga de la expulsión de los moriscos –tras señalar su carácter de extranjeros– para zaherir otro poco a los españoles: «Con el tiempo, los moriscos se hubieran fundido en la masa de la nación y se habrían vuelto españoles»[17], proceso histórico que, tal vez, se hubiera dado –aunque estaba por ver–, si bien con la salvedad de que entonces ya no serían exóticos y pintorescos especímenes para goce de turistas y elegía de ingleses prepotentes: «Andalucía, antaño risueño jardín transformado en lo que ahora es desde que, por la expulsión de los moros de España, fue sangrada esta tierra de la mayor parte de su población»[18], acusa Borrow unas páginas antes del fragmento más arriba citado. ¿En qué quedamos, el islam y la condición de «árabes», son benéficos o destructivos y en qué grados?

El fervor turístico promoruno lleva a algunos autores a poner en duda la existencia de algo genuinamente español fuera de lo «puramente árabe»: sin ello no quedaría nada, afirma Edelfelt[19], haciéndonos dudar del estado mental y de la capacidad de percepción de quien eso escribe. Dejaremos al margen la contradicción en que incurren quienes sostienen –antes y ahora– la *pureza árabe* en España, las mismas personas que al tiempo esgrimen la retórica hueca del mestizaje en al-Ándalus (no hubo tal, sino *apartheid* de grupos yuxtapuestos) y nos centraremos en ciertas manifestaciones culturales que atraen la atención de los viajeros, por lo general a partir de ejemplos localizados que extrapolan y generalizan. El «carácter moro» de Valencia lo ve Davillier[20] en el traje de los huertanos: torso desnudo bajo el sol, un trapo a la cabeza y algo semejante a zaragüelles. De ahí a concluir que los valencianos son berberiscos no hay ni un paso. No importa la salida de los moriscos en 1609, ni la lógica aceptación de elementos culturales sueltos por los repobladores cristianos, ni la compleja y contradictoria política seguida por las autoridades españolas respecto a la vestimenta de mudéjares y moriscos: las afirmaciones de Davillier y de otros son en bloque, sin dudas ni fisuras. Pero la realidad histórica y social marchó por otros derroteros. En 1252 Alfonso X prohíbe a los mudéjares el uso de ropas de color blanco, rojo o verde, así como de calzado blanco o dorado, mientras a las mujeres

musulmanas se les veda ponerse camisas bordadas con cuellos dorados, o de plata, o de seda. Los contraventores pecharían con una multa de 30 maravedíes. En 1268 las Cortes de Cádiz agravan aún más la situación[21], pareja a la de los judíos («todos quantos judios et judias vivieren en nuestro señorío, que trayan alguna señal cierta sobre las cabezas, que sea atal por que conoscan las gentes manifiestamente cuál es judio o judia. Et si algunt judio non levase aquella señal, mandamos que peche por cada vegada que fuese fallado sin ella diez maravedís de oro: et si non hobiere de que los pechar, reciba diez azotes públicamente por ello», *Las siete partidas*[22]). A principios del xv, la regente Catalina de Lancaster (1408) dispuso que los mudéjares portasen un capuchón amarillo o una media luna sobre el hombro derecho. Y en las Cortes de 1480, ya bajo Isabel I, se reforzó la ordenanza de llevar distintivos especiales, en tanto se les prohibía usar patronímicos cristianos o mantener relaciones amistosas con la comunidad mayoritaria y se les cita habitualmente junto a grupos marginales (mujeres del partido, rufianes, etc.)[23].

Sin embargo, todo ese panorama de discriminaciones iba a cambiar a partir de 1500, cuando se intenta la asimilación y cristianización por decreto, es decir cuando pasan de mudéjares a moriscos: si oficialmente son cristianos, deben también parecerlo, en atuendo, onomástica, costumbres alimentarias, manifestaciones litúrgicas y de piedad, etc. Como fácilmente se puede colegir, la implantación y avance de estas formas culturales externas no fueron rápidos ni uniformes (los moriscos estaban circunscritos a Granada, Valencia y, en menor medida, Aragón), habiendo notables diferencias entre campos y ciudades, donde los poderes públicos ejercían un control y presión más claros, aunque Núñez Muley, en su famoso alegato ante Felipe II, asegura que «los hombres todos andamos a la castellana, aunque la mayor parte en hábito pobre»; y en el asalto al Albaicín en diciembre de 1568, los sublevados se quitaron sombreros y monteras y los cambiaron por bonetes rojos y turbantes blancos, como turcos, al revestir el atuendo la máxima simbología. Pero esta no era la España que contemplaban los viajeros de los siglos xviii y xix, pese a que algunos de ellos insistían en ideas del pasado, así Maximiliano de Austria exhibe un antisemitismo latente a la sazón en el centro y este de Europa[24]:

Su maldición, sin embargo, es el odio que todos los pueblos del mundo sienten contra el judío que irrumpió entre ellos hace centenares de años. El mismo mahometano permite que el judío lleve

el sombrero negro como señal distintiva, aunque no les hace falta, pues la naturaleza le ha estampado los rasgos imborrables de su pueblo.

La *sangre árabe*, el aspecto, los ojos moros son alusiones obligadas, en caótica mezcla con la indumentaria, incluida la inexistente («Si llevaran albornoz...») con el aparejo de las caballerías, o el carácter vengativo por *árabes* (en Murcia, Davillier[25]), o sea, se mezclan lo biológico, los factores culturales y la psicología social. Fischer[26], *a contrario*, señala que los habitantes de Vizcaya blasonan de no haberse cruzado con árabes ni extranjeros y, por tanto, son de lo más noble; Davillier[27] insiste varias veces en encasquetar albornoces a almerienses, huertanos de Alicante y Murcia, a cualquiera que se deje, en fin: «cetrinos como africanos, habrían llevado a maravilla el albornoz y más de uno, con toda seguridad, descendía de los antiguos súbditos de Boabdil [...] parecen más africanos que europeos [...] se les tendría por cabileños o por *fellahs* egipcios», demostrando así el autor haber visto pocos cabileños y aun menos *fellahs* de Egipto; Gautier, en Jaén, descubre a una niña de «*teint fauve et sa bouche africaine [...] ce type, qui se retrouve fréquemment à Grenade, est évidemment moresque*»[28], pero también en Illescas la hija de la patrona tiene ojos árabes[29]; Catherine Hartley[30], en Orense, hace hallazgos similares («la rapaza que servía en el café –una moza guapetona con ojos de árabe–»); Borrow[31] se obstina en enturbantar las cabezas de los maragatos, por su forma de rapárselas, para resultar más árabes; y Maximiliano de Austria[32] –cada loco con su tema– en la Fábrica de Tabacos sevillana encuentra gitanas trianeras sentadas «junto a sus hermanas de origen gótico-moro».

Lo más chocante de todas estas observaciones es la rotundidad de las aseveraciones, sin márgenes para la duda o los matices («Está fuera de duda que la herencia árabe de España...»[33]) y la razón, a nuestro juicio, es clara: la mercancía que ofrecían a sus lectores debía estar limpia de máculas o ambigüedades, España *era* como ellos la describían, como la habían descrito los maestros del género. Despoblación, sequía, calveros castellanos exigían, incluso a Joseph Hager[34] –que, como los otros alemanes, suele ser más lúcido– caravanas de musulimes camino de La Meca, beduinos y nómadas, mientras la orientalización explicaba el enclaustramiento de las mujeres «en la ciudad y en la buena sociedad»[35], la pereza y la propensión a la violencia que, paradójicamente, había de convivir con la «suave tolerancia de los moros», según Ford[36], quien quizá sea el más insistente y machacón en la

idea de la influencia árabe, u oriental, que para él llegan a convertirse casi en sinónimos. La cantidad de veces que el inglés esgrime la coletilla moruna es de tal magnitud que huelga reproducir ni una mínima parte de este tipo de alusiones. Para él, España es de por sí –siempre fue– un país «oriental» y «la tendencia oriental originaria recibió nuevo ímpetu gracias a la influencia árabe»[37], por descontado contrapuesta a los «godos ásperos que pasaban hambre en sus frías montañas», obviando que los tales godos serían, en principio y siguiendo esta clase de simplezas, los suyos.

Ford sentencia que la propensión a exagerar es oriental[38], del mismo modo que en España proliferan «tantas ideas hindúes de casta, pundonor, amor propio, limpieza de sangre, etc.» (y todo por el mal concepto, extendido, sobre el oficio de ventero)[39], pero la invitación a comer es, inevitablemente, oriental[40], como lo es el pienso a base de paja y cebada («el antiguo forraje oriental»[41]), que no sería resultado de la falta de heno (como en Galicia sí lo había, se limita a reseñar su mala calidad). El capitán general de una provincia «es como un pachá oriental»[42], «las clases altas siguen el principio oriental de no admirarse por nada»[43], en tanto las bajas tienen una idea vaga y misteriosa «como los orientales», ante los dibujos y notas del viajero[44]. La resignación es oriental[45], el *digitus impudicus* (la higa) de Marcial[46] también y el mal de ojo[47] y los caminos de herradura y el viajar a caballo[48] y el formar caravanas para protegerse en los viajes[49] (que se enteren los colonos del Far West) y la cocina nacional[50] y el sistema de trillar en eras con acémilas y trillos[51]. Todo es oriental. No ya árabe, o hispanoárabe, o moruno, no: oriental. Las moralejas de ideología barata asoman por doquier: «... y como estos semiorientales desidiosos observan con envidia al forastero que mira o pregunta, tienden a responderle con recelo, evitando contestar claramente...»[52]; «el indígena, como el oriental, no espera encontrar nada [en las posadas]»[53]; «los españoles, como los orientales, sienten gran temor a que se sospeche que llevan dinero encima [...] las clases bajas en España, como en Oriente, son generalmente avaras [...] la idea de encontrar tesoros escondidos, que predomina en España como en Oriente»[54]. Aunque a continuación reconoce que invasiones, guerras, desgobiernos inducen en todas partes a convertir los bienes en oro y a esconderlo); «cada familia trabaja para cubrir sus sencillas necesidades y costumbres y, teniendo muy poco dinero con que comprar lujos extranjeros, se visten y alimentan como los beduinos, o sea con el producto de sus campos

y cosechas»[55]. Por fin descubrió la economía de subsistencia.

La orografía, el clima, las circunstancias concretas de un viaje, la tecnología y su tecnoeconomía consiguiente, todos los condicionamientos materiales, en suma, no cuentan. Tampoco la psicología social resultado de situaciones paralelas y, por tanto, rastreables según criterios de poligénesis. Nada de eso importa, porque todo es oriental. Ford desgasta de tal manera el adjetivo que llega a no significar nada y, por añadidura, se siente tan seguro de estar afirmando una evidencia que no ve la necesidad de demostrar nada: sus postulados son verdades inmanentes.

Los moros, como seres pretéritos dotados de condición mágica y prestigio especial aparecen relacionados con tesoros ocultos. Nuestra exposición sobre «Los mouros en Galicia»[56] constituía un avance en este sentido, aunque en el caso gallego se trata de personajes aún más deletéreos e inconcretos que los de Andalucía, son más bien duendes, o genios, que moros semejantes a los verdaderos. Por lo que respecta al sur de la Península, el realismo no es mucho mayor pero sí adopta sobreentendidos y sugerencias de connotaciones más próximas a la épica. Gautier adjudicaba a cualquier ruina de Granada kilómetros y kilómetros de pasadizos, túneles y espeluncas sin fondo en las que guardianes moriscos custodiaban sorprendentes tesoros, historias que oíamos relatar en nuestra infancia en el norte de España (hasta señalando las bocas de los túneles, que contemplábamos con respeto supersticioso e inquieto) y que hoy en día seguimos escuchando en el sur, como si los habitantes de la España medieval se hubieran pasado la vida horadando minas y socavones. Pero es lo que hay.

Cuando Edmundo de Amicis visita la Alhambra[57], en 1872, las palabras que más repite son misterio, magia, espejismo, sueño, arcano, fascinación... y recrea sultanas y patios misteriosos porque «la Alhambra había empezado a ejercer sobre mí aquella misteriosa y profunda fascinación a la que nadie puede escapar y que nadie sabe expresar», un terreno perfecto para buscar tesoros, se encuentren o no (por lo general, no). El procedimiento discursivo es escapismo puro: al no ser nadie capaz de explicar en qué consiste tal sensación, se puede intentar colar cualquier tomadura de pelo, como hace nuestro contemporáneo Pedro Martínez[58] en sus prosopopéyicos y muy repetitivos escritos sobre la «realidad simbólica de al-Ándalus»: «Tanto para árabes como para españoles, al-Ándalus está muy lejos de ser motivo extinguido y enterrado [...] Irá adquiriendo por ello a lo largo de este largo e

íntimo proceso, mayoritariamente, valores y dimensiones emocionales, en no escasa medida inconscientes, y que con relativa facilidad pueden ir perfilándose como contradictorias. Como corresponde a una realidad que ha dejado de ser material y se sitúa a partir de ese momento en el universo de la idea. No es extraño por ello que al-Ándalus se sienta y se exprese entonces como una pasión inefable y se recurra principalmente, para presentarlo, para describirlo, para exponerlo al sugestivo y polisémico universo de la metáfora». Dejemos al margen engolamientos y quedémonos con nuestros viajeros, que si abusaron de metáforas, también lo hicieron de tesoros. Y si Davillier[59] nos habla de un tesoro morisco oculto en el barranco de Guarnón, en Sierra Nevada, Borrow ya lo había hecho en Santiago y todos siguen a uno de los principales guías de este género de viajes: Washington Irving que, en Archidona, acumula varios de los motivos literarios más recurrentes, el mendigo narrador, el rey moro que esconde las riquezas, la Virgen que conduce al ejército de la reina Isabel por una vereda misteriosa (la intervención de una fuerza sobrenatural, o de un pastor, en esta clase de batallas de cerco nos lleva desde el traidor Efiltes de las Termópilas hasta las Navas de Tolosa, reproduciéndose siempre la misma plantilla). No obstante, es preciso señalar en honor a Irving que –al igual que en otros pasajes– no deja de poner un comentario de lógica y escéptica cordura al indicar la función compensadora –en los sentimientos de frustración social y penuria económica de los pobres– que desempeñan estos cuentos de tesoros míticos: el narrador, pobre, tuvo la fortuna al alcance de su mano pero, al fin, quienes cavaron y se enriquecieron fueron el cura y el notario (antihéroes, con frecuencia, en el mundo rural). La fantasía consuela de las carencias reales, igual que sucede con los tesoros subterráneos gallegos y entra dentro de lo normal y esperable que se endose a los protagonistas más exóticos de los posibles la titularidad y vigilancia de semejantes portentos.

En la idealización romántica del moro, en general, se obvian los aspectos negativos de la dominación musulmana, aunque, a veces, alguna truculencia venga bien para picar a los lectores. Pero la pretensión de prohibir el viejo juego del chaquete, ya mencionado por Heródoto[60]; la persecución del ajedrez, como propugna el alfaquí sevillano Ibn ‘Abdun[61], siguiendo a los teólogos orientales (estos de verdad) más intransigentes[62]; o la formidable batería de iniquidades, sevicias y crímenes que ofrecen las crónicas históricas árabes, no solo a manos de los emires tenidos por «malos» (al-Hakam I, por

ejemplo[63]), sino de los canonizados por la posteridad como excelsos (Abderrahmán III[64]), no eran materia que se compadeciera con la exquisita finura y tierna sensibilidad postulada para «la romántica historia de la dominación árabe en España», en palabras de Irving[65]. De suerte que, un poco por seguir la corriente romántica en boga y un mucho por desconocimiento de la Hispania musulmana y de la historia y arqueología de España en conjunto, los errores, los datos falsos y las apreciaciones ajenas a la realidad se deslizan masivamente en los escritos de los viajeros, también en el capítulo moruno. Así, Irving reseña que los cinco «mandamientos» [sic] del islam son ayuno, peregrinación, limosna, ablución y guerra contra los infieles, con lo cual deja fuera oración y profesión de fe (que sí forman parte de los «pilares», *arkan*) e introduce otros dos, los últimos, que propiamente no figuran entre los cinco. No es una equivocación secundaria, sino que denota el grado de conocimiento del autor sobre el islam en un asunto básico.

Por consiguiente, no debemos extrañarnos si Gautier estima que Irún está toda enjalbegada con cal «según la usanza árabe»[66], o que el mismo escritor ya perciba «en Valladolid la proximidad del Oriente»[67]; o si el subteniente polaco de infantería, al servicio de Napoleón, Stanislaw Broekere considera que el muy gótico castillo de Bellver, en Palma, lo construyeron «los árabes»; o porque Richard Twiss (1773) vaya imaginando fortalezas árabes por doquier, desde el alcázar de Segovia a otros en Zamora, Toro, Simancas, Almansa o Sax (algunas de estas fortificaciones pudieron tener algún resto o principio de construcción musulmana pero, en conjunto, no se deben definir como tales)[68]; o, finalmente, si el impresentable indocumentado Poitou asegura que, en el siglo XVI, las reinas y princesas de España llevaban siempre velo por obligación.

También los paisajes, los cultivos (o la ausencia de ellos), el hábitat resultante..., todo es árabe, ya se trate de ambientes urbanos o de campo abierto. El calor abrasante, los eriales esteparios, la escasa vegetación en comarcas enteras introducen a España en un común denominador africano, de consuno con la *raza* y con las *costumbres*, sin remedio musulmanas. Y en ese sentido –más bien sinsentido– apuntan casi todos, sin dárseles un ardite de la relatividad de tales observaciones en unos casos, o de la resuelta incongruencia con la realidad en otros, con climas variados, o húmedos puramente, incluso en Andalucía, con la máxima pluviométrica de España en Grazalema (Cádiz). Tampoco la orografía, los terrenos ondulados, las

diferentes altitudes, el bosque mediterráneo, el monte bajo, navas, campos, fragas, vegas feraces, la totalidad de variantes de paisajes españoles son parte suficiente para contener el aluvión de tópicos: «La vida en el campo español es una existencia de beduino oriental»[69]. Y por ahí circulan todos, mezclando las superficialidades en la percepción con las interpretaciones históricas a base de simplezas, churras y merinas bien arrejuntadas en apriscos de bardas maleables, que se estiran o encogen a gusto del autor. La ruina y despoblación del país se atribuyen a la expulsión de los moriscos, una de las más caras y exitosas falsedades repetidas por tirios y troyanos («la mayoría de los pueblos catalanes se quedó vacía; Sierra Morena, cubierta entonces de cultivos, está desde aquella época casi desierta»[70]: tal vez sea ocioso aclarar que en Cataluña había escasos moriscos y en Sierra Morena ninguno). Ignorantes por ingenuidad o adrede[71], inciden en la idea de que la agricultura estaba en manos de los moriscos, cuando no era así – globalmente– ni en Valencia, donde sí subsistía una numerosa minoría criptomusulmana. Caro Baroja, atinadamente, distinguió entre agricultura en general y horticultura, rama en la que sí trabajaban bastantes moriscos (en Valencia y Aragón), aunque ni siquiera en las mejores tierras[72].

Cualquier imagen sirve para arabizar el escenario, con decidido designio de ignorar el resto que la rodea. Washington Irving, utilizando la palabra «árabe» en la acepción todavía subsistente en árabe coloquial de «beduino nómada», por contraposición a población urbana (la noción de «árabe» en sentido cultural y político amplio es posterior, fines del XIX, con al-Kawakibi) describe las campañas españolas del modo que le interesa: «... una recua de mulas que camina perezosamente por el llano, como una caravana de camellos por el desierto; o un solitario jinete, armado de trabuco y puñal, que merodea por la llanura. De este modo, el país, los vestidos, el aspecto mismo de sus moradores, participa del carácter árabe»[73]. Y Pedro Antonio de Alarcón remata la faena dotando de vida a las piedras, lo cual puede excitar literariamente la imaginación, pero contribuye poco a entender mejor la composición sociológica y cultural de España: «cada peñón, cada cueva, cada árbol secular sería de juro un monumento de la dominación sarracena»[74]. Como se ve, Cernuda no inventó aquello de los aires impregnados de morería que más arriba citábamos.

Tampoco los paisajes urbanos se salvan. Davillier asegura «lo más interesante que los españoles poseen se lo deben a los moros, lo mismo en las

artes que en la agricultura»[75] (no se entiende por qué la Alhambra va a ser más interesante que la catedral de Santiago, o la Giralda más que el monasterio de El Escorial: es obvio que el tipo confunde «interesante» con distinto del patrón francés) y pasa a una generalización difícil de sostener cuando estima que los cascos urbanos comprimidos, de calles estrechas y empinadas son, por necesidad, de origen árabe, así como la cubrición de las casas en terrados planos, en algunas comarcas de Granada y Almería: «Almería, con sus casas blancas, rematadas por techos planos y azoteas, tiene un aspecto completamente árabe. Sus calles, estrechas, tortuosas y escarpadas, recuerdan mucho a ciertos barrios de Argel»[76]. Y en verdad los recuerdan, pero también viceversa y en muchos casos sin relación genética ninguna: todas las ciudades europeas de antiguos centros intramuros se asemejan en estas características (desde Alsfeld o Linburg an der Lahn hasta Nördlingen o Bamberg) y si en ellas no se emplea más el color blanco es, simplemente, porque la humedad no lo permite. En cuanto a los techos planos que –repetimos– sobreviven en algunas comarcas del sudeste, tienen más que ver con la climatología que con la raza o personalidad de los moradores, en su totalidad descendientes de repobladores norteños, ya se trate de la comarca de Níjar o de las Alpujarras: ¿es que la cubrición a dos aguas, con tejas, del norte de Marruecos es muy española, o tan solo nos hallamos ante elementos coincidentes de una comunidad mediterránea?

Las imágenes de la Alhambra, reproducidas a gran escala por *L'Illustration*, *Le Monde Illustré*, *La Illustrazione Italiana*, o por el *Semanario Pintoresco Español* y la *Ilustración Española y Americana*[77] hicieron estragos en el imaginario europeo sobre España, país al que cubrieron de alhóndigas, alfices y ajimeces, en tanto nuestras calles debían llenarse –según ellos– de albornoces, almalafas y zaragüelles. Pero no había tal, al menos en las proporciones elefantiásicas que hubieran querido. Y si Amicis, a su paso por Córdoba, nos increpa con un «¿Por qué no os vestís como los árabes?»[78], Edelfelt, pintor, no se queda a la zaga y concluye «aquí tendría uno que ir vestido con turbante y ropa hasta los pies»[79], seguramente para hacer juego con los Cristos y las Dolorosas, enrejadas o no, que presiden calles y plazas, con los palacios renacentistas y las iglesias barrocas: todo sea por la armonía y la pureza visual. Pero para el finlandés «Córdoba se parece a Palestina, tal como me la imagino por los grabados y dibujos [...] como si estuviera en los tiempos del Antiguo Testamento, rodeado de monumentos moriscos [...]

Jerusalén y Belén habrán tenido este aspecto»[80]. El «aspecto de ciudad mora» (por las calles estrechas, las torres y murallas) que encandila a Davillier en Valencia[81] ya había suscitado el rechazo del academicismo ilustrado español un siglo antes, con exponentes ilustres, como Antonio Ponz que, a nuestro juicio, erraban por el rumbo contrario:

La mayor parte de las calles de Sevilla, que están muy mal empedradas, quedaron en el desorden y angosturas en que las dejó la superstición o rusticidad morisca, y así se han mantenido hasta ahora otras muchas [...] si el odio que justamente se concibió a su secta, trajes y obras prácticas, se hubieran concebido a su modo de fabricar, ya haría siglos que no tendría Sevilla que envidiar a ninguna ciudad de Europa [...] Esta mala planta y deformidad de las ciudades no se remediará jamás sino haciéndolas de nuevo[82].

Pero nuestro objetivo aquí no es redescubrir las formas y grados en que los neoclásicos abominaban de corrientes y órdenes anteriores, sino resaltar las exageraciones en la interpretación «árabe» de campos y ciudades, o la simple invención, por parte de los viajeros. Davillier ofrece abundantes perlas del género. Veamos algunas: en la catedral de Tarragona –según él– «se encuentra una bella arcada en herradura del más puro estilo árabe, cuyos adornos e inscripciones datan al menos del siglo x»[83], pero –para su desgracia– el edificio fue construido entre fines del XII y fines del XIII, en puro estilo gótico, con un claustro manifiestamente cisterciense, semejante al de Poblet y Fontfroide, inspiración y origen del trabajo; también nos habla del «castillo moro de Chinchilla»[84], al que tanto se refieren los forasteros, pero, de hecho, sobre una fundación visigótica se alzó el famoso «castillo moro», del cual solo queda algún elemento suelto, pues prácticamente todo cuanto se ve data del siglo XV, cuando don Juan Pacheco, marqués de Villena, en 1449 acometió su reconstrucción. La mera forma redondeada de las torres ya debería ser un tanto sospechosa para, al menos, moderar los entusiasmos morunos. Pero en Alicante, Davillier se destapa y deplora que no haya ningún monumento árabe, lo que habría conferido a su visión más color, una mejor fibra para que en ella reconocieran sus lectores a la verdadera España. Sin embargo, el patinazo más espectacular del francés tal vez lo constituya la relación que ofrece de Úbeda y Baeza, en verdad portentosa[85]: «Baeza es el verdadero tipo de pueblo árabe de Andalucía, con sus murallas y sus torres erizadas de almenas», lo cual también puede predicarse de Ávila, sin ir más lejos, pero no contento con la anodina descripción, se contradice a sí mismo fijando la toma de Baeza en 1239 (antes[86], había dicho que en 1227, que es

la auténtica fecha) y de la ciudad solo reseña unas esculturas de Gaspar Becerra (siglo XVI) que «acompañan al águila bicéfala de Carlos V». De Úbeda todavía dice menos («una de las ciudades de Andalucía donde se ha conservado mejor el carácter árabe. Uno se pregunta recorriendo aquellas calles tortuosas y escarpadas, cuyas antiguas casas negras se aproximan casi hasta tocarse, por qué no llevan aún los habitantes el traje árabe [otro con la misma tabarra]. Parece como si el albornoz blanco del siglo XIV, de largos pliegues flotantes, les sentaría mucho mejor que la chaquetilla corta andaluza [...] *No ha conservado nada de su esplendor pasado* [¡!: la cursiva es nuestra, S. F.], a no ser algunos bajorrelieves del Renacimiento, casi enteramente borrados por los pilluelos de la ciudad, que los usan como blanco para adiestrarse en tirar piedras»). A esto se reducen para él el arte plateresco, el renacentista y barroco de ambas ciudades. O no las visitó y se limita a repetir tópicos sobre el «carácter árabe», o la búsqueda de rarezas morunas lo ciega. Todo podría ser, pero la inexistencia de ningún dibujo de Doré acompañando al exiguo texto que les dedica, refuerza la idea de que aquí Davillier habla de oídas y se conforma con lo que estima seguro: la morería.

Fischer considera que por Cádiz se sigue construyendo al «estilo africano» a causa del clima, es decir con terrados, patios, enjalbegado, habitaciones grandes (lo cual contrasta vivamente con lo percibido por otro alemán, Jerónimo Münzer, que visitó Granada en 1494, cuando las formas moras de construir estaban vivas de verdad, y describe las casas de los musulmanes como muy reducidas y con estancias minúsculas[87]; Poitou[88] estima que las azoteas de Jerez la revisten de «carácter árabe» y se deleita morosamente en la topiquería habitual acerca de la magnificencia y esplendor de las ciudades andalusíes, su intelectualidad, artes, ciencias, etc., en un confuso *totum revolutum*[89], no menor que el suscrito por Ford[90] cuando asegura que «las modas de los moros no cambiaban, ni tampoco hay grandes diferencias entre aquellas de sus obras que fueron construidas en el siglo IX y las del XV», descubriendo una ignorancia muy notable del arte árabe, el pensamiento, el vestido y unas cuantas cosas más, pese a tanto como dice admirarlos. Claude Cahen nos aclara mucho las ideas en este punto de las *influencias* musulmanas en arquitectura, en especial en lo referente a la edificación civil, o popular: «No hay razón para suponer que el precedente yemení, es decir, La Meca, haya pesado más sobre la ciudad de los países conquistados que la simple tradición de estos países; incluso los *amsar*, que

respondían a una nueva necesidad, no pudieron ser concebidos sobre un tipo arábigo preexistente»[91], porque, amén de los condicionamientos materiales y climáticos, la arquitectura popular es una arquitectura de conjuntos, donde el constructor intenta mantenerse dentro de una tradición y en ella la comunidad perpetúa formas armónicas recibidas del pasado sin hacer ascos a elementos sueltos procedentes de otras construcciones (columnas, rejas, puertas, ventanas), de cualquier estilo y en ausencia de «estilos históricos», aunque a veces pueda ser un reflejo, más bien ingenuo, de esas formas cultas. No hay periodos estilísticos en este tipo de construcciones y sus variaciones, lentísimas, «son más de fondo que de forma»[92]. Las mismas primeras mezquitas levantadas por los invasores musulimes en Egipto (la de ‘Amr ibn al-‘As) o Hispania (la primera fase de construcción de la mezquita de Córdoba, la de Abderrahmán I) son trasuntos de arquitectura popular local, que reutilizan capiteles y columnas de edificios anteriores. Y todavía la muralla norte de El Cairo fatimí (siglo x) luce impresionantes moles pétreas pobladas de bajorrelieves faraónicos y expoliadas en templos y tumbas. Y nada de vergonzoso ni culpable hay en ello, si somos capaces de contemplarlo con la lógica que otorga la perspectiva temporal.

Maximiliano de Austria, en Sevilla, deja desbocarse a su exaltación romántica, inmerso en «la poética época árabe», y de ella arrastrado cree que la casa-tipo sevillana es, al menos, una copia de las de los moros (patio, ventanales enrejados, pórtico resaltado, etc.)[93], cuando no hay tal cosa: como es sabido, responde a modelos renacentistas. Del mismo modo atribuye a *los mahometanos* la invención del azulejo[94], confundiendo difusores con inventores y –al igual que otros autores– estima que «[La Casa de Pilatos] en Sevilla es un delicado edificio de la fantasía de la época de los moros»[95]. Lo malo de estos errores de apreciación o información no es su mera existencia, sino las elucubraciones que acompañan o a que dan lugar. Su visión de la sociedad islámica se mueve entre tópicos no menos crujientes que los dedicados a España: el placer de los sentidos se manifiesta en el alcázar sevillano (construido y reconstruido por cristianos, casi todo lo visible) y por tanto «el espíritu de los califas pervive todavía en estas habitaciones [...]. Una suntuosa tienda real, con columnas delicadamente talladas, sobre la que se han echado brocados de oro, tapices de India [...]. El islam solo permite a sus creyentes durante el peregrinaje en la tierra una casa pasajera, una acampada en una campaña de conquista, sin tregua, hasta que la

espada del Profeta haya conseguido someter todo el globo»[96]. Y no falta «el trono resplandeciente del rey, sentado en el cual recibía cada año el tributo del país en forma de cien de las más hermosas doncellas»[97]: esta llamada a las fantasías eróticas, junto a la evocación de soberanos y tronos, parece casi una premonición del futuro –y trágico– destino del fallido emperador de México. Claro que el pintor Edelfelt achaca a Carlos V la destrucción y desfiguración del alcázar, «de manera que ya no tiene, en absoluto, el mismo carácter que tuvo originalmente»[98]. La verdad es que Carlos V tuvo poca parte en las sucesivas modificaciones del Alcázar y, en todo caso, si en él subsiste algo «árabe», es de época almohade, entre «los colorines chillones con que trató de rejuvenecer la decoración el duque de Montpensier, cuando lo adoptó por residencia, son interesantes como antigualla de mal gusto isabelino»[99], en expresivas palabras de Pijoán.

Y si Maximiliano se exalta en Sevilla, en Granada lo hace con más razón: en la Alhambra, o en la Alcaicería, «donde en la época orgullosa de los califas se exponía a la venta la seda de Damasco para los vistosos vestidos orientales»[100]. Pero, lógicamente, el monumento hispano-musulmán que más atrae la atención es la fortaleza-palacio de los nazaríes, envuelta en comentarios pedestres y mediocres: «La Alhambra es un poema oriental»[101]; «es como la flor de la poesía árabe, una flor rara pero encantadora, pintada aún con los vivos colores de Oriente e impregnada completamente por los perfumes extraños y penetrantes de Asia»[102]; hay que imaginar el Patio de los Leones «lleno de flores, sultanas y esclavos»[103], porque «se quiera o no, uno acaba compenetrado con lo oriental»[104], de suerte que se empareja la admiración por la civilización andalusí –muerta y bien muerta y, por tanto, nada peligrosa, sobre todo para un finlandés– a la hostilidad al catolicismo y al recuerdo (ya más no había) de la España hegemónica de antaño. Pero incluso en este capítulo de los loores y halagos al pasado establecían sus matices, en especial si este por algún resquicio, de cualquier manera imaginable, podía afectar al viajero vivito y coleando: Matilda B. Betham-Edwards (*Through Spain to the Sahara*, Londres, 1868) llegó a decir que «de haber sido un espíritu, no hubiese abandonado nunca la Alhambra, pero que siendo un cuerpo [...] concretamente un cuerpo protestante, la idea de morir en Granada le horrorizaba»[105].

La lengua y la literatura, u otras formas lúdicas, como medio de

comunicación y expresión de sentimientos que son, atraen sin remedio la atención y los veredictos de los viajeros, que offician de improvisados filólogos, folcloristas o etnógrafos *avant la lettre*, con escaso éxito y seriedad por lo común. En su descargo podemos aducir que, hasta muy entrado el siglo XIX, en todas partes cocían succulentas habas y los lingüistas, estudiosos del folclore o la sociología de la literatura se movían por intuiciones y apariencias más que por discursos de análisis científicos. Hacían lo que podían y hemos de agradecerles, cuando acopiaron materiales o aventuraron teorías cuyos errores –al detectarse– facilitaron la elaboración de conclusiones más sólidas y fundadas. Y después de todo, no olvidemos que aun hoy en día todavía hay gentes, grupúsculos de feministas más exaltadas que leídas, o simples periodistas metidos a divulgadores, que siguen tomando en serio ensayos como *Los orígenes de la familia* de Engels. Si en 1997 todavía el periódico *El País*[\[106\]](#) aseguraba que en el habla de Andalucía hay «un acento especial –el andaluz– de original fonética árabe», no podemos ser inmisericordes con Amicis[\[107\]](#) cuando achaca a los árabes el origen de nuestra jota, que a él –como italiano– le resultaba especialmente difícil de pronunciar; ni siquiera con Gautier, quien en una fonda burgalesa donde nadie hablaba francés, se vio forzado a desplegar «su» castellano y desollarse el gaznate con los estertores de «l’abominable jota, son arabe et guttural qui n’existe pas dans notre langue»[\[108\]](#); o con Casanova, que deja volar su fantasía:

Todo el mundo sabe que la lengua árabe es abundante en aes. Y los eruditos no se equivocan al deducir de ello que el árabe debe de ser la más antigua de las lenguas, puesto que la «a» es la más fácil de todas las vocales porque es la más natural. No se deben considerar bárbaras, en la bella lengua española, las dicciones en las que no hay otras vocales: ala, achala, Aranda, Alamada, Acara, bacala, Agapa, Agrada, Agracaramba, Álava, Alamata, Albadara, Alcántara, Alcaraz, alcabala y otras mil más que producen el efecto de hacer a la lengua castellana la más rica de todas las lenguas[\[109\]](#).

De manera que recuerda mal, inventa o interpreta arbitrariamente fonemas y significados. Para zanjar, con buena jota, estos escarceos fonetistas, meramente remitimos a Rafael Lapesa: «El español no ha incorporado ningún fonema árabe»[\[110\]](#), o para la evolución de /j/, /x/, /s (sh)/, /g/ a partir del XVI, véase el mismo autor[\[111\]](#).

La petulancia y suficiencia de Ford nos incitan a ser menos indulgentes con él. En este capítulo exhibe, como en otros, un pequeño muestrario de

sandeces: asegura que «parador» deriva del árabe *warada*[\[112\]](#), «pararse», según él (en realidad, «llegar»), cuando, obviamente, es un derivado de «parar»[\[113\]](#); para el inglés, «gacho», en árabe, significa «vuelto hacia abajo»[\[114\]](#) y de ahí lo habría tomado el español, aunque no explica de dónde lo saca; «gazpacho», en otro alarde de creatividad británica, significaría, en árabe, «pan empapado»[\[115\]](#); «Sierra» (de montañas) procedería «del árabe *sehrah*, que significa terreno sin cultivar»[\[116\]](#) (*sahra*, en realidad «desierto»); «cerro» provendría del árabe *cehro* (¿?). Y así.

Si buscan –y encuentran– influencias en la lengua, en la literatura no va a ser menos, ya se trate de obras cultas («Campoamor era un poeta erótico al estilo de Horacio, casi musulmán en el campo del placer carnal», dice Wincenty Lutoslawski[\[117\]](#) en 1886, al parecer no muy enterado de cómo se aburren los musulmanes en esas lides), basándose en que «en España, solo los árabes cultivaban las artes y las ciencias, solo ellos tenían astrónomos, médicos, arquitectos e ingenieros»[\[118\]](#); o ya se aborden la tradición oral y el folclore. Si Fischer descubre que las gentes de Guetaria bailan «el fandango», como veíamos más arriba, tampoco le duelen prendas para endosar (en Almaraz) a los moros la costumbre de llevar serenatas a las mujeres[\[119\]](#); como George Sand relata que una madre cantaba una nana «muy monótona, muy triste, muy árabe»[\[120\]](#), partiendo de la dudosa base de que cualquier canturreo tiene que ser árabe; o tal cual Irving experimenta una «salvaje complacencia» al escuchar esos «cantos heredados de los moros, según la opinión común»[\[121\]](#) y es que, para él, los musulimes de acá «solo pensaban en el amor, la música y la poesía»[\[122\]](#). A Borrow[\[123\]](#) una abuela gitana le narra, por supuesto, historias de puñaladas y venenos, pero también otras «de la tierra del moro», extremo verosímil si no fuera acompañado de un despliegue exagerado de historias similares. Y Maximiliano de Austria[\[124\]](#) mezcla genes y cultura ateniéndose a ideas por entonces muy en boga y que aún coleean en nuestro tiempo: «Dos de los bailes presentados se acompañaban con el canto. Llamarlos melódicos y hermosos sería entusiasmo exagerado, pues aunque los sonidos lleguen de los labios de las andaluzas, se queda en un ganguero bárbaro que, como tuve ocasión de reconocer, proviene de la sangre árabe».

En otros lugares hemos comentado por extenso[\[125\]](#) la dudosa relación *árabe* con el flamenco, o con formas vivas del folclore español, aquí nos limitaremos a señalar que Austria está repitiendo las ideas circulantes en su

momento, mezcladas con el recordatorio de la «sangre».

Por bajo de estos enfoques de idealización folclórica del Buen Salvaje suele latir una conciencia de superioridad del narrador-descriptor, tanto respecto a los españoles reales como a los ensalzados moros. Chateaubriand[126], hablando de los moriscos de Túnez, apunta algo cierto, pero con un matiz *pro domo sua*: la cerrada endogamia de los mismos (voluntaria o forzada) los mantenía aparte del conjunto de la población tunecina «por la elegancia de sus costumbres y la benignidad de sus leyes», en definitiva porque eran europeos trasplantados al África (un siglo más tarde, un arabista como Lévi-Provençal seguía repitiendo idéntica cantinela); aunque a la viceversa el carácter africano, o árabe, revistiera a ojos de estos escritores misteriosas virtudes y excitantes cualidades que los distinguían de la mediocridad y falta de interés propias de los españoles verdaderos, presentes o pretéritos. Y casi huelga aclarar que usamos los gentilicios «europeos», o «árabes», en sentido irónico. En todo este capítulo de la morería hispana late un clima generalizado de convención tópica, aceptada de antemano y nunca sometida a revisión. Su apoyatura real bascula sobre textos históricos, desentrañados en tiempos recientes y que jamás fueron –ni son– del dominio popular y sobre oscuras historietas locales, envueltas en un mar de sobreentendidos, de elementos que se dan por hecho y por tanto no se discuten, pero cuya realidad ni está, ni estuvo, casi nunca clara. Como veíamos más arriba, de vez en cuando un viajero reconoce, muy a su pesar, que el fenotipo de los españoles, incluso en el sur, tiene poco o nada de árabe o norteafricano (no digamos en el norte), pero su observación pasa desapercibida al no encajar en el mito. También los españoles del tiempo, en ocasiones, se apeaban del desbocado corcel de la fantasía y reconocían el absurdo, pero sin consecuencias prácticas: «... no sé qué pueril devoción a los Moros, ingénita a los andaluces», dice Pedro Antonio de Alarcón[127], uno de los especialistas del género. Pero también el contacto con moros de carne y hueso provocaba la visión de aspectos poco meditados en la España de entonces –en la cual resultaban quiméricos, en la de hoy no tanto–, ante los cuales el escritor se circunscribe a levantar acta sin opinar nada, quizás por la lejanía de las pretensiones de sus interlocutores: [En Marruecos] «... aquellos fanáticos islamitas, semibárbaros en su vida externa, místicos y soñadores en lo hondo de su alma, dejábanme entrever, cuando la afectuosidad de una larga conferencia los hacía menos recelosos y desconfiados, esperanzas informes y

remotas de que la morisma volviese a imperar en nuestra patria»[\[128\]](#). Un futuro envidiable, vaya.

Jesús Torrecilla[\[129\]](#) entiende y describe bien el proceso de asimilación, por parte española, del mito moruno; de qué manera, procedente de Europa, lo asumen los autores españoles, de peor o mejor grado, como una forma de auparse a sí mismos a través de unas gentes que vivieron aquí y que, al menos en el plano declarativo o simbólico, los europeos admiraban. Sin embargo, la aceptación no fue nunca general ni exenta de reticencias graves, como no podía suceder de otro modo, ya por textos como el precitado de Alarcón, o por toda la obra de arabistas de la talla de Simonet, cuyos críticos presentes (con la ventaja de un siglo y medio de perspectiva, se dice pronto) harían bien en emularle en la calidad de sus aportaciones en vez de hurgar en cuestiones secundarias (muy vistas y vistosas hoy en día: qué originalidad) como su catolicismo militante. Y, en definitiva, un caso paralelo a los ataques de indocumentados actuales contra Menéndez y Pelayo.

Ya desde el XVIII, Étienne François Lantier admiraba las tierras «donde reinaron ellos, el lujo, las artes, los placeres y la galantería»[\[130\]](#), en rudo contraste con la España inepta y decadente que veía. O decía ver. Los ejemplos de José Morales Santisteban (1838) o Miguel Agustín Príncipe (1847) son bien expresivos del grado de idealización moruna[\[131\]](#) a que podían llegar los desmelenados románticos hispanos al proponer sin ambages la vuelta a ese pasado glorioso, de técnicas excelentes y prodigiosos logros morales y artísticos. No les interesaban ni el cotejo con los reales moros coetáneos, ni la búsqueda de información sobre al-Ándalus para procurarse una imagen más próxima a lo sucedido: la condena de la España del instante –con tantas lacras como arrastraba– era suficiente para imaginar bonanzas y virtudes en quienes fueran los enemigos del pasado perdido, una tesis a la que se sumaban encantados los «progresistas» del tiempo. Pero, en palabras de Torrecilla:

Quando Alarcón defiende el carácter moro de su patria y el vallisoletano Zorrilla canta a Granada con disfraz musulmán, o cuando el canario Galdós crea personajes manchegos de rasgos orientales y la gallega Pardo Bazán reivindica el ardor meridional de los andaluces semiafricanos como representación de una España más auténtica, es necesario conceder que la interpretación venida de fuera ha encontrado amplio eco en la Península[\[132\]](#).

A partir del movimiento romántico hispano, aparecerán, para quedarse, el buen moro, la bellísima mora, el sabio moro y hasta el tolerante rey moro. Y

a principios del xx Francisco Villaespesa disfrazará de modernismo su *Aben Humeya* y su *Alcázar de las perlas*[\[133\]](#). En los mismos días, Blas Infante combinará el esencialismo con un etnocentrismo mesiánico y una insuperable retórica vacua en la que se mezclan la invención de la historia de Andalucía (habla de «andaluces» ya un milenio antes de Cristo), la idealización de al-Ándalus (arte y trabajo sin finalidades prácticas, asegura y se queda tan ancho) y la exclusión de la mitad de los andaluces (la población urbana) por no pertenecer a la «raza pura» andaluza que –según él– es la rural[\[134\]](#). Si estos excesos etnicistas eran difíciles de sostener en otras partes de España (Arana, Prat, Bóveda, Castelao), en Andalucía lo eran mucho más, dada la feliz afluencia masiva, desde el siglo XIII, de españoles de todos los lugares imaginables, pero el etnocentrismo necesita mitos y no cabe duda de que los referentes a al-Ándalus proporcionaban un manantial inagotable. Por consiguiente, desde el mismo siglo XIX se acude, por parte de españoles (políticos o escritores con su catecismo *progresista* bajo el brazo) a la utilización parcial, en todos los sentidos del término, de los estudios que los arabistas iban alumbrando, desconociendo –como bien señala Miguel Cruz Hernández[\[135\]](#)– que si en los reinos cristianos medievales se estudiaban y traducían obras árabes, esto no se debía a un gran deseo de conocer y difundir el islam y su cultura, sino al objetivo de transmitir a la Europa latina y cristiana cuanto de útil hubiera entre los musulmanes en ciertas materias, en especial si procedían del legado helenístico. Se prefirió a los filósofos, a veces sofistas venidos a más (al-Kindi, al-Farabi, Avicena, Avempace, Aben Gabirol, Averroes, Maimónides), a los teólogos, los juristas, los esotéricos o los místicos. Huelga repetir aquí una historia, ni siquiera sucinta, de los estudios árabes en España –máxime existiendo los trabajos de Manuela Manzanares y Jaime T. Monroe[\[136\]](#)– pero sí cumple señalar que cuando, llenos de entusiasmo, Miguel Asín Palacios y Emilio García Gómez –sin duda los dos arabistas más interesantes y significativos del siglo XX– fundan las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada (1932) y la revista *al-Ándalus* (1933), estaban coronando un largo y penoso camino iniciado en tiempos de Fernando VI con las primeras excavaciones en la Alhambra, continuado por el libanés Miguel Casiri (catalogador de los manuscritos de la biblioteca de El Escorial, *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*, 1760-1770), o por la *Historia de la dominación de los árabes en España*, en la cual su autor –Jose Antonio Conde– desmelenado partidario de la morería, ofrece

una visión tan fantasiosa como mal documentada. Los arabistas del XIX (con excepciones como Simonet) se suman al carro romántico de la exaltación moruna, que ellos no habían inventado pero que les sirve de cobertura ideológica a la par que pintoresca –algo fácil de vender– de la base de sus estudios. Y hasta obrando de buena fe, creyendo en cuanto decían, como sucede a la pareja Asín-García Gómez en su declaración de intenciones en el primer número de *al-Ándalus*:

El arabismo español, a diferencia de lo que ocurre en muchas naciones de Europa, ni es para nosotros una pura curiosidad científica, sin contacto con el medio ambiente y desarraigada de todo interés humano, ni enlaza el fervor espiritual con conveniencias mercantiles o imperialistas. Los estudios árabes son, para nosotros, una necesidad íntima y entrañable, puesto que [...] se anudan con muchas páginas de nuestra historia, revelan valiosas características de nuestra literatura, nuestro pensamiento y nuestro arte, se adentran en nuestro idioma...[\[137\]](#).

Buenas intenciones idas –a fines del siglo XX, cuando ya habían desaparecido los fundadores– por el sumidero de los meandros burocráticos y el caciquismo personalista y excluyente del CSIC. Y dudamos mucho que García Gómez, Asín, Ribera, Ocaña Jiménez, Oliver, Terés y los mismos exaltados del XIX, se prestaran a sumarse al desguace de la Nación y la sociedad españolas en aras de obtener miguitas del festín o ventajas profesionales, en este caso con la imaginaria morería hispana como pretexto. Los arabistas –con excepciones: *rari nantes in gurgite vasto*– han renunciado a aportar lo que podría ser su mejor contribución –informar y clarificar– en un momento crítico como el presente, en que tenemos de nuevo al islam dentro de casa, aunque así renuevan su vocación de gremio esquivo y apartadizo, ajeno a los intereses de la comunidad humana que les paga el sueldo. De poco sirve pronunciar conferencias ante nutridos públicos de 12 personas –conocidas de toda la vida, aunque no amigas– que de antemano saben por dónde irá la intervención, con felicitación y saludos finales incluidos, minutos antes de darse codazos en el pasillo abundando con mordacidad en el imperdonable olvido del perorante, que descuidó mencionar una imprescindible nota a pie de página que el despellejador incluyera en su último artículo aparecido en el *Journal of Semitic Studies* (un poner): la ciencia es la ciencia. Escenas costumbristas y bufas dignas de Cadalso, Mesonero Romanos o Larra, que hasta resultarían chistosas, de afectar a algo más que una minúscula taifa con escasa influencia en la sociedad española, perfectos convidados de piedra.

Pero nada de eso afectaba a los escritos de los viajeros: si ellos crearon el mito moruno de España, no iban a seguir a sus epígonos españoles, ni siquiera cuando ya eran contemporáneos, por ejemplo en la segunda mitad del XIX o principios del XX. Los extranjeros habían creado el modelo, los de acá –como tantas veces– se limitaban a copiar lo venido de fuera. Un embeleco que, en la actualidad, cobra tintes siniestros.

- [1] S. Fanjul, *Al-Ándalus...*, cit.; y *La quimera...*, Madrid, cit.
- [2] F. R. Trives y P. Prénéron, cit., p. 46.
- [3] Laitenberger, «Historia y comedia: La conquista del Perú», en T. Berchem y H. Laitenberger (coords.), *Lengua y literatura en la época de los descubrimientos*, p. 126.
- [4] D. Briesemeister, en J. M. López de Abiada y A. Lopez Bernasocchi, cit., p. 108.
- [5] «Die Entwicklungen, das Abenteuerleben von dem die spanischen Romane voll sind, machen das Land hinter dem Gebirge, die schöne Wüste, unserer Phantasie zu einem Zauberland», Briesemeister, en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi, cit., p. 100).
- [6] *Ibidem*.
- [7] A. Edelfelt, cit., p. 36.
- [8] W. Irving, cit., p. 118.
- [9] C. Davillier, cit., vol. I, p. 140.
- [10] M. de Austria, cit., p. 148.
- [11] J. Hager, cit., p. 60.
- [12] C. A. Fischer, cit., p. 114.
- [13] G. Borrow, cit., p. 209.
- [14] E. Poitou, cit., p. 207.
- [15] *Ibidem*, p. 36.
- [16] S. Fanjul, *La quimera...*, cit., pp. 54 y ss.
- [17] E. Poitou, cit., p. 210.
- [18] G. Borrow, cit., p. 198.
- [19] A. Edelfelt, cit., p. 266.
- [20] C. Davillier, cit., vol. I, p. 49.
- [21] R. Arié, «Le costume des musulmans d'Espagne», *Arabica*, XII, 1965.
- [22] *Las siete partidas*, Partida VII, Tit. XXIV, Ley XI, p. 675.
- [23] M. A. Esteban y M.^a J. Izquierdo, «Pecado y marginación», en *La ciudad medieval*, p. 149.
- [24] M. de Austria, cit., p. 122.
- [25] C. Davillier, cit., vol. I, p. 162.
- [26] C. A. Fischer, cit., p. 58.
- [27] C. Davillier, cit., vol. I, p. 309; I, p. 160.
- [28] T. Gautier, cit., p. 253.
- [29] *Ibidem*, p. 225.
- [30] C. G. Hartley, en G. A. Garrido, cit., p. 318.
- [31] G. Borrow, cit., p. 269.
- [32] M. de Austria, cit., p. 103.
- [33] M. Defourneaux, cit., p. 142.
- [34] J. Hager, cit., p. 61.
- [35] M. Defourneaux, cit., p. 142.

- [36] R. Ford, cit., p. 179.
- [37] *Ibidem*, p. 179.
- [38] *Ibidem*, p. 93.
- [39] *Ibidem*, p. 92.
- [40] *Ibidem*, p. 75.
- [41] *Ibidem*, p. 67.
- [42] *Ibidem*, p. 35.
- [43] *Ibidem*, p. 37.
- [44] *Ibidem*, p. 32.
- [45] *Ibidem*, p. 100.
- [46] *Ibidem*, p. 88.
- [47] *Ibidem*, p. 86.
- [48] R. Ford, cit., p. 40.
- [49] *Ibidem*, p. 101.
- [50] *Ibidem*, p. 70.
- [51] *Ibidem*, p. 67.
- [52] *Ibidem*, p. 11.
- [53] *Ibidem*, p. 63.
- [54] *Ibidem*, p. 25.
- [55] *Ibidem*, p. 40.
- [56] S. Fanjul, *Al-Ándalus contra España*, pp. 205 y ss.
- [57] E. de Amicis, cit., pp. 302-314.
- [58] P. Martínez, *Pensando en la historia de los árabes*, pp. 160-162.
- [59] C. Davillier, cit., vol. I, p. 278.
- [60] Heródoto, *Historia*, vol. I, p. 170.
- [61] Ibn 'Abdun, p. 161.
- [62] Goldziher, «The Shu 'ubiyya», en *Moslem Studies*, vol. I, p. 155.
- [63] La Revuelta del Arrabal (818) en Córdoba, la Jornada del Foso en Toledo (806), o las crucifixiones de nobles que recoge la *Descripción anónima de al-Ándalus*, vol. II, pp. 136 y ss.
- [64] Ibn Hayyan, *Muqtabis*, vol. V, p. 41; y V, p. 252.
- [65] W. Irving, cit., p. 119.
- [66] T. Gautier, cit., p. 44.
- [67] *Ibidem*, p. 94.
- [68] R. Twiss, cit., pp. 56, 67, 140, 154, 168, etc.
- [69] R. Ford, cit., p. 260.
- [70] E. Poitou, cit., p. 210.
- [71] M. Defourneaux, cit., p. 18.
- [72] S. Fanjul, *La quimera...*, p. 58; *Al-Ándalus...*, cit., pp. 56 y ss.
- [73] W. Irving, cit., p. 23.
- [74] P. A. Alarcón, cit., p. XIV.
- [75] C. Davillier, cit., vol. II, p. 309.
- [76] *Ibidem*, vol. I, p. 309.
- [77] Véase A. Edelfelt, cit., p. 39.
- [78] E. de Amicis, cit., p. 241.
- [79] A. Edelfelt, cit., p. 220; véase también C. Davillier, cit., vol. I, p. 292.
- [80] *Ibidem*, p. 220.
- [81] C. Davillier, vol. I, p. 49.
- [82] A. Ponz, cit., tomo IX, Carta VI, Prgf. 94-96, vol. 3, p. 149.

- [83] C. Davillier, cit., vol. I, p. 37.
- [84] C. Davillier, cit., vol. I, p. 146.
- [85] *Ibidem*, vol. I, pp. 291-292.
- [86] *Ibidem*, vol. I, p. 264.
- [87] Münzer, p. 109.
- [88] E. Poitou, cit., p. 120.
- [89] *Ibidem*, p. 41.
- [90] R. Ford, cit., p. 212.
- [91] C. Cahen, *El islam*, vol. I, p. 150.
- [92] C. Flores, *Arquitectura popular española*, vol. I, p. 36.
- [93] M. de Austria, cit., p. 71.
- [94] *Ibidem*, p. 82; al respecto, véase S. Fanjul, *Al-Ándalus...*, cit., pp. 127 y ss.
- [95] *Ibidem*, p. 102.
- [96] *Ibidem*, p. 86.
- [97] *Ibidem*, p. 84.
- [98] A. Edelfelt, cit., p. 204.
- [99] J. Pijoán, cit., vol. XII, p. 500.
- [100] M. de Austria, cit., p. 148.
- [101] E. Poitou, cit., p. 184.
- [102] *Ibidem*, p. 186.
- [103] A. Edelfelt, cit., p. 190.
- [104] *Ibidem*, p. 194.
- [105] A. Edelfelt, cit., p. 38.
- [106] L. Feduchi, «El cortijo», *El País Semanal*, 24-08-97.
- [107] E. de Amicis, cit., p. 127.
- [108] T. Gautier, cit., p. 63.
- [109] G. Casanova, cit., p. 83.
- [110] R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, p. 145.
- [111] *Ibidem*, pp. 383 y ss.
- [112] R. Ford, cit., p. 64.
- [113] Al respecto, véase J. Corominas, cit., y *Diccionario de Autoridades*.
- [114] R., Ford, cit., p. 83.
- [115] *Ibidem*, p. 153.
- [116] *Ibidem*, p. 203.
- [117] F. Presa González y A. Martyjaszczyk, cit., p. 113.
- [118] E. Poitou, cit., p. 54.
- [119] C. A. Fischer, cit., p. 147.
- [120] G. Saud, *Un invierno en Mallorca*, p. 57.
- [121] W. Irving, cit., p. 24.
- [122] *Ibidem*, p. 116.
- [123] G. Borrow, cit., p. 125.
- [124] M. de Austria, cit., p. 112.
- [125] S. Fanjul, *Al-Ándalus...*, cit., pp. 156 y ss.
- [126] F.-R. de Chateaubriand, cit., p. 131.
- [127] P. A. de Alarcón, cit., p. XV.
- [128] *Ibidem*, p. XV.
- [129] J. Torrecilla, cit., pp. 97, 100, 103, 180.
- [130] E. F. Lantier, en J. García Mercadal, cit., vol. V, p. 729.

[131] J. Torrecilla, cit., p. 103.

[132] *Ibidem*, p. 181.

[133] M. Cruz Hernández, *Los estudios islamológicos en España en los siglos XIX y XX*, p. 486.

[134] B. Infante, cit., pp. 5-8.

[135] M. Cruz Hernández, cit., p. 483.

[136] Véase en la bibliografía.

[137] Revista *al-Ándalus*, I (1933).

IX. Carmen, en el paro

*Ya me voy, ya me estoy yendo
pal lao de Chilca Juliana,
ay, veditay, nadie sabe
las que pasaré mañana.
(La olvidada, chacarera argentina).*

Si Mérimée, Irving o Ford resucitaran y contemplasen la España actual, lo más probable –puede afirmarse sin gran esfuerzo imaginativo– es que quedasen desilusionados y frustrados al ver perdido todo su afán por construir una imagen, sus muchas páginas, las incomodidades en ventas y diligencias. Sentirían como extraños a los habitantes de La Viña gaditana, Alcázar de San Juan o Sigüenza, obsesionados con «la Red», las marcas de ropa o el próximo verano. Los paisajes naturales, más o menos reconocibles (menos de cuanto de modo implícito y no muy pensado tendemos a creer) les producirían la rara sensación de oír una lengua cuyas palabras conocen en su totalidad pero de la que no comprenden, en conjunto, absolutamente nada. Los perfiles urbanos aun resultarían más decepcionantes: centros de ciudades y pueblos arrasados, más por la estupidez que por el negocio, suburbios impersonales de barrios peor que mejor yuxtapuestos unos a otros, habitantes apresurados aunque, eso sí, chillones y desconsiderados como siempre, primer punto de conjunción con el pasado.

Bien es cierto que los muertos vivientes podrían, tal vez, opinar algo semejante de sus propios países. Descubrir que el mundo y las sociedades cambian no es gran aportación, pero aceptar y asumir en lo más íntimo la dimensión de esos cambios sí resulta un esfuerzo complicado y, por lo general, poco cumplido. Las lenguas evolucionan, podan vocablos y generan otros, modifican su fonética; se sustituyen los cultivos y talan los bosques; las nuevas vías de comunicación arañan de manera indeleble los paisajes. Es ocioso insistir más en algo tan evidente, sin embargo el recurrente juego de la máquina del tiempo, tan explotado por el cine y la literatura, no les satisfaría, por no reconocer la imagen de España que dejaron petrificada en sus páginas y por estar, en el fondo, involucrada su propia biografía, el mayor compromiso: cuestionarse a sí mismos y la idea que de su vida forjaron. El recuerdo siempre tiende a ser superior a lo visible, goza de su intangibilidad

material, del plus imaginativo que el humano le otorga en la búsqueda de la felicidad y del mundo ideal, unas veces en el espacio, otras en el tiempo, pero de ordinario embellecido, inasible, incomparable.

Pero Carmen murió. O se ha volatilizado entre injertos de silicona, viajes a las Seychelles y natalidad reducida. Y Carmen, como en las páginas precedentes, solo es el símbolo. España se ha *normalizado*, tal cual denunciaban escandalizados algunos de nuestros viajeros al ver erigirse fábricas o tender vías férreas. El país debía seguir siendo pintoresco y exótico, para disfrute de *ladies* y *madamas*, que así accedían a un pseudo-Oriente más asequible. Una normalización que –en la práctica y como en los restantes países occidentales– consiste en una simplificación bárbara del lenguaje, de la cultura y el pensamiento. Cuanto más se profundiza en especialización técnica en áreas parciales, más se banalizan y reducen los factores básicos de superación cívica, moral y de raciocinio: la música, limitada a ritmo; la canción a interjecciones y monosílabos; los libros, en retirada general. Las tendencias dominantes en España no difieren de las preponderantes en otras partes.

Sabemos de la industrialización durante el franquismo, de la consiguiente desaparición de la población rural, de la apertura de la sociedad al exterior y de la inmersión en corrientes uniformizadoras y miméticas mucho más fuertes que las del XIX, por el poder inmensamente mayor de los actuales medios de comunicación. No se trata de calificar de bueno o malo, sino de comprobar que *las cosas* fueron como podían ser, quizás como *debían* ser, dadas las condiciones y circunstancias que rodeaban a nuestro país. Dicho en lenguaje popular: no había otra. La zozobra que embarga a un nutrido sector de españoles en torno a la subsistencia de una identidad colectiva común, arranca de factores perceptibles en el pasado, el pasotismo indiferente de otros, también. Lo que ahora denominamos pasotismo y en tiempos se llamaba tibieza o traición. A los términos dramáticos de los unos –cada vez más débiles, todo hay que decirlo– oponen los demás la fuerza invencible de su indiferencia y despego. La pasividad se ha vuelto norma de conducta, costumbre inapelable que pone en solfa –y en duda– la muy cantada y admirada impulsividad creativa de los españoles. Y, tal vez, no del todo adjudicación gratuita de los extranjeros.

Es ocioso adelantar predicciones para el futuro, ni siquiera el más inmediato. El contraste entre lo previsible, desde 1975 –por no irnos más

atrás— y lo sucedido en realidad es tan violento que paraliza cualquier especulación ulterior. Tecnologías entonces inexistentes, o poco desarrolladas (desde la Genética a la Informática en todas sus proyecciones) han modificado los comportamientos y la cultura: la velocidad de los viajes ha suprimido, o reducido al mínimo, las escalas intermedias. Todo el anecdotario de vida y costumbres se ha revirado, si a Córdoba, desde Madrid, se llega en dos horas y a Sevilla en tres. Hace mucho, por razones obvias, que ventas y muleros desaparecieron, para no ser sustituidos por nada ni por nadie. Hasta los viajeros de comercio dejaron de reunirse en sus albergues nocturnos para charlar o beber juntos desde que tuvieron televisión en cada cuarto. Referir a los jóvenes que, en nuestra infancia, la familia se agolpaba en torno al hogar para asar castañas o boniatos, o que los perros de guarda llevaban carlanças para defenderlos de los lobos —porque había lobos, sin ecologistas que les colocasen chips y collarines— es un esfuerzo absurdo. Tanto como el de folcloristas, románticos atrasados, que siguen ofreciendo su trabajo (maravilloso, por lo demás) de recopilación y salvamento amoroso de textos. En instituciones públicas editan libros y discos, que nadie escucha ni lee, mientras estos almacenes de memoria arqueológica son desconocidos por casi todos. Los no tan viejos juegos infantiles de habilidad se esfumaron hace tiempo (canicas, chapas, pico, dola, cromos, etc.), al igual que las canciones de patio de colegio sufren el descrédito de viejas, pasadas y ridículas. No es un lamento, es solo una foto, quizá inevitable, como más arriba señalábamos. Y aunque, entre extranjeros y agencias de viajes siga vendiéndose la imagen tópica de España, fosilizada e inencontrable ya, proliferan ejemplos como algo que presenciamos allá por el 1994 en un tablao de Granada: antes del espectáculo, para amenizar la cena, la música ambiental se componía de *rock* y eso que llaman música pop, música disco y cosas similares; y es que, si no, era imposible —decían los responsables— que los turistas, japoneses casi todos, se identificaran con la situación. Sabe Dios. Y si hubiera que resumir y certificar en un epitafio el tránsito de Carmen a mejor vida, nos quedaríamos con el adagio latino:

Quae fuerunt vitia, mores sunt.

Madrid/Níjar, 2011.

X. Floresta de jácaras

Recogemos a continuación un pequeño elenco de comentarios de diversos viajeros, en especial de los menos conocidos y citados en las páginas precedentes. No apostillamos ni corregimos sus opiniones o informes, pese al notable caudal de errores y motivos de disentimiento que presentan muchos: son ellos quienes hablan. Esperamos que el lector pueda ejercer su propia crítica y completar o interpretar las fallas y malentendidos de los extranjeros. O sus aciertos, que también los hay. Citamos el origen de cada texto, cuya ficha bibliográfica puede completarse en la bibliografía adjunta.

Entrada

Por fin, se alcanza la frontera española. Un riachuelo minúsculo separa la galante Francia de la devota España. A ambos lados montan guardia los centinelas: del uno, con la escarapela revolucionaria, del otro con el lazo color amapola. Aquí está el muro separador entre la libertad de pensamiento y la Inquisición, entre la alegría vivaz y la seriedad formalista, entre la ortodoxia y la mofa de la religión. Tan solo un paso y se encuentran diferentes usos, diversas ideas, otras gentes y un mundo por completo distinto. «Su pasaporte, señor», me pidió el último francés, quizá con la esperanza de atrapar a un aristócrata huidizo ante el farolillo, o a un enemigo de la revolución, culpable de lesa patria. «—Aquí tiene, señor». Mientras ve sus expectativas defraudadas, oigo la postrera palabra francesa: «—*Passez*».

Una barquita –semejante a aquella en la que Caronte transporta las almas de los muertos por la laguna Estigia– me lleva a esta tierra donde los Roldanes, los Cides, los Carpios, como tantos otros hidalgos y caballeros han dejado constancia de sus hazañas y proezas caballerescas: aquí nacieron Pizarro, Cortés, Calderón y Cervantes, una tierra famosa por Aníbal, Numancia y Sagunto, por los visigodos y los sarracenos [...].

La misma provincia de Guipúzcoa, por la que atravesábamos, aun siendo accidentada y montañosa, está maravillosamente trabajada: ninguna parcela de tierra se deja de cultivar, hasta los cerros más escarpados producen frutos. Todo el territorio está poblado y se diría que nos hallamos en la Lombardía o

en un segundo Tirol. En esta pequeña provincia se encuentra la tristemente famosa Loyola, la cuna de los jesuitas, quienes a lo largo de doscientos años se han granjeado en las cuatro partes del planeta, por un lado, una gran cantidad de seguidores y, por otro, unos enormes celos y persecuciones. Sus numerosos manuscritos y extraordinarias obras legadas a la posteridad son conservadas con esmero aquí, en Villagarcía, Logroño y Carmona.

Irún es el lugar donde nos alojamos por primera vez en una posada española: una pequeña villa sin importancia. Aquí hice mis primeras observaciones acerca de los habitantes de España. Cubiertos con gabanes marrones y *retesillas* [sic: redecillas] negras, en vez de los tirabuzones a la francesa, y tocadas sus cabezas con grandes sombreros de tres picos y con una pipa de tabaco en la boca...

(J. Hager, *Reise von Wien nach Madrid im Jahre 1790*, trad. S. F.)

Paisajes y clima

El paisaje, por el contrario, no me gustó en absoluto. A veces me preguntaba: España, ¿dónde está tu belleza? En las tierras de los vascos, en Galicia, en Cataluña se encuentran regiones bastante bonitas porque allí es más verde y hay más vida. Pero Castilla es como un desierto muerto. Solo hay una parte sembrada con cereales o plantada de viñedos y pino bajo. El resto es yermo y desnudo, sin árboles ni agua, además está seccionada por cadenas de montañas rocosas y áridas en las cuales, en algunos sitios, han surgido pueblecitos y aldeas de color gris sucio, semejantes a topos en una duna del desierto. Nunca vi un país tan desierto y lúgubre; puede que en el Oriente lo haya.

(J. Pelczar, en *Viajeros polacos en España*)

España, en su mayor parte desértica, es, por el momento, un país de latifundios. Antes de que comprendas que la mayoría de los españoles vive en cuevas, o en casas semejantes a estas, construidas con piedra gris en los alrededores de las rocas, de tal manera que no distingues la propia casa de la roca, te sorprenderá más de una vez la mancha gris de olivas y viñas con forma de arbusto que interrumpe, sin causa aparente, la monotonía del paisaje. También te sorprenderá el desportillado castillo feudal que, junto a una suntuosa iglesia, se eleva solitariamente al borde de un barranco. Ese castillo, en cuyos alrededores no hay el menor rastro de huerto alguno, es la

residencia de un grande, dueño de un inmenso territorio, en su mayoría despoblado; la iglesia es la parroquia de una aldea que se oculta en las profundidades del barranco.

(W. Dzieduszycki, en *Viajeros polacos en España*)

[Guadix]

Salimos al amanecer y llegamos a Guadix por malos caminos. Esa ciudad está situada sobre una alta montaña [*sic*], rodeada de paseos agradables, que fueron a menudo regados con la sangre de los moros y de los cristianos.

(E. F. Lantier, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*)

[Mallorca]

Nuestro propósito era visitar una ermita situada a la orilla del mar, a tres millas de la Cartuja. Seguíamos el brazo derecho de la cordillera y subimos de colina en colina por un camino lleno de piedras que nos destrozaba los pies, hasta la parte norte de la isla. A cada vuelta del camino disfrutábamos el espectáculo grandioso del mar, visto a profundidades considerables, a través de la más rica vegetación. Era la primera vez que veía fértiles riberas, cubiertas de árboles y de verdor, hasta donde llegaba el oleaje, sin desnudos acantilados, sin playas cenagosas ni orillas desoladas. En todo cuanto había visto de las costas de Francia, aun sobre las alturas de Port-Vendres, en donde se me apareció de súbito en toda su belleza, el mar me ha resultado siempre sucio, así como desagradable su contacto. El Lido, tan cantado en Venecia, tiene arenas de una espantosa desnudez, pobladas por enormes lagartos que salen a miles bajo vuestros pies y que parecen perseguiros en número cada vez mayor como en una pesadilla. En Royant, cerca de Marsella, casi por todas partes, y creo que en todas nuestras riberas, una cintura de algas viscosas y una arena estéril afean las cercanías del mar. En Mallorca lo he visto tal y como lo había soñado, límpido y azul como el cielo, dulcemente ondulado como una llanura de zafiro labrada con regularidad en surcos cuyo movimiento resulta inapreciable, vista desde cierta altura, y rodeada por bosques de un verde sombrío. A cada paso que dábamos sobre la sinuosa montaña nos encontrábamos con una perspectiva más sublime que la anterior.

A pesar de ello, como tuvimos que descender de nuevo para llegar a la ermita, la ribera de este lugar, aun siendo muy bella, no nos mostró el carácter de grandiosidad que me brindó en otro sitio de la costa meses más tarde.

(G. Sand, en *Viajeros extranjeros por España. Siglo XIX*)

[Despeñaperros]

Dentro de la posada nos trajeron una gran fuente llena de ascuas: era uno de esos benditos braseros que ofrecían para que nos calentásemos los ateridos viajeros; luego vino el chocolate y revivimos lo suficiente como para volver al coche, donde ya todas las plazas estaban ocupadas. Tuvimos una jornada dificultosa; desde que abandonáramos La Carolina el camino ascendía más y más; en torno a nosotros surgieron grandes masas de roca al borde de profundos abismos, donde la niebla reposaba sobre la incipiente mañana; el paisaje hacía cada vez más agreste, pero tan pintoresco y bello que parecía un crimen ir sentado dentro del coche; las montañas de Sierra Morena ofrecían una variedad y belleza extraordinarias. Era un paisaje grandioso. Colosales bloques de roca yacían volcados, como si acabaran de rodar por la pendiente; enormes árboles se aferraban con sus raíces en torno a la masa de piedra, dejando asomar sus copas por la orilla del abismo, en cuyas profundidades rugía la corriente.

(H.-C. Andersen, *Viaje por España*)

[La Mancha]

Estepa, la estepa bermeja quemada por el sol y el fuerte viento, árida, casi sin hierba, se extiende por millas sin fin. Deprime incluso a los españoles, a los que se les agota la conversación en el vagón. El mismo tren parece hacerse perezoso en las tristes e ilimitadas llanuras. En el bochorno del mediodía la estepa parece aún más un desierto. Frecuentemente se pueden ver lagos salados y en alguna parte brota sal sobre la tierra. La única variación en el paisaje reside en los molinos, que hoy se yerguen aquí de la misma manera que en los tiempos del inmortal Cervantes. De pronto ¡qué extraña visión! A través de la solitaria y desierta estepa alguien avanza lentamente a caballo, paso a paso; a cierta distancia le sigue, rezagado, un hombre. Es la clara

imagen de don Quijote y su siervo.

(S. Witkowski, en *Viajeros polacos en España*)

[La Mancha]

A pesar de ser otoño, un sol de fuego quema como nunca lo haría en Polonia ni en los más calurosos días de julio. En el mismo día, durante las horas de la mañana, cuando atravesábamos los montes y estepas de Castilla la Nueva, hacía un frío que llegaba hasta la médula de los huesos, en cambio al mediodía nos martirizó un calor africano.

Sobre todo admiro el azul del cielo. ¡Qué color tan maravilloso! ¡Qué luminosidad! ¡Qué inmensa profundidad se abre en la bóveda celestial! Da la impresión de que sobre nosotros se hubiera derramado un hermoso lago italiano con el azul de sus aguas cristalinas. No sé si la diosa ateniense, con sus ojos azules, podría brillar con más encanto que este aire transparente a través del cual navega, solemnemente, la dorada esfera celestial. Hay una belleza inexpresable en este tiempo maravilloso que se derrama en el éter. ¡Cuánta vida hay aquí, cuánta alegría! Da la impresión de que aquí hasta una pupila llena de lágrimas mira el mundo con más alegría.

El brillo del sol y el azul profundo nos muestran, con esta luz tan maravillosa, la imagen lejana de la animada Puerta del Sol. ¡Qué importante es la luz en un cuadro para causar una mayor impresión!

Lo sabemos muy bien. Lo saben también los artistas que imitan la naturaleza, en la cual hay tanta riqueza y diversidad de claroscuros. ¡Una noche con luna y el azul del cielo, que se mira en los rayos plateados! ¡Cuánto encanto! Así es como nos sonrío el cielo de España.

(A. Pawinski, en *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*)

[Los jardines de Aranjuez]

Después de aquello, cómo olvidar los hermosos días en Aranjuez, sus maravillosos palacios y los jardines reales que, descuidados, silenciosos, casi abandonados, parecen pensar en su espléndido pasado. Aranjuez hay que verlo en otoño, cuando, sobre las amarillentas y ennegrecidas copas de los árboles, se percibe una serena melancolía; cuando las hojas cubren las avenidas y el sol ilumina el estanque con su pálido resplandor. Los

fantásticos plátanos y olmos, como no hay otros en el sur de Europa, crujen con sus escasas hojas. Sus troncos y sus ramas se reflejan en las tranquilas aguas. Ni siquiera en Versalles hay lugares que pudieran igualarse a las zonas de jardines de Aranjuez situadas a la orilla del río.

(S. Witkowski, en *Viajeros polacos en España*)

[*El desierto de El Escorial*]

El espíritu de cierta gente excepcional se alza todavía después de los siglos por los lugares en los que transcurrió su vida. El espíritu de Felipe II no solo dejó su huella en la enorme construcción de El Escorial, sino que parece abrumar por todos los alrededores. Sería difícil encontrar, en los pocos lugares seductores que hay en los alrededores de Madrid, otro lugar igualmente vacío, sombrío, desalentador y penetrante en el alma de la tristeza plomiza. Estos lugares se correspondían de manera extraña con el carácter de Felipe; el hombre y la naturaleza se unen, armonizan y complementan.

Los largos días pasados en la famosa biblioteca local y en los solitarios paseos por los salvajes, rocosos y deforestados alrededores, son los más tristes de mi vida. El único consuelo de este destierro son los magníficos cuadros de Lucas Jordán, en la sacristía del monasterio. Es aquí donde hay que contemplar la obra de Jordán para aprender a valorarlo. El hombre, en este lugar desierto, se convierte involuntariamente en un monje solitario, sombrío, como los monjes del Greco o de Zurbarán. Ni siquiera el canto de un pájaro devuelve la alegría en la amarga soledad; aquí los vientos se divierten con su sonido sobre los campos yermos. Se abandonan los alrededores de El Escorial como una cárcel, con un sentimiento de indecible alivio.

(S. Witkowski, en *Viajeros polacos en España*)

La gente

No he visto en España un hombre que tuviera prisa. El tiempo aquí no cuenta. En Burgos, en un hotel, pedí el desayuno, y solo después de haberlo hecho, enviaron a alguien a la ciudad a buscar leche. Algo más tarde, apresurándome para pagar la cuenta, la dueña del hotel me pidió que esperase en el salón; la espera no tenía fin, a pesar de que la dueña sabía que tenía

prisa para tomar el tren.

El español no tiene espíritu de comerciante. Es indiferente y rudo con el cliente extranjero. En las estaciones de ferrocarril no venden nada de comer, ni siquiera en las de las grandes líneas. Parecería, por este rasgo, que el español, si no es noble, al menos es caballero. Entre tanto, a cada paso nos encontramos con demostraciones democráticas. El mendigo vestido con harapos no se apartará del camino del señor más importante; se creará completamente igual a este. En San Sebastián, en una elegante cafetería junto al paseo marítimo, se sentó junto a mí, en la misma mesa, un trabajador en mangas de camisa, sin molestarse en absoluto por mi presencia; y el camarero le trajo la cerveza que pidió con la misma complacencia que me había servido a mí, este hombre comió y bebió con tanta libertad como si no estuviera sentado junto a él un desconocido.

(S. Witkowski en *Viajeros polacos en España*)

Los españoles llevan una vida muy ordenada y comedida. Durante mi larga estancia en España, nunca tuve la ocasión de ver a ningún español borracho, pues allí dichas personas son víctimas del mayor desprecio y no gozan de ningún tipo de respeto[...]. Ningún español, ni siquiera el más pobre, abandona su país para irse al extranjero en busca de un trozo de pan que echarse al estómago, quedándose en su patria hasta el día de su muerte.

(S. Broekere, en *Soldados polacos*)

Debido a su intolerancia y dejadez, siembran única y exclusivamente la cantidad que van a necesitar hasta la siguiente cosecha. Cada año reciben grandes partidas de trigo procedentes de Levante, de las Baleares y de Grecia.

(S. Broekere, en *Soldados polacos*)

Como en Mallorca no saben ni engordar los bueyes, ni utilizar la lana, ni ordeñar las vacas, puesto que detestan la leche y la mantequilla tanto como desprecian la industria; como no saben producir el trigo suficiente para atreverse a comerlo, ni cultivar morera para criar el gusano de seda; como han perdido el arte de la carpintería, antes muy floreciente y ahora completamente olvidado; como no tienen caballos, porque España, maternalmente, se apodera de sus potros para utilizarlos en su ejército, razón por la cual el pacífico mallorquín, para no ser tomado por tonto, no quiere trabajar para sostener la caballería del reino; como no cree necesario tener ni

una carretera, ni un solo sendero practicable [...]. Mas no se asusten demasiado nuestros *asentistas* franceses; aunque prometiéramos al mallorquín, y aun al español en general, proveernos en su país y decuplicar su riqueza, no cambiarían para nada sus costumbres, puesto que menosprecian tan profundamente las mejoras que vienen del extranjero, y sobre todo de Francia, que no sé si hasta por dinero (este dinero que, a pesar de todo, en general no desprecian) se resolverían a cambiar algo el procedimiento heredado de sus padres.

(G. Sand, *Un invierno en Mallorca*)

No bien entramos en La Mancha fuimos asaltados por los mendigos. Antes de llegar al relevo de Almuradiel, un pueblo muy pobre que forma parte de las *Nuevas poblaciones* construidas hace cerca de cien años para poblar Sierra Morena y los territorios vecinos, el número de estos desgraciados alcanzó inquietantes proporciones. Conforme subíamos por una pequeña cuesta divisamos desde lo alto de la imperial una veintena por lo menos de mendigos que se dirigían hacia la diligencia, tan de prisa como sus males les permitían. Cuando esta caravana llegó cerca de nosotros, nos presentó el cuadro abreviado de todas las miserias humanas. Había mujeres enflaquecidas por el sufrimiento que daban su descarnado seno a pobres criaturas raquílicas; otros, descalzos y apenas vestidos, caminaban sobre los agudos guijarros de la carretera, conduciendo de la mano a niños cuyo cuerpo bronceado ni siquiera estaba cubierto por un pingajo. Algunos ciegos iban junto a unos cojos, a quienes costaba trabajo sostenerse sobre sus muletas, y un inválido arrastraba una carretilla en la que estaba echado un niño cubierto de llagas. También había, todo hay que decirlo, hombres jóvenes y sanos. [...]

Cuando llegamos a Santa Cruz de Mudela y vimos que nuestra diligencia era asaltada por los mendigos, nos vimos más inclinados a compadecer a estos desgraciados que a vituperarlos. Santa Cruz de Mudela es una pequeña ciudad, o por mejor decir un gran pueblo de aspecto triste y miserable, cuyas calles son otros tantos baches. Durante el invierno se corre el riesgo de zozobrar en un barro líquido y profundo y durante el verano el de ahogarse con las espesas nubes de polvo. La mayor parte de las casas son bajas y las ventanas, lo mismo las del primer piso que las de la planta baja, están provistas invariablemente de barrotes de hierro. Estas sólidas rejas, que parecen atestiguar la poca confianza que cada habitante tiene en su vecino,

sobresalen en la calle y algunas veces están muy artísticamente trabajadas. En la mayoría de ellas hay una cruz.

(C. Davillier, en *Viajeros extranjeros por España. Siglo XIX*)

Los españoles en muchos aspectos se parecen a los italianos. Con un temperamento enérgico e incluso un fondo de violencia africana, tienen la misma fantasía, el mismo amor al placer y la misma indolencia, pero poseen menos finura y, sobre todo, menos ingenio [...]. No hay entre ellos espíritu filosófico ni científico, sino poca seriedad, poca reflexión [...]. Poseen un extraño sentido del orgullo y una naturaleza especial, pues un español se avergonzaría de trabajar pero no de mendigar.

(E. Poitou, *Viaje*)

Las prácticas caballerescas, ya vacías de todo sentido, siguieron en vigor. Unido a este talante belicoso iba un secreto desprecio de la cultura y la razón, y, como compensación, un enorme orgullo nacional, un orgullo de cada individuo por su raza. Incluso el cristianismo perdió en España su sencillez y alegría, adoptando un carácter sombrío, inculto e inflexible. La iglesia se hizo altiva, agresiva, machista, cruel. De este modo, todavía a principios del siglo XIX era España el país más arcaico del continente.

(L. Feuchtwanger, en *La imagen de España en la literatura alemana del exilio de 1933-1945*)

La canalla es aquí inteligente, graciosa, llena de imaginación, y las clases elevadas me parece que están por debajo de los clientes parisienses de cafetín y de ruleta. No sé si los prejuicios y la necedad de la gente bien se deben a la semieducación que reciben. Me parece que un zapatero remendón español puede desempeñar los cargos más elevados [...]. Créame: todavía hay virtud y virtudes en su país, pero solo se encuentran entre la gente pobre. La clase inferior, que está gangrenada en Inglaterra y embrutecida por la miseria y las manufacturas, ha permanecido sana en su país. Cuando tengan ustedes fábricas e hilaturas de algodón en Castilla la Vieja, será hora de que se abata sobre ella el fuego del cielo.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

[Los nobles]

El señor Duque, o el señor Marqués, se vanagloria de sus quince nombres

bautismales, y de otros tantos apellidos; mantiene más o menos decente el gran castillo en la aldea, vive en una ciudad provinciana, en su casa solar; no reconoce demasiado la legitimidad del Rey, despilfarra su fortuna, que disminuye a menudo por los obligatorios repartos, lo cual sabe y no hace mucho caso de ello; cría caballos y perros y mantiene a una servidumbre cada vez más reducida, pero aun así numerosa; caza, va a las verbenas, donde se encuentra con sus campesinos y donde todos lo saludan con gran respeto, ríe, juega, come, bebe, y lentamente va consumiendo la vida, pero alabado sea Dios, si hasta el final conserva inmaculados su honor de caballero y su noble honestidad. La oposición política le va bien, pues está satisfecho de poder observar sin remordimientos de conciencia cómo el arte de la política ha degenerado y cómo hoy en España la política mancilla inevitablemente las manos de aquellos que se mezclan con ella.

(W. Dzierduszycki, en *Viajeros polacos en España*)

Todos los españoles son nobles y viven noblemente, es decir, sin hacer nada, pero todos son unos pordioseros o en trance de serlo. Nada de lo que se ha hecho en España desde hace cincuenta años, grandes obras, grandes empresas e importantes mejoras, se ha hecho sin el capital, la iniciativa y el esfuerzo de los extranjeros.[...] Lo que digo aquí, sin embargo, solo es verdad para las provincias del centro y del sur. El norte, por lo menos en parte, tiene otras ideas y otro temperamento. Aragón, Cataluña, las provincias vascas y Galicia están habitadas por una raza más enérgica, más activa, menos ablandada por el clima y menos tocada por la lepra de la mendicidad.

(E. Poitou, *Viaje*)

A pesar del desgobierno de los Austrias, brutales y sensuales, de la estupidez de los Borbones y, sobre todo, de la tiranía espiritual de la corte de Roma, España todavía se mantiene independiente, combate en causa propia, y los españoles no son aún esclavos fanáticos ni mendigos rastreros. [...] Aunque suene a cosa rara, España no es un país fanático. Algo sé acerca de ella, y afirmo que ni es fanática ni lo ha sido nunca: España no cambia jamás. Cierto que durante casi dos siglos España fue la verduga de la malvada Roma [...] el resorte que impelía a España a su obra sanguinaria no era el fanatismo sino su orgullo fatal. Con halagos a su orgullo fue inducida España a despilfarrar su preciosa sangre y sus tesoros en las guerras de los Países Bajos, a equipar la Armada Invencible...

(G. Borrow, *La Biblia en España*)

No sé si su patriotismo me perdonará mi parcialidad a favor de España. Ya que estamos en el tema de los suplicios, le diré que, si me gustan más las ejecuciones españolas que las nuestras también prefiero con mucho sus penas de trabajos forzados a los establecimientos penitenciarios adonde enviamos cada año unos mil doscientos bribones [...] [Los presidiarios] no me parecieron demasiado desgraciados. Trabajaban haciendo o reparando carreteras. Estaban bastante mal vestidos, pero sus fisonomías no expresaban esa lóbrega desesperación que he observado en nuestros presidiarios. Comían en grandes ollas un puchero semejante al de los soldados que los vigilaban y, después, se fumaban su cigarro a la sombra.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

Lengua y cultura

[El español] por su misma estructura está incapacitado para las descripciones rápidas y concisas, y como el tiempo no tiene valor alguno en España, se han esforzado por alargar las palabras en la misma medida en que nosotros las hemos abreviado; ningún español pensaría siquiera en decir «Gib» en lugar de Gibraltar, ya que siempre prefiere usar tres sílabas en lugar de una [...] lo que ellos llaman diminutivos son en realidad alargamientos, como de Juan, Juanito [...]. La repugnancia, heredada de los godos, que siente el español hacia todas las actividades comerciales y mecánicas y las cadenas que han oprimido el intelecto y la literatura nacionales han convertido el idioma en un instrumento relativamente inadecuado para la mayor parte de los usos prácticos de hoy.

(R. Ford, *Manual para viajeros por España*)

Las notas de los españoles indican, en materia incluso de conocimiento griego y latino, una falta de información clásica y antigua en el país entero que es digna realmente de un escolar de primer grado. [...] La clasificación y el ordenamiento no fueron nunca cualidades españolas u orientales, y son tan poco frecuentes en sus propios museos y colecciones como los uniformes y la disciplina en sus mal organizados ejércitos.

(R. Ford, *Manual para viajeros por España*)

El español nunca fue crítico o erudito anotador, y en general hay muy pocos

libros españoles que beneficien o diviertan mucho al extranjero acostumbrado a mejores obras sobre el mismo tema. La literatura española, oprimida y desvirtuada por la Inquisición, fue cosa casual, y los buenos libros aparecían de la misma manera que las palmeras en el desierto, sin ejercer nunca una influencia coherente en la cultura nacional. [...] Los españoles, como los orientales, nunca fueron coleccionistas o conservadores, ni tuvieron jamás verdadero interés o fruición en cuestiones de goce y gusto intelectuales.

(R. Ford, *Manual para viajeros por España*)

Arte

Fijémonos en las iglesias, recorramos los templos. Como monumentos de arquitectura, como museos de arte religioso, pintura y escultura, las iglesias de Madrid no representan nada digno de interés. ¡Qué cosa tan extraña! En esta ciudad, en que con tanta frecuencia ardieron las hogueras de la Inquisición, donde en nombre de la fe se persiguió a los herejes con tanto fervor, ¿por qué éste se expresó tan escasa y débilmente en las formas de la arquitectura sacra? En comparación con lo que he visto en Burgos, Valladolid, Ávila o Salamanca, construido en la Edad Media o en el Renacimiento, todo en Madrid parece pálido, inexpresivo, sin carácter, diminuto. Parece un epígono de los grandes ideales [...]. Al principio me atraía la iglesia de San Cayetano con sus ocho magníficas columnas de mármol, pero el interior, a pesar de cierta riqueza y algunos monumentos, es, en general, una muestra del gusto perdido. Lo construyó a principios del siglo XVIII un tal Churriguera, un arquitecto español desprovisto de todo sentido de la belleza artística. Y por lo visto construyó mucho, y no solo en Madrid. Pero siempre y en todos los sitios dejó muestras de su mano poco hábil. Hoy su nombre se convirtió en un nombre común. Churriguerismo llaman ahora a todo tipo de construcciones provenientes de finales del siglo XVII y de todo el XVIII, época en la que se levantaron esas extrañas obras, pretenciosas, al estilo de las que el nombre francés resume como *baroque*.

(A. Pawinski, en *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*)

Desde el punto de vista de un artista, las iglesias y monasterios son museos donde se hallan verdaderas maravillas y donde los amantes de lo hermoso encontrarán siempre algo que atraiga su atención. En mi caso, lo que de verdad me fascina son las tallas de los asientos de los coros, y en especial los

de San Martín de Santiago. La talla en madera es quizás lo más destacable de las artes hispánicas, pese a que, al parecer, fue introducida por holandeses y flamencos. [...] Pasé toda una mañana inolvidable observando con atención la sillería del coro de San Martín, una mina inagotable de sorpresas, ocurrencias y formas. Al salir de allí, me percaté de cómo me absorben tales objetos de belleza. Aunque estuviese contemplándolo un año entero, seguiría habiendo detalles que se me escaparían. No puedo describir con palabras estas preciosas tallas y ni siquiera pude hacer una fotografía para probarlo [...]. Con frecuencia se dice que no existe una escuela de arquitectura puramente española, negándose la existencia de un estilo español autóctono. De hecho, aquí el románico, el bizantino, las artes islámicas, el mudéjar, el gótico y el estilo renacentista, no dejan de ser los mismos estilos que se implantaron en Europa. España posee muy pocas construcciones de puro estilo románico, gótico o renacentista. Hay verdaderas joyas en los templos góticos, o añadidos ojivales en los edificios románicos. Incluso el estilo islámico presenta idénticas características. Parece cierto que la mezquita de Córdoba fue en gran parte una iglesia cristiana transformada. Los muros del oeste y la fachada, con sus arcos de herradura, son de estilo bizantino puro y los capiteles de las columnas son o latinos o románicos. Del mismo modo que la Alhambra presenta arabescos de animales que son propios del estilo bizantino y no del estilo musulmán [...]. Se puede aceptar que la mayor parte de las ideas fundamentales de la arquitectura española se tomaron prestadas de otras naciones. De hecho, es esta complejidad lo que da a la arquitectura española su especial carácter. Aunque tal vez se pueda decir de los artistas españoles que adolecen de genio creativo, en realidad tampoco son unos meros imitadores [...]. Una catedral como la de Sevilla, por ejemplo, que hay que reconocer que adolece de belleza arquitectónica pura, la consideramos la iglesia que, en el mundo entero, mantiene un estilo gótico más vivo; mientras que otras como las de Burgos o Toledo, aun siendo de estilo fundamentalmente francés, en su conjunto son magníficamente españolas. La catedral de León es la única entre todas las españolas que no presenta ese peculiar estilo español, es netamente francesa.

(C. G. Hartley, en *Aventureiros e curiosos*, trad. S. F.)

[*La Alhambra*]

Las estepas y otras regiones poéticas parecen ya en Europa, aunque, en algunos lugares, perviven aún los cuentos de hadas y los sueños: uno de ellos es la Alhambra.

La Alhambra es lo más bello que hay en España. Es magnífica la catedral de Toledo, o la de Burgos, que es la más maravillosa del mundo; sin embargo, pueden verse bellas catedrales en otros países; pero la Alhambra es única; quizá pueda compararse solamente con la Acrópolis de Atenas. Tanto en la ciudad griega como en la árabe se produce un milagro artístico, si bien es de distinto género: aunque entre una y otra existen, sin embargo, muchos puntos de contacto. Ya la propia forma y situación de ambas colinas es parecida; una y otra se extienden de oriente a occidente; ambas limitan por tres lados con un valle; las dos, en unión con la naturaleza, son una fortaleza; en Atenas se eleva, desde el este, al alto Lykabet, en Granada, también desde el este, se yergue la cima Cerro del Sol.[...] Lo primero que nos encontramos es la sólida elevación del promontorio occidental de la Alcazaba, antigua ciudadela mora. Hoy se han conservado de esta solamente las poderosas torres, los bancales y el muro que rodea la colina. En estas ruinas crece abundantemente la vegetación. Miles de enredaderas entrelazadas, de hiedras y una salvaje parra trepan en el muro por las más pequeñas grietas, y las flores multicolores inundan las terrazas de tal manera que casi no puedes ver entre ellas los ladrillos. Pero el ojo no puede desprenderse de este mar de color. ¡Quién podría describir el maravilloso olor de las flores, su aroma embriagador del que los habitantes del norte no pueden tener idea! Si en tierras griegas el olor a hierbabuena en Eleusis provoca dolor de cabeza, ¡qué se puede decir sobre los olores de estas flores que arden con sus colores bajo el fuego del sol africano de Granada! Las higueras abren al sol sus rosados y succulentos frutos; sus ramas, como plantas trepadoras, son refugio de multitud de aves que reaniman con sus cantos este jardín entre las ruinas. En este encantador paraíso terrenal no faltaría nada para la felicidad completa.

[...]

Desde el norte, la vista se pierde en el abismo del foso desde el que fluye el Darro. Enfrente se alza el cerro del Albaicín, en otra época habitado por la aristocracia árabe, hoy, ¡los juegos del destino!, por sucios gitanos. ¿Hay quién pueda creer que en la actualidad existen cavernícolas en Europa? Los gitanos de Granada pasan toda la vida en cuevas de arena. En ellas encienden fuego y cocinan; en ellas duermen por la noche y de día se refugian del sol;

en ellas nacen y mueren. Así viven aquí estos modernos trogloditas desde hace cuatro siglos.

[...]

Pero es tiempo de separarse de las vistas y dirigirse a la otra parte de la Alhambra, a la Alhambra propiamente dicha, la de los auténticos palacios de los sultanes. Exteriormente son humildes, como todas las construcciones orientales, pero ¡quién podría describir el encanto con el que nos atrae al interior! Desde el instante en el que atravesamos los umbrales de los palacios, pensamos en magia; todo lo que nos rodea es un sueño limpio de cuento de hadas. Vagamos por estos deliciosos patios, con sus fuentes, sus bosquecillos de naranjos y de mirtos; por las fantásticas salas de recepción y las sombrías alcobas; entre el bosque de columnas, individuales o entrelazadas, unidas con arcos de herradura; y no creemos, la verdad, que lo que tenemos antes nosotros es real. Y así ¡quién podría describir la suntuosidad de la ornamentación y aquellos irregulares arabescos que revisten las paredes de arriba abajo! Allá donde mires te embriaga la riqueza de las figuras geométricas y el entrelazado de las plantas. Coge por sorpresa cómo la fantasía humana pudo afanarse por conseguir algo parecido. ¡Cuán pobres parecen, tras estas maravillas de las Mil y Una Noches, los palacios de los monarcas actuales! Y todos estos patios, embellecidos por los manantiales dorados por el sol del sur, por esta luz tan deslumbrante, casi brutal. ¡Nos sentimos repentinamente transportados, a través de todos los siglos pasados, a otra realidad totalmente distinta de la nuestra, a otra civilización infinitamente más rica y tan original! ¡Tan exuberante vida tuvo que reinarse aquí en otra época! Los pintorescos trajes árabes reavivaron estas alcobas, hoy silenciosas y vacías; las espléndidas residencias de los sultanes, las habitaciones de sus harenes reales, el restringido círculo de su numeroso séquito de mujeres...

(S. Witkowski, en *Viajeros polacos en España*)

Desde la Alhambra subimos al Generalife. Esta palabra, en árabe, significa palacio de la danza [*sic*], del placer y del amor. Allí era donde residían los sultanes durante los meses de abril y mayo. Se llega allí por una montaña muy elevada a la que las aguas rodean por todas partes. Corren en torrente, van a formar cascadas en los patios, los jardines, las salas del palacio. Los jardines se ven en anfiteatro, y los mismos árboles prestan sombra a los

cristianos, de que en otro tiempo gozaron los moros. Nos sentamos bajo dos antiguos cipreses, llamados los cipreses de la sultana, porque los Gomeles aseguran que era bajo esos árboles donde la reina daba sus citas a un Abencerraje. «¡Ah –exclamó don Manuel–, el árbol del luto, el hermoso y desgraciado Cipariso, cubría con su sombra los misterios del amor! ¡Dichoso hijo de Ismael, sabíais gozar de la vida! Pero habéis desaparecido. Y tú, Granada, ciudad soberbia, reina del mundo, no eres ya hoy más que una belleza abandonada y destrozada.»

(E. F. Lantier, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*)

[Ante el sepulcro del Gran Capitán]

No experimenté, junto a ese sepulcro, la más ligera emoción; habría gemido sobre el de Cicerón, el de Virgilio, el de Cristóbal Colón; regaría con mis lágrimas la tumba de Luis XII y de nuestro Enrique IV; pero las de Fernando, de Isabel y de Gonzalo no me inspiraban interés ninguno. Es que el genio, los talentos despojados del encanto de la virtud y de la humanidad, entristecen, indignan al corazón lejos de interesarle y conmoverle.

(E. F. Lantier, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*)

[La mezquita de Córdoba]

La mezquita, ahora convertida en catedral, es la más grande y espléndida obra morisca de la arquitectura religiosa que hay en España. Después de la Kaaba en La Meca, es la mezquita mahometana más grande del mundo.

Levantada bajo la influencia de la poderosa dinastía de los omeyas, la mezquita de Córdoba tardó doscientos años en ser construida y fue obra de varias generaciones completas. El fundador de la dinastía de los omeyas, Abderramán I, decidió edificar para los fieles un templo que sustituyera a La Meca. Las obras de construcción comenzaron a finales del siglo VIII; en aquel entonces, la mezquita ocupaba apenas cinco partes [¿un quinto?] de la edificación actual y contenía diez hileras de columnas y once naves. Posteriormente, en el siglo IX, Abderramán II amplió la mezquita por la zona sur, hacia el Guadalquivir. Sin embargo, la mayor y más espléndida

ampliación fue llevada a cabo por el califa Hakam II en el siglo X: su obra incluye uno de los más maravillosos *mihrabs* hasta ahora conservados. En este mismo siglo, Almanzor amplió el templo por el este. Toda la construcción se asienta en un enorme tetrágono y su tamaño iguala al de la catedral de San Pedro, en Roma. Es como un gran patio de Córdoba, rodeado por un muro, como una fortaleza. Este muro es de piedra, monótono, simple, sin adornos, como se encuentra comúnmente en las ciudades de oriente. Por la puerta norte nos adentramos en un enorme patio, el *Patio de los Naranjos*, que produce una impresión de completa sorpresa, se siente incluso la sensación de ser transportado a algún lugar de oriente. Aquí reina un profundo silencio y una paz oriental. La hierba cubre el patio y, entre ella, reverdecen los naranjos y las palmeras, y se alzan pozos; todo ello embriagado por arroyos de luz africana, de aire pleno y espacioso. El que busca sombra la encuentra bajo las ramas de los árboles y en los corredores de las galerías, a ambos lados del patio.

Pero no tenemos mucho tiempo para admirarlo: alzándose desde el sur, el edificio nos llama al interior. Y una vez dentro, nos espera una silenciosa sorpresa ¡la impresión es única en el mundo! Nos encontramos en un enorme bosque, como de palmeras extendidas sin fin. Los troncos de los árboles de este bosque son columnas y reina en él la penumbra, que dota al interior de un extraño misterio. En cualquier dirección está el bosque: avancemos a la derecha o a la izquierda siempre nos perdemos en el sombrío bosque. Aparte del mar o el desierto, si alguien quiere tener la sensación de lo infinito, esta se experimenta en este lugar. Baste decir que todavía hoy la construcción cuenta con más de ochocientas cincuenta columnas, en otro tiempo seguramente tuvo cerca de mil. Parecerá, vagando por este descomunal bosque de columnas, que estamos en algún sueño mágico, que vemos un espejismo. Solamente la imaginación oriental pudo afanarse en semejante idea fantástica. El gran Justi (si fue él quien escribió en la guía el fragmento que trata sobre la mezquita de Córdoba) no entendió la genial idea del arquitecto oriental. Lo que escribió sobre el interior de la mezquita demuestra que la idea del Gran Mahometano quedaba para él oculta en siete sellos. El techo de la mezquita fue originalmente oscuro, con lo que aumenta aun más el efecto del bosque: el techo oscuro recordaba la espesa bóveda de las copas de los árboles.

Cuando asumimos la totalidad del edificio, construcción única en el mundo, que no tiene parecido alguno con ninguna catedral cristiana, al pasar la

primera y fuerte impresión, comenzamos a percibir los detalles. Repartidas en diecinueve naves, las columnas, esculpidas en mármol, pórfido, jaspe y otras variedades de piedras de gran valor, no tienen base; la idea es grande; de otra forma no habría dado la impresión de árboles en un bosque. Si nos dirigimos hacia la puerta de entrada de la mezquita y miramos el patio por el cual hemos entrado, el bosque parece ser todavía más grande, ya que los árboles plantados en hileras constituyen una especie de continuación de las filas de las columnas del templo. Las columnas se unen entre sí por arcos de herradura, característicos de las construcciones árabes, pintados con franjas rojas y blancas.

Desgraciadamente, la magnificencia de la imagen actual no iguala a la antigua, la que se podría tener en los tiempos pasados. El cristianismo se comportó de modo bárbaro con este milagro del patrimonio mundial. Alteró esta incomparable y única perspectiva en el mundo añadiendo en el interior capillas corrientes en el centro del edificio y lo despojó de su maravilloso techo y del rico pavimento de mosaicos, sustituyendo estos por baldosas de piedra común [...]. Los artistas árabes desarrollaron la cumbre de la suntuosidad situando en el fondo del templo la sala de oración, el *mihrab*. Por suerte, esta joya del arte morisco se ha conservado intacta hasta nuestros días: el vestíbulo por el que accedemos al interior de la capilla que tiene una base heptagonal. ¡Qué gran riqueza en las columnas, en los arcos, en la variedad cromática de los mosaicos, en las paredes de mármol; y qué incalculable cantidad de inscripciones árabes! Sobre el vestíbulo se elevan dos cúpulas, una en forma de piña, y, una segunda, sobre la misma capilla, con figuras de conchas, tallada en un colosal bloque de mármol. Los fieles musulmanes se arrastraban en otro tiempo sobre las rodillas a lo largo de los muros del *mihrab*, todavía hoy son visibles las huellas de las rodillas de la gente sobre el pavimento. En la capilla vecina se encontraba, antiguamente, un espléndido púlpito en el que descansaba el Corán, escrito a mano por el segundo sucesor del profeta, el califa Omar, y rociado con sangre.

En el siglo XVI quedó destruido el centro del maravilloso interior de la mezquita, siendo incorporados nervios, un coro con capilla y una nave transversal. Víctimas de esta barbarie cayeron sesenta y tres columnas. El consejo municipal de la Córdoba de aquel tiempo poseía más sentido artístico que la jerarquía católica: amenazó con la pena de muerte a quien ayudara a la destrucción de esta obra. La disputa llegó hasta el rey, Carlos V, que era

conocedor del arte. Desgraciadamente, dictó una sentencia que no se ajustaba al estado real de la situación, y dio la razón a los capitulares. La extraordinaria armonía interior, la perspectiva única en el mundo desaparecieron para siempre. Cuando el monarca llegó más tarde a Córdoba y contempló la obra destruida increpó al clero: «Si yo hubiera sabido lo que era esto, no hubiera permitido que se llegase a lo antiguo: porque hacéis lo que hay en muchas otras partes, y habéis deshecho lo que era inigualable».

(S. Witkowski, en *Viajeros polacos en España*)

[En el Alcázar de Sevilla]

Vimos en una sala unas estatuitas representando los reyes de España, desde los reyes godos hasta Felipe IV; ¡dónde están tantos proyectos ambiciosos, tanto fasto y orgullo! Apenas si se podría encontrar el polvo de todos esos monarcas. Enseñan cerca de esa sala, que sirve de capilla, la habitación en que don Pedro el Cruel hizo asesinar a sus dos hermanos. Ese extraño tirano había ordenado por su testamento, que le enterrasen vestido con el hábito de San Francisco, como si ese traje religioso abriese las puertas del cielo.

(E. F. Lantier, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*)

Fiestas

Los españoles no tienen ni la más remota noción de la vida mundana y de las relaciones sociales, pues es algo totalmente ajeno a ellos. Debido a estas y otras consideraciones, España es una nación muy atrasada, pues, entre otras cosas, también desconocen las celebraciones públicas.

(S. Broekere, en *Soldados polacos*)

[Romería en Santo Estevo de Ribas de Sil]

Entramos en el atrio por una magnífica puerta de piedras viejas que se hallaba entre el monasterio en ruinas y la iglesia. Aquí aún había más personas. La gente estaba de pie o sentada por cima de las piedras cubiertas de musgo, por dentro de los muros del convento, que estaba abierto, en sus bellos claustros y por todos los caminos. En torno al cruceiro, en el medio del patio, había grupos de niños jugando con la tierra. Había más mujeres que

hombres, todos con ropas remendadas de vivos colores. Todos limpios y fuertes y una cara tras otra nos llamaba la atención por su hermosura; tanto veíamos una Virgen de Murillo como un rostro sonriente que nos hacía pensar en un labriego de Goya.

A medida que el día iba abriendo, llegaba más gente que formaba filas de a dos para entrar en la iglesia y besar las reliquias. Cada pareja esperaba pacientemente su turno; charlaban y reían, pero, a pesar de todo, se notaba en ellos una cierta excitación y una emoción perfectamente contenida. Estas gentes campesinas venían de todas partes y aldeas de aquella comarca, la mayoría de ellos caminaban varias millas porque habían hecho una promesa. Todos contentos y de buen humor, aceptaban las incomodidades del calor y de las largas colas del mismo modo que aceptaban su pobreza y sus trabajos. La alegría era la que los mantenía, pero también había algo de lamentable en todo esto.

Por la tarde tuvo lugar la ceremonia religiosa en la iglesia. Aguardamos en el claustro y en una ocasión me acerqué a una puerta lateral y miré para dentro. La nave estaba atestada de niños y mujeres arrodilladas, los hombres permanecían en grupos, junto al altar. Aquel hermoso edificio era lo más apropiado para tal escena. Parecía que terminaba la misa y se oía como si estuvieran cantando una especie de rogativa. De cuando en cuando se escuchaban unas voces repitiendo el estribillo «Oh, mi, oh, mi amada Inmaculada».

Y cuando yo creía que esos cánticos iban a terminar, el coro retomaba el estribillo produciendo de tal suerte un efecto indescriptible. Mientras escuchaba, observaba las actitudes, de una devoción absorta, sobre todo en las mujeres, y reparé en cómo la iglesia católica sabía atender a las necesidades de la gente.

Por la tardecica, tras los bailes, las canciones y la música, cuando toda aquella gente se había unido en un ambiente amistoso y de juerga incansable, parecía que ese otro aspecto de las necesidades humanas fuera comprendido a la perfección. Eso es lo que hace que la realidad sea tan diferente en España de la de los países protestantes.

(C. G. Hartley, en *Aventureiros e curiosos*, trad. S. F.)

[*Toros y fiestas*]

Este es el espectáculo sobre el que tanto escribieron viajeros y escritores. Y de tal manera despertó el interés público que más de uno ha ido a España solo para ver una corrida de toros. Mientras se está allí es natural que la atención y los sentidos estén excitados, hasta producir cansancio, por el peligro que entraña. Pero yo creo que este espectáculo es uno de los obstáculos que tiene este país en su camino hacia la educación. La educación suele amansar las costumbres, pero este espectáculo ensangrienta la mente y acostumbra a la crueldad y al salvajismo. Seguramente propicia el valor y la destreza, pero tampoco a los salvajes de las islas les hace falta destreza y valor. En Europa haría falta desarrollar y fortalecer estas cualidades por otros medios. En cuanto a mí, perdí del todo las ganas de ir a contemplar este «azuzamiento» y no creo que me vuelvan. Además, me resulta demasiado repetitivo y uniforme, sin mayor distracción, como una canción de la época de los árabes que hubiera quedado aquí y que oigo en todos los sitios sin cesar. Es demasiado corta y uniforme, por eso aburre.

(J. F. Zielinski, en *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*)

Es difícil opinar si, con el paso del tiempo, bajo la influencia de la civilización, se dejará de celebrar la corrida. El gusto por ella se encuentra en lo más profundo de la naturaleza del pueblo español. Con la misma afición asisten las capas sociales más altas e inteligentes. Sus defensores dicen que la corrida no es más que una caza arriesgada que responde al carácter caballeresco de la nación. Pero la caza es una diversión y no una profesión. En la caza no hay espectadores, solo actores. No hay multitudes de mujeres que se desvanecen de placer al ver el sufrimiento y la muerte. Finalmente, en la caza nadie expone su vida por dinero.

Si me preguntan si es un espectáculo bello, respondería que sí. Es hermoso, sobre todo, su entorno: el sol, las sombras de los abanicos, que al verlos te parece que un enjambre de mariposas se ha sentado en las filas de la plaza. Esos ojos, esos labios húmedos. Es hermosa la cantidad de tonos cálidos e intensos, esa masa de colores, de oro, de bordados, la arena ardiente de la que se desprende calor, y finalmente, esas muestras de bravura y la amenaza que pende sobre el espectáculo. Todo esto es mucho más bello que los ríos de sangre y las tripas desgarradas de los caballos.

Sin embargo, si alguien conoce este espectáculo por medio de una descripción y después lo contempla con sus propios ojos, puede llegar a pensar: qué pueblo tan extraño, cuyo mayor placer y gozo es ver algo tan

horrible, brutal e irreversible como la muerte. ¿De dónde le viene esta afición? ¿Es solo un vestigio de la crueldad medieval o una atracción como la que se despierta en mucha gente al contemplar, por ejemplo, un precipicio? Quiere llegar lo más cerca posible, hasta el borde, tocar esa cortina tras la cual empieza el misterio y el abismo. Es una pasión extraña que, en algunas almas, se hace invencible.

Sobre los españoles se puede decir que a lo largo de su historia demostraron inclinación hacia la brutalidad. Pocos pueblos hay que hayan sido tan crueles en la batalla. Ninguno cambió la religión del amor en un culto tan lúgubre y sangriento. Ninguno, finalmente, continúa divirtiéndose hoy jugando con la muerte.

(H. Sienkiewicz, en *Viajeros polacos en España*)

A propósito de toros, sepa que es el espectáculo más hermoso que puede verse. Es cierto que no hay nada más cruel, más feroz que las corridas de toros; pero coja al señor Appert, el filántropo, y oblíguele a presenciar una corrida: apuesto a que se hará más aficionado que los propios españoles [...] Ahora siento un placer inefable viendo picar a un toro, destripar a un caballo, voltear a un hombre.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

«[La danza del fandango] nos viene de los moros. Algunos pretenden que nos ha sido traída de La Habana y nuestros esculapios nos la recomiendan para el mantenimiento de la salud. Es uno de los aforismos de la higiene. Los doctores árabes aseguran que ese ejercicio evita las enfermedades inflamatorias; los griegos la recomendaban también como útil a la salud; pero sus danzas eran más brillantes que las nuestras y menos lascivas». [...] Toda la asamblea se volvió al mismo tiempo hacia la puerta de la casa y se arrodillaron en un profundo silencio, incluso varios se prosternaron, tocando su frente el suelo [*sic*]. No sabía si era la estrella de Venus, o la luna naciente lo que adoraban; doblé, sin embargo, mis rodillas, como los demás; al cabo de cinco minutos cada uno se volvió a levantar y la alegría y la danza se reanudaron. Sorprendido de esa ceremonia, pedí su explicación a mi vecino. «¡Qué! –me dijo–, ¿no habéis oído la campanilla que pasaba por la calle?» «Perdóneme, ¿tocaban, pues, para que se pusieran ustedes de rodillas?» «Sí, el *Venerabile* [*sic*] [el Viático] pasaba en ese momento por delante de la casa.»

(E. F. Lantier, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*)

Casas

En Guetaria hay solo una casa bien construida. Pertenece a un llamado *indiano*, es decir a un hombre que ha hecho su fortuna en América. Puede ser que tenga rentas de mil piastras, pero sus compatriotas creen que tiene millones. Le conocí y me di cuenta de que es un hombre bastante bien informado y muy bonachón. Como no tiene herederos gasta mucho en mejorar el pueblo, por ejemplo en la construcción de una fuente al pie de la montaña. Además, piensa trazar un nuevo camino para unir los pueblos en el interior. Habitualmente dos chicas le llevan en una litera. Fumar el mejor tabaco de La Habana parece ser su único placer. Vi en su casa más de cien kilos de cigarros almacenados. Su casa es la única del pueblo con ventanas de cristal y balcones forjados y la única donde se pueden encontrar vasos de cristal, sillas acolchadas y bandejas de estaño, cosas que ni siquiera hay en las viviendas de los curas.

(C. A. Fischer, *Reise von Amsterdam über Madrid und Cadiz nach Genua in dem Jahren 1797 und 1798*, trad. H. Friederich-Stegmann)

El mobiliario en las casas de los españoles es muy humilde; en las casas de las personas de clase alta hay tan solo una cama sobre la que se encuentra un colchón, una almohada y una colcha de lana; los más pobres no tienen nada de esto y duermen en esteras trenzadas con esparto que extienden en el suelo. [...] de las paredes nunca cuelgan retratos, espejos ni tampoco ningún recuerdo familiar o histórico, seguramente porque el soberano o príncipe lo prohíbe. En casa de las personas más pudientes nunca tuve la ocasión de ver ningún cuadro, a excepción de imágenes de santos y además en escaso número.

(S. Broekere, en *Soldados polacos*)

La luz del sol que fluye en España es tan maravillosa que no hacen falta ventanas, pues la luz que entra por las puertas basta para iluminar dos estancias grandes. Bastante cómodas, y en cuyas paredes cuelgan imágenes de santos y unas herramientas de bronce, elaboradas por los gitanos; el fuego tan solo es necesario para cocinar, se enciende en un triángulo de latón,

llamado *brasero*, que se encuentra a la entrada de la casa, junto a las puertas; para tener pan para él y su familia, el arrendatario labra un poco la superficie de la tierra con un arado de madera; los tributos los paga en olivas y uva, en Andalucía además en naranjas y dátiles.

(W. Dzieduszycki, en *Viajeros polacos en España*)

Ciudades

[Santiago]

La ciudad de Santiago está en un altozano y rodeada de otros montes más altos que la dominan. Pequeña, sucia y con construcciones que como mucho llegan a ser de madera; con las torres incrustadas en muros de roca por entero cubiertos de hiedra y medio caídos. Existen tres o cuatro edificios bien construidos: la iglesia, el convento de San Agustín, la iglesia de San Agustín y la catedral, que viene a ser la iglesia de Santiago. Esta es la construcción más importante de la ciudad y se halla ante una plaza circundada de muros y que da a tres sitios diferentes: por un lado a la iglesia, justo en el medio, con la residencia de los canónigos y el palacio arzobispal; por otro, al Hostal de los Peregrinos; y por el otro a un Colegio, los tres edificios de magnífica construcción. El último fue fundado por el arzobispo Fonseca y convenientemente preparado para que en él habitasen los estudiantes y otras gentes que allí viven. El Hostal es un gran edificio fundado por los Reyes Católicos, Fernando e Isabel. Conforme a la intención de sus reales fundadores debía destinarse a dar posada por tres días a los peregrinos, pero actualmente está dedicado solo a hospital de enfermos. En su interior hay cuatro claustros, dos de adorno, todo en piedra y con fuentes en su centro, y los otros rodeados por una galería que da a las habitaciones. La fachada de la iglesia es gótica, con un moderno pórtico de piedra que mandó labrar el mismo arzobispo Fonseca. La iglesia fue fundada por el rey Alfonso el Casto; tiene planta de cruz y tres naves, la central mayor que las dos laterales, que circundan la cruz por su cara interior. Dicen que aquí se conserva el cuerpo del Apóstol en féretro de plata, sobre el altar mayor, recubierto de ornamentos de madera dorada y por encima se encuentra la estatua del Apóstol, sedente, con joyas en su cuello. En su interior están las escaleras por las que suben los peregrinos o cualquiera que desee abrazar al Santo con una

ridícula y supersticiosa piedad. La gente es tanta y viene tan seguido que no cesa a ninguna hora del día. Todos cumplen el mismo ritual, pero hay quienes no se contentan con uno, dos o tres abrazos y llegan a dar diez o quince, rodeando con los brazos el pescuezo del Santo, o sus costados, o la cintura, según el ímpetu, o el frenesí, que su tierna devoción les infunda.

(L. Magalotti, en *Aventureiros e curiosos*, trad. S. F.)

[Orense]

Contaré en pocas palabras el día que estuvimos en Orense. La ciudad me dejó indiferente, tal vez a causa del cansancio o de la excitación por la aventura de la noche en la que seguía pensando; de todas formas, había poco en ella que me llamase la atención. Sin embargo, recuerdo bien nuestra visita a las Burgas, las fuentes de aguas termales, famosas ya desde el tiempo de los romanos. Estuvimos bien a gusto en uno de los manantiales; el agua manaba de una pared de granito que tenía por encima un arco decorado con una escultura, y las mujeres lavaban la ropa en pozaletas con el agua que de allí cogían. En cuanto a los otros dos chorros, en uno estaban escaldando gallinas para desplumarlas y en el otro cocían carne en el agua, que hervía fuertemente. En las inmediaciones hay carnicerías y por todas partes había reses muertas que las mujeres desollaban y limpiaban. Por el hedor, incluso parecían despojos de matadero. Toda aquella apestosa mezclanza se asemejaba a un hormiguero; la gente andaba de un lado para otro, las mujeres metidas hasta los tobillos en aquella agua sanguinolenta, mientras alguna de ellas canturreaba burlona, igual que hacen las burbujas de vapor cuando hierve una pota.

(C. G. Hartley, en *Aventureiros e curiosos*, trad. S.F.)

[Valencia]

Esta Valencia es una ciudad muy desagradable para un extranjero porque no puede disfrutar en ella de ninguna de las comodidades de la vida que encuentra por todas partes gracias a su dinero. En Valencia se está mal alojado, se come mal, no se puede beber, no se puede conversar porque no hay vida social, ni discutir con nadie, porque a pesar de su Universidad no se encuentra un solo ser que merezca ser llamado hombre de letras. Por lo que

se refiere a lo material, sus cinco grandes puentes sobre el Guadalaviar, sus iglesias, sus edificios públicos, el arsenal, la Bolsa, el Ayuntamiento, doce puentes, diez mil pozos, no me causaron ninguna admiración en una ciudad en la que las calles no están pavimentadas, donde, si se quiere pasear, hay que salir de ella. Es verdad que se experimenta entonces mucho contento, se cree estar en el paraíso terrenal, principalmente cuando uno camina hacia la mar.

(G. C. Casanova, *Memorias de España*)

[Madrid]

Puerta del Sol: suena atractivo. Crees que, así como el sol es la reina de las estrellas, esta puerta va a ser la estrella más grande, un sol de primer orden en la arquitectura, en las artes plásticas. Y lo principal que hay que subrayar es que no hay por aquí ninguna puerta al estilo de la de los Campos Elíseos en París, ni como la de Brandeburgo, que cierra la calle Unter den Linden en Berlín. La puerta es un recuerdo vacío, sin contenido, y el añadido «del sol» se refiere a su situación en dirección al este, por donde sale el sol.

Hoy día es una simple plaza, bastante amplia, desde la cual salen, como de un foco principal, once calles. Todas las casas tienen cuatro pisos, todas se parecen unas a otras, se confunden en la unidad monótona, sin diversidad. Los edificios son nuevos, sencillos, corrientes, sin ornamentación. Hileras de ventanas, de balcones. Todas las paredes, como si fuera por conjura de sus propietarios, están pintadas de color pajizo, en las cuales destacan, en algunos sitios, unas persianas de color verde.

Su conjunto no causa ninguna impresión. No atrae la vista como lo hiciera un templo con sus magníficas torres, ni cautiva la atención como un palacio con ricos adornos.

(A. Pawinski, en *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*)

[Madrid]

Madrid no me gusta mucho. La famosa Puerta del Sol y el Prado son muy bonitos desde lejos, pero desde cerca se reducen a una plaza no muy grande en la cual no hay nada de particular. El *Prado* es algo como los Campos Elíseos pero reducidos a una proporción correspondiente a Madrid. Sin embargo, donde sentí que no estuvieras conmigo fue en el Museo del Prado.

Es un mar de cuadros, a cual más bello que otro. Hay allí más de cincuenta Murillos, los mejores del mundo; salas enteras de Velázquez y Ribera. Hay muchos italianos, entre ellos retratos de Tintoretto, inigualables, y cuadros de Veronés y Ticiano. ¡No hay palabras! Allí está la *Sagrada Familia* de Rafael. A este cuadro lo llaman aquí *la perla* porque lo consideran la perla de los museos, pero a mí me ha gustado menos que otros. Lo vi de manera superficial, porque el museo es enorme, mayor incluso que el Louvre. Iré hoy y mañana. ¡Qué extraño pintor español es Goya! Todavía no tengo formada una opinión sobre él. Murió en 1828, por lo que es, prácticamente, contemporáneo, pero sus cuadros tienen una extraña ingenuidad, e incluso la torpeza de los cuadros antiguos. Se parece un poco a la pintura francesa del siglo XVII, a veces a los holandeses. En los trazados hay una superficialidad y falta de proporciones que no me puedo explicar. Hay muchos cuadros suyos. Compraré unas fotografías para que las veas y me des tu opinión sobre él...

(H. Sienkiewicz, *Viajeros polacos en España*)

[Madrid]

Mi intención había sido pasar las Navidades en Madrid y quedarme allí hasta entrado el nuevo año; pero, a pesar de que paulatinamente fui conociendo a más y más personas interesantes y de la benevolencia que se me demostró, y a pesar de la ópera, el museo y corrida de toros todos los domingos si quería, no soportaba la idea de quedarme aquí más de tres semanas; de las cuales empleé varios días en visitar Toledo. El clima de Madrid era inaguantable: nieve, lluvia y ventisca, peor tiempo no lo hace en el norte en esta época del año. Y si por casualidad algún día la atmósfera estaba pura y despejada, el viento era tan cortante, tan seco, tan enervante, que tenía uno la impresión de estar secándose como una momia.

(H.-C. Andersen, *Viaje por España*)

Alojamientos y posadas

[En Irún]

Por primera vez exploramos el mobiliario de las habitaciones [en las posadas] españolas. Dos huecos cuadrangulares en dos partes del muro formaban un par de alcobas en cuyo interior había sendas camas; una

costumbre imperante en toda España y extendida por los árabes asentados en esta tierra a lo largo de 700 años. Unos sillones alineados los unos al lado de los otros, sobre una estera, componían lo que en España se denomina *estrado* y que antiguamente era una parte más elevada en el aposento, con una alfombra y almohadones para sentarse. Asimismo, las paredes estaban por entero desnudas, al genuino estilo árabe; y el suelo, como en Italia, pavimentado con baldosas de barro. Sin cuadros o relojes de pared que adornasen el cuarto desierto, ni un escritorio u otra clase de muebles, de esos que en Francia o Inglaterra tan abundantemente hemos disfrutado. No había nada que ver, excepto unas cortinas rojas sobre puertas y ventanas y una colgadura de papel de no más de cinco pies de alto y que corría alrededor de la habitación. Así se completaba la decoración y así la encontramos, con escasas diferencias, en todo nuestro viaje por España.

(J. Hager, *Reise von Wien nach Madrid im Jahre 1790*, trad. S. F.)

[En Tui]

Esta villa se halla sobre un otero frente a un gran río llamado Miño, que separa en esta región el reino de Galicia del de Portugal. Aquí padecimos grandes trabajos para alojarnos. Los vecinos se burlaban de nosotros como si fuésemos bárbaros o sarracenos. Cuando se percataron de tal circunstancia, dos hermanos de la Orden de los Predicadores nos llevaron a casa de una vieja a quien pidieron que nos diese albergue. Fue el último hospedaje en Galicia y decían que era muy bueno, pero, en realidad, no había tal.

Mientras Monseñor daba vueltas por la villa en busca de una iglesia, como acostumbraba, un canónigo de la catedral que se fijó en él pensó que sería una personalidad importante y mandó a un propio para demandarnos quién era realmente. Cuando lo supo, intentó por todos los medios que quedase en su casa y nos ordenó ir por nuestra impedimenta para ofrecernos su hospitalidad. Monseñor se lo agradeció y volvió a la posada donde pasamos la noche al estilo de los gallegos, entre hedores y porquería.

(C. de Bronseval, 1532, en *Aventureiros e curiosos*, trad. S. F.)

[Mallorca]

Desde este momento nos convertimos en objeto de horror y de espanto para

la población. Nos declararon atacados y convictos de tisis pulmonar, lo cual equivale a la peste, dados los prejuicios sobre el contagio de la medicina española. Un rico doctor, que por la módica cantidad de 45 francos, se dignó hacernos una visita, declaró que no era nada, y nada recetó.

Su ayudante mayor al que habíamos apodado *Malvavisco* debido a ser esta su prescripción favorita, iba tan sucio que nuestro enfermo no podía decidirse a dejarse tomar el pulso.

Otro médico vino galantemente en nuestro auxilio, pero la farmacia de Palma estaba tan desprovista que no pudimos procurarnos más que drogas detestables. Por otra parte la enfermedad se agravó por causas que ninguna ciencia ni ningún cuidado podían combatir eficazmente.

Una mañana que estábamos muy preocupados por la persistencia de las lluvias y por los sufrimientos derivados de ellas, recibimos una carta del feroz Gómez, que nos decía, a estilo español, que *teníamos* una persona, la cual *tenía* una enfermedad que le repugnaba, ni más ni menos, a él don Gómez, el hombre más suciamente feo de las cuatro partes del mundo y que llevaba el contagio a sus hogares y amenazaba anticipadamente los días de su familia, en virtud de lo cual nos rogaba desalojar su palacio lo más pronto posible. [...] Yo no temo al mar, pero alguien de mi familia estaba enfermo de cuidado. La travesía, el mal olor, el insomnio, no habían contribuido a calmar sus sufrimientos. El capitán no había tenido otra atención con nosotros que la de suplicarnos que no acostáramos a nuestro enfermo en la mejor cama del camarote, puesto que, según el prejuicio español, toda enfermedad es contagiosa. Y como nuestro hombre había ya pensado hacer quemar la colchoneta donde reposaba el enfermo, deseaba que fuera la más usada. Nosotros le mandamos a sus cerdos; y quince días después, cuando regresamos a Francia, a bordo del *Phénicien*, magnífico vapor de nuestra nación, comparamos la delicadeza del francés con la hospitalidad del español. El capitán de *El Mallorquín* había disputado un lecho a un moribundo; el capitán marsellés, viendo mal acomodado a nuestro enfermo, había quitado los colchones de su propia cama, para dárselos. Cuando quise pagar nuestro pasaje, el francés me hizo observar que le daba demasiado dinero; el mallorquín me hizo pagar el doble.

(G. Sand, *Un invierno en Mallorca*)

[En Orihuela]

Las moscas zumbaban en grandes enjambres ondeantes, cual largos crespones negros. No había ni una silla o banco libre; era necesario salir fuera, encontrar allí una piedra o un cubo y sentarse a la sombra del propio paraguas [...] Las mujeres, a cual más fea, jóvenes y viejas, se ocupaban en raspar zanahorias, trocear carne, guisar, freír y servir. Mas lo hacían todo con tal parsimonia, tal somnolencia, tal desgana, que para un estómago vacío resultaba indignante. La dueña, una mujer joven y rubia, inflada de gorda pero de tez blanca y sonrosada, daba órdenes con voz hombruna. Debía de tener buenas fuerzas; seguro que podía doblarle la rodilla a más de un buen mozo. Era el tipo ideal de mujer para un bandolero. Parecía importarle un bledo que acabase de llegar una nueva tanda de viajeros y que la diligencia parase con el tiempo justo. Nos moríamos por comer algo. Se le pidió varias veces que nos atendiera, pero ella, ni contestar; como si no viese ni oyese a nadie. Sonreía a diestra y siniestra mientras hablaba sin parar, en voz muy alta, con un par de agraciados huéspedes que ocupaban una mesa servida. Cuando, después de haber esperado cerca de una hora, la agarré por un brazo y le pedí, al menos, un vaso de vino, ella me miró asombrada, medio asintió con un indulgente movimiento de cabeza y dijo: «Espere a que le llegue el turno». Y otra vez a esperar, todo el mundo a esperar de nuevo; hasta que volvieron a enganchar las mulas de tintineantes colleras a la diligencia y restalló el látigo del mayoral. Entonces, a una seña de ella, dos viejas, arrastrando los pies, se llegaron hasta nosotros, pusieron el mantel y sacaron un asado tras de otro a la mesa.

(H.-C. Andersen, *Viaje por España*)

[El tren]

El descuido y la falta de espíritu práctico español se dejan sentir en el extranjero a cada paso, pero donde más se nota es en los viajes en tren. Normalmente el letrero de la estación no se distingue a simple vista, así de inapropiadamente está colocado. Desde la gran línea de ferrocarril que une París con Madrid quise desviarme a Salamanca, que se encuentra apenas a setenta y siete kilómetros. El tren rápido, desde la frontera francesa, pasa por Medina de Campos [sic] a las 16:20 horas de la tarde; desde esta estación se

ramifica la línea de Salamanca. A pesar de que esta se encuentra, además, en una gran línea que une París con Portugal (con la gran ciudad comercial de Oporto) no hay conexión desde Medina con Salamanca este día, ni siquiera desde el tren rápido. La conexión más cercana tiene que ser, como pronto, por la mañana.

En otra parte de España quise enterarme de si estaba abierta la circulación del ferrocarril para una segura y nueva línea. Según el horario de viaje, la circulación en ella ya debería existir. Para cerciorarme, pregunté a un funcionario de una de las vecinas estaciones de la línea y me contestó que todavía no había circulación. En otra estación pregunté a un segundo empleado y este me respondió de la misma forma. Más tarde pude comprobar que lo que me habían dicho era falso, la circulación estaba abierta. El horario de los trenes incluye un mapa oficial anticuado en el que no se manifestaba que la línea estuviera abierta. El nuevo horario estaba en vigor desde el 1 de octubre, sin embargo, el día 2 todavía no estaba disponible en las estaciones.

No faltan en los horarios oficiales datos falsos sobre los trenes. En una de las grandes estaciones de Andalucía quise dejar un paquete en la consigna del tren y me dijeron que hablara con el jefe de estación. Este estaba ocupado, de servicio o comiendo, y tuve que esperarle, literalmente, tres cuartos de hora. Después de este tiempo me dijo que los paquetes normalmente no se pueden dejar en la estación porque esta carece de depósito. Por poco pierdo el tren debido a la espera. Corriendo llegué a la ventanilla y compré el billete. Aquí me informaron de que para tomar la línea por la que quiero viajar (que es una prolongación de la línea por la que he viajado hasta ahora) hay que partir de otra estación bastante alejada de la que me encuentro. No había ni un solo letrero informativo que explicara con anterioridad sobre este particular.

En Aranjuez recoge el correo de la estación un ómnibus privado hostelero. Como no viajaba ningún empleado del servicio postal, nadie se ocupaba de que no se cayeran o perdieran los paquetes en el transcurso del viaje. Algunos kilómetros antes de llegar a Madrid, el tren se detuvo en medio de un campo llano. Todas las señales del maquinista quedaron sin respuesta. Esperamos alrededor de media hora una contraseñal desde la estación. Aparentemente, el funcionario del ferrocarril cuya tarea consistía en dar paso a los trenes de la estación se fue de su puesto. Tras una larga espera, los pasajeros nos dispusimos a recoger nuestras cosas y fuimos andando por la vía hasta la estación. No había nadie que recogiera los pesados paquetes. El servicio del

ferrocarril contemplaba, indiferente, el problema de los pasajeros. No quedaba a quién acudir y para mí no fue distinto: cogí en las manos dos pesadas maletas, una bolsa, el paraguas, todo ello arrastrado con gran dificultad. Así había que atravesar un kilómetro de camino por la vía hasta la estación.

En las estaciones andaluzas los mendigos piden limosna a través de las cercas que cierran la estación y mendigan sin obstáculo. Cuando llega el tren los mendigos permanecen junto a los escalones del vagón, introducen tranquilamente la cabeza en los vagones y piden ayuda. Aquí no hay que considerarlo una exageración.

El bandolerismo en Andalucía existe aún hoy en día. En el compartimento en el que viajo están sentados dos gendarmes, así que parezco un reo escoltado. Los guardias tienen que defender la seguridad de los viajeros; pero al habitante del norte le produce una extraña sensación ver a un guardia echar un vistazo debajo de los bancos y en los estantes del vagón para comprobar que no haya un bandolero escondido en el compartimento.

Quien venga a España con la esperanza de encontrar allí coloridos trajes experimentará una gran decepción. El traje de color oscuro prevalece en toda España. Bajo este punto de vista reina una gran diferencia entre España e Italia, sobre todo con el sur de esta. La única zona que ha conservado un poco de colorido en el traje regional es Aragón. En general el pueblo español es menos pintoresco que el italiano.

Los ecos grecorromanos viven todavía en las formas de las vasijas. En verano en las cafeterías sirven agua en jarros de barro con preciosas formas griegas.

(S. Witkowski, en *Viajeros polacos en España*)

Religión y religiones

La religiosidad del sur tiene un extraño carácter. Vi en Burgos a españoles que visitaban las capillas de la magnífica catedral cubiertos con sombreros. En Madrid, el domingo, se transportan, de la forma más tranquila, los materiales de derribo de una casa. En Zaragoza encontré por la noche una procesión con fieles celebrando la festividad de la patrona de España, la Virgen del Pilar, de la siguiente forma: encabezando el cortejo iba una carroza adornada con guirnaldas, encima de ella un hombre con traje de

antiguo romano y una mujer. El carro estaba rodeado de gente disfrazada de soldados romanos. La estruendosa música resonaba por las calles del lugar, en el que, cien años antes, se derramó tanta sangre. La celebración religiosa adopta aquí un carácter de mero espectáculo totalmente laico.

(S. Witkowski, en *Viajeros polacos en España*)

Si nos acuartelábamos en algún lugar durante un par de semanas o meses, tras nuestra permanencia todo quedaba destruido y saqueado de la forma más horrible, llegando incluso al extremo de no respetar las imágenes sagradas, que también acababan siendo pasto de las llamas.

(S. Broekere, en *Soldados polacos*)

[*Calatayud, 1808*]

Con la llegada de la infantería francesa el orden desapareció. Tanto las casas como las iglesias fueron abiertas y saqueadas. Los soldados, emborrachados con el vino, vestidos con las vestiduras litúrgicas, con antorchas y candelas, llevaban por las calles los recipientes de la misa llenos de vino, cantando desvergonzadamente. Todavía ahora siento rabia y tristeza porque aunque no participé, fui testigo de estas insolencias y violaciones. Y de este modo la nación española estaba justificada por su venganza despiadada jurada contra los franceses.

(W. F. Fijalkowski, en *Soldados polacos*)

[*Mallorca*]

Los ermitaños, que se encuentran establecidos allí en número de cuatro o cinco, carecían de toda poesía. Su habitación por lo pronto era tan miserable y tan salvaje como su profesión. Los encontramos ocupados en cavar su jardín en forma de terraza, desde la que se domina la gran soledad del mar. Personalmente nos parecieron lo más estúpido del mundo. No llevaban atuendo religioso. El superior dejó su azada y vino hacia nosotros con su chaqueta redonda de paño pardo; sus cabellos cortos y su barba sucia no tenían nada de pintoresco. Nos habló de la austeridad de la vida que llevaba y, sobre todo, del frío tremendo que hacía en aquella costa. [...] Nos hizo subir a una pequeña celda muy sucia, en la que nos encontramos con el decano de los ermitaños. Le tomamos por un centenario y nos impresionó

saber que no tenía más que ochenta años. Este hombre se encontraba en un perfecto estado de imbecilidad, aunque fabricase por inercia cucharas de madera con sus manos terrosas y temblonas. No nos hizo caso alguno a pesar de no ser sordo. El padre prior le llamó y nos mostró una cara asquerosa de embrutecimiento. Una vida de relajamiento intelectual se resumía en su rostro, del que aparté los ojos al instante como si se tratara de la cosa más horrible y más penosa que hubiera en el mundo. Le dimos una limosna en vista de que pertenecía a una orden mendicante. Todavía gozan de una gran veneración entre los campesinos, los cuales no dejan que les falte nada.

(G. Sand, en *Viajeros extranjeros por España. Siglo XIX*)

El pueblo español había edificado, con su dinero y con sus sudores, los insolentes palacios del clero regular, a la puerta de los cuales iba a recibir, desde hacia siglos, el óbolo de la holgazana mendicidad y el pan de la esclavitud intelectual. Había participado en sus crímenes y se había embebido en sus cobardías; había encendido las hogueras de la Inquisición, había sido el cómplice y el delator de las atroces persecuciones dirigidas contra razas enteras que se había querido extirpar de su seno. Y cuando hubo consumado la ruina de aquellos judíos que le habían enriquecido, cuando hubo expulsado a esos árabes a los cuales debía su civilización y su grandeza, recibió como castigo celeste la miseria y la ignorancia. Tuvo la perseverancia y la piedad de no rebelarse contra ese clero que era obra suya, su corruptor y su azote. Sufrió durante mucho tiempo encorvado bajo ese yugo creado con sus propias manos. Y después, un día, audaces y extrañas voces hicieron llegar a sus oídos y a su conciencia palabras de independencia y de libertad. Comprendió el error de sus antepasados, se avergonzó de su bajeza, se indignó de su miseria y, a pesar de la idolatría que aún conservaba por sus imágenes y reliquias, rompió estos simulacros y creyó más enérgicamente en su derecho que en su culto.

(G. Sand, *Un invierno en Mallorca*)

[*Mallorca*]

Entonces comprendí por qué los frailes, y sobre todo las órdenes mendicantes, ejercen tanta influencia sobre el pueblo bajo. Mal que les pese a los liberales intolerantes, son, en realidad, el apoyo y el consuelo de los infelices desde su nacimiento hasta su muerte. ¡Qué horrible tarea, por

ejemplo, esta de entretener durante tres días a un hombre que va a ser ajusticiado! Creo que, si tuviera la desgracia de ser ahorcado, no me desagradaría tener dos franciscanos para conversar conmigo.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

Por una calle estrecha [en Murcia] salió una procesión y cruzó la plaza; fue la única procesión que vi durante mi estancia en España. Las altas llamas de las velas mezclábanse con los cánticos y responsos; no entendí ni palabra, pero se me vino a la memoria el antiguo salmo español de Prudencio, que forma parte de nuestro libro de himnos danés. Se trataba del entierro de una joven. El clero iba en procesión con cruces y estandartes, los miembros del cortejo portaban cada uno un largo cirio encendido, los acólitos hacían oscilar sus incensarios; cuatro encapuchados llevaban el ataúd destapado en andas revestidas con paño bordado en plata. Una muchacha, cual bella imagen de cera, yacía en el interior cubierta de flores y con el diáfano cielo estrellado de Dios por palio. Parecía aletargada; era como si entre cánticos y bendiciones la transportasen a su aposento de dormir. Desde los balcones, o según pasaban por la calle, los espectadores le enviaban un saludo a la muerta, a la que, en su descanso, consideraban un tanto más cerca de nuestros predecesores que nosotros los vivos.

(H.-C. Andersen, *Viaje por España*)

Desde que he visto Sevilla y Córdoba, me siento tentado de hacerme turco. Todo lo bello y útil que hay es obra de los moros. Sus acueductos dan de beber todavía a todas las ciudades del sur, sin que nunca los habitantes cristianos se hayan tomado la molestia de repararlos. Desfiguraron sus mezquitas para hacer iglesias y, en las casas particulares, los bárbaros ocultaron bajo una espesa capa de enlucido los adornos deliciosos.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

Comidas

Puede decirse lo mismo de la inmensa producción de los olivos, que son, ciertamente, los más hermosos que hay en el mundo, y que los mallorquines, gracias a las tradiciones árabes saben cultivar perfectamente; desgraciadamente no saben obtener de ellos más que un aceite rancio y nauseabundo, que nos causaría horror y que no podrán exportar jamás

abundantemente más que a España, donde el gusto por este aceite infecto reina igualmente. Pero España es también muy rica en olivos, y si Mallorca la abastece de aceite debe ser a muy bajo precio.

(G. Sand, *Un invierno en Mallorca*)

Desde la entrada el olor a aceite ya nos sofocó. Todo el mundo ha oído hablar del aceite español, pero nadie puede tener una idea de lo que es si no lo ha probado antes. Las aceitunas, sin embargo, están deliciosas en este país, pero como si se hubieran jurado estropear todo lo que el cielo ha hecho de bueno en su tierra, los españoles han encontrado el medio de extraer de ellas, dejándolas fermentar, un aceite cuyo sabor y olor son abominables, que afecta a la vez a la nariz y a la garganta, y que solo sabría comparar con una mezcla de aceite de ricino y aceite de candil. Ellos encuentran esto delicioso y, para su gusto, nuestro aceite de Provenza es soso e insípido.

(E. Poitou, *Viaje*)

Su proverbial sobriedad se manifestó también aquí [en Toledo]. Aunque se vendía vino en los puestos, la mayor parte bebía solamente agua, pero esta también en abundancia. Es asombroso cómo los españoles pueden tragar esas grandes cantidades de agua sin sentirse mal.

Ahora aguanto el aceite en las comidas mejor que al principio, pero todavía no me atrevo a tomarlo crudo, por ejemplo en ensaladas. ¡Si al menos tuvieran el aceite francés, que es excelente! Pero no, el de aquí tiene siempre un poco de regusto a rancio. Huele a aceite por todas partes, en la calle, en las casas, más o menos como en un buque de vapor.

Otro olor muy popular es el del azafrán. El olor a azafrán también prolifera, así como el azafrán en las más sorprendentes combinaciones, por ejemplo con arroz y trozos de cerdo, que los españoles comen muy gustosamente. El pan es más compacto que el francés o que el nuestro, muy blanco, parecido a los *cakes* ingleses. No he probado todavía el plato genuino español, el «gaspacho» [*sic*]. Debe ser una auténtica comida de perros: agua, aceite y vinagre con pepinos, ajo, hojas de lechuga y trozos de pan, sal y pimienta, y se come con cuchara.

(A. Edelfelt, *Cartas del viaje por España*)

El ajo es el ingrediente esencial después de estos, y su solo nombre basta para ofender a la mayor parte de los ingleses. El mal está, sin embargo, en su abuso, no en su uso: y por la cantidad de esta legumbre que se consume en

todos los países del sur, donde pasa por ser fragante, sabroso, estomacal y fortaleciente, cabe pensar que es idóneo, por su naturaleza, a los gustos y las constituciones locales. Dondequiera que crezca una hierba cualquiera siempre se encuentra un asno capaz de comerla. Es curioso ver en qué tremenda medida el campesino español de la costa oriental, consume ajo, y aconsejamos a nuestros viajeros que se pongan en guardia contra el cautivador nombre de la «manteca valenciana», pues se compone (ya que la vaca no tiene nada que ver en ella) de partes iguales de ajo y tocino de cerdo, molido junto en un mortero y luego untado en pan, igual que nosotros hacemos con el arsénico para acabar con los bichos. Los catalanes tienen una sopa nacional que se hace con pan y ajo, a partes iguales, frito en aceite y luego diluido en agua caliente. Este mejunje se llama «sopa de gato», probablemente porque los gatos lo vomitan.

(R. Ford, *Manual para viajeros por España*)

Cené el otro día en casa de Calderón. Comió dos platos inmensos de sopa de arroz en la que hay de todo: carne, mariscos y pescado, con una salsa horrible hecha con ajo y pimentón (que me hizo estar sediento toda la noche) y otros veinte platos por el estilo. Me presentó a la cocinera, que es menudita de cuerpo, con cara muy sonriente, muy redonda y tan rellena como un pudín. Realmente tiene un gran talento, pero pronto matará a su amo.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

Las mujeres

Una apasionada devoción a la religión de su país, un orgullo que aspira a una total dominación, una testarudez que solo les permite ser indulgentes consigo mismas, un espíritu de venganza que lo sacrifica todo y una voluptuosidad ardiente: en efecto, en su conjunto no son cualidades agradables. Pero, por otro lado, está muy acentuada la fidelidad y el cariño, la magnanimidad y el heroísmo de la española. Todos sus sentimientos son profundos y se caracterizan por una fuerza y una grandeza que atraen automáticamente.

El aspecto de la española es una copia de su carácter, que se anuncia en su bella figura, su majestuoso paso, su sonora voz, sus negros y fogosos ojos y su extrovertido temperamento, en resumen: en toda su persona. Sus encantos se desarrollan pronto y se apagan pronto, un efecto del clima, de los

alimentos fuertes y de la sensualidad. Una española de cuarenta años parece tener el doble de edad y toda su figura demuestra el hartazgo y el envejecimiento acelerado. Casi todas tienen bigote, un indicio de la fuerza de su naturaleza. No obstante, esto favorece el negocio de las *velleras* que se ocupan de quitar este defecto. Su dentadura es casi siempre mala, debido a su exagerado consumo de dulces.

Una española está fielmente apegada al sistema religioso de su país. La devoción a María y el amor a su santo pueden ocupar el corazón infantil, y la pompa de las tradiciones sensuales puede satisfacer a los sentidos todavía sin desarrollar. Pero son precisamente estos sentimientos beatos, este fanatismo devoto, estas emociones religiosas las que preparan al alma para la voluptuosidad, ya que amar a un santo significa darse cuenta de su sexo. La sensualidad y la religión son, por lo tanto, los dos asuntos más importantes para una española a partir de los trece años. Esto sirve para explicar las más raras contradicciones de su carácter: el frecuente tránsito de la penitencia al pecado y la influencia de los curas tanto física como moralmente. [...] Finalmente quiero mencionar a las mujeres de aquí [Bilbao]. Me da la impresión de que reúnen la dignidad española con la belleza inglesa. ¡Su fresco cutis, sus brillantes ojos negros, su bonito cabello, la perfecta proporción de su cuerpo, su extrovertido comportamiento: todo es tentador para un extranjero! Su dominio sería completo si los hombres supieran formarlas, si una cultura general pudiera desarrollar sus excelentes disposiciones, si cierta rígida reserva y orgullosa mojigatería no oscurecieran sus encantadoras cualidades. Las mujeres de las clases bajas son aquí tan fuertes y trabajadoras que incluso las emplean para llevar cargas. Según observaciones confirmadas, hay que decir que, si se comparan las costumbres de todas las clases, las de aquí son las más puras de España.

(C. A. Fischer, *Reise von Amsterdam...*, trad. H. Friederich-Stegmann)

Cuando estaba demasiado caliente, iba a Madrid, a casa de una señora llamada Agustina, la cual, por muy poca cosa, me proporcionaba jóvenes muy complacientes. Ya se imagina usted que las hijas de los carlistas exiliados, las mujeres de los cesantes, las viudas de los fusilados, las hijas de todos los arruinados por siete años de miseria, están encantadas de acostarse con un extranjero honrado y virtuoso que les abre la bolsa.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

Cubría y descubría los pechos a cada momento, como si fuera por casualidad. Verdad es que los pechos los tenía níveos y hermosos. Se giraba, se agachaba, se le veía casi todo hasta la cintura, sobre todo cuando me puse a su lado, cerca de una ventana. Todo esto duró unas dos horas. Nosotros, los extranjeros, mirábamos con admiración, porque créeme, en Francia una mujer de sociedad no se atrevería a enseñar sus encantos de esta manera en una reunión parecida. Pero parece que aquí esta es la costumbre. Los que llevan viviendo aquí más tiempo dicen que las mujeres aquí no tienen ni sentimiento ni pasión, y que es la avaricia o la pobreza la que les impulsa a lo que sea. Esta frialdad con los hombres, dicen, se debe a la degeneración, muy corriente en ambos sexos. Además, parece que el calor les quita las fuerzas a los hombres. Seguramente, no son tan resistentes como los polacos del norte, Yo mismo me doy cuenta de que aquí no tengo la misma resistencia que tenía, por ejemplo, el año pasado en Francia.

(J. F. Zielinski, en *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*)

¿Se podría imaginar alguien a una española sin abanico? Ya en Burgos llamó mi atención la imagen de las mujeres rezando en la catedral y todas, sin excepción, llevaban en la mano un abanico y se refrescaban con él sin parar. Aquí también, a cada paso, encuentras este inseparable abanico. Todo lo que está vivo y lleva mantilla utiliza abanico: las niñas, las señoritas, las señoras, las ancianas, las cocineras y las mujeres que venden periódicos en la calle.

Si alguien duda de que me halle en un clima caluroso, que mire a las multitudes de mujeres y compruebe cómo todas sujetan en una mano un abanico, ancho como una hoja de plátano, con el que espantan, como si fuera una mosca molesta, las olas de aire caliente. Quien se halle en esta infernal estufa, aunque sea solo una vez, y experimente aquí la fuerza de los rayos solares, comprenderá al instante esta necesidad y justificará el invento de los abanicos.

(A. Pawinski, en *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*)

La política

Lo que más aflige en España es la profunda falta de moral de todas las clases. Se venden hoy por nada, pero se venden cada día [...], han robado tanto y han hecho tantas guarrerías de toda clase bajo la administración de Narváez y de los demás presidentes moderados del Consejo de Ministros que

la opinión pública los rechaza de modo terminante.

(P. Mérimée, *Viajes a España*)

El exacerbamiento de las pasiones políticas y el furor de las luchas intestinas no ha cambiado el fondo del antiguo carácter español. Solo la parte de la sociedad que se denomina mundo político, solo esa está corrompida. El pueblo, aunque siempre inclinado a esos ciegos y a veces salvajes ímpetus de pasión que revelan la mezcla de sangre árabe y latina, es bueno, leal, capaz de sentimientos magnánimos y de sublimes arrebatos de entusiasmo. La honra de España es todavía un lema que hace latir todos los corazones.

(E. de Amicis, *España. Diario de viaje de un turista escritor*)

No es de extrañar, pues, que este país, desolado desde hace tanto tiempo por las guerras, los disturbios y el mal gobierno, no se pueda levantar de su decadencia, porque las personas más eminentes se ocupan de cuestiones banales y sangrientas a la vez. En los cafés, incluso en los de la capital, te sorprende la falta de periódicos. Nadie lee, nadie se ocupa de los asuntos públicos. ¡Qué contraste entre esta indiferencia y la preocupación que hay en Inglaterra, Francia y Alemania!

Los resultados también son visibles. Hay aquí mucha soberbia y engreimiento, y el amor al bien público está completamente ausente. Todos aspiran al poder con el único propósito de enriquecerse ellos mismos, sin pensar en la Patria, y la que da mejor ejemplo de todo esto es la familia real. Madrid, que se encuentra en el centro del país, poca relación tiene con otras naciones. Los extranjeros raras veces pasan por aquí, y cuando lo hacen es solo traídos por la necesidad, por eso florece en estas tierras el desprecio y rechazo a los extranjeros. Ya que ellos mismos no han visto nada, les parece que todo lo bueno está solo en España y al resto lo toman por nada.

(J. F. Zielinski, en *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*)

Declaman sobre ello los diarios, tan solo los republicanos porque no hay otros, pero declaman como ejercicio literario. Los españoles piensan en ello lo menos posible, pues se preocupan más de las corridas de toros, de las verbenas y de las señoras; existen, por lo demás, círculos que se ocupan de aquella literatura que nadie lee, o de la pintura, que es todavía más popular; el país vive feliz, en libertad, sumido en un continuo sopor, y a la ligera, como en Polonia bajo el reinado de los Sajones. [...] No he visto ningún otro país monárquico donde el rey y la dinastía tengan tan poco peso como en España.

En cualquier otro lugar una virtuosa reina, que ejerza el gobierno en nombre del sucesor menor de edad, gozaría de la simpatía general de la nación. Pero la gran mayoría de los españoles no piensan en la reina, ni en su hijo, y en ningún lugar se ven sus fotografías, el país vive como si no existieran. El periodismo, que goza de una gran libertad de prensa, habla mal de la institución monárquica, divulga en voz alta las milagrosas y curativas propiedades de la República, y exhorta directamente a la revolución. [...] Los políticos de profesión, y vinculados con ellos los financieros, conforman en España una casta aislada y numerosa, que no goza de demasiado respeto y a la que raramente accede una persona justa, solícita con el bien del país y diligente con el principio del honor. Esta gente vive de la política, reconoce la monarquía, porque ve en ella la adjudicación de cargos y favores, pero al no caber en un partido, se dividieron en dos facciones, que se apoderaron alternativamente de todas las instituciones. [...] La política, a pesar de ello, no funciona del todo mal; otra cosa es la administración, que es deplorable y con la que sufre la moral pública. La malversación de fondos públicos en todas las esferas está a la orden del día, los gobiernos utilizan los impuestos para fines personales de miembros del partido gubernamental, o para sobornar a ciertos señores de la oposición a los que hay que mantener de buen humor, y toda esta depravación alcanza hasta las juntas provinciales y municipales.

(W. Dzieruszycki, en *Viajeros polacos en España*)

«Adiós para siempre, adiós»

Pero volvieron los días hermosos, y el vapor *Mallorquín* pudo reanudar sus viajes semanales a Barcelona. Nuestro enfermo no parecía estar en disposición de soportar la travesía, pero también era incapaz de resistir una semana más en Mallorca. La situación era espantosa. Hubo días en que perdí la esperanza y el valor. Para consolarnos, María Antonia y sus contertulios del pueblo repetían a coro, alrededor nuestro, los más edificantes comentarios sobre la vida futura.

—Este tísico –decían– irá al infierno; primero, porque es tísico y después porque no se confiesa.

—Si esto sucede, cuando esté muerto no le enterraremos en tierra sagrada, y como nadie querrá darle sepultura, sus amigos se arreglarán como podrán [*sic*]. Y ya veremos cómo saldrán de sus apuros, porque yo no quiero

intervenir.

—Ni yo.

—Ni yo. Y ¡amén!

Por fin partimos y ya he contado qué compañía y qué hospitalidad hallamos a bordo del buque mallorquín.

Cuando entramos en Barcelona, estábamos tan deseosos de acabar para siempre con esta raza inhumana, que no tuve paciencia de esperar el final del desembarco. Escribí una carta al comandante de la estación, M. de Belves, y se la envié por una lancha. Instantes después, vino a buscarnos en su canoa y nos condujo a bordo del *Méléagre*.

Al poner el pie en este hermoso buque de guerra, cuidado con la limpieza y elegancia de un salón, al vernos rodeados de rostros inteligentes y afables y recibir los cuidados solícitos y generosos del comandante, del médico, de los oficiales y de toda la tripulación, y estrechar la mano del excelente y gentil cónsul de Francia M. Gautier de l'Arc, saltamos de alegría sobre el puente, gritando desde el fondo del alma:

—¡Viva Francia!

Nos pareció haber dado la vuelta al mundo y abandonado los salvajes de la Polinesia por el mundo civilizado.

(G. Sand, *Un invierno en Mallorca*)

Bibliografía de referencia

- ALARCÓN, P. A. DE, *La Alpujarra*, Madrid, Miraguano/Polifemo, 2001.
- ALBI, J., *La defensa de las indias (1764-1799)*, Madrid, ICI, 1987.
- ALEMÁN, M., *Guzmán de Alfarache*, Barcelona, Bruguera, 1982.
- AL-HAMADANI, *Venturas y desventuras del pícaro Abu l-Fath de Alejandría*, trad. S. Fanjul, Madrid, Alianza, 1987.
- ALONSO, M., *Diccionario medieval español*, 2 vols., Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986.
- ALONSO DE HERRERA, G., *Agricultura general*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1996.
- AMICIS, E. DE, *España. Diario de viaje de un turista escritor*, Madrid, Cátedra, 2000.
- ANDERSEN, H.-C., *Viaje por España*, trad. y notas M. Rey, Madrid, Alianza Editorial, 2004.
- APULEYO, *El asno de oro*, trad. de L. Rubio, Madrid, Gredos, 1983.
- ARIÉ, R., «Le costume des musulmans d'Espagne», *Arabica*, XII, 1965, p. 246.
- AUSTRIA, M. DE, *Por tierras de España. Bocetos literarios de viajes (1851-1852)*, Madrid, Cátedra, 1999.
- AZARA, N. DE, *Memorias*, ed. de G. Sánchez Espinosa, Fráncfort del Meno, 1994.
- BAENA, J. A. DE, *Cancionero de Baena*, Buenos Aires, Ediciones Anaconda, 1949.
- BALTANÁS, E., *La materia de Andalucía*, Sevilla, Fundación J. M. Lara, 2003.
- BARRIONUEVO, J. DE, *Avisos de Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658)*, 2 vols., ed. y estudio A. Paz y Meliá, BAE, nº. 222, Madrid, Atlas, 1969.
- BEALS, R. y HOJER, H., *Introducción a la antropología*, Madrid, Aguilar, 1972.
- BELLÓN, J. A. y JAURALDE, P., *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*, Madrid, Akal, 1974.
- BERCHEM, T. y LAITENBERGER, H. (coords.), *Lengua y literatura en la época de los descubrimientos*, Ávila, Junta de Castilla y León, 1994.
- BERNAL RODRÍGUEZ, M., *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*, Barcelona, Editoriales Andaluzas Unidas, 1985.

- , «La Andalucía conocida por los españoles», en *Historia de Andalucía, VII, La Andalucía Contemporánea (1868-1983)*, Barcelona, Editorial Planeta, 1983, pp. 297-311.
- BONACHÍA, J. A. (coord.), *La ciudad medieval*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996.
- BORROW, G., *La Biblia en España*, trad., intr. y notas M. Azaña, Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- BOURDEILLE, P. DE, *Bravuconadas de los españoles*, pról. de P. Moa, Barcelona, Áltera, 2005.
- BRY, T. DE, *América (Grandes Viajes)*, 3.^a ed., Madrid, Siruela, 1997.
- CADALSO, J. DE, *Cartas marruecas*, Madrid, Cátedra, 1990.
- CARBIA, R. D., *Historia de la leyenda hispano-americana*, Madrid, Fundación Carolina, 2004.
- CARO BAROJA, J., *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, 3 vols., Madrid, Istmo, 1978.
- CASANOVA, G., *Memorias de España*, trad. de Á. Crespo, Madrid, Espasa Calpe, 2006.
- CASAS, M., *L' Itinerari valencià de lady Holland*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 2003.
- CASAS, B. DE LAS, *Historia de las Indias*, 3 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 2.^a reimp., 1986.
- CASTELO-BRANCO CHAVES, J. A., *Os livros de viagens em Portugal no século xviii e a sua projecção europeia*, Amadora, 1977.
- CERVANTES, M. DE, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1949.
- CÉSPEDES y MENESES, G. DE, *Primera parte de la historia de Felipe IV*, Lisboa, 1631.
- , *Historias peregrinas*, Madrid, 1906.
- CODINA BAS, J. B., *Viajeros británicos por la Valencia de la Ilustración (siglo xviii)*, Valencia, Ajuntament de Valencia, 1996.
- CHATEAUBRIAND, F.-R. DE, *Atala, René. El último Abencerraje*, Madrid, Editorial Libra, 1972.
- COBARRUVIAS, S. DE, *Tesoro de la lengua Castellana o Española*, Madrid, Turner, 1977.
- CONCOLORCORVO, *El lazarillo de ciegos caminantes*, Madrid, Editora Nacional, 1980.
- COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *Diccionario crítico etimológico castellano e*

- hispanico*, 5 vols., Madrid, Gredos, 1986.
- CRUZ HERNÁNDEZ, M., *Los estudios islamológicos en España en los siglos XIX y XX*, Actas del VII Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana.
- D'AULNY, *Relación del viaje de España*, Madrid, Cátedra, 2000.
- DAVILLIER, C. y DORÉ, G. (ilustr.), *Viaje por España*, 2 vols., Madrid, Grech, 1988.
- DEFOE, D., *Memorias de guerra del capitán George Carleton*, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
- DEFORNEAUX, M., *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Argos-Vergara, 1983.
- DEMBOWSKI, C., *Dos años en España durante la guerra civil (1838-1840)*, Barcelona, Crítica, 2008.
- DÍAZ DE YRAOLA, G., *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna*, Madrid, CSIC, 1948; ed. facsímil, 2003.
- DÍAZ ESTEBAN, F., «La limpieza de sangre y el cabildo de Badajoz: el caso del doctor Salgado», XXXVI Coloquios históricos de Extremadura, Trujillo, 24-30 de noviembre de 2007, pp. 197-222.
- DÍEZ DE REVENGA, F.-J. y DE PACO, M., *Historia de la literatura murciana*, Murcia, Universidad de Murcia, 1989.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *La sociedad española en el siglo XVII*, 2 vols. Facsímil de las ediciones de 1963 y 1970, Granada, CSIC-Universidad de Granada, 1992.
- DUSSAUD, R., *La pénétration des Arabes en Syrie avant l'Islam*, París, Institut Français d'Archéologie de Beyrouth-Geuthner, 1955.
- EDELFEIT, A., *Cartas del viaje por España (1881)*, Estudio, trad., ed. y notas de M.^a C. Díaz de Alda Heikkilä, Madrid, Polifemo, 2006.
- ESTEVE MONTENEGRO, M.^a L., *La imagen de España en la literatura alemana del exilio de 1933-1945* (Hispanistische Studien), Fráncfort del Meno, Peter Lang, 1988.
- FANJUL, S., *Al-Ándalus contra España*, Madrid, Siglo XXI, 3.^a rep. de la 2.^a ed., 2005.
- , *La quimera de al-Ándalus*, Madrid, Siglo XXI, 2004.
- FEIJOO, B. J., *Teatro crítico universal*, 3 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *La sociedad española en el Siglo de Oro*, 2 vols., Madrid, Gredos, 1989.

- FERNÁNDEZ NAVARRETE, P., *Conservación de monarquías y discursos políticos*, Madrid, Imprenta Real, 1626; ed. y estudio por M. D. Gordon, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1982.
- FIJALKOWSKI, W. F., *La intervención de tropas polacas en los sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1997.
- FISCHER, C. A., *Reise von Amsterdam über Madrid und Cadiz nach Genua in dem Jahren 1797 und 1798*, Heidelberg, Palatina Verlag, 1998.
- FORD, R., *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, Madrid, Turner, 1988.
- FRIEDERICH-STEGMANN, H., «Memorias de alemanes en España durante la Guerra de la Independencia». La estancia de Philipp Schwein en la isla de Cabrera, *Espacio, tiempo y forma*, UNED, Serie IV, H.^a Moderna, tomo 16, 2003, pp. 359-390.
- GAGE, T., «Viajes por la Nueva España y Guatemala», *Historia 16*, Madrid, 1987.
- GARCÍA CÁRCEL, R., *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- , *El sueño de la nación indomable*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, F., *Los mitos de la historia de España*, Barcelona, Planeta, 2004.
- GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Recopilación, trad., prólogo y notas del mismo. Prefacio de A. García Simón, 6 vols., Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999.
- GARCÍA-ROMERAL, C., *Biobibliografía de viajeros por España y Portugal. Siglo XVIII*, Madrid, Ollero y Ramos, 2000.
- , *Biobibliografía de viajeros por España y Portugal. Siglo XIX*, Madrid, Ollero y Ramos, 1999.
- GARRIDO, G. A., *Aventureiros e curiosos. Relatos de viaxeiros estranxeiros por Galicia. Séculos XV-XX*, Vigo, Galaxia, 1994.
- GAUTIER, T., *Voyage en Espagne. Suivi de España*, París, Gallimard, 1983.
- GRACIÁN, B., *El criticón*, 3 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1971.
- HAGER, J., *Reise von Wien nach Madrid im Jahre 1790*, Heidelberg, Palatina Verlag, 1997.
- HARRIS, M., *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- HENARES DÍAZ, F., *Manual de historia de la literatura en Cartagena*,

- Cartagena, Ayuntamiento de Cartagena, 1988.
- HERRERO GARCÍA, M., *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966.
- HUMBOLDT, W. VON, *Diario de viaje a España. 1799-1800*. Madrid, Cátedra, 1998.
- INFANTE, B., *Andalucía desconocida*, Sevilla, 1980.
- IRVING, W., *Cuentos de la Alhambra*, Madrid, Alianza, 2006.
- JAKSIC, I., *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*, México-Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- JUDERÍAS, J., *La leyenda negra*, Madrid, Swan, 1986.
- LADERO QUESADA, M., *Las fiestas en la cultura medieval*, Barcelona, Areté, 2004.
- LARRA, M. J. DE, *Artículos de costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
- , *Artículos políticos y sociales*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
- LEONARD, I., *Los libros del conquistador*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.
- LEWIS, B., «Raza y color en el islam», *al-Ándalus*, XXXIII, 1968, pp. 1-51.
- LÓPEZ BARBADILLO, J., *Cancionero de amor y de risa*, Madrid, Akal, 1977.
- LÓPEZ DE ABIADA, J. M. y LÓPEZ BERNASOCCHI, A., *Imágenes de España en culturas y literaturas europeas (Siglos XVI-XVII)*, Madrid, Verbum, 2004.
- LÓPEZ GARCÍA, B., «Arabismo y orientalismo en España: radiografía y diagnóstico de un gremio escaso y apartadizo», *Awraq*, XI (1990), Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe.
- , «Origen, gestión y divulgación de la “Historia de los mozárabes” de F. J. Simonet», *Awraq*, XXII, AECI, 2001-2005.
- MANZANARES DE CIRRE, M., *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid, IHAC, 1971.
- MARTÍNEZ MELÉNDEZ, M.^a C., *Estudio de los nombres de los oficios artesanales en castellano medieval*, Granada, Universidad de Granada, 1995.
- MATYJASZCYK, GREYDA, A. Y PRESA, F. (EDS.), *Viajeros polacos en España*, Madrid, Huerga y Fierro, 2001.
- MEDINA, P. DE y PÉREZ DE MESA, D., *Primera y segunda parte de las Grandezas y cosas notables de España*, Alcalá de Henares, 1595.
- MENDOZA, H. DE, *Guerra de Granada*, Madrid, Castalia, 1976.

- MENÉNDEZ PIDAL, R., *El padre Las Casas y Vitoria*, Madrid, Espasa-Calpe, 1958.
- MÉRIMÉE, P., *Viajes a España*, trad., pról. y notas de G. Ramos González, Madrid, Aguilar, 1990.
- MIGNET, F., *Antonio Pérez y Felipe II*, pról. de H. Kamen, trad. de Aníbal Froufe, Madrid, La Esfera, 2001.
- MITCHELL, D., *Viajeros por España. De Borrow a Hemingway*, Madrid, Mondadori, 1989.
- MONCADA, S. DE, *Restauración política de España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1974.
- MONROE, J. T., *Islam and the Arabs in Spanish Scholarship (Sixteenth Century to the Present)*, Leiden, Brill, 1970.
- MONTESQUIEU (C.-L. de Secondat), *Cartas persas [1721]*, trad. de F. Javier Hernández, Madrid, Cátedra, 1997.
- MORENO, D., *La invención de la Inquisición*, Madrid, Fundación Carolina, 2004.
- MURDOCK, G. P., *Nuestros contemporáneos primitivos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- NIETO BALLESTER, E., *Breve diccionario de topónimos españoles*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- PARADELA, N., *El otro laberinto español*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- PARKER, G., *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, Nerea, 1989.
- PASAMONTE, J. DE, «Vida y trabajos de J. de Pasamonte», en *Autobiografías de soldados. Siglo XVII*, Madrid, BAE, 1956.
- PAVÓN MALDONADO, B., *Arte toledano: islámico y mudéjar*, Madrid, IHAC, 1973.
- PAZ y MELIÁ, A., *Sales españolas*, 2 vols., Madrid, 1890.
- PEÑALOSA, FR. B. DE, *Libro de las cinco excelencias del Español*, Pamplona, Carlos Labayen, 1629.
- PIJOÁN, J., «Arte Islámico», *Summa Artis*, vol. XII, Madrid, Espasa-Calpe, 112003.
- Poema de Fernán González*, Madrid, Espasa-Calpe, 41970.
- POITOU, E., *Viaje por Andalucía*, trad. de M.-C. del Castillo, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2004.
- PONZ, A., *Viaje de España*, XVI tomos en 4 vols., Madrid, Aguilar, 1988.
- POWELL, P. W., *La leyenda negra*, Madrid, Áltera, 2008.

- PRESA GONZÁLEZ, F. y MATYJASZCZYK GREEDA, A. (eds.), *Madrid a los ojos de los viajeros polacos*, Madrid, Huerga y Fierro, 2003.
- PRESA GONZÁLEZ, F., *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Madrid, Huerga y Fierro, 2004.
- PUIG-SAMPER MULERO, M. A. y REBOK, S., *Sentir y medir. Alexander von Humboldt en España*, Madrid, Doce Calles, 2007.
- PULGAR, F. DEL, *Claros varones de Castilla*, ed. de J. Domínguez, Madrid, Espasa-Calpe, 41969.
- QUINTANA, M. J., *Obras completas*, Madrid, BAE, 1946.
- REBULLOSA, J., *Descripción de todas las provincias, reinos, estados y ciudades principales del mundo, sacada de las relaciones toscanas de Juan Botero Benes*, Gerona, 1748.
- RODRIGUES LAPA, M., *Cantigas d'escarnho e maldizer*, Vigo, Galaxia, 21970.
- ROSELL, C., *Crónicas de los reyes de Castilla*, Madrid, BAE, 1953.
- SAINZ DE ROBLES, F. C., *Refranero español*, Madrid, Aguilar, 1944.
- SALA GINER, D., *Viajeros franceses por la Valencia del siglo XVII*, Valencia, Ajuntament de Valencia, 1999.
- SALILLAS, R., *El delincuente español: el lenguaje*, Madrid, 1896.
- SAND, G., *Un invierno en Mallorca*, Palma de Mallorca, Editorial Clumba, 1975.
- SCHOLBERG, K. R., *Sátira e invectiva en la España medieval*, Madrid, Gredos, 1971.
- SECO DE LUCENA, L., *Plano de Granada Árabe, precedido de un prólogo por Mariano Gaspar Remiro*, Granada, 1982 [rep. de la 1ª ed. Granada 1910].
- SEPÚLVEDA, J. G. DE, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- SERRANO, M.^a del M., «Viajes y viajeros por la España del siglo XIX», *Cuadernos críticos de Geografía Humana*, año XVII, septiembre de 1993, n.º 98.
- SOLANO, F. DE *et al.*, *Proceso histórico al conquistador*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- STEINGRESS, G., ... y *Carmen se fue a París*, Córdoba, Almuzara, 2006.
- SUÁREZ ÁVILA, L., «¿Flamenco?: una metonimia», *Revista de Flamencología*, año XI, n.º 21, semestre 1.º 2005, pp. 13-29.
- SZMOLKA, J.; MORENO, M.^a A. y OSORIO, M.^a J., *Epistolario del Conde de Tendilla (1504-1506)*, Granada, Universidad de Granada, 1996.

- TERÉS, E., *Materiales para el estudio de la toponimia hispanoárabe. Nómina fluvial*, tomo I, Madrid, CSIC, 1986.
- TORRECILLA, J., *España exótica. La formación de la imagen española moderna*, Boulder (Colorado), Society of Spanish and Spanish-American Studies, 2004.
- TRIVES, F. R. y PRÉNERON VINCHE, P., *Un mito español en la literatura francesa: la Carmen de Mérimée*, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
- TWISS, R., *Viaje por España en 1773*, Madrid, Cátedra, 1999.
- URIARTE, C. G. DE, *Literatura de viajes y Canarias. Tenerife en los relatos de viajeros franceses del siglo XVIII*, MADRID, CSIC, 2006.
- VALENCIA, P. DE, «Discurso acerca de los cuentos de las brujas», *Obras completas*, VII, León, Universidad de León, 1997.
- VALERA, D. DE, *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. de J. M. Carriazo, Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios, 1927.
- VERACRUZ, A. DE, *De iusto bello contra indos*, Madrid, CSIC, 1997.
- Viajeros extranjeros por España. Siglo XIX*. Introducción y selección de J. Majada Neila, Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros, Madrid, 1996.
- VILLALÓN, C. DE, *Viaje de Turquía*, ed. de G. Solalinde, Madrid, 1919.
- VOLTAIRE, M. DE, *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations*, 2. vols., ed. De R. Pomeau, París, Garnier, 1990.
- VVAA, *La historia de España en la literatura francesa*, Madrid, Castalia, 2002.